



Microsoft
Word

LA HUELGA

Isabel Alvarez de Toledo y Maura

Capítulo 1º

Juan descendió de la cama procurando no despertar al Fernando. Era temprano para los que iban a la escuela. Se acercó a la puerta, andando sobre la punta de los pies. La humedad del terrizo le molestaba. Abrió, comprobando que el tiempo había cambiado. Las losas del patinillo estaban secas y el muro en ruinas no rezumaba agua. La tierra tapia, que se desprendió durante el invierno, seguía allí, amarilleando entre manchones de cal.

Buscó la ropa en el cajón de botellas, donde solía dejaría.

-¡Omal ¡Omal.

Salvadora abrió los ojos con dificultad.

-¡Que no encuentre la ropa!

- ¡Búscala!

-La debe tener el Luisillo...

-¡A mí qué me cuentas!

La mujer dio media vuelta. Juan se acercó al chiquillo, que dormía sobre un montón de trapos.

-¡Eh!, dame la ropa.

El niño le esperaba. Había escuchado la conversación, pero no quiso decir nada porque estaba caliente, envuelto en la chaqueta de patén y los pantalones zurcidos. Se desenvolvió sin protestar.

-¡La guantá que te voy a dar si me los coges otra vez! ...

Juan se vistió de prisa. Al salir cogió un sombrero de palma y la herramienta.

En la calle brillaban charcos de tierra y basura. Harían falta muchos meses de sequía, para que el polvo sustituyese al barro. Cruzó el socavón. Las tablas que servían de puente cimbrearon. Extendió un brazo para no perder el equilibrio.

Dos madronas vertían en aquel agujero, que se agrandaba de año en año.

Primero fue la poceta; luego, una parte de la calle. Ahora llegaba hasta las casas. Sobre el agua sucia, entre latas y botellas vacías, flotaba un barco de corcho, abandonado por algún chiquillo.

En los primeros tiempos se protestó al alcalde. Paco, el padrastro de Juan, fue muchas veces al Ayuntamiento para decir que aquello era “una infección”; pero no les escucharon. Recibieron buenas palabras. Sólo buenas palabras. Con el tiempo, el olor entró en la vida del barrio. Ya no se distinguía de los tradicionales. Los vecinos pusieron cuatro tablas sobre el pozo y rebautizaron el lugar: “El piojo”.

En la ventana de un primer piso, apareció la figura rechoncha de la Paca.

-¡Agua va!

La basura privada se unió a la general, corriendo por el arroyo

-Tenga cuidado no la vayan a ver los guardias...

La mujer se encogió de hombros.

- Están todavía en la piltra. Y si me multan, ¡no van a tener que andar ná pa cobrarme!

Juan saludó con la mano. Otros hombres subían hacia la plaza. Sombrero de palma, alpargatas y faja negra, ciñéndoles la cintura.

-¡A los buenos días!

En los bares, muchachos soñolientos servían las primeras copas. Entró en casa del Largo.

-¡Un café, y apuntas!

El mozo buscó la columna de Juan. Números escritos en tiza, sobre la madera de las botas.

-¡Van más de veinte duros!

Juan sonrió.

-El tiempo ha cambiado.

-Esta mañana seguían las nubes...

-Pero ya no queda más remedio que entrar en el campo.

-¿Tú crees?

-Todo va muy atrasao.

-¡Y tanto! Hay quien tiene trampas pá cazar elefantes.

Los hombres rieron. Juan tuvo miedo. El Largo cortaba el crédito cuando menos se pensaba. Y sin crédito no se puede vivir.

-Ya pagaré. Hasta hoy no he dejao de hacerlo.

El mozo se dirigió a la máquina niquelada. Mientras subía la manilla, habló a la concurrencia.

-¡No te apures! Aquí siempre hay confianza. ¡Que no se diga que el Largo no fía! Sólo quedan fuera algunos, que se olvidaron de volver en las vacas gordas.

Los hombres se acercaban al mostrador.

-Un café.

-Una copa.

Los que habían rebasado el crédito, concedido por la casa, se sentaban ante las mesas vacías. Esperaban como los demás, entreteniendo el tiempo en conversaciones interminables, que se cruzaban a través del local.

-El año pasao por este tiempo, ya habíamos echao mano...

-No llovió de esta forma.

-¡Pues no volví pocas veces calao hasta los huesos!

-¿Y de qué sirvió el sulfato? ¡De na!

-Hombre, ¡tanto como de na! Es verdad que se lo llevaba el agua, pero se evitó el mirdeo, que estaba bien asegurado.

-Lo que pasa son los dos duros. Este año miran más. No quieren dar jornales, como no sea pá sacarles el jugo. En la tierra mojada se anda despacio.

El Chunga se rascó la calva, metiendo la mano bajo el calañés. Todos callaron. Quería hablar, y a los viejos se les respeta. Ya no esperan que les llamen. Bajan a la plaza porque no pueden perder la costumbre. No les queda más ocupación que dar consejos.

-En mis tiempos se entraba, con agua y sin agua. ¡A su hora! Y las labores duraban lo que tenían que durar. ¡Esto es lo que habéis conseguido con las reivindicaciones!

Mochuelo protestó.

-¿Qué quiere, abuelo? Oveja que no bala... Ya se sabe que no es por su gusto por lo que suben los jornales.

-Con los diez reales de entonces, había pa toó. ¡Hasta una entrada de sombra cuando se encartaba! ¿De qué os valen los diez duros, si pasáis más hambre que un caracol en un espejo?

-Eso es verdad, pero la culpa es de las cosas. Vamos pidiendo pa vivir sin lujos, pero cuando lo dan ya no basta ni pa la compra.

-¿Y el plan de la máquina? ¡Pues no ha hecho na!

-¡Y lo que hará! Al principio eran difíciles de conseguir y costaban caras. Ahora hay las que se quiere y se amortizan en un año. Con lo que ahorran de peonás. No hay más que mirar el cortijo. Donde se daban cien, se

arreglan con dos y un tractor. ·

-Pues, en la viña..., las labores que duraban un mes se arrematan en tres días con la mitad de personal.

El Negro se acercó.

-Hoy se cumplen los cuatro meses y dieciséis días que no encuentro dónde meterme.

-Tienes suerte. Hay quien lleva medio año de vacaciones.

Juan miró el reloj que adornaba la pared. Las ocho y media. Había pasado la hora de los capataces.

-Y vengan coches p'arriba y coches p'abajo, fiestas, casas de lujo... ¡Lo que nunca se ha visto en este pueblo!

-¡Y no dan ni a su padre!

-Sí, cuatro mantas por Navidad y un plato de comida cuando les conviene. Porque no nos muramos de hambre, mientras hagamos falta.

El Chunga se preparó a encajar una de sus historias. Cualquiera momento era bueno. Los muchachos las sabían de memoria.

-Cuando yo era mozo también había paro. Claro que no tenía ni comparación. Los patronos, que llamábamos amos, nos avisaban con tres o cuatro días: “el que quiera puede buscar otra cosa, porque aquí terminamos”. Nosotros sabíamos mejor que nadie la faena que quedaba, pero no nos preocupábamos en buscar. Era preferible quedarse en la casa. Donde se echaban las labores nunca faltaba un plato de comida. Yo estaba en la Torrecilla, que era de D. Claudio Albornoz. El último día hacíamos una fiesta y después bajábamos al pueblo. Ya no teníamos más trabajo que pasar por la oficina. Estaba en la casa donde han puesto el Banco Crediticio. D. Claudio nos recibía sentado detrás de la mesa, con una botella y dos copas, para invitar. Entrábamos de uno en uno. “¿Qué hay, Chunga?” me decía. “Ya usted ve”, le contestaba yo, con el sombrero en la mano, como se estilaba. “Tómame una copa”. Me sentaba frente a él y echábamos el rato, charlando de una cosa y otra. Cinco minutos, porque no tenía mucho tiempo. Miraba el reloj y yo me levantaba. “¿Cuánto te hace falta?”. “Lo que usted diga”. Y siempre escapa bien. Apuntaba lo que fuera en una libretilla y cuando llegaba el tiempo de la faena, le pagábamos.

-¿Cómo?

-Nos subía el jornal y nos desquitaba de la subida. Claro que eso no lo hacían todos. ¡Qué bueno era! Así murió, arruinado por el cabrón de César.

-¿No querrá decir D. César?

-¿D. César? ¡A cualquier cosa llamáis don! Pues sí, César tuvo la culpa. Entró de chiquillo para llevar el cántaro. La verdad es que sólo servía de molestia, pero D. Claudio le tenía cariño, porque era hijo de una antigua criada. Quiso darle estudios, que de poco sirvieron: ¡fue siempre más bruto que un arao!. Total, que después de un par de años, apenas aprendió de cuentas. Lo colocaron en la oficina. En poco tiempo se hizo con la confianza del amo, que ya andaba malo. La enfermedad se agravó y tuvo que irse a Madrid con el señorito, que estaba estudiando. Venía muy de tarde en tarde. César le vendía las tierras, poniéndolas a nombre de su mujer o de sus hermanos. ¡Qué sé yo lo que hizo!. Cuando D. Claudio protestaba le decía que la culpa la tenía él, por seguir la costumbre. Las cosas cambiaban de prisa y los nuevos amos no querían ni oír hablar de dar una chica en el invierno. La verdad es que César no nos daba ni la mitad de lo que ponía en las cuentas, pero nosotros nos callábamos para no perder la casa, esperando que el señorito vendría pronto.

-¿Y vino?

- Si, después de muerto el amo. No quedaba más que “La Dehesilla”. Yo le fui a ver a su casa. “D. Claudio -le dije-, César se ha hartado de robarle a su padre». Sonrió con la misma cara del viejo y me replicó: “Ya lo sé, pero no puedo hacer nada”. César era ya muy poderoso. Vendió lo que le quedaba y se fue a trabajar por ahí. Creo que anda por las Américas. ¡De verdad que me gustaría verle!

Los hombres habían escuchado con interés. Al andaluz le gustan las viejas historias. Sintieron nostalgia de aquellos tiempos que apenas habían conocido, pero que consideraban mejores.

-Bueno, pero esto no arregla lo nuestro. Hoy por hoy no dan ni los buenos días.

-Tienes razón, muchacho, ¡ni los buenos días! ¿Y sabes por qué? Porque así se diferencian. Los de entonces tenían don aunque fuesen con los zapatos rotos, como D. Luis Bermúdez. que no tiene ni pa tabaco v todos le respetamos. Estos, sin coche y sin casa grande donde figurar, ¡no son na!

-¡Pero, hombre, si no se trata de eso! Queremos lo que nos deben ¡No limosnas!

La dignidad del Chunga recibió un golpe, que acusó inmediatamente su tono de voz.

-¿Quién habla de limosnas? Aquello era amistad entre personas que se entendían Y se ayudaban sin necesidad de derechos ni sindicatos. El dinero

importaba poco y el que lo tenía no era para guardarlo en el banco. Se gastaba lo que hacía falta pa vivir y el resto se daba a los que no cogían renta. ¡Lo justo! y así nos íbamos arreglando toos. Lo que pasa es que los señoritos de ahora debían estar en la cárcel. Yo os podía contar de pe a pa cómo se han hecho de dinero, porque lo he conocido. Ponían a su nombre cosas de otros, echaban a los ignorantes de sus huertos, porque no se estilaba apuntar en el registro y menos si venían de toa la generación, prestaban dinero a lo que querían. ¡Lo que digo! El más bueno ha sido ladrón.

-Si era tan fácil, ¿por qué no lo consiguió usted?

El Negro tenía ganas al viejo. Aquellas ideas no eran las suyas y los otros le escuchaban.

-Porque hay que tener condición. Yo no puedo. Y así pasa: cuanto más malos son, más ricos se hacen.

-El caso es que aquí estamos sin una gorda y ellos rascándose la barriga bien llena. ¿Y la culpa? ¡Pues nuestra!. Somos como los esclavos que se dejan llevar por cuatro guardianes, sin fijarnos que si nos juntamos, los mandamos al diablo más pronto que qué. Esto de callarse cuando a uno le toca el hambre y a otros el dinero, no es de hombres.

Los demás se apartaron de Negro. Alguien podía oírle y sería un compromiso. Es difícil contestar a las preguntas que hacen en el cuartel. La lengua se traba y sólo sabe decir: “sí, señor”. Luego vienen los golpes y los arrestos sin saber de dónde.

El número Pérez entró en la taberna.

-¡A los buenos días!

Nadie contestó. Negro se quedó clavado en medio del salón, con las piernas abiertas. Estaba solo.

-Una copa, muchacho.

El mozo sirvió temblando. El número Pérez comentó el tiempo. Las conversaciones se reanudaron. Juan salió. Hacía sol. Los hombres se marchaban por las callejas, con la cabeza baja y el sombrero sobre las cejas.

Subió la calle S. Antón hacia el fielato. Casimiro tomaba el sol, la gorra de plato sobre los ojos. Un carro cargado de trigo, entraba en el Pueblo.

-Eh, ¡que hay que pagar! El carretero se acercó.

-¿Cuánto?

-Dos duros.

Casimiro entró en la casilla, para extender el recibo. El carretero buscó en sus bolsillos. Varios billetes arrugados y algunas monedas. Contó cuidadosamente.

-Sesenta reales.

Tendió cuarenta a Casimiro, recogiendo el papel, que guardó en una libreta mugrienta.

-¡A los buenos días!

El carretero corrió cuesta abajo tras la mula, que había seguido libremente su camino.

Casimiro se fijó en Juan.

-¡Hombre, dichosos los ojos!

-Sigo sin trabajo...

-Debías buscar algo como lo mío. Sin preocupaciones. No ganamos mucho, pero los ocho duros están asegurados llueva o no llueva.

Juan asintió.

-Claro que es difícil entrar y hacen falta estudios... Creo que van a jubilar al Basilio. Ya te avisaré. Te preparas, te recomiendo y estate seguro de que entras, porque el alcalde me escucha.

-¡Pero si apenas entiendo de letras!

-Es igual. Lo importante es hacer los recibos y eso se aprende de memoria. Con dos palabra y un número, estás listo... claro que están los nombres, pero los ponen ellos. Todo el mundo sabe firmar.

Juan se encogió de hombros. La burocracia no iba con él.

-¿Podrías guardarme la herramienta? No quiero volver a casa y pasearme con esto al hombro no está bien.

Casimiro señaló la casilla.

-¡Déjala ahí!

Casimiro sudaba. Metió la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo. Allí estaban las diez pesetas.

- ¡Juan!

-¿Qué hay?

-¡Toma!

-¿Y esto, por qué?

-Para que tomes un trago... Ya me lo devolverás.

Juan le dio las gracias.

-No tiene importancia. Otra vez te tocará a ti.

Los billetes arrugados, hacían un peso agradable en el bolsillo Bajó por la cuesta de Ganado. Un frenazo.

- ¡Imbécil !

Subió a la acera sin mirar al conductor. Uno cualquiera. Los hombres discutían a la puerta de las tiendas. De vez en cuando se acercaban al mostrador, para tomar un vaso.

-¡Hola!

Paco se colocó a su altura. Siguieron la misma dirección.

-¿Quieres una copa?

-No... Es temprano.

-Tienes razón.

Paco venía de su casa. No le gustaba madrugar inútilmente. Conocía bien a los capataces y sabía de antemano cuándo empezaba el trabajo.

-El Chunga es un mamón.

-¿Por qué?

-Dice que las cosas andan mal porque reclamamos nuestro derecho.

-No le echas cuenta. Está viejo.

-Pero los demás le escuchan.

-Los demás escuchan a cualquiera ¡Como no tienen otra cosa que hacer!

Juan seguía en sus trece.

-¡Hay que pararse!

Paco se quedó clavado.

-¿Otra vez? ¡Vamos a terminar mal!

-De una manera o de otra, da igual. Dentro de cien años, toos calvos.

-Cuanto más tarde, mejor.

-¡Pa estar como estamos!

-No sé..., depende.

-¿Y si se puede conseguir algo? ¿Crees que no vale la pena? Acuérdate cómo andábamos con los seis duros.

-Nos subieron cuatro, y lo demás cuarenta.

-Hay que obligarles a nivelar. Si nos empeñamos, tendrán que hacerlo.

-¡Ya puedes esperar sentao! Criamos demasiados chupones en esta tierra.

-Por intentarlo, no se pierde na.

-¿Cómo? ¿Con otra guerra? ¡Tuvimos bastante!

-No sé..., no me acuerdo...

-Yo sí. Tenía quince años.

-Tu padre era rojo.
-¡No es verdad! Mi padre no se metía en política.
-Me lo dijo él mismo, cuando entré a trabajar en la bodega.
-¡Es mentira!
-Ten por cuenta que soy tan hombre como tú y sé lo que me digo.
-¡El tuyo sí que lo fue!
-Y no lo niego.
-¡Claro!, como que lo mataron...
-Al tuyo no. Suerte.
-¡Qué suerte ni qué puñetas! El mío era falangista.
Juan no tenía ganas de pelea.
-Bueno hombre, ¡no te enfades!
-¡Es que se oye cada cosa... !
Al pasar por la Iglesia del Carmen, cambiaron de acera. Los santos, cuanto más lejos, mejor.

El P. Demetrio paseaba por el pórtico, esperando que dos muchachas de Acción Católica, terminasen de arreglar la vitrina parroquial. Como cualquier comercio, la iglesia anunciaba sus productos. Estos eran limitados y en honor a la verdad, poco atrayentes: un ejemplar de la hoja dominical, encabezado por el tradicional dibujo evangélico, -precio: 0,50-; dos vidas de santos, edición popular; el anuncio de los cultos en letras azules, bordeadas de tinta roja; otro, con un grabado de la Virgen de la Esperanza, invitando a los fieles a los próximos cursillos de cristiandad, “que tan buen resultado están dando en la juventud”, según palabras del propio gobernador y tres tarjetas con la calificación moral de las películas, que habían estropeado el humor del padre: “Gravemente peligrosas”, “Mayores con reparos”...
D. Demetrio sabía que los sanluqueños irían al cine, que pecarían y que el pecado ofende a Dios y al Obispo. Su Eminencia le había llamado varias veces, ordenándole terminar con la inmoralidad cinematográfica de su parroquia. Armándose de valor, fue hasta el despacho del empresario, para transmitirle el augusto recado. Le hicieron esperar más de una hora en el hall desierto, frente a carteles de películas que resaltaban encantos, insospechados en no pocas “vedettes”. Justo a tiempo de evitar que la moral del padre sufriese un rudo golpe, apareció Garistán. “¿Qué quiere usted?”
“¡Los films que trae a este pueblo son un atentado a la moral pública y

constante motivo de escándalo!” “¿Y qué, si a la gente le gustan?. Soy un comerciante. Paso lo que me da dinero. ¡Si me piden mojigaterías, no tenga cuidado, que se las pondré! Pero, por ahora, prefieren piernas bonitas y cosas que les hagan olvidar los malos ratos. ¡A usted le toca convencerlos!” “¡Sr. Garistán! ¡Esto es tentar al diablo!” “¡Valiente lo que me importa! Si Dios me hubiese dado vocación de santo, estaría en una celda de cartujo y no tendría una cadena de cines. ¡O corte o cortijo!; no como usted, que no es chicha ni limoná”. El P. Demetrio recordaba que su contestación fue un alarde de elocuencia. Las dos primeras frases del sermón preparado especialmente y que tanto éxito tuvo el domingo, en misa de doce. Hubiese continuado sin aquella grosera interrupción: “Comprendo que no tiene mucho que hacer y que metiéndose conmigo se entretiene; pero ¡yo, sí! ¡Buenas tardes!”. Garistán se marchó, dejando por los suelos la dignidad del sacerdocio, que temblaba en D. Demetrio.

Por eso se le hacía muy duro el camino del cine. Ante aquellas tarjetas, era evidente que Su Eminencia Reverendísima, le obligaría a recorrerlo por segunda vez.

-¡Padre!, ¿dónde pongo las carteleras?

-¡Donde quieras!

-En un sitio que se vean bien?

D. Demetrio se encogió de hombros. ¿Para qué molestarse?. El cine se llena de masa, la masa se compone de obreros, y los obreros no se acercan a la iglesia más que en Semana Santa y durante el Rocío. Y eso no por lo que tenga de religioso, sino por lo que tiene de popular.

D. Demetrio saludó a Juan. El muchacho no contestó, demasiado ocupado en averiguar cómo se puede echar el día con dos duros. D. Demetrio se rascó la coronilla para disimular. Su antiguo monaguillo le exasperaba. Entró en la parroquia cuando apenas tenía siete años. Espigado, con cara de ángel, hacía buen efecto en las gradas del altar. Era un niño callado que no jugaba con el incensario. Apenas había cumplido catorce, desapareció. Aquella mañana tenían funerales. Los de D. Tobías, precisamente. El padre de retraso, esperándole. Al día siguiente le mandó llamar, pero no vino.

Durante dos semanas no se supo nada de Juan. Por fin, lo encontraron.

“¿Qué te pasó?” “Que me fui al campo” “¡Pero, hombre, tú no estás hecho para eso! Eres demasiado fino para andar con el azadón... ¿No quieres entrar en el seminario?... Te prometo que harás buena carrera”. El chiquillo adoptó la posición respetuosamente ausente que toman los andaluces

cuando desprecian. La cabeza baja, la mirada perdida y un movimiento rítmico del cuerpo, casi imperceptible. " ¡Bueno! ¡Está bien!. veo que la sotana no te interesa. ¿Pero qué me dirías si te nombro sacristán? ¡eh!... Buena paga, propinas, un trabajo fácil ... " Juan no pestañeó. Los nervios de D. Demetrio fallaron. Una tremenda bofetada acentuó el balanceo del muchacho, sin producir mayor efecto. "¡Está bien! ¡Puedes marcharte!". "¿Desea usted algo más?", preguntó el chiquillo, que conocía las normas ancestrales de educación. "¡Vete!"
Juan saludó correctamente, antes de marcharse.

Apretó el paso.

-¿A qué viene esa prisa?

-¡Na!, que no quiero ver a ese cura. Siempre me anda buscando.

En la plaza Cabildo, los obreros ocupaban el centro. No hacía mucho que el hombre de alpargatas, bajaba al barrio elegante. No se acercaba a los bares, porque esos bares son para los señoritos. Ni tomaba una copa. Imponía su presencia. Nada más.

Sólo en domingo los más "pudientes" ocupaban una mesa en "Martínez", para ver la televisión en familia. Dos mundo se enfrentaban, aparentando ignorarse. Para los del pueblo, los otros eran "calientasillas" de café; y el pueblo, para los calientasillas, "mano de obra", que sólo tenía importancia cuando se necesitaba.

En las mesas hablaban de negocios. El precio del mosto, la venta de una finca, una suspensión de pagos eficaz, ocupaban el tiempo de quienes no tenían otra cosa que hacer. Los corredores pululaban, ofreciendo asuntos a domicilio.

-¿Le interesa la casa de D. Luis? ¡Se vende!

-Hombre...

-Está en buen sitio y D. Luis anda apretadillo... Se puede coger barata.

-Han subido las papas otra vez.

- A mi mujer le sacaron once pesetas por medio kilo de garbanzos. ¡ Y tocamos a uno por barba!

-¿Sabes que Petra Méndez va a tener un niño?

-¿De quién? ... Porque su marido ...

Las mujeres hacían calceta en La Valenciana, comentando el último chisme, los trajes que se hacían, se habían hecho o se estaban haciendo y otros problemas semejantes. Donde pasan pocas cosas, la modista es un sujeto digno de atención.

Las que subían hacia la peluquería, andaban deprisa. Al volver, se acercaban para recoger cumplidos que no escatimaba la concurrencia.

D. César quemaba su cigarro mediante profundas chupadas.

-¡Paro!, ¡paro! ¡Pero qué paro ni qué niño muerto! El que no trabaja es porque no quiere. Ahí tienen la emigración, pidiendo todos los días gente para Alemania y Francia.

El reloj del ayuntamiento presidía. En los días de fiesta, tres banderas, - falangista, española y tradicionalista- ondeaban en el balcón. Hoy las habían puesto. Nadie sabía porqué.

Juan y Paco se acercaron.

-¿Hay algo?

-Nada.... tienen miedo que llueva ... Como ahora hay que pagarnos la mañana si echamos mano...

El Chuli se buscó en los bolsillos.

-¿Tenéis un cigarro?

Juan sonrió. ¡Un cigarro!

-¡Un buen mirdeo es lo que están necesitando!

Hablaba alto, para que le escuchasen desde las mesas.

-¿Y qué? ¿Tú crees que los hará más pobres?

Dieron las dos. D. León salió del Ayuntamiento.

-¡Maldita sea su madre!

D. León subió al Seat 1.400. Verificó la posición de la palanca de cambios y puso el motor en marcha.

-¡Y no tiene millones el gachó!

-Tantos como mala leche.

Capítulo 2º

Juan se separó del grupo. Al llegar al cine, entró en la boca calle para mirar las carteleras. Los indios rodeaban la diligencia. Un vaquero galopaba con una flecha clavada en el hombro. Sofía Loren le ofreció un beso.

D. León apoyó sobre el claxon sin aminorar la marcha. Juan se apartó de un salto.

Siguió hacia la playa. El calor apretaba. Tuvo ganas de bañarse, aunque no sabía nadar. Recordó que después del baño se tiene más hambre.

Se sentó en un banco cerca del quiosco de la música. No había música como cuando era chico, pero en cambio habían puesto farolas fluorescentes y arbustos de jardín. Al alcalde no le gustaban las viejas moreras.

Los niños bien vestidos jugaban al lado de sus tatas. Un poco más allá, los otros se tiraban piedras. Iban hacia el río procurando no coger el centro del albero. El centro era de los ricos y de las personas mayores. Juan siguió tras ellos.

Se remangó los pantalones para coger el borde del agua. Allá lejos, el muelle dividía la playa -zona de baños, zona de trabajo. Lo construyeron antes de la guerra, cuando Sanlúcar era el S. Sebastián de Andalucía, para los barcos que traían veraneantes sevillanos. La moda pasó. La compañía decidió suprimir la línea. El muelle quedó abandonado, cegándose sin que nadie se preocupase en evitarlo. Hoy sólo servía como refugio de ostiones y trampolín para los chiquillos de Bajo Guía, que se tiraban desde los vigones desnudos, haciendo toda clase de acrobacias peligrosas.

Juan pasó bajo el armatoste de cemento.

Era hora de bulla. Los barcos entraban. Hasta la playa llegaba el sonido rítmico de los motores y el ruido de las anclas, cayendo al agua. Las barcasas se movían silenciosas, pegándose a la borda de “su barco”, para recoger la carga. En la orilla, los marineros se echaban al río, para bajar las cajas. El verano es un tiempo bueno porque no se pasa frío, cuando hay que mojarse hasta la cintura.

El burro galopaba, salpicando a su alrededor. “¡La nieve!” Voces de marineros daban órdenes incomprensibles, que debían llegar a los barcos o a la otra punta del puerto. En las tascas, los pescadores tomaban el primer vaso en tierra, después de varios días.

El vendedor oficial se acercó a un lote. Compradores y curiosos le rodearon.

-Cincuenta..., cuarenta y cinco...

En Bajo Guía se habla en duros.

-¡Mío!

El celador -gorra de plato, chaqueta gris- apuntó la cifra en su libreta.

Patrón y armador hicieron lo mismo. Un marinero movía los labios, repitiendo la cantidad. No sabía escribir. Había que registrarla en la memoria para poder defender sus intereses y los de sus compañeros, a la hora de “liquidar”

Una pareja de Civiles fumaba, mirando distraídamente “al público”.

Hablaban de traslados y servicios.

-¡Para Bernabé! – gritó el vendedor.

Y siguió la lota, caja por caja.

Chiquillos medio desnudos jugaban sobre los barcos hundidos en la arena, que desbarataba el tiempo, sin perder de vista a los vigilantes del pescado. Estos sabían que al menos descuido una mano pequeña se deslizaría en la caja, buscando la cena.

Juan se acercó al carrillo de helados.

-Un de dos reales.

El vendedor levantó la tapa niquelada, sacando una porción ínfima de crema amarillenta, con gusto a huevina.

Dos monjas se acercaron a D. Matías, el armador.

-¡Una limosnita para las huérfanas!

D. Matías cogió un puñado de pescado y lo arrojó en el cesto traído por dos niñas, vestidas de uniforme, que dieron las gracias a coro, mirando al suelo, como las habían enseñado.

-¡Dios se lo pague, D. Matías!

El Pirri traía un cestillo al brazo.

-¿Qué haces en la mar?

-Lo que se puede.

-¡Pero tú eres de campo!

-¿Y qué? En estos tiempos hay que arrimarse donde dan de comer.

-¿No te da jindama?

-¡Una hartá! Pero más me da entrar en casa sin una gorda .

-A mí, también...

-En la mar siempre hay dónde meterse.

-Depende de quien lo pida.

-Creo que en “El Duende” buscan a uno.

-¿Podrías colarme?

-No sé...

Buscaron al patrón. Ya no hacía falta.

El Pirri siguió hacia los astilleros, la zona de playa donde los carpinteros de rivera hacen y reparan barcos, con los métodos de sus bisabuelos. Los esqueletos de madera, más menos recubiertos, recortaban el paisaje.

Escondidos tras los cascos, los pescadores celebraban la lota chica. Pirri vació el canasto del rancho. Pescados sin valor se mezclaron con la arena.

-Cincuenta, cuarenta, treinta...

Se hablaba en reales.

-¡Mío! -Una mujer recogió el montoncillo

-¿Tienes hambre?

Juan se encogió de hombros.

-¡Ven!

Pirri vivía en “El Novales”. Su padre le dejó aquel navazo y el miedo al agua. Heredó una tarde de verano. Mar de leva. Tres días después, apareció el cuerpo en la playa. “Ha hecho el avío a los camarones”, dijo una mujer. Fue la oración fúnebre, en honor de Pirri padre.

La Paca trajo una boba con aceite y dos tomates. Juan lo agradeció.

-Siempre hay algo para un amigo.

-Cuando hay...

La Paca siguió pelando papas para la cena.

El Pirri sacó una cajetilla de picadura.

-¿Quieres?

Fumaron, sentados en el porche. Cigarras adelantadas cantaban entre la arena.

Los ranos del toyo croaban. Juan señaló el navazo.

-¿Cómo va?

-¡Como una charca! Si no aclara el tiempo, vamos a tener que sembrar boquerones. Yo te digo que lo mejor que se hace es venderlo.

La Paca levantó la cabeza.

-¡Como que te van a dar pa comprar la Huerta Iraola!

-¡Al menos, pa algo donde no me llegue el agua al pecho! Con esto de la subida, el terreno se paga más.

-¡Y se cobra! ¡Tú no vendes nada! De sobra sabes que sin el navazo, ibas a

comer cagajones más de cuatro veces.

-¡Calla, mujer! ¡Tú no entiendes de negocios!

-¡Mira Juan! Dando más patás que un futbolista, ¡pa na!

-Pero yo no tengo con qué empezar.

-¡Lo que le quedaría a éste si vende! ¿O es que crees que no le conozco? ¡No iba a dejar pronto los billetes en la taberna!

Juan levantó la cabeza para mirar la luna. Paca volvió a su trabajo.

-Se habla de parada..., rumores.....

Pirri no dijo nada.

-Creo que ya es hora de rebelarse, ¿no te parece?

La Paca se levantó.

-¡Que no te oiga decir esas cosas en mi casa! ¿O es que no tuvimos bastante? A mi padre y a mi hermano los mataron en la tapia del cementerio. ¡Un viejo de sesenta años y un chiquillo de quince! ¿Y por qué? ¡Por quejarse a D. Julio, que no teníamos ni peladuras de papas pa echar en el puchero!. Lo pasaremos mal, habrá que apretarse el cinturón, ¡pero estamos vivos!

-Tiene razón. Más te vale dejarte de historias y coger lo que se pueda. Quien quiere trabajar, se las apaña para no morir de hambre. Si no... mírame a mí.

Los ranos saltaban al agua con su chop característico. Una bandada de patos reales cruzó hacia el río. En el porche, silencio.

-Si sigue así, mañana tendrás faena.

Juan asintió con un gesto.

-Claro que, por sí o por no, yo me embarco.

-¡Ojalá se anuncie el mirdeo y tengamos que dar cincuenta manos!

El Pirri tocó madera para alejar el mal presagio. Tenía tres aranzadas de viña en el Pago del Carrascal. Diez o doce mil duros si las cosas marchaban “por su sitio”. Antes de la Cooperativa, hubiese pensado como Juan. Los bodegueros fijaban el precio de la uva apretando de firme. “Si quieres a una ...” Y había que dárla, porque el esquilmo se pierde de día en día, cuando pasa su tiempo. Apenas quedaban mil duros libres, los mismos que hubiese ganado trabajando a jornal. Eso cuando no se salía empeñado, con una hipoteca sobre el campo, para poder labrarlo.

-Ten por cuenta que has andado como nosotros... y que debes mirar por los demás.

Pirri se encogió de hombros. ¡Que se las apañen!

Juan realizó un cambio en su amigo, sin comprender la razón.

-¡Días;

Juanillo apareció, comiendo una boba con aceite. Se sentó en el porche, sin preocuparse de los mayores. Aquella tarde le tocaba ser torero. Juan Navazo. Debutaba en las Ventas. La Plaza -como la de Sanlúcar, pero mucho más grande-, estaba llena. Ni un claro en los tendidos. Sonó el clarín. Un toro negro zaino, como una catedral. Juanillo desplegó el capote. “¡Olé!” Una, dos, ¡hasta hartarse!. Saludó al público montera en mano. Los primeros sombreros cayeron sobre el albero.

Cuando terminó la segunda vuelta al ruedo, a hombros de los entusiastas, se levantó, cogiendo la vereda del pueblo.

-¿Dónde vas?

-¡Por ahí!

-No vayas a entrar en el cine.

-¿Por qué?

-¡Mía éste! Porque hay que levantarse pá abrirte.

El chiquillo sacudió la cabeza y echó a correr. Apenas dobló la esquina de la aserradora, enfiló hacia el cine.

Se acercó a la taquilla.

-¡Una peseta, por amor de Dios!

En poco tiempo reunió las dos cincuenta.

Con gesto de gran señor, dejó las monedas en la ventanilla.

En dos saltos se plantó ante el portero, tendiéndole el billete.

Subieron la calle S. Juan.

- Dos vasos.....

De tasca en tasca llegaron al fielato. Allí estaba Calero.

-¡Vamos a pararnos!

Juan sonrió.

-¿Más todavía?

-¡Más! Hay que conseguir las ochenta pesetas.

-Picas muy alto, amigo.

Pirri nunca había creído en “el Revolucionario”, como le llamaban desde la guerra.

-Hay que tirar pa'riba, si se quiere llegar a algún sitio.

-Al cuartel, por ejemplo.

-No, porque vamos todos...

-¿Quién te lo ha dicho?

-¡Lo digo yo y basta!

-¿Tú quién eres? ¡Mira éste con los humos!

-¡Pues no te he sacado pocas veces de apuros en el sindicato! Tienes derecho a conocerme, digo yo.

-El sindicato es legal y la parada no.

-¡Cuenta conmigo!

Lo dijo más por molestar al Pirri que por apoyar al Calero.

- ¡Gracias!

-¡Pues conmigo, no!

El Pirri era valiente de igual a igual, pero con los señoritos no quería historias.

Negro se acercó al grupo.

-Ten por cuenta que el que vaya al campo, nos las paga.

El Pirri se encampanó.

-Amenazas y too, ¿verdad? ¡Ya veremos dónde te llega la camisa cuando te encuentres a los verdes!

-¡Ni Civiles ni Dios! ¡Y a ti te parto la cara de momento

El Pirri saltó sobre Negro. Volaron algunos puñetazos. Calero y Juan los separaron.

-¡Hombre, no arméis escándalo!

Al patrón no le gustaban los líos. Ya había saltado el mostrador, dispuesto a buscar dos municipales.

-¡Vais a terminar en la cárcel!

Calero dejó un duro. El tabernero se guardó la peseta sobrante.

-¡De propina!

Juan volvió a casa dando un rodeo para evitar la tienda del Largo.

El Fernando leía muy cerca de la bombilla, manchada por las moscas. El nuevo maestro le había regalado una enciclopedia. Quería aprenderla de memoria, porque en la escuela no enseñaban aquellas cosas. Luisillo jugaba con una lata vacía. La Juana vigilaba el puchero, donde hervía un caldo espeso de olor indefinido, entre agua de fregar y cocido. En el rincón brillaba una lata de queso americano.

-¿Quién lo ha traído?

-Oma... Hoy repartían en la Caridad.

-¿No le dieron más que esto?

Juana señaló el puchero.

-Un kilo de papas...

-¿Había muchos vales?

-Dicen que unos cincuenta..., y más de cien mujeres que hicieron la cola para nada.

-Ya sabes que no me gusta verla en esas cosas. Tenías que haber ido tú.

-No dejan. Tiene que ser la que está apuntada en el papel.

Juan se tumbó en la cama. Fernando aprovechó la ocasión para informarse.

-Eso que vemos por la noche se llaman astros, ¿verdad?

Juan fijó los ojos en el techo. Nunca había oído esa palabra.

-Sí... y estrellas.

-Pero también hay astros.

-Es posible...

-¿Lo sabías? No tienen luz propia.

Juan se impacientó.

-¡Déjate de libros y ocúpate de manejar el azadón! Con el tiempo que tienes, ya debías estar trabajando.

-¡Voy a la escuela!

-Suerte que tienes, ¡señorito!

Fernando volvió a su libro. Era más seguro que continuar la discusión. El Luisillo racheó su lata, haciendo un ruido infernal. Juan no estaba de buen humor. Sin medir las consecuencias, largó una bofetada que tumbó al niño. Luisillo prorrumpió en un llanto agudo. Los gritos llegaron a la calle. La Negra escuchaba.

-¡Lo están matando!

Salió corriendo en busca de la Salvadora, que, como todas las noches, esperaba al marido a la puerta de la tienda.

-¡A tu Luisillo le ha pasado algo muy malo!

La Salvadora se levantó del bordillo, alarmando la calle con un grito desgarrado. Saltando sobre las piedras desiguales, corrió hacia su casa.

Lloraba. Varias mujeres la siguieron, disimulando su curiosidad con gestos angustiados. Entretanto, las vecinas habían invadido el cuarto. Luisillo pasaba de mano en mano, sin dejar de berrear.

Juan procuraba esconderse. Afortunadamente, sólo sus hermanos sabían “la verdad”. Se callarían porque les interesaba.

La Salvadora se abrió paso a empujones, arrebatando el cuerpo de su hijo a los brazos, que lo mecían en aquel momento. Luisillo dejó de llorar. Corrieron voces de que “ya está listo”. Algunas mujeres hicieron la señal de la cruz.

Juan aprovechó el momento para escabullirse. En la calle se cruzó con su padrastra, que venía «descompuesto». Tomaba la décima copa, cuando le avisaron.

-¡Al hospital!

Paco cogió el cuerpecillo maltrecho. Corriendo como había venido, llegó al viejo edificio.

-¡Un herido!, ¡un herido!

Sor María hacía las camas en la segunda sala. Se asomó. El grupo llenaba el patio, alarmando con sus voces a los demás enfermos. Bajó a toda prisa para restablecer el orden.

-¡Salgan inmediatamente! ¡Aquí no se puede gritar!

No la oyeron. Una mujer se acercó.

-Está muy grave, hermana, muy grave.

-¡Llamen al médico!

-¿Qué médico?

-Cualquiera..., el que le toque... Este es el hospital... Que le extienda el papel y lo traen.

Paco se acercó, enseñando el niño.

- ¡Está aquí!

-Bien... Llévelo a la casa de socorro.

-¿Dónde?

La monja tocó la campana, para que viniese el portero, ausente en aquel momento por cualquier extraña razón. Para ganar tiempo, salió del patio.

-¡Acompáñeme!

Todos siguieron.

-¿Quieren hacer el favor de marcharse?

Nadie se movió, apelotonándose a la puerta del pequeño pabellón anexo, que pomposamente llamaron «Casa de Socorro».

-¡Está bien! No entraremos y llamaré a los guardias si hace falta.

- Es qué está la madre.

-¡Que venga la madre!

Tres mujeres se adelantaron.

-¡Soy yo! -Apuntó Salvadora.

-Ustedes sobran.

-Somos sus tías.

-No hacen ninguna falta.

Las mujeres se ofendieron. Un murmullo de indignación recorrió el jardín.

En aquel momento, llegó el portero con Pepe, el practicante.

-¿Qué Pasa, hermana?

-Lo de siempre, ¡el acompañamiento!

Pepe gritó, amenazó. En poco tiempo consiguió el despeje.

-¡Déme al niño!

Paco le miró con desconfianza.

-Quisiera estar con él...

-No puede ser!

-Bueno... deje por lo menos a su madre... para cuando lllore.

-¡Basta! ¡He dicho que no!

Pepe cogió al niño, desapareciendo con el portero y sor María, que quiso acompañarles, aunque no era su obligación.

Luisillo reanudó el llanto.

-¡Vamos hombre, que no es para tanto!

Sor María cerró la puerta por dentro.

-¡Qué escándalo!

Pepe examinó la herida.

-¡Esto no es nada!

El rasguño quedó curado con un poco de alcohol y mercurio cromo.

-Aquí tienen a su hijo. Mañana le saldrá un chichón y dentro de cuatro o cinco días no quedará rastro del accidente.

Los padres lo recogieron un poco decepcionados. Luisillo hubiese querido volver a pie, pero Paco se lo impidió.

Juan sintió hambre y preocupación. Con conciencia de criminal, decidió volver al “escenario del crimen”, como en las películas. La casa estaba vacía. Sólo Fernando leía imperturbable.

-¿Qué ha pasado?

-Se lo llevaron.

-¿Muerto?

-No, achocao. Lo que pasa es que a la gente le gusta mucho gritar.

-¿Y la Juana?

-Con ellos.

-¿Por qué no has ido?

-No me divertía. Estoy más a gusto aquí.

-¿Saben algo?

-No. pero ten cuenta que el Luisillo lo dirá.

-¡Como lo diga lo eslomo!

-Será peor. A mi puedes pegarme pero a él no.

Juan pensó en darle una bofetada, pero era demasiado para una noche.

Estaba sumido en tan profundas reflexiones, cuando entró el cortejo.

Durante más de una hora se sucedieron las visitas. Hasta la tía Amalia vino del campo, porque le habían dicho que su sobrino estaba en “la piedra”.

Pasó por el hospital, pero nadie supo darle razón.

Cada uno contaba la historia a su manera. Después de muchas discusiones, se eligió la versión del automóvil “a toda velocidad”. Los hombres aconsejaban poner una denuncia. Paco se encogió de hombros. No quería líos. Al día siguiente todo el pueblo sabía quien había atropellado a Luisillo. El juez no se molestó en abrir una investigación. ¿Para qué? Llevaba demasiados años en el pueblo. Para tranquilidad de conciencia, pidió una ampliación de informe al hospital. Según declaración del niño, “se había caído jugando».

De madrugada, Juan se acercó para interrogarle.

-¿Qué has dicho?

Hablaba muy bajo para no despertar a los demás.

-Nada..., que me había caído.

Juan acarició a su hermanillo.

-No me pegarás más, ¿verdad?

-¡No, hombre!

-Hoy no te he cogido los pantalones...

El Juan volvió a su sitio, prometiéndose que con el primer jornal compraría un juguete.

Apenas llegó a la plaza, le cogió el capataz de D. León para ir al Alijarillo. Cincuenta hombres siguieron la vereda de la finca. En los bajos no se podía entrar. “¡Un barrizal!” Pero el cerro de albariza estaba bueno para el trabajo. La cuadrilla cantineaba, saludando a los que pasaban hacia otros campos. Había terminado el paro. Hasta en la forma de llevar los

sombreros, se conocía que no era un día como los demás.

-¡Tú!, al sulfato.

Juan dejó la herramienta. En un bidón de lata mezcló los polvos con el agua. Había que tener cuidado con las manos y sobre todo con los ojos. Muchos se quedaban ciegos por culpa de aquel veneno. Con cuidado de que no saltase, removió el líquido verde con un palo. Se llenaron las mochilas de cobre. Los hombres tiraban del cordel, dirigiendo el chorro hábilmente hacia las yemas, procurando no dejar atrás un sarmiento. Con las horas, la mochila se hacía más pesada, el calor más agobiante. A Juan le dolían las espaldas y los riñones. Falta de práctica. El liño se alargaba... Y el tiempo. El primer cigarro. Los hombres se sentaron. Quince minutos de respiro. El Calero se acercó a Juan.

-Mañana no se viene.

-¿Están todos de acuerdo?

-Sí.

-¿Seguro?

- ¡ Seguro!

El capataz dio la voz. Otra vez las cepas y el líquido verde. En la carretera encontraron otros grupos. Descendían, señalando caminos en los campos.

-He oído decir que mañana no se trabaja...

-Yo también.

-Mal asunto para la viña...

Para el Chato la viña era la viña. Sabía que una hora de mirdeo quemaba medio término, que no habría vendimia y que las planteras puestas por él, podían perderse. Se acordaba del año de la filoxera. La peste americana, como la llamaban, porque vino de allá. Aquello acabó con todas las cepas que puso su padre. No quería que pasase lo mismo con las suyas. Uno se muere y la planta queda ahí, tan nuestra como si fuese un hijo...

-Peor están las cosas para nosotros...

Replicó Negro, que no sentía el menor romanticismo por los bienes de los “señoritos”

-Cuando hay trabajo, decidimos no trabajar; y cuando no lo hay, que nos zurzan.

-¡Hay que ganar más!..

-Más vale poco que nada.

-Me han dicho que no trabajará nadie.

-No sé...., yo tengo siete hijos.

-¡Eso de las huelgas está bien para los solteros!

De grupo en grupo, de taberna en taberna, corrió la consigna y las protestas. Hubo discusiones, peleas, amenazas. Por la noche, todos se fueron convencidos de que aquello sería un fracaso.

Y lo fue.

Como un día cualquiera, los hombres bajaron a la plaza. Juan salió con su cuadrilla hacia la finca de D. León. Al pasar por el pozo Amarguillo, sintió la mirada de Calero, que apoyado en una fachada, contemplaba a “los cobardes”. En las esquinas, sentados en la cuneta o fumando al borde del camino, los revoltosos reprochaban silenciosamente su actitud. Se avergonzó de la herramienta y se sintió esclavo.

A la hora del cigarro, se habló poco. Por la tarde, les quemaba el dinero en el bolsillo. En el pueblo, intentaron convidar a los otros.

-¡No queremos nada de un dinero mal ganado!

Calero hablaba, intentando convencer a los hombres.

-Estamos haciendo el idiota. ¡Así no se consigue nada!

Los patronos se encogieron de hombros.

-No podrán unirse. Con más o con menos, haremos las faenas como se ha hecho siempre. Perderán ellos.

Algunos que tenían ambiciones políticas subieron a la plaza, para pulsar los ánimos.

-¿Quieres una copa?

-No, gracias ...

Y el obrero se quitaba de en medio

-Piden 80 pesetas. ¡Ochenta palos es lo que vamos a darles!. Mañana o pasado estarán todos en el tajo. No hay peligro.

Los guardias civiles evitaron las tascas. ¿Para qué exponerse a disgustos sin necesidad?

Al día siguiente, Juan volvió al Alijarillo. Su padraastro también iba al campo, pero antes de salir le llamó cobarde.

-Sois los jóvenes los incapaces.

Varios muchachos esperaban a la salida del pueblo.

-Dejaros de tonterías. !A por las ochenta pesetas!

Algunos se quedaron. Juan siguió.

Eran las once cuando bajaron los de la Casilla.

-¡Eh, muchachos, ya no se trabaja!

A los del tajo se les quitó un peso de encima. Sin escuchar al capataz, dejaron las máquinas en el suelo. Saltando la linde, fueron a recorrer los campos para dar la noticia. Las viñas se quedaron vacías. A las dos, los primeros capataces llegaron a Sanlúcar.



Capítulo 3º

Los hombres se repartieron por las tascas. “No debéis formar grupos, ni hablar alto, ni pelear”, había dicho Calero.

Carlos, el viejo podador, le buscaba

-¡Estás contento!, ¿verdad?. Y ahora ¿quién da de comer a mis hijos?

Calero hizo un guiño.

- ¡Ven!

Entraron en un almacén

-¿Está el jefe?

Al chiquillo le había acostumbrado obedecer. Como una flecha salió a la calle, llegándose a casa del patrón.

-D. Manolo, ¡le buscan en la tienda!

D. Manolo se levantó de mal humor. No le gustaba interrumpir la siesta.

-¿Quién es?

-El Calero.

D. Manolo volvió a tumbarse.

-¡Que se vaya al cuerno!

-Dice que si no va, se acordará.

D. Manolo había escuchado rumores de lo que se preparaba. En las tiendas se sabe todo. D. Manolo no tenía pellejo de héroe. Desde que ganó dinero sentía un miedo irracional a la revolución. Su padre le dijo antes de morir: “Cuando no se tiene dinero, hay que ser rojo; pero ahora, hijo mío, ¡hazte falangista!”.

Se “apuntó” por los años cuarenta.

Claro que si las cosas cambiaban.... Bajó abrochándose los pantalones.

-¿Qué hay?

-¡Que vas a fiar lo que haga falta mientras dure el paro!. Si no, ten por cuenta que aquí no vuelve a entrar un trabajador. ¡Ni tan siquiera a pagar lo que debe!.

-De acuerdo.

-¡Más te vale!

Calero recorrió los almacenes y las tabernas. Los patronos cedieron. Aquella clientela que se llevaba dos reales de tocino y cien gramos de garbanzo, mantenía el negocio. Pagaban lo que se les pedía, y nunca olvidaban de liquidar cuentas. Lentos y seguros. ¡Claro que les traía cuenta fiar!

El asunto subsistencia quedó solucionado.

-Y ahora. muchachos, ¡apretarse el cinturón!

Las autoridades se reunieron en casa de D. León. Era el más rico; por tanto, el más respetado. Doña Carmen hizo preparar café y algunas botellas. D. Gaspar trajo una máquina de escribir y varios pliegos. La manejaría su hijo. Nadie debía saber lo que se hablaba aquella tarde.

Se llevaron al salón todas las sillas de la casa. Incluso las de la cocina. D. Antonio se agitaba, preparando discursos destinados a los obreros.

Peláez sonreía, seguro de sí mismo. D. César escupía, disimuladamente, en el cacharro preparado al efecto.

D. León tomó la palabra, atacando directamente a D. Mariano.

-¡Esto es lo que consiguen en los sindicatos! Al obrero no hay que darle alas.

D. César, con el bigote erizado, cortó por lo sano.

-¡Esto se arregla con la guardia civil! La huelga es un delito.

D. Luis se asustó. ¿Hasta qué punto podía intervenir la fuerza pública en aquello? En cualquier caso, sería un escándalo.

-Pero esto no es una huelga.

-Si no lo es, se le parece demasiado.

D. Mariano tenía miedo. Miedo a sus amigos, a los obreros y a los jefes de la capital.

-Creo que mejor será intentar un arreglo.

-Yo no pago un céntimo más -afirmó D. León - Está legislado 36 pesetas y

damos cerca de cincuenta. No creo que un puñado de peones tenga autoridad para cambiar la ley. ¡Ni tú tampoco!

D. Mariano bajó la cabeza. Los demás se volvieron hacia el alcalde. D. Luis procuraba pasar desapercibido. Sus negocios estaban muy lejos del campo y detestaba las preocupaciones. Buscó una contestación ambigua.

-Como alcalde, no puedo dar orden de que se actúe contra estos muchachos. Como amigo, deseo que cometan algún delito, alguna tropelía, pues en ese caso les podré detener. Pero mientras sigan en estado pacífico no puedo hacer nada, salvo si nuestro buen amigo, el comandante de puesto, se las arregla para intervenir legalmente...

Inmediatamente llamaron a la suprema autoridad del orden. No estaba en el cuartel. D. Luis pensó que había escurrido el bulto, pero no lo dijo. Dos municipales recibiera orden de buscarle por el pueblo.

-Os traéis también al juez y al notario... Vamos, si quieren venir... los hombres de leyes son muy importantes en estos casos.

Apareció el brigada. Estaba al corriente.

-Es cosa de un tal que le dicen Calero.

-¿Qué se puede hacer?

El brigada no era mala persona, pero le interesaba su porvenir en el cuerpo. Si el pellejo de aquel hombre podía ayudarlo, lo utilizaría.

-Cogerle y darle una paliza que escarmiente a los demás.

-¿Con qué motivo?

-Agitador.

-¿Hay pruebas? - preguntó el juez, que procuraba respetar el código en lo posible.

-Fue rojo durante la guerra. Se escapó por chiripa cuando le llevaban al cementerio.

D. Alberto respiró. Se podía eliminar al principal sin cometer atropellos.

Poco después una pareja detenía a Calero en la plaza. Con la cabeza alta, tranquilo, “El Revolucionario” se colocó entre los guardias. Se despidió de los suyos.

-¡A cumplir vuestro deber!

Esto le valió un buen culatazo en las costillas, prelude de los muchos que recibiría en breve.

-¿Y si no basta con Calero

-Veremos ...

Los propietarios se despidieron.

-Mañana en el Ateneo a la misma hora...

Doña Carmen se había aburrido en la reunión, que además costó cara. Lo que empezó con medias botellas, terminó en cajas de vino y tapas, que gravaron el presupuesto de D. León.

Los hombres se dispersaron. La noticia corrió el pueblo, llevada por todos y por nadie.

-¡ Cabrones!

En las tascas, voces de miedo, gestos secos de rabia impotente, almacenada durante años. Vasos caídos “sin querer”, botellas que se rompían en manos del tabernero.

-Lo van a poner morao.

-¡Y a nosotros también, si no aplacamos los nervios!

Por allí estaba Negro, la mascota sobre las cejas, fijando su mirada gris en los muchachos. Mirada de campo, acostumbrada a desafiar el sol y la distancia. El no tenía miedo, sólo un regusto a sangre en la boca. Sangre que venía de muy lejos en el tiempo. La vio de niño, al lado de tres cuerpos desconocidos, que amanecieron un día cualquiera sobre el asfalto. Muertos por nada y por nadie. Más abajo, se había cruzado con tres chicos poco mayores que él. Pistola al cinto, camisa azul, ojos inocentes. “Con este ya llevo cinco”. Y el señorito acariciaba la culata del arma, recontando las pequeñas muescas.

-¡Vosotros sois los hombres!, atajo de maricones que necesitáis criar gallos, pa ver pelear.

El miedo se cambió en vergüenza. Los muchachos agachaban la cabeza y cerraban los oídos. Negro seguía hablando. Muy alto, sin miedo de que le escuchasen. El ya tenía bastante.

-¿Qué dirán después? ¡Lo mismo que decimos nosotros!, que no servimos para nada ni siquiera para defender a nuestros hijos. ¡No se decía lo mismo de los que ganaron la guerra a los moros! Ya no quedan hombres, ¿no lo estáis viendo?

Antonio se adelantó. Apenas había cumplido veinte años, pero sabía que no estaba obrando bien.

-Yo hago lo que tú digas.

Y después de Antonio, se acercaron los demás. Unos con entusiasmo, otros indiferentes. Muchos lo hicieron “por no señalarse”.

-Mañana se va al campo. A las diez damos de mano.

-Y eso, ¿por qué?

Preguntó el Lechuzo, maldiciendo interiormente al orador improvisado, que le sacaba del trabajo y de la tranquilidad.

-Porque yo lo digo y hay que tener unión.

Lechuzo se apartó. Los demás asintieron en silencio. Aquella noche corrió la consigna de casa en casa, por las tiendas y las calles. Juan estaba en la del Largo, cuando entró Negro. Fue derecho al muchacho.

-Tu fuiste de los primeros en decir que sí al Calero y de los últimos en pararte. ¿Quieres venir con nosotros?

-¿A qué?

-A endiñarle al primero que intente entrar en la viña.

-¡Pero si nos has dicho de ir hasta las diez!

-Así mañana por la noche sabremos a los que hay que endiñar.

-Eso es peligroso.

-Peligroso o no, ¿quieres zumbar, o que te zumben?

Juan sintió miedo a los guardias... y a la vergüenza. Bebió un vaso. Y otro.

-He visto al Negro.

Paco asintió

-Yo también...

A Salvadora no le gustó aquello. Entre las mujeres habían corrido rumores inquietantes. De paro y cárcel.

-¿Qué os ha dicho?

-Cosas de él... sin importancia.

-No será nada de esa huerga, supongo.

-No, nada...

Paco guiñó al muchacho, felicitándole por haberse callado.

A las siete, los obreros se reunieron en la plaza. Muy pocos traían el cesto del costo. El Negro se acercó a uno de ellos, encuadrado por Juan y el Pelao.

-¡Deja eso en tu casa!

-¡No me da la gana!

-¡Te he dicho que lo dejes!

-Si me apuras, llamo a la guardia civil.

-¡Atrévete!

Una pareja de civiles apareció por la calle Santa Brígida. El Negro y sus amigos se apartaron, discutiendo en voz muy alta sobre el último partido. Los guardias se apoyaron en la pared de abastos. El más joven verificó ostensiblemente el funcionamiento del mosquetón, moviendo el cerrojo. Durante dos horas estuvieron allí, como dos muñecos clavados en el suelo. Los obreros desfilaron ante ellos, siguiendo al capataz que les había llamado o al jefe de cuadrilla.

-Todo arreglado, mi comandante. Han ido como un sólo hombre.

El brigada sonrió, mesándose sus espesos bigotes casi blancos.

-Está bien.

Hizo llamar al Ayuntamiento. D. Luis no había llegado.... quizá a eso de las once. El brigada pidió personalmente la casa particular de D. Luis. Al otro lado surgió una voz gangosa y malhumorada.

-¡Aquí el comandante de puesto!

-¿Qué pasa?

-Algo importante, señor.

-Lo supongo. Para molestarme a estas horas, tiene que serlo.

-Los hombres han ido al trabajo.

Los ojillos de D. Luis brillaron. Colgó sin despedirse, para llamar a esos señoritos omnipotentes, de quienes dependía que continuase ocupando el sillón del Ayuntamiento. Un sillón importante que reportaba enormes beneficios sociales... y económicos.

A las once, Sanlúcar vivía un día cualquiera. Los señoritos tomaban las primeras copas en el casino o en los bares de la plaza, los corredores compraban y vendían, el “tonto” voceaba su noticia inventada, para vender el periódico y ganar propinas, y se hablaba de máquinas, que suprimirían la mano de obra, del porvenir inmutable, basado en la continuidad del orden..., de la paz.

Un grupo de hombres llegó al centro de la plaza, después otro.. y otro... Venían en ropa de trabajo. El gitano dejó de limpiar el zapato marrón que

le había tendido D. Anselmo, para mirar cómo cubrían poco a poco el espacio entre las casas. Pensó que pasaba algo, pero no dijo nada, continuando su trabajo.

López el camarero, se acercó a la barra.

-¡Dos cafés!, cuatro medias de D. César, dos de gambas, una de sardinas.

Carmela sirvió.

-¿Pasa algo?

-Supongo.

La mujer señaló a las mesas.

-¿Lo saben?

López se encogió de hombros. Su trabajo era servir.

D. César se impacientaba.

Manuel, su secretario, se apresuró a tranquilizarle:

-Serán los recalcitrantes...

D. César movió la cabeza. Estaba para pocas bromas. Manuel no dijo nada más.

Los cascos de un caballo resonaron por la cuesta de Ganado. Un caballo al paso, que al doblar la plaza de la Victoria comenzó a galopar.

El capataz de la hiniesta estaba contento. Ya era hora que los muchachos hiciesen algo a derechas. Les había pedido que se quedasen “por la forma”, pero también les dijo particularmente, que aquello estaba bien. Y no se había dado prisa en llegar al pueblo. Claro que era de los primeros, porque el campo estaba en la misma entrada, pero de eso no tenía culpa. Se acercó a la casa, aunque sabía de sobra que el amo estaba en el casino. Llamó insistentemente. La criada bajó corriendo.

-Más calma, ¡que aquí no estamos pa esnucarnos!

La criada era una mocita rechoncha, de ojos bonitos y cara estúpida, que siempre había sido el flaco del capataz, casado con una mujer angulosa y trabajadora, de más de treinta años, que representaba los cincuenta. Muchas tardes, cuando el novio de la chica estaba fuera, aprovechaba para entrevistarse con ella, tras el muro de la huerta. El capataz pensó que podrían pasar un ratillo charlando, pero el día no estaba de conversaciones.

-La señora está como nunca. No sé qué mosca le habrá picado. Así que despacha pronto.

-Vengo en busca de D. José.

-¡Mía éste! ¿no sabes toavía que a estas horas ya está cogiendo la primera?

-¿Por qué había de saberlo?

-¡Derecho tienes! Llevas más años en la casa que las latas en la despensa.

-Bueno.... ¿le pues llamar?

-¡Búscalos tú! ¿O es que te han cortao las piernas?

La criada cerró la cancela de un portazo. El capataz llevó el caballo a la bodega, amarrándole a una argolla que estaba allí para eso. Después siguió hacia el casino, refrescándose en las tascas que encontraba.

Se tocó el ala del sombrero al llegar ante D. José.

-¿Qué pasa?

-Los hombres se han marchado.

Se acercaron de otras mesas. ¿Cómo fue? ¿Sólo en su finca o también en las demás?

-Yo... lo que vi... entraron a su hora y se sentaron. Por mucho que les dije no quisieron hacer nada. Unos habían traído la herramienta... Otros no la querían tocar ni prestada. ¡Me dolía la boca de tanto hablar, D. José! ¡Se lo juro por mis hijos!

-¡Déjate de juramentos y cuenta!

-Pues eso, que a las diez se levantaron toos y se fueron. Sin decir por qué ni por qué no.

D. León se mordía las uñas.

-¿Sabes si se han ido del Alijarillo?

El capataz lo miró como quien no comprende nada.

-¡Contesta al señor! -ordenó D. José.

-Mire usted, señorito, yo no sé nada, pero sí que cuando venía por la carretera, vi como bajaban muchos hombres pa' l pueblo. De su finca, no sé.... No conozco los que han ido este año.

-Si pasó a las diez, ¿por qué has tardado tanto en venir?

-Es que me entretuve sulfatando solo, porque no se perdiese lo que había en las máquinas...

Era mentira, pero se podía mentir. No había cuidado de que D. José subiese al campo, mientras las cosas anduviesen alborotadas. Tenía miedo, porque en la guerra le pegaron una bofetada.

-¡Vamos!

D. José y los demás desaparecieron. El capataz pensó que irían a reunirse en algún cuarto cerrado. Con calma, lió un cigarro. Sus botas resonaron en la plaza. Algunos muchachos le saludaron. Contestó disimuladamente. En la bodega le dieron el caballo.

-Ha dicho D. José que vuelvas al campo y sigas el trabajo.

El capataz asintió, escupiendo en el suelo. Después fue hacia el barrio. Ya que estaba en Sanlúcar, quería aprovechar el rato en casa de la China. Siempre se encontraban muchachas libres

Los grupos de “vigilantes” se escondían al borde de los caminos, entre las chumberas y las pitas. Esperaban a los esquirols

Juan sudaba al lado del Negro. La idea de que su padrastro estaba en el Callejón de la Reyerta le reconfortaba, pero no bastaba para eliminar el estúpido temblor, que se “le había puesto” en las rodillas.

-¡Ahí viene!

Lechuzo trotaba por el camino con su cesto al brazo. De cuando en cuando, miraba hacia atrás, parándose en las revueltas. Cruzó ante el grupo con paso huidizo.

El Negro saltó sobre él.

-¡Vamos!

Juan pegó, Pelao pegó. Durante diez minutos, el hombre se revolvió en el suelo, intentando librarse de los brazos del Negro, que le tapaba la boca para que no gritase.

-¡Ya tiene bastante!

Antes de soltarlo, le frotaron el cuerpo con hojas de chumbera.

-¡Lo vamos a matar!

Pelao sabía que un crimen es cosa grave y que la Guardia Civil se preocupa.

-¡Seguid!. Que sepa que somos peores que los verdes.

Negro le levantó.

-Y ten cuenta que si dices algo, ya se encargarán de liquidarte.

Lechuzo lloraba.

-¡A callar!

-Descuida, que obedezco- Se alejó, renqueando por el camino.

-¡Este ya no trabaja en una semana. ¡Ni en la cama!

Aquella noche se oyeron gritos de dolor. Los guardias escuchaban desde el puesto.

-¿Vamos?

El número Pérez se encogió de hombres.

-¿Para qué? No nos subirán la paga y a lo mejor cobramos.

Núñez apagó el cigarro y montó el mosquetón por si acaso.

Al amanecer hicieron las primeras pesquisas. De casa en casa, descubrieron a los “castigados”.

-¿Qué hay?

-Pues... no sé, mi comandante. Todos dicen lo mismo, que encontraron a un hombre muy alto vestido de blanco, un desconocido.

La guardia civil no buscó al fantasma, pero preparó un amplio informe sobre el extraño personaje, con referencia a pasadas apariciones, destinado a la superioridad.

-De todas formas, cuando se calmen las cosas encontraremos al culpable... Como siempre.

Reunión en el Ateneo. Moscas. Olor a colilla fría y a vino. Los “señoritos” esperan, hablando de cosas sin importancia. “Algo pasará fuera, y los hombres volverán al trabajo”.

D. César se volvió hacia la puerta. Era el camarero, con su carga de copas y medias botellas. D. Mariano encendió la pipa. Apenas quedaba un resto de tabaco. D. Luis se acercó a la ventana, levantando con cuidado la esquina del visillo. No quería que le viesen. El Juez cerró su libro de evangelios y D. Gaspar pidió otra botella.

Las conversaciones se apagaban. El murmullo de la calle llenó la habitación.

-Son muchos -dijo D. Luis.

D. León se impacientaba.

-¿Para qué sirven los guardias?

-En este caso..., no están haciendo nada malo.

-¡Pero están ahí!

D. José vivió la guerra más que los otros. Le cogió en Ronda y tenía miedo. Otra vez aquel miedo.

D. Luis volvió a su sitio.

-¡Esto no puede seguir!

D. César tenía razón. Los ojos de todos se fijaron en D. Luis.

-Sí, ¡tú!, para eso eres alcalde. Sal a decirles cualquier cosa. ¡Lo que sea, pero que se marchen!

D. Luis palideció. Cuando solicitó aquel puesto, dijo bien claro al gobernador que la carrera política no le interesaba. Simplemente necesitaba un sobresueldo, que redondease su exiguo retiro. Por estas razones sólo hablaba cuando lo mandaban de arriba, ante un auditorio sumiso que

aplaudía en las pausas, sin molestarse en escuchar el texto. Esto era muy distinto. Cualquier fallo, cualquier frase desgraciada, -íntimamente sabía que nunca fue orador-, sería suficiente para lanzar aquella masa sobre él, sin que la guardia civil, ni mucho menos los pobres municipales, llegasen a tiempo de defenderle.

-¡Venga, ¡sal!

Se sintió acorralado. No. No quería ser héroe.

-Tened por cuenta que me van a matar.

-¡Allá tú! No haber sido alcalde.

D. Mariano retiró su pipa de la boca.

-Conozco a la gente de mi pueblo. Son buenos hasta que dejan de serlo. Y entonces hay que arrimarse. Ahora no es momento de provocar algarabías. Más vale esperar un poco. ¡Ya tendremos tiempo de cogerles de uno en uno y entonces será su hora de tener miedo! Así en grupo, echan mucho gallo; pero en su casa, con un guardia enfrente, se achican más que la mar.

-Se trata de la viña, ¡de nuestro dinero! Nosotros no podemos esperar. Así que...

D. Mariano retrocedió sin levantarse de la silla.

-¡No acalorarse! ¡Lo último es acalorarse! Vamos a ver qué puede hacerse.

¡Para eso hemos venido, puñetas!

Un nuevo silencio dejó paso al murmullo de la calle. El juez se levanta para hablar.

-Supongo que esperáis mi opinión. Lamento deciros que por ahora no se puede emplear la fuerza pública. No hay delitos ni pendencies. Un orden alarmante, diría yo, pues hasta las riñas de costumbre han desaparecido.

Los unos no están ligados por ningún contrato; los otros, guardas y capataces, pueden perfectamente negarse a sulfatar, pues no es esa su obligación...

- ¿Qué pasa? ¿Es que tú también nos sales de la cáscara amarga?

El juez sonrió.

-¡Dejadme terminar! Esto puede envenenarse de muchas maneras...

Pero los bodegueros no estaban conformes. Un cambio de tiempo ¡y estaba hecho! La cosecha se perdía irremisiblemente.

-¿Para qué están tus sindicatos? Ahora les ha tocado la china. ¡Manda que trabajen a esos que escuchas cuando protestan!

-¡De acuerdo! Mañana reuniré los vocales y trataré de encontrar con ellos la solución.

D. César terminó su copa de un trago.

-¡Sindicatos! Dejaos de tonterías. ¿Cuándo se ha arreglado algo en los sindicatos? Estamos entre amigos. Aquí no vale engañar. De sobra sabemos cómo nombramos a los representantes de la gentuza. ¡A dedo! No les escuchan ni las piedras. Y los dos o tres que se nos escapan están ahí fuera, ¡con los de la calle! No es el camino. Mirando las cosas de frente, es el peor camino.

-¿Entonces? ¿Una carga? ¡Tampoco!. Esta noche podremos detener media docena, no más. Mañana seguirán las cosas igual.

-Quizá mañana vayan a protestar a la cárcel... Y allí se podrá cargar...

D. Luis se asustó.

-¡Estáis locos! ¡Para que se enteren los periodistas extranjeros y me venga el broncazo de Madrid!

D. Antonio entraba en aquel momento. Elegante y sonriente, como de costumbre. Haber atravesado la plaza entre la masa de obreros, sin sufrir un rasguño, le confería cierta superioridad.

-¿Habéis arreglado algo?

Nadie contestó.

-Está bien ¡Traigo la solución!

Algunos se levantaron para escuchar mejor el discurso, porque indudablemente se trataba de un discurso. Antonio soñaba con una brillante carrera política en el campo monárquico. Aún no había comenzado su “campana”, pero la preparaba cuidadosamente, creando un clima de amistad, en torno a su persona.

-Ni la carga de policía ni la reunión sindical son factibles. Mucho menos el discurso improvisado, pues el obrero, cuando se siente fuerte, suele contestar sin miramientos, diciendo lo que piensa sea o no verdad. Esto dañaría nuestro prestigio y el de los organismos oficiales. En principio, debemos huir de viejos modos parlamentarios, así como de gestos que nos delaten como un país donde se carece de libertad...

-Ya sabemos lo que no tenemos que hacer. Lo que nos interesa es lo que hay que hacer.

Antonio enseñó los dientes en una sonrisa paternal. Había adquirido el hábito con los trabajadores y no podía dejarlo ante sus iguales.

-¡Paciencia! Pues bien, como os decía, la fuerza y el convencimiento quedan desechados, entre otras cosas porque no convenceremos a nadie. Debemos respetar al obrero y le respetaremos, pero las viñas necesitan brazos... ¡Y los

necesitan ahora! Es lógico que los busquemos en otra parte.

Los señoritos aprobaron. Aquel muchacho de pelo rizado, que apenas habla salido de la universidad, prometía.

-Si necesitas dinero...

-No, ¡por Dios! A mí también me interesa.

Capítulo 4

Las voces de huelga corrieron de prisa. De Sanlúcar a Chiclana, los hombres escuchaban las proposiciones de D. Antonio con la cabeza baja, como si no fuera con ellos.

-No podemos, señorito... Hay trabajo aquí... Sanlúcar está muy lejos.

-Si fuera para otro sitio ... Pero Sanlúcar no es buena tierra.

El Toto subió a Medina Sidonia en busca del Manijero. Estaba en el bar Central, como de costumbre.

-¡D. Antonio! ¡Qué alegría verle!

El Manijero saludó sin levantarse. Sabía que aquella visita no era de cumplido, sino de necesidad. Sus piernas rechonchas, que no llegaban al suelo, se balanceaban.

D. Antonio se sentó.

-Necesito dos mil hombres.

El Manijero tiró la colilla del cigarro, encendiendo otro antes de contestar.

-¿Dos mil? ¿Para qué?

-Viña.

-He oído decir que tienen jaleo por aquella tierra...

D. Antonio se sintió molesto. No le gustaba que le tomasen el pelo. De sobra sabían en Medina lo que pasaba.

-Si..., precisamente por eso estoy aquí.

-El año pasado terminamos mal...

Recordó cómo el día del pago aquel extraño personaje, que había resucitado la trata del hombre, exigió dos mil pesetas más, “para comprar caramelos a los niños”. D. Antonio no quiso dárselas, porque las cosas habían marchado mal. No se ganó el dinero que se pensaba con los garbanzos, ni el gobierno quiso subir el trigo. Después se arreglaron, pero las relaciones no quedaron para ir en busca del serrano, en tiempo de apuros.

-¡Está bien! Terminaremos mejor ahora.

-Para empezar a tratar, quisiera liquidar cuentas..

D. Antonio sacó mil quinientas pesetas de la cartera.

-¿Está bien?

-¡Falta!

-No tengo más...

El Manijero dudó un momento. Después recogió el dinero. Llamó al camarero:

-Una botella. ¡Y que sea de D. Antonio!

Cambiando de tono, se dirigió al señorito:

-No podré conseguir más de quinientos.

-¡Pero hombre! ¡No me vas a dejar en la calle!

-Estamos en tiempo de faena por todas partes. Hay muchos pedidos que no se pueden abandonar. Clientes antiguos...

-¡A ver si puedes arrimar algunos más! Te abrirá mercado. Sabes que allí no tienes muy buena prensa.

El Manijero no recogió la observación.

-Y eso, dentro de seis o siete días, que por ahora es imposible.

-He venido a llevármelos.

-¡Pues no va a poder ser!

El Manijero fijó la vista en una muchacha que cruzaba, dando por terminada la conversación.

-¿Cuánto quieres?

-Sesenta por cada uno, y diez para mí.

-¡Ni que fueran máquinas!

-Por menos de cincuenta no se encuentra ni uno.

-Es que entre comida, tabaco y vino se nos ponen a 80 o más.

-Está bien, D. Antonio. Se ve que no hacen mucha falta.

El Manijero se levantó. D. Antonio le retuvo.

-¿Es que ya no se puede ni hablar?

-Tengo mucho que hacer, D. Antonio...

D. Antonio hizo las cuentas. A cincuenta, se ponían en sesenta, más diez de gastos, resultaba el jornal que pedían en Sanlúcar. Un mal negocio. Los propietarios no estarían de acuerdo, pero no podía volver con las manos vacías...

-Siéntate, hombre. ¡De la discusión sale la luz!

El Manijero se sentó, contrariado.

-Bueno..., por no despreciar.

-Te doy hasta cincuenta, todo incluido.

El Manijero dudó ostensiblemente.

-¡Está bien! Por ser para usted, lo dejo en cincuenta y cinco... y el regalo.

D. Antonio no quiso discutir más.

-¡De acuerdo! ¿Valen cinco mil?

-¡Valen!

-Lo único, que tienen que venirse conmigo.

El Manijero sonrió:

-¡Ya encontraremos alguno!

Subió hacia la plaza del Ayuntamiento con las manos metidas en el cinturón.

El cigarro apagado, le colgaba de la boca. D. Antonio se entretuvo con otra botella y metiéndose con las mujeres que pasaban. En el casino de Sanlúcar hacía lo mismo cada tarde; claro que allí no podía hablar, porque resultaba incorrecto.

El Manijero llamó a un muchacho que esperaba, sentado bajo los arcos.

-¡Dígame, D. Juan!

-Búscame doscientos hombres ahora mismo... Y trescientos más para mañana.

-Habrá que ir a los pueblos. Aquí sólo podré procurar unos setenta.

-¡Tráelos!

-¿Cuánto les digo?

-Seis duros.

-No van a querer... con esto de la subida...

-¡Aquí no hay subidas!

El muchacho desapareció por una calleja. D. Juan entró en un bar.

-¡Una cerveza! ¡Rápido!

Con el vaso en la mano, se volvió hacia la concurrencia. Buenos hombres de la Sierra, sin más trabajo que tocarse la barriga.

-¿Hay alguien para ir a Sanlúcar?

Casi todas las manos se levantaron.

-Nosotros mismos.

-Está bien, ¡vamos!

-Pero... ¿cuánto pagan?

-Lo que sea. Ya os lo diré al final. Vais comidos, con vino y tabaco. ¿Qué más puede pedir un hombre en estos tiempos?

-Es que los chiquillos...

-¡Ya habrá algo para los chiquillos! ¿O es que quizá he dejado de cumplir?

D. Antonio se ahogaba en el vagón de tercera. Olía a sudor y tabaco malo.

Hubiese podido hacer el viaje en primera o en coche, pero no quería dejarlos solos. No era la primera vez que se perdían por las estaciones. El Manijero se había portado bien. Hombres jóvenes, fuerte y bien mandados, que no preguntaban ni hacían reflexiones.

- Vosotros ya sabéis. A no hablar con nadie y a lo vuestro, que lo que quieren los de allí es quitaros, para entrar ellos.

-Sí, señor.

Se lo repitió muchas veces, porque estas cosas hay que meterlas bien en la cabeza.

En la estación de Jerez hicieron el trasbordo. Los hombres siguieron a D. Antonio con sus envoltorios de ropa bajo el brazo. La manta era importante, porque no la pasaba el amo. El señorito se estiraba en su traje gris de última moda, un poco avergonzado de que le viesen en semejante compañía

-Qué, D. Antonio, ¿son para la viña?

D. Antonio sonrió al revisor:

-Sí, hijo mío. No nos queda otro remedio que buscarlos por ahí.

-Por mor de la parada, ¿no?

-Naturalmente. Si viniesen al trabajo, no pasarían estas cosas.

En los apeaderos esperaban los capataces.

-Necesito cincuenta...

-Pues tendrás que contentarte con diez. Hasta mañana no vienen más.

Los hombres bajaban por orden. Algunos capataces subieron al tren para elegirlos. D. Antonio se reservaba veinte. Los más fuertes.

-Chiquillo, ¡baja!

-¡Yo quiero ir con mi hermano!

-Te digo que bajes, ¡te ha tocado aquí!

El niño obedeció.

Juan vigilaba la tienda de Matías. Apoyado en la pared, observaba si se cumplía el compromiso pactado con Calero. Antes de salir había advertido a su madre:

-No saques mucho del almacén, que luego habrá que pagar.

Para entretenerse, sacaba la cuenta de sus deudas. Haría falta un mes de jornal para ponerse al corriente. Eso, sin contar con la parada.

El Pirri se acercó. Había cambiado definitivamente la chaqueta de patén,

por la camisa azul de los pescadores.

-¿Qué hay?

-Nada.

-He oído decir que andáis en huelga.

- ¡Eso es un cuento!

-¿Te has creído que soy gilón?

-No trabajo porque me duelen Iba riñones.

-¿Y los demás?

-¡Yo que sé!

El Pirri sonrió:

-¿Qué piensas hacer cuando dejen de dolerte?

-Trabajar, si encuentro dónde...

-Por ochenta pesetas...

-¡Por lo que me den! Además, ¿a ti qué te importa?

El Pirri invitó. Entraron en la tienda. Una copa siempre cae bien. El Negro se acercó. Traía cara de mal humor y estaba más pálido que de costumbre. Sin saludar al Pirri, cogió a Juan de un brazo:

-¡Ven!

En el patio de Manolo el Pelao, estaban casi todos los cabecillas, esos jefes que surgen indefectiblemente, cuando hacen falta.

-¡Nos la han jugao!

-¿Cómo?

-Están trabajando en todos los campos. Tipos de la sierra.

No habían contado con eso. Venían a menudo a labores de cortijo, pero jamás entraron en la viña. Si se enteraban los otros, los "achicaos" irían al campo. Otra vez ganaban los señoritos.

-Eso ni hablar. ¡Haremos igual que con los esquirolas!

-Son muchos... Traerán más...

-Hay que ir a la sierra.

Se echó a suerte entre los que mejor hablaban. El Negro, Pelao, Paco, Antonio... Salieron Pelao y Antonio. Rebuscaron en los bolsillos. No había para los billetes.

-¡Vamos en bicicleta!

-¡Calla, hombre! Se echa mucho tiempo y hay que andar deprisa.

-¡Hay que pedir!

-Somos obreros, ¡no mendigos!

-Es igual, ¿no hemos pedido muchas veces para comer? ¡Pues ahora hay

que hacerlo para trabajar!

Las mujeres se encargaron de la tarea. De puerta en puerta. Con el chiquillo en brazos, recorrieron las casas ricas “por amor de Dios”

-Señorita, ¡que tengo al niño muy malito!

-Tu marido no tiene más que trabajar.

-Pero si trabaja le pegarán.

-¿Quienes?

-Un hombre muy alto vestido de blanco, que dicen que anda por ahí.

-¿Tú lo has visto?

- Creo que sí. De noche. Pero no me fijé. Me dio miedo y partí a correr.

Los más ofrecían trabajo; otros, “por quitárselas de encima”, daban la peseta o los diez céntimos. Por la noche se reunieron en casa del Antonio. Apenas había sitio en el cuarto, por lo que llenaron el patio. El Negro contaba el dinero.

-Doscientas cinco. ¡Más de lo que necesitamos!

Antonio y Pelao salieron en el primer tren. Varios muchachos les acompañaron hasta el fielato.

-¡Suerte!

Las autoridades no se fijaron en los dos viajeros.

-Irán al campo... La idea de D. Antonio no ha sido mala.

El guardia Pérez sonrió:

-Habrá que publicarlo. Los he visto mucho con los principales.

El Negro salió al campo. Había que buscar a los forasteros. Los sombreros de palma se movían despacio entre las cepas Eran gente poco acostumbrada a la máquina de sulfatar. Una azada brillaba intermitente. El Negro saltó la linde.

-¡Buenos días!

El serrano no contestó.

-¿Qué? ¿Comiéndote el pan de mis hijos?

Silencio.

-¡Cerdos de la sierra! ¡Mancha de cabrones que sois toos!

El serrano dejó el azadón en el suelo. El Negro esquivó el golpe con habilidad.

-¡Esto es lo que quería! Enterarme de que sois hombres como los demás y

no burros de carga. Lo que pasa es que andáis silvestres y no os enteráis de nada. Aquí os han traído porque nosotros queremos más jornal para todos. Para vosotros y para nosotros, porque si lo suben en Sanlúcar, ten cuenta que también lo tendrán que subir por allá arriba.

El serrano no entendía nada.

-¿Y pa decirme esto hay que llamarme cabrón?

-¡Si no lo eres! Te lo he dicho pa que me contestes, porque estabas ahí, trabajando como una máquina, sin oídos ni ná.

El Negro habló toda la mañana. Los capataces le echaban de las fincas, pero entraba por otro rincón de la linde.

-¡Negro!, que nos vas a buscar la ruina. ¿No ves que tenemos orden de avisar a la guardia civil si alguien viene diciendo estas cosas? Mira que yo no quiero hacerte daño.

-¡Llámala!

-No, ¡por mis hijos que no lo hago! Prefiero buscarme un compromiso...

Los serranos escuchaban. Luego volvían a su trabajo. La mayoría no entendían y los que entendían preferían no saber.

Fue un arqueño quien dejó caer la herramienta:

-Dice bien, ¡yo no sigo aquí!

Y saltó la linde del campo.

Anocheecía cuando el Negro cruzó la plaza entre dos guardias. El cabo Pérez se acercó para pegarle. El número Pérez quiso impedirlo:

-Aquí en la calle no se puede...

-¡Tú a callar! Conozco a esta gente. Un ejemplo nunca viene mal.

El Negro no protestó, aguantando a pie firme la humillación. Los golpes no le dolían, pero le dolía lo otro. Con la cabeza alta, siguió camino del cuartel.

Juan se mordía los puños,

-Que te peguen, pase. ¡Pero delante de la gente, es un infamia!

El comandante bajó la noticia al círculo de los señoritos

-Hemos cogido a otro y ya andamos detrás del tercero.

La frialdad con que fue acogido le desconcertó.

-¿Sabe usted que también los serranos dejan el campo?

-Traigan más..

-¿Para qué? ¿Piensa que los viajes los regalan?

El brigada carraspeó molesto. Estaba acostumbrado a dar órdenes, a criticar actitudes, pero no a soportar críticas.

-Ya sabemos que hay agitadores... Si ustedes nos prueban que es un movimiento político, podremos perseguirlos...

-¿Y eso cómo se prueba?

-Encontrando comunistas en el ajo... Es cosa de ustedes.....

-¡No! De ustedes, que para eso cobran.

-A veces es difícil...

-Es igual ¡Si no los hay, se inventan!

El brigada pensó que es muy fácil decir y difícil hacer.

- No conviene llamar la atención... Si en Madrid se sabe esto, son capaces de hacer subir los jornales. Con los de arriba no se sabe nunca.

D. César estaba hasta las narices. Eran muchos los millones que se jugaba en la aventura de la huelga.

-Se puede hacer una represión en pequeño, bajo cuerda...

El alcalde se inquietó.

-No hay que fiarse. Siempre hay chivatos y la sangre es muy escandalosa.

D. Antonio Vázquez volvió a Medina Sidonia. Los demás siguieron en sus puestos del casino, comentando la huelga. Por la calle cruzaban obreros con las manos en los bolsillos y los sombreros calados. Dos mundos que sólo esperaban una señal de la historia, para destruirse.

D. Antonio llamó desde Arcos.

-He recorrido todo sin encontrar quién quiera venir. A lo visto, han venido dos tipos inidentificables a convencerlos de que esto es una trata de esclavos.

Se cumplió la primera semana. En las tiendas empezaron a racionar. Ya no se daba lo que pedían, sino el cupo de crédito, fijado por el capricho del propietario.

-Sin dinero no puedo comprar género... El almacén está casi vacío...

- Los mayoristas no conocen a nadie... Me han protestado dos letras...

Antonio y los otros sabían que aquello no era verdad. Por la mañana vieron descargar dos camiones en casa de Manolo; otro, en la de Matías; y varios bocoyes en la del Largo. También vieron entrar a los almaceneros en el Ayuntamiento, donde les había convocado el alcalde. Estuvieron dos horas

en el despacho. Manolé y Juanelo esperaron en la plaza, para verlos salir. No iban muy contentos.

En las escalerillas acorralaron al Largo.

-¿Qué habéis hablado?

-¡Lo que no os interesa!

-¿Somos amigos o no?

El Largo subió hasta el descansillo, seguido por los dos muchachos. Allí, bajo la sombra del árbol del jardín del infante, que sobresalía de la muralla, les explicó la discusión como mejor pudo:

-... no nos quedó más remedio que ceder en algo... Quería que no os diésemos más nada y nos amenazó con cerrar tiendas. Algunos estaban dispuestos a tragar, pero Manolo y yo nos negamos. Quedó en lo del racionamiento...

-¿Y los que tengan más hijos, que necesitan más?

-Yo no sé... no sé... las cosas andan muy mal.

El Largo subió de dos en dos el tramo que le quedaba. Luego corrió por la calle Monte de Piedad hacia la plaza Alta, donde estaba seguro de encontrar gente. No era el camino de su casa, pero tenía miedo y quería poner tierra por medio.

Manolé y Juanelo lo dejaron ir.

-Vamos en busca de los demás.

Las parroquias suprimieron el reparto de queso y leche americanos. Un pequeño anuncio, situado generalmente en el interior del claustro, advertía que Caritas sólo socorría a quienes probasen que el cabeza de familia estaba trabajando. Era natural. Las viñas de los curas también se perjudicaban. Dispensarios, asociaciones, casas donde regularmente se distribuía “caridad cristiana”, cerraron las puertas. Unos, por propio interés; otros, porque el dar limosna en tales tiempos, estaba mal visto.

Los parados bajaban a la playa con toda la familia. Ellos, agua al cuello, rascaban la piedra con rastros improvisados, cuidando de no pisar en falso. Cuestión de centímetros. Lo hondo tenía dos, tres, hasta ocho metros. El hombre del campo no sabe nadar. Las mujeres y los chiquillos recorrían la orilla, bajándose para recoger las conchillas que escupía la mares. Los montones de ostiones, negreaban sobre la playa.

Con la espuerta a la cabeza, el hombre volvía hasta la arena, guardando milagrosamente el equilibrio sobre la muralla de piedra, cubierta de conchas cortantes. En la orilla esperaba el comprador. Era una buena época

para él. La ley de la oferta y la demanda bajaba los precios. Buen momento para almacenar.

Las mujeres no entienden de huelgas. Les dolían las manos llenas de cortes. Los niños, con los pies vendados, se quejaban más de hambre que de otra cosa.

Por las noches humeaba un puchero donde nadaban algunas patatas y pescadillos de mala calidad. Agua sin aceite, algunos tomates, un pan para todos.

Los chiquillos pedían más. Los hombres, -y aquí se llama hombre todo lo que haya cumplido 14 años-, juraban que tenían de sobra. La mujer protestaba.

-¡Ganarán! ¡Siempre han ganado! Lo único que podemos sacar con esto es un plomo de la Guardia Civil.

-Hasta hoy no ha pasado nada.

-El Negro y el Calero en la cárcel, ¿Os parece poco?

-¡Viven del gobierno!

-¡Menuda vida! Palos de toos colores y peor comida que aquí.

-¿Tú que sabes?

-¡Lo que todo el mundo!

-¡Ni que te hubieras pasado la vida en la cárcel!

-Ni he estado ni pienso entrar. ¡Menuda vergüenza!

-Depende de por qué te metan. Los Vuestros son héroes.

-¡Qué ganas de que os señale la gente! Dentro de poco se dirá que estuvieron allí y nada más. Eso no es bueno para la honra.

-¡Calla!, que tú no entiendes.

-Lo que entiendo es que más vale tirarse a la vida, que ser mujer de un trabajador.

-¡No lo harás, por tus hijos!

-Como esto siga, ¡ya verás! Los chiquillos no tienen culpa y no quiero que se me mueran.

-Ya les damos de comer, ¿no?

-¡A cualquier cosa se llama comer!

Los señoritos escuchaban las noticias. Cogieron la costumbre cuando la guerra. Después se puso de moda saber lo que pasaba. Apenas sabían dónde estaba Corca, ni el por qué de aquella guerra. Tampoco comprendían el

peligro que podía tener para ellos, retirados en el fondo de España. Eso sí, querían que ganasen los americanos, porque América era un certificado de supervivencia para su mundo.

Al final del diario daban el parte meteorológico. En el Ateneo cesaron las conversaciones. El notario se levantó, para subir el volumen del aparato.

“Un frente de tormentas situado sobre las Azores se acerca a la península. Afectará la costa atlántica, especialmente la zona del Estrecho”.

El barómetro, que adornaba la pared, fue objeto de máxima atención.

Había bajado notablemente. Agua y sol quieren decir mirdeo.

D. Antonio salió del salón. La imponente mole de D. Gaspar se arrancó con dificultad de la butaca.

-Van preocupados.

Chirlo miró al cielo.

-Como que el tiempo está cambiando.

Ellos no necesitan barómetros ni radios.

D. León Álvarez recorría la habitación a grandes zancadas. Todo aquello eran memeces. Estaba bien claro que las autoridades no servían para nada. Recurrir al Gobernador o a Franco daba igual. Un régimen podrido, que daba el país a la canalla, traicionando abiertamente a los que le ayudaron en la guerra.

-¡Mano dura! ¿No pegan ellos?, ¡pues a pegar nosotros! Nos costó muchas vidas defender lo que nos pertenecía por derecho. ¡No hay que achicarse por unos cuantos puñetazos!

-¡Hay que darse cuenta de las cosas! Nosotros, camisas viejas, hombres de bien, somos los peor tratados.

-Yo estuve con Mora - recordó D. Gaspar - soy de los que salvamos Andalucía y me quieren echar a la miseria, después de haberme jugado el pellejo por ellos.

-¡Pues y yo! El jefe de Falange, cargó, durante años, con la responsabilidad de defender la retaguardia, he tenido como recompensa un cargo en sindicatos y otro en la Caja de Ahorros, que ni para comer dan.

Peláez bostezaba. No le interesaba el pasado. Recordaba la guerra como una pesadilla, que terminó el día en que los amigos de D. Mariano se llevaron a su padre. La indignación duró poco tiempo. Hombre práctico, prefirió labrarse una fortuna que su progenitor, buen arriero, nunca hubiese soñado.

-¡Está bien de recuerdos! Todos sabemos que la mitad de los de aquí si

olieron pólvora, fue en los fusilamientos. Vuestra guerra se terminaba en la tapia del cementerio. Trabajo de limpieza muy interesante, no lo niego, pero en verdad, poco expuesto.

-¡Eso se llama apagar faroles!

A D. Antonio le divirtió la salida de Peláez, pero no a D. Mariano, que se sintió atacado directamente.

-¡Te voy a denunciar!

-Ya no estamos en el 39.

- ¡Veremos!

-Veremos cómo se arregla el asunto de la viña, que es más importante. ¿No os parece?

-Vuelvo a lo mismo. ¡Mano dura!

D. León, bautizado “Látigo Negro” por los obreros, era conocido por su tozudez.

-No podemos, perderíamos la razón... y tienen más fuerza física.

-Se pueden alquilar matones.

-No, amigo. Creo que debemos pagar..., entre otras cosas porque los matones son muy caros.

Peláez sintió miedo. Había ido demasiado lejos. Pero era tarde. Las palabras “debemos pagar” estaban ahí. Dos palabras peligrosas. Hubo un silencio. Se midieron las fuerzas. Aurelio no bajó la cabeza. Sin darse cuenta, tomó una actitud desafiante. El miedo seguía dentro, cada vez más fuerte. Era un hijo de rojo.

-Yo no puedo.

-Ni yo...

-¡Pues figúrate nosotros!

-Por un lado está bien claro que ni la guardia civil ni el alcalde pueden ayudarnos. ¡De nuestro amigo Mariano no hablemos! La cosecha supone unos pocos de billetes. Haciendo cuentas, está claro que nos deja para dar ochenta ¡y hasta doscientas! ¿Que no nos hace maldita gracia? ¡De acuerdo!

D. César comprendió que Peláez podía comprometerlos a todos.

-No serás tú el primero en ceder...

-¡Sí! Mañana se trabajará en mi campo por lo que piden.

D. Mariano vació la pipa.

-Esto es lo que pasa cuando el hijo de un arriero se sienta con nosotros.

-¡Lo soy y a mucha honra! No escondiéndolo, como vosotros, que ya habéis olvidado el pimiento molido y el olor del almacén.

D. León estaba muy cerca de Aurelio. Sintió ganas de pegarle. Lo hizo. Peláez no lo esperaba. Cayó al suelo. Una patada, otra. Fue D. Antonio quien lo liberó.

-Esto, si queréis, lo hacéis en la calle. ¡Pero en mi casa, no!

Peláez se levantó con dificultad.

-Buenas tardes, “señores”.

D. Gaspar le detuvo.

-Ya sé que lo has dicho por decir. Porque no pagarás, ¿verdad?

-Haré lo que tenga que hacer. En mis tierras, soy el amo.

-¡Tú no sales de aquí!

Peláez le apartó sin dificultad. D. Gaspar no era hombre fuerte.

-Bien, ¡uno menos!

-¡Dos!

Rocío, la única mujer propietario de la región, se había marchado.

-No importa. Entre los dos no llevarán ni doscientos tíos...

Se discutió la posibilidad de esperarlos en la calle y “darles leña”, de planes de fumigación mecánica y de una hipotética pérdida de la cosecha, uniéndose para impedir el lock-out.

Blanco (D. César) y Vázquez (D. Antonio) decidieron salir para Madrid.

-Es mejor hablar personalmente..., que las cosas no se sepan por terceros..., hay que dar una visión clara de nuestra situación para convencer de que nos deben ayudar.

Salieron de Sevilla en el último avión.

Antonio y el Pelao volvieron de la sierra, en el último tren.

Capítulo 5º

Perico entró corriendo en casa de Juan. Saltando sobre un colchón, llegó hasta la mesa donde los hombres discutían, sin preocuparse por los que intentaban dormir.

-¡M hermano trabaja mañana!

Antonio les abandonaba. Juan levantó al chiquillo por las solapas, rasgándolas.

-¡Eso no es verdad!

Perico se soltó como pudo.

-¡Te lo juro! Ha venido el capataz de D. Aurelio y se han arreglado.

-¿En cuánto?

-Eso no lo sé.

El niño salió corriendo sin dar más explicaciones. Los dos hombres sintieron que algo había fallado. Para el viejo, el Antonio traicionaba a los suyos, como en tiempos de la República lo hicieron los hombres de la capital, que venían llamándolos a la huelga. Entonces no había peligro. Subidos en un banco de la plaza, hablaban a los obreros que aplaudían y obedecían. No pasaba nada. Sólo que al final se perdió la República y vino la guerra, para restablecer el orden.

En aquellas paradas también hubo esquirols, pero no se iban de rositas. Pensó que Antonio, en cambio, podía sacar muchas ventajas cediendo el primero, sin importarle el Negro, que llevaba tres días en la cárcel, ni el Calero, ni todos los compañeros que se la estaban jugando por él y con él. ¿Quién le mandaba meterse en líos? ¿No le bastaba la experiencia de los años? Ni la guerra, ni los fusilamientos y las denuncias, le habían curado. Juan no tenía recuerdos. Confiaba en el Antonio porque sí. No le creía capaz de hacer una faena. Estaba dispuesto a comprender cualquier razón que le diese, con tal de no suprimir el pedestal en que le había colocado. Sin embargo, la palabra traición le resonaba en la cabeza. ¿O quizá las huelgas son siempre así? En ese caso, no tenían sentido; ¿a qué las palizas, el viaje a la sierra, las amenazas y las palabras?

Paco se encasquetó un viejo sombrero de fieltro:

-¡Vamos!

Su hijastro le siguió sin preguntar dónde. El viejo andaba a grandes zancadas, relatando para él y en honor del esquirol una soberbia letanía de insultos.

En menos de media hora llegaron a la choza de Antonio. Habían pasado la plaza de toros y la barriada del Pino sin darse cuenta. Para atajar, saltaron la tapia de la escuela abandonada.

En la cabaña de muros de tierra y techo de paja no se veía luz. Era natural. En los pueblos de trabajadores, todo el mundo se acuesta antes de medianoche. Sólo los señoritos se pueden permitir el lujo de recorrer los bares a esas horas. Paco aporreó la puerta. Durante cinco minutos machacaron la lámina de madera, hasta casi romperla.

La voz de Antonio salió de las profundidades de un sueño tranquilo.

-¡Ya voy!

Apareció en el dintel en calzones blancos, con el carburo en la mano. Aún tenía los ojos semicerrados.

-¡Hombre! ¡Pasad!

Con un gesto amplio, natural de las razas donde la hospitalidad es regla, franqueó la entrada. Paco y Juan cruzaron el dintel sin decir palabra.

-Hablad bajo, que los demás duermen- suplicó su huésped.

Repartidos en la cama y dos colchones colocados sobre cajones vacíos, estaban los siete miembros de la familia. La mujer de Antonio, su chiquillo, un tío “incapaz” y los dos hermanos que quedaban. El sitio vacío de Pedro no se distinguía; en cambio, el de Antonio era un claro en el grupo de cuerpos. Pronto el más cercano lo ocuparía, tras un movimiento inconsciente.

Paco tenía un gran respeto por las criaturas y las mujeres; por eso no levantó la voz.

-¡Cochino esquirol!

Antonio le miró sorprendido.

-¡No te hagas de nuevas! Ya sabemos que mañana trabajas en la finca de Peláez.

-Me paga.

-¡Mentira!, que no quieres perder ese campo. Basta que te llore el patrón o te amenace con no llamarte en lo que le queda de vida, para que nos la juegues.

Antonio empezó a despertarse:

-¡Te juro que es verdad! Matías, el capataz, ha venido a verme. Traía una carta firmada por D. Aurelio prometiéndonos las ochenta pesetas. Es lo que pedimos; ¡no hay más que tragar!

-¡Y a los demás que nos jodan!

-Después de éste, otros pasarán por el aro. ¡Es seguro!

-¡Y yo sin tener que comer!

Antonio no veía salida. Por una parte, había que ir. Era un buen ejemplo para los amos. Por otra, sus compañeros le verían salir de apuros a él solo, le llamarían traidor y dejarían la huelga.

-El capataz nos ha llamado a los de todos los años.

-Y el de D. León y el de D. José, ¿nos llamarán? ¡No, amiguito! Ni ahora ni nunca, porque nos hemos señalado más de la cuenta.

-¡Yo también!

-Para acabar así...

-¡Os juro que no soy esquirol!

Paco estuvo a punto de creerle, porque el Antonio no mentía nunca.

Además, un esquirol tiene miedo.

-Está bien. ¡Mañana veremos! ¡Vámonos!

Seguido de Juan, desanduvo el camino. Otra vez saltaron tapia, burlando la vigilancia del perro y bordearon los muros de la plaza.

Los hombres vieron desfilar la cuadrilla de Peláez. Con herramienta al hombro, treinta obreros salían para el trabajo. Antonio intentó explicarles:

-Si nos quedamos, perdemos la razón. Es como decir que no tenemos palabra.

Pero los demás no querían entenderle. Lo único claro era que el Antonio y los otros cobrarían por la tarde, mientras ellos esperaban y se hacían los fuertes.

-Ya os digo que dejar el trabajo no podemos. Hay que ir, porque es un tío echao p'alante y paga. Sé mejor que vosotros que ha tenido complicaciones con los suyos. Pero dejar a estos en la estacada no está bien... Yo no veo más que una forma arreglar las cosas: ¡to pá tos hasta que se arregle el asunto! Pero los que iban a “echar el trabajo” no estaban conformes.

-Son nuestros riñones los que dolerán esta noche.

-Tened por cuenta que si hemos conseguido las ochenta ha sido por la unión. Tienen derecho a disfrutar de lo que saquemos, ¡que se han apretado el cinturón como el primero!

-Está bien. Les damos los seis duros de diferencia.

-Tiene razón el Antonio. Si no es por nosotros, no se consigue nada...

-En mi casa hay cinco chiquillos, mi padre, mi madre, la Antonia y yo que nos hemos arreglao con dos bollos y tres tomates. ¡Hoy se acabó!, ¡comemos!

Juan se acercó al Antonio.

-Si nos jugáis alguna, os acordaréis...

El tiempo pasaba. Los que se iban cogieron el camino de la finca. Antonio se quedó un momento.

-¡Aguantar un poco! Ya están cediendo...

Sus compañeros le llamaron.

-Hasta la noche, ¡no hagáis nada por menos de las ochenta!

Una pareja de la guardia civil cruzó la plaza. Llevaban los mosquetones al

hombro y el correa de servicio. Nadie se movió.

El Chunga, desde su silla instalada en la puerta del Largo, empezó el discurso de todos los días:

-¡Ya os lo había dicho! Esto aprovechará a los listos. Nada más. En mis tiempos, cuando las huelgas eran de veras, siempre cogían los mismos la tajada. A los demás, ¡ni la hora! Con los señoritos no se ha podido nunca. Los hombres escuchaban, sintiendo que tenía razón. La plaza se dividió en dos bandos. Los del Chunga y los otros. El Pelao, Paco y Juan, se quedaron solos en el centro. Por los corrillos se hablaba de volver al trabajo por lo que diesen.

-¡Sería una buena putada para el Antonio! Así aprenderá a no jugar con nosotros.

-¿Tú crees que no iba de veras?

-El también ha tragao como cualquiera.

-Pero es de los primeros en ir el campo.

Juan se acercó a uno de los grupos.

-Qué, revolucionario, ¿ya estamos en la estacada?

El muchacho se encogió de hombros.

-¡Ya lo estáis viendo! No se atreve ni a contestar.

Paco le llamó:

-¡Vámonos!

Como siempre, el viejo obrero eligió la retirada. Pelao se opuso:

-Antonio nos ha dejao para algo. Hay que evitar que salgan. Si los dejamos solos, irán como borregos a ofrecerse, sin esperar siquiera que los busquen.

-¡Ya no nos tienen ni miedo!

-¡Lo veremos!

D. León paró el coche frente a la casa del guarda. No solía subir porque el camino estaba malo y el coche perdía, pero aquel viaje era excepcional.

-¡Pacorro!

El guarda - capataz acudió gorra en mano.

-¿Dígame, señorito?

-Vas a ir a la plaza en busca de hombres.

-¿El señor se ha decidido a pagar?

-¡No, imbécil!; el que paga es el cretino de D. Aurelio.

-Ya sabe usted que no quieren venir...

-Eso no es cuenta tuya. Tú harás lo que te mande y nada más.

A Pacorro no le hacía ninguna gracia enfrentarse con lo trabajadores. Los encargados estaban mal vistos. Los consideraban chivatos del patrón y esquiroles. Desde que empezaron los jaleos, tuvo buen cuidado en no salir del campo. Había oído que la gente andaba “levantisca”, que habían dado más de cuatro palizas y otras cosas. Pero los garbanzos son los garbanzos. Tragó saliva:

-Sí, señor.

-¡Sube al coche!

Pacorro obedeció, calándose la gorra. El saludo estaba bien hacerlo descubierta, pero luego ya podía uno taparse la calva, sin faltar al respeto. D. León arrancó dando tirones. Estaba de mal humor. Paró cerca de la acera, a media calle San Nicolás.

-Les dices que damos 60 ptas. .. si protestan mucho, puedes subir un duro más. ¡Pero sólo si protestan mucho! Les convences de que Antonio y los que han ido al trabajo, estaban conformes con el patrón; que no se jugaban nada y que siguen con el jornal de antes. Les explicas bien que todo ha sido un cuento de los revolucionarios, para hacer méritos políticos. ¡ Y te los llevas derecho a la viña! Ten cuenta que te estoy vigilando. ¡No vayas a meter la pata!

El Pacorro temblaba, camino de la Puerta de Jerez.

Rocío dejó el coche en la carretera. Era imposible subir a Atalaya por aquel barrizal. El manantial del pocillo había rebosado como de costumbre. El capataz la vio desde la casa. En otras circunstancias, hubiese bajado a recibirla. Pero los tiempos no estaban para extralimitarse

-¿Que querrá ésta? -murmuró.

La Petra, su mujer, que estaba limpiando garbanzos en el poyete, le escuchó.

-¿A ti qué te importa? Con obedecerla, estás del otro lado.

-Sabes muy bien que no puedo entrar en la viña.

-Ella también lo sabe.

-Con esto del mirdeo se han asustado. Es capaz de querer sulfatar personalmente.

-¿A ti qué te importa?

-Que si entra entre las capas, tendré que entrar también o me juego el

cocido.

-¡Pues entras!

-¡Y no podré entrar en el pueblo! Los del Antonio pegan fuerte.

-Pues no vuelves. ¡Para lo que haces! Gastar dinero y beber vino... ¿Más te valdría no verlo!

El capataz movió la cabeza. Aquélla visita traería lío. Rocío estaba a pocos metros de la casa.

-¡Venga!, ve a saludarla.

El capataz se volvió de espaldas, haciendo que trabajaba. Sin darse cuenta de lo que hacía, cogió un serón completamente nuevo y la aguja para coserlo. Eran dos cosas que estaban a la mano.

-¡Señorita! ¡No la había visto!

-Me has visto desde que he parado el coche.

-Le juro a usted...

-¡Ahórrate el trabajo y ven!

El capataz palideció:

-¿A dónde?

-A la Puerta de Jerez.

-Pero...

-¡Si la señorita te lo manda, no tienes más que obedecer!

-Bueno... voy a cambiarme.

-No tengo tiempo. Vienes como estás.

El capataz dejó apresuradamente su sombrero de palma sobre la mesa, cogiendo el de los domingos. Un fieltro en muy buen estado, que juraba con la chaqueta remendarla y los pantalones de patén. Siempre detrás de su patrona, llegó a la carretera.

-Podías haber bajado. Me hubiese ahorrado la cuesta.

El capataz sonrió con aire de idiota.

-¡Es igual!

Juan se defendía:

-¡Ya está ganado! Aguantar un poco más y veréis cómo entran.

-D. León o D. César, por ejemplo.

-Sí, ¡dinos cómo les harás tragar!

Pacorro llegaba en buen momento, pero no lo sabía. Se acercó al Chunga. El

viejo tenía fama de pacifista.

-Buenos días, abuelo.

-Buenos días...

-Querría preguntarle una cosa.

-Dilo.

-Me ha mandado venir D. León.

-¿Piensa pagar?

-No ... eso es la malo... pero quiere que le lleve doscientos hombres ...

-Aquí no los hay.

-Y si no, los que pueda.

-Te costará trabajo. Los ánimos no andan muy buenos.

Pacorro hizo un gesto expresivo. Ya lo sabía. Algunos le reconocieron.

-¡Ahí está el Pacorro!

-D. León pagar..., ¡no es posible!

-Vamos a ver qué nos trae.

Y Pacorro se vio rodeado. En un gesto de defensa, se pegó a la pared, detrás del Chunga.

-Vamos cabrito, ¡cuéntanos tu historia!

-Dinos qué tripa se le ha roto a tu jefe.

Sólo Pelao y Paco comprendieron el peligro de una oferta, por pequeña que fuese. Si Pacorro tenía miedo, quería decir que no traía las ochenta; pero el hecho de venir demostraba que pensaba ofrecer alguna ventaja, sobre el jornal anterior. Abriéndose paso, se colocaron en primera fila.

-¡Venga! ¡Habla deprisa, que no tenemos tiempo que perder!

-Mi jefe dice que os dará hasta... 65 pesetas.

Un duro más de lo que le habían señalado, pero su pellejo bien valía un duro.

-¿Eso es verdad?

Los ojos de Lechuzo brillaron. ¡Sesenta y cinco pesetas! Más jornal de lo que había ganado en su vida.

Juan cortó:

-Hemos dicho que no se va por menos de ochenta...

-Hombre, depende...

-La oferta demuestra buena voluntad...

Los muchachos, que se habían unido a la llegada de Pacorro, se dividieron otra vez. El capataz se sintió seguro.

-Entonces, ¿venís?

Lechuzo se adelantó:

-¡Cuenta conmigo! Entre el agua y las paradas, no he cogido una gorda hace siete meses.

Después fue Juanillo, Perico, el Tuerto, el Mulo...

-Esto es jugarle una faena a Calero y al Negro.

Nadie escuchó al Pelao. Los dos presos estaban encerrados “porque querían”. Y el Antonio, ganándolo con Peláez. El número de hombres al lado de Pacorro, aumentaba.

Muchos corrieron a sus casas en busca de la herramienta.

Rocío atravesó la calle San Nicolás.

-¡Caramba! Álvarez, escondido, ¿qué esperará?

Todo el mundo conocía el land rover verde, con el hierro pintado en la portezuela. D. León no era ganadero, pero tenía uno para las ovejas y lo aprovechaba como escudo de armas.

El Capataz se encogió de hombros. Pensaba que Rocío sabía perfectamente lo que esperaba D. León. Se sintió conejo de indias, pero no dijo nada.

Aparcaron en la plaza. La discusión entre los dos bandos había subido de tono. Era imposible averiguar de qué se trataba, sobre todo fijándose en el Pacorro, que no tranquilizado por la actitud de los muchachos, continuaba en su rincón.

-¿Cuántos necesitamos?

- De quince a veinte.

-¡Espera aquí!

El Capataz se quedó de una pieza. ¡Aquella mujer iba a bajar en la plaza, sabiendo cómo estaban las cosas y lo que podía pasarle!

-Señorita, ¡tenga cuidado!

-No te preocupes. Sé mejor que tú lo que tengo que hacer.

Plantada a pocos metros de los obreros, con las manos apoyadas en las caderas, gritó:

-¡Necesito veinte hombres ahora mismo!

Era una voz aguda, diferente de las demás. Todos callaron. El Pelao se adelantó, perdiendo su puesto frente al Pacorro.

-¡Aquí no trabaja nadie por menos de ochenta!

Pacorro quiso decir algo, pero Juan y Paco le taparon la boca.

-¿Quién ha dicho lo contrario?

La actitud de los cabecillas cambió poco a poco. Habían preparado su gesto a agresivo y ahora no sabían cómo arreglarlo. El enemigo se escurría en sus propias narices, convirtiéndose en amigo.

-¿Va usted a pagar?

-¡Naturalmente! Si no, no estaría aquí.

El Pelao presintió que aquella oferta tenía mucha importancia, para el porvenir de la huelga.

-¡Eh!, ¡veinte muchachos ¡Hay otro que paga!

Los que se habían colocado al lado de Pacorro, se alejaron. Había que aguantar, porque aguantando se consigue todo. El Antonio y los otros tenían razón.

-Por de pronto, quiero a tres, el Paco, que ha venido todos los años, Juan... y tú.

Los tres hombres bajaron la cabeza; sin ellos, los otros quedaban en manos del primero que llegase.

-No, ni el Juan ni yo...

- Si no venís, no pago.

-¡Si ya lo decíamos nosotros! ¡Todo estaba preparado!

Pero el Lechuzo no tuvo éxito. Su vecino le tapó la boca de un puñetazo.

-¡Venga, a decidirse, que tengo prisa!

El Pistolero se adelantó. Era un muchacho rubio de unos dieciséis años. Pequeño y delgado a causa de la mala alimentación.

-Podéis iros, ¡aquí quedamos nosotros!

Uno a uno, los hombres se ofrecieron a los jefes, para substituirlos.

-Perder cuidado. No os haremos una jugada.

-Siempre habrá un sanluqueño para ocupar el sitio vacante.

El Mulo, que se había pasado al lado de Pacorro, más por falta de esperanza que por disconformidad con la parada, se volvió a sus compañeros:

-Al que trabaje por menos, ¡lo eslomo!

D. León se impacientaba. Había metido el coche en una calleja, para no estar muy a la vista, pero los chiquillos le reconocieron. Dos de ellos - los niños se atreven a todo - le sacaron la lengua al pasar. La proposición de Pacorro podía excitar los ánimos. Un grupo de hombres excitados, seguros de su fuerza, es capaz de muchas cosas. No tenía más defensa que cargar con el coche. Algunos saldrían heridos y los heridos traen denuncias.

Después un proceso, que no le interesaba absolutamente nada. Sí, podría echar tierra al asunto, pero la tierra, en algunos casos, cuesta mucho dinero. ¡Mucho más que la subida durante un año!

De cuando en cuando, ponía el motor en marcha, adelantando el coche, para ver si llegaba el capataz con los muchachos.

Era inverosímil: ¡cerca de una hora! La discusión debía ser violenta. Quizá ya lo habían matado... Si mataban al Pacorro, también matarían a D. León.

La cuestión es empezar. Quien hace un cesto, hace ciento.

Arrancó en segunda. A más velocidad de la prudencial en un pueblo, bajó hasta su casa. Sin cerrar el coche, atravesó el portal a toda prisa, convencido de que las turbas le perseguían.

Pacorro quedó solo, apoyado en la pared. Incluso el viejo Chunga, protector del orden, le abandonaba. No se atrevía a moverse, por no llamar la atención. La cuadrilla de Santo Domingo había salido. Los que quedaron se sentaban, dispuestos a esperar la vuelta de sus compañeros o una tercera aparición.

Se hablaba de Rocío.

-Ha venido sola. No nos tiene miedo.

-Prueba de que no tiene mala voluntad.

-Siempre dije que prefería trabajar con ella. En Santo Domingo no aprietan como en otros sitios.

-En cambio, el cabrón de Vázquez nos manda a su capataz. ¿Eso es un hombre?

-¡Pues y el mandaero!, ¡Fijaos cómo estás. No se atreve a moverse.

-¡Eh, tú, cabronazo!, ¿te vas a quedar toa la tarde aguantando la casa?

-¡Huye de aquí!

Pacorro echó a correr hacia la calle donde le esperaba su amo. No se dio cuenta de que Chirlo, con los brazos abiertos, se disponía a recibirle en la misma esquina.

-¿Dónde vas tan deprisa?

Pacorro intentó huir en dirección contraria, pero el Mulo le cortó el paso.

-Aaa... ningún sitio. D. León me espera ahí abajo.

El Chirlo soltó una carcajada.

-¡Te esperaba! Ha salido como los conejos.

Pacorro procuró serenarse.

-¡Bueno, muchachos!. Basta de bromas.

El Mulo le largó un puñetazo que le tiró al suelo. Pacorro lloraba:

-¡Dejadme! ¡Por mis hijos!

-¡Lo hacemos por los nuestros!

-Ya os hemos dicho que aquí no se viene ofreciendo menos dinero del “marcao”.

-El amo me mandó. ¡Yo no quería!

El Mulo volvió a golpearle. A Pacorro le silbaban los oídos

-¡Esto, para que te enteres de que somos más machos que tu jefe! La próxima vez, ya puedes tomar billete pa 'l patio de los callaos.

El Mulo quiso pegar una tercera vez, pero Chirlo le sujetó el brazo.

-¡Ya está bien! Y ahora, ¡huye a contárselo al “patronsito”!

Pacorro no se hizo repetir la orden. A toda prisa. enfiló por la cuesta de Belén. En menos de cinco minutos, llegó al portal de Vázquez. Desde que sonó la campanilla hasta que le abrieron la puerta, le pareció que habla pasado un buen número de horas. Con el resuello cortado, preguntó por su amo.

Las hierbas habían invadido la viña. El Antonio, con cuatro más que trajeron herramienta, iniciaron la limpieza. Los demás cargaron las mochilas de sulfatar.

-¡Muchachos!, hay que rendir. Que sepan que somos buenos.

Sin hablar, levantándose solamente para secar el sudor, trabajaron hasta que el capataz les recordó la hora.

-¡El cigarro!

Se sentaron en el suelo donde les pilló. Había que aprovechar.

Ciriaco sacó un paquete de picadura:

-¿Tenéis librito?

Buscaron en los bolsillos. El Juanelo descubrió cuatro papelillos arrugados, en el fondo de su chaqueta.

-No hay más que esto.

-¡Trae!

Ciriaco lió cuatro cigarros con cuidado de no romperlos.

-Tocamos a uno para cinco...

A la hora del almuerzo, se abrieron las cestas. Pan, sal y tomate. El capataz llamó a su mujer:

-Tráeles una botella de aceite.

-¡Tú estás loco!

-Haz lo que te digo..., me lo ha mandado el señorito.

La mujer entró en la casa. En la cocina había dos botellas: la de uso, medio vacía y otra, casi llena. Sólo se sacaba cuando subía D. Aurelio. Cogió la botella de D. Aurelio.

Los hombres echaron un chorreón sobre el pan. Por la tarde trabajaron más a gusto, porque tenían el estómago lleno.

-¡Para que digan que no damos golpe!

Antonio contemplaba el tajo, con satisfacción de obrero y de cabecilla.

A las cinco llegó D. Aurelio. La hora del pago. Uno a uno, recibieron el sobre. Los primeros jornales ganados por la huelga.

-Muchas gracias, D. Aurelio.

Pero el día no había terminado.

-Sois viñistas viejos. Sabéis mejor que yo lo que es una cepa. Si no sulfatamos de prisa, todo se puede perder. Sin vendimia, lo mismo vosotros que yo, andaremos perjudicados. Vosotros en el trabajo; yo, en el dinero. Tened en cuenta que me he jugado mucho ayer tarde, ¡no me dejéis mal!

El Antonio habló por todos:

-Si lo que quiere usted es que echemos horas, no podemos. Hay otros que esperan en la plaza y sería quitarles trabajo. Eso no es impedimento para que le agradezcamos lo bien que se ha portado.

Ciriaco no era de la misma opinión. Cuatro o cinco duros de más, caen bien en el bolsillo... incluso para repartirlos a los otros.

-Porque nos quedemos una hora no pasa nada, ni hacemos daño.

-En una hora no se adelanta mucho, pero algo se puede salvar.

Antonio se volvió a D. Aurelio.

-Lo último que le pido. ¡Hoy no nos haga echar horas! Le juro que mañana trabajaremos doble.

Peláez les dejó marchar.

Juan preparaba el sulfato. También en Santo Domingo había faena. El capataz se alejó del tajo. La huelga le separó de sus compañeros. No tenía nada que decirles ni lo necesitaban para apretar. Rocío se había quedado en

la viña. Sentada en el porche vigilaba de lejos. No daba órdenes, pero todos sentían su presencia, que les obligaba.

A la hora del cigarro, sacó una cajetilla:

-Como me figuro que no tendréis ni tabaco...

Por la tarde, los muchachos esperaban que les pidiese horas.

-Hasta mañana. Os espero a las ocho.

Se marcharon, contando el dinero por la carretera

D. Luis esperaba en el Ayuntamiento. Había cerrado las puertas y despedido a los ujieres. Sólo un viejo medio sordo andaba por el amplio pasillo, sin comprender porqué no le dejaban volver a su casa.

Vázquez irrumpió en el despacho, sin dar tiempo a que la ruina humana le anunciase.

-Ya lo tenemos. ¡Han pegado a Pacorro!

D. Luis llamó al Juez, interrumpiéndole en la lectura de un edificante libro de meditaciones.

-¿Qué hay?

-¡Han pegado a Pacorro!

El juez no sabía quién era Pacorro.

-Es el capataz de Vázquez.

-¿Quiénes?

D. Luis se impacientó:

-¡Quiénes van a ser! Los de la huelga.

El Juez bajó los ojos: “todos los caminos son buenos para llegar al señor”.

Dios siempre ponía en su mano la frase que necesitaba, para elegir el suyo.

-¿Sabes sus nombres?

-No...

-¿Entonces?

-Ha sido en la plaza. Podríamos denunciar a todos los que estaban allí.

-De acuerdo. Venid con la víctima.

Capítulo 6º

D. León fue al juzgado con Pacorro. El juez no estaba en la oficina, porque era tarde y había terminado la jornada. Se hizo traer la máquina de escribir por el secretario, al saloncillo isabelino de su casa.

-En un caso así, cualquier momento es bueno.

Pacorro contó su historia.

-Por lo visto, sabes perfectamente quién te pegó.

-Sí, señor juez; ¡el Mulo y el Chirlo!

D. Alberto no deseaba tanta exactitud. Hizo una seña al secretario, que se encargó de continuar el interrogatorio:

-¡Dime cómo se llaman de nombre!

-¡Ya lo he dicho!

-¡Que cómo los bautizaron! Aquí el “alias” no sirve.

-Pueden preguntarlo a cualquiera..., todo el mundo les conoce por eso...

-¡No vamos a molestar a medio pueblo por ti!

Pacorro recogió la gorra para marcharse.

-¡No! ¡Espera! Tienes que firmar.

-Pero...

-¡Que esperes te digo!

Pacorro se quedó en el centro de la habitación con la gorra en la mano. Los señores hablaban como si no estuviese allí.

...una denuncia indefinida. La masa se precipitó sobre el muchacho... no pudo reconocer a nadie. Sólo sabe que le pegaban y que llegó medio muerto a casa del Sr. Vázquez, que declarará como testigo...

El secretario seguía escribiendo. Con aquel papel se podía detener a cualquiera. Caerían los más “agitados”. La idea pareció bien a todos. A todos, menos al capataz. Si el amo no le hubiese prometido aquellos mil duros, nunca se hubiese decidido. Además, el quería ir contra los dos matones, ¡no contra los otros! Mil duros, cinco billetes que no servían de nada, porque nunca podría volver al pueblo. Las cosas siempre llegan a saberse.

El secretario sacó el documento de la máquina, tendiéndoselo a D. Alberto, que, después de leerlo en voz baja, lo pasó a D. Luis.

-¡Está bien!

Pusieron una pluma en la mano de Pacorro.

-¡Firma!

-Pero... ¿no dicen que hay que leer antes de firmar?

-¡Firma te digo! Los que tienen que leerlo ya lo saben de memoria.

Y firmó. En la calle se dio cuenta de lo pesados que pueden ser cinco papeles. Nadie le miraba, nadie sabía nada. Sin embargo, cuando su primo Carlos se acercó y le invito a tomar una copa, sintió vergüenza.

-Tengo que volver pronto a casa. Con lo que ha pasado esta tarde, sabe Dios cómo encontraré a la Clara.

-¡Pero, hombre, ¡si sólo es una copa!

-¡Que no, te digo!

-¡Que sea por lo de la Plaza! No tiene importancia. Hiciste lo que te mandaron y nosotros lo que debíamos...

-¿Estabas allí?

- Si..., un poco lejos porque no quería que me confundiesen con los esquiros.

-¿Por qué no me defendiste?

Pacorro buscaba culpables sobre los que descargar su responsabilidad.

Poder decir: “denuncié porque me maltrataron, porque hasta la familia me negó”, era muy importante para él.

-No era cosa mía.

-Soy tu primo...

-Pero no pareces obrero.

-Trabajo a jornal como vosotros.

-Es distinto.

-Si no lo hubiesen hecho...

-¿Qué?

-Que no pasaría nada.

Carlos sonrió:

-¿Qué quieres que pase? ¿La guerra?

-No, ¡que vayáis todos a la cárcel!

-Nadie sabe nada.

-Los civiles lo vieron.

-¡No digas tonterías! En toda la mañana no se vio un tricorno. Si tú no lo has dicho.....

Pacorro tragó saliva. Tenía miedo:

-¡Yo! ¡Por mis hijos que no! ¿Te crees que no sé cómo las gastáis?

Carlos le palmeó en la espalda.

-¡No, hombre! Ya sabemos que no eres capaz.

Y pidió otra ronda. Pacorro bebía despacio. Le tocaba pagar y no tenía más que billetes verdes. A fin de mes, ningún trabajador los tiene de ese color. Buscaba la mejor forma de no sacarlos, sin despertar las sospechas de su primo.

-¡Apúntalo!

El chico de la tienda obedeció, extrañado de que un “fijo” no tuviese para liquidar una ronda.

Carlos pasó el brazo sobre los hombros de su primo.

-¡Vamos a casa del Largo! Quiero que hagas las paces con los muchachos. Pacorro se defendió.

-Es igual. ¡Te llevaré a la fuerza si hace falta! Las cosas se arreglan en caliente.

El Mulo se apoyaba en el mostrador.

-¡Aquí os traigo al arrepentido!

Pacorro procuraba esconderse. Chirlo le llamó:

-No tengas miedo... Lo de esta mañana fue una lección si mala idea. No había más remedio que dártela. Por nosotros ¡ya está olvidado!

Y le tendió la mano. Pacorro la estrechó sin convicción. Le invitaron. Bebía, procurando no olvidar la lengua y que se le soltase más de la cuenta. Cada vaso pensaba que sería el último. Se despedía, pero no le dejaban marchar. Estaban arrepentidos de haberle pegado tan fuerte. Siempre había sido un infeliz y querían compensarle.

En la otra punta de la barra estaba el Pistolero. que no le quitaba ojo de encima. Pacorro pensó que le había visto e alguna parte.

El muchacho se acercó. Ahora sabía dónde. En la puerta de «La Habana», junto al juzgado. Se defendió agresivamente

-Y tú, ¡qué tanto mirar!

El Pistolero se le encaró:

-Porque te he visto esta tarde.

-¡Pues yo no!

-Entrabas en el juzgado con D. León y el Sr. Alcalde... Estuviste más de una hora allí dentro.

-¿Y qué? Fuimos a cosas de la finca.

Los muchachos habían formado un círculo alrededor de los contendientes.

Escuchaban, porque iba mucho en aquello. Carlos pegó el puño cerrado a la cara de su primo.

-¡Si has dicho algo... !

-¿Pero por quién me habéis tomado? ! No soy un chivato!

-Ten por cuenta que te la ganas.

-Fuimos por mor de las lindes. Ya sabéis que D. León ha cortado el camino de Trebujena, por eso de que nadie lo usaba.

-¿Y qué? ¿Lo dejaréis libre o no?

-No sé... han sido declaraciones.

-¡Qué has dicho!

-¡Qué queréis que diga con el amo delante! ¡Pues que era suyo! Llevo mucho tiempo en la casa y lo gano bien.

-Le has regalado unos metros...

-Unas aranzas. ¡Que el camino era bien ancho!

Pacorro asintió resignado.

-No está bien, porque el camino nos hace falta a todos.

El Mulo sirvió otra ronda. Pacorro aceptó el último vaso.

-Estoy medio mareado. ¡Me marchó!

Carlos le acompañó hasta el cruce. Pacorro se apoyaba en él, tambaleándose ostensiblemente. Era verdad que le temblaban las piernas, pero el vino no tenía la culpa.

La denuncia estaba sobre la mesa. El comandante de puesto pensó que se llega a juez por algo, pues él, simple oficial de cuchara, nunca hubiese tenido aquella idea.

Llamó al guardia Pérez. El número Pérez sabía muchas cosas del pueblo, porque tenía novia. Precisamente esperaba la orden de traslado para casarse. Un guardia no debe servir donde tiene familia.

-Dígame nombres de revoltosos.

El guardia Pérez meditaba en posición de firmes. ¿Revoltosos? ¿Qué son revoltosos? ¿Gentes que protestan porque no tienen para comer?

¿Delincuentes comunes? Probablemente se trataba de los que organizan paradas....

-No los conozco, señor. Los veo a todos igual. Callados, sin meterse con nadie.

-El otro día hablamos de un tal Antonio.

-¡Hay tantos que se llaman así!

-Núñez me dijo que alborotaba.

Pérez se encogió de hombros.

-El sabrá.

El brigada dio un fuerte puñetazo a la mesa.

-¡Usted también tiene la obligación de conocerlos!

-Señor... yo... he estado de servicio... no conozco a nadie.

-Su novia tiene que conocerlos.

-Mi novia tampoco. No es de familia de campo.

-¡Puede retirarse!

Pérez chocó con fuerza los talones.

El comandante de puesto llamó al sargento. Un viejo soldado que había vivido la época de los maquis. Guardaba en el fondo de la maleta una lista de guardias muertos en acto de servicio, luchando contra ellos. El brigada tenía razón. Aquellos hombres, víctimas del deber, merecían mejor suerte que el olvido.

- ¡Señor!

-Pérez no ha querido darme nombres...

-¡Yo lo digo! Juanelo y el Pirri.

El brigada saltó en su asiento.

-El uno está en el mar y el otro en la bodega. ¡No tienen nada que ver!

-Fueron de las “cuadrillas” en los años cuarenta. Es posible que sean los cerebros de todo esto.

-¡Aquí no hay cerebros! Lo que necesito son culpables. ¿Me entiende?

-Unos cuantos que sirvan de ejemplo, quiere decir.

-Exactamente.

-Yo los buscaré, señor.

-¡Ah! y dale a Pérez las guardias nocturnas en la playa.

-Sí, señor.

Al sargento le gustó aquella orden. Pérez era el garbanzo negro del cuartel.

-Es para que aprenda a entenderme.

-Sí, señor.

El sargento se retiró, dejando al superior sumido en profundas reflexiones. Ya podía aplicarse la ley. Sólo faltaba montar un plan.

A la entrada del pueblo se separaron.

-Vosotros bajáis al barrio. Tu te llegas al Pradillo y buscas al Pelao.

-De acuerdo.

Antonio siguió hacia la Puerta de Jerez.

-¡Tardes!

El Pistolero fue a su encuentro.

-Todo bien. El Juan y los demás trabajan en Santo Domingo. Yo estoy al cargo de todo.

Antonio te palmeó cariñosamente en la espalda.

Escogió una mesa en la tienda del Largo.

-Bueno, chicos, ¡llegó la hora del reparto!

Cada uno de los que salieron se reservó treinta pesetas.

-También tenemos derecho a comer...

Llegaron los de Santo Domingo. Se hicieron las cuentas. Tocaban a duro por cabeza.

-¡No hay ni para empezar!

Chirlo tuvo una idea:

-Lo gastamos en pan y a lo que toque.

Fue aceptada por unanimidad.

Las mujeres de los que habían “salido” sacaban cuentas:

-¿Tú que dices? ¿Hay que pagar primero la tienda o al ditero?.

-Yo... empiezo por “El Ocaso”. Nunca se sabe lo que puede pasar y hace unos pocos de meses que no les doy una chica.

La Salvadora opinaba que lo mejor era reunir las 160 pesetas de sus hombres e hinchar de comida a la familia. ¡Un día es un día!

Juan y Paco entraron tarde. Cansados, sucios, con cara de pocos amigos. La Salvadora estaba “de uñas”, porque se le había pasado el pescado y la carne estaba casi consumida de tanto hervir.

-¡Pa un día que tenéis algo bueno! La tonta soy yo matándome por vosotros! ¡Borrachos, too el día en esa tienda, que si la quemasen no se perdería na bueno! ¡Venga el jornal!

El Paco le tendió cincuenta pesetas.

-¿Esto es lo que hay?

Juan se buscó en el bolsillo los dos duros, que pensaba guardarse para tabaco.

-¿Y el resto? ¿Ya se fue en vino?

-¡No hay más, te digo!

La Salvadora tiró los billetes. Necesitaba las manos libres para golpear alternativamente el pecho de su marido y el de su hijo. El puchero se consumía sin que nadie se preocupase por él.

-¡Mal nacidos! ¡Hijos de puta! ¡Cabrones! Un billete y doce duros es lo que teníais que traer. ¿Dónde habéis dejado el billete?

-Ya está bien de escenas. ¡Déjame en paz!

Mientras sus padres se peleaban, Juan se acercó al puchero, sirviéndose una

buena porción de sopa y carne en la lata, que hacía las veces de plato. Con ella en la mano, se metió entre las mantas, cenando tranquilamente de cara a la pared.

-¡Si ya me lo decía mi madre! La culpa la tengo yo por haberme casado con un hombre de una familia tan baja como la tuya.

-¡Ten por cuenta que no voy a mirar que eres la madre de mis hijos! Paco era tranquilo, pero no consentía que le tocasen a sus muertos.

-¡Una aquí pasando calamidad, para que vosotros lo tiréis en la calle! El marido estaba cansado. Quería dormir. Y para dormir había que callar a la Salvadora, que había probado repetidamente su resistencia, lamentándose noches enteras. Por eso la cogió del pelo, zarandeándola con cuidado de no hacerle mucho daño.

-Te callas o...

Salvadora comprendió que no estaba la noche para serenatas. Llena de dignidad se acercó al Luisillo.

-Hijo, despiértate, que aquí no nos quieren.

El niño la siguió medio dormido. Siempre que sus padres se peleaban, le tocaba salir de noche. Era el predilecto de los dos y ninguno quería dejarle con el otro, en semejantes circunstancias. Paco se levantó para darle un beso.

-Adiós, hijo.

-Hasta mañana.

-¡No! Esta vez podéis pasar la semana fuera. Creo que será mejor.

La Salvadora cerró de un portazo. En la calle hacía frío. Se sintió abandonada. Cogió al chiquillo en brazos, envolviéndole en su mantón. Juan asomó la cabeza.

-Opa, ¿voy por ella?

-No, hijo, es mejor que pase unos días por ahí. Le calmará los nervios. Si no, tendremos manifestación todas las noches.

-¿Quién es?

-Tu hermana. ¡El asesino de tu cuñado me ha echado de casa!

Sinforosa abrió la puerta del chozo. Aquellas visitas se repetían regularmente. Por eso no les daba importancia.

- Entra y échate en tu sitio. ¿Traes al niño?

-¡No lo iba a dejar en manos de aquellos salvajes ¡

-Está bien. Acuéstalo contigo.

La Sinforosa volvió a su cama. Como no tenía hijos, la llegada de su hermana no le molestaba. Se querían mucho, sobre todo desde que murió la madre

Pelao y Antonio esperaban que se fuese la luna.

-¡Maldita sea!

Antonio miró la hoja del calendario:

- Se ocultará a la 0,30.

Leía con dificultad.

-¡ Eso no puede ser! Ninguna hora se llama así.

Antonio se rascó la cabeza. Manolo tenía razón.

- Lo importante es que se ocultará.

-¿Y si las cero es mañana por la mañana?. ¡Ya habrá salido el sol!

Antonio arrancó la hoja del día, guardándosela en el bolsillo.

-Sale a la 5,45. Como las cinco no pueden ser la cero, quiere decir que la luna se quitará del medio esta noche.

El Pelao bebió otro vaso. La botella estaba vacía.

-¡ Habrá que esperar a seco!

A las doce, Cayetano anunció el cierre.

-¡ Hombre, aguanta un poco más!

-No sé qué tenéis que hacer plantados en esa mesa. Hace tres horas que estáis con la misma botella.

-¡ A ti eso no te importa!

Cayetano se enfadó

-Estoy en mi casa, y en mi casa mando yo.

-¿Tú o los guardias?

-De momento, yo. ¡Cierro cuando me da la gana!

Antonio no quería discusiones. Se bebió lo que quedaba en su vaso. Lo había reservado para el final

-Veámonos. Buenas noches.

Cayetano cerró. No quería clientes mientras arreglaba la tienda. Se entretuvo media hora, colocando botellas y “preparando” vinos para el día siguiente. El chiquillo barría entre las mesas.

-¿A cuántos estamos?

El chico miró el calendario:

-A 25, patrón.

¿Veinticinco?. El treinta vencía la segunda letra de la máquina. Abrió el cajón para contar las reservas. No había bastante. Del fondo sacó una libreta mugrienta. Nombres y sumas. Más de cuatro mil duros que no podía pensar en cobrar, mientras siguiese la huelga.

-¡Ya podían volver al trabajo esos cabrones!

El chiquillo no contestó.

-¡Eh, tu!, ¿tu padre no es de campo?

-Sí...

-Pues dile que ¡a trabajar! Di que te lo he dicho yo, que necesito dinero. El chico siguió barriendo, interesándose vivamente por la escoba y el camino que tomaba el serrín, derramado en el suelo para empapar.

-¿Me oyes?

-Sí, patrón.

Antonio imitó el silbido de la lechuza. Un sonido exactamente igual salió de la cárcel.

-¡Calero!

Hablaban muy bajo.

-¡Aquí estoy!

-Os traigo tabaco y dos cartas.

-¡Espera!

Una guita bajó a lo largo de la fachada. Antonio lió un paquetillo.

-¡No te muevas!, ahora contesto.

-También hay algo para ti, Negro.

El Negro estaba en el piso bajo. De un salto se encaramó en la ventana. Sacó la mano con dificultad, por los cuadros de la reja:

-¡Dame!

La mano entró en la celda. A última hora Pelao había añadido dos trozos de queso. La voz de Calero llegó desde arriba. Le habían incomunicado en la celda de las mujeres.

-¡Ahí va eso!

Antonio vio bajar el blanco del papel por la fachada. Habían hecho bien en dejar pasar la luna.

-¡Seguid aguantando!

-De acuerdo. ¿Cómo van las cosas?

-Como siempre. Aquí siempre van igual.

-¿Pegan?

-Todavía no.

El Pelao, que esperaba escondido en la acera de enfrente, silbó. Antonio apenas tuvo tiempo de volver la espalda a la cárcel y dar algunos pasos. La pareja, con sus mantas al hombro, cruzó a pocos centímetros.

-¡Adiós! Hay moros.

-Adiós y suerte

El número Núñez volvió sobre sus pasos.

-¿Dónde vas?

-No me ha gustado ese tipo.

El número Pérez le cogió del brazo.

-Déjalo. Al fin y al cabo, ¿qué nos importa?

Pero Núñez tenía su idea.

-¿Cómo se llama?

Antonio se sobresaltó al oír el acento castellano. No había sentido el ruido de las botas sobre el cemento de la acera.

-Antonio Cabeza de Vaca, para servirle.

-¡Los papeles!

-No los tengo encima, señor.....

-¡Vamos a tu casa!

-Es que.... tampoco están en mi casa. Los he perdido.

-Los papeles no se pierden.

El guardia hablaba con voz suave, como cuando quieren hacer daño en firme.

-La verdad es que hace dos meses que tengo pedida la tarjeta. Ya fui a poner el dedo.

-Enséñanos el papel que te dio el cabo.

-Ya le he dicho que lo he perdido.

-¡Acompáñanos!

Al número Pérez no le gustaban las detenciones.

-¡Deja en paz al muchacho! Nuestro trabajo no es andar por las calles. El brigada nos ha mandado a la playa.

-¿Y qué crees, que tengo ganas de coger un reuma? Un servicio como éste le caerá en gracia. Mañana podremos elegir.

-Este tío no es nadie. Le conozco bien. ¡Un pobre desgraciao que ni pincha ni corta!

Núñez sonrió fríamente.

-Espero que no protegerás delincuentes... Hoy sabemos que todos son sospechosos.

-No ayudo a nadie, pero conozco a los “escandalosos”. Este no es de ellos.

-La otra mañana estuvo en la plaza

-Sería otro.

-No. Ya sabes que no se me despinta una cara.

-No estabas allí.

-Me lo dijo el de la tienda de en medio.

-¡Maldito soplón! –marmotó Antonio.

Núñez soltó una carcajada.

-¿Quieres más prueba?

Pérez bajó la cabeza.

-¡Vamos!

Las tres siluetas avanzaron hacia el cuartel. Los gorros de charol brillaron, al pasar bajo la bombilla. El Pelao se perdió por una calleja, donde todavía no habían puesto luz.

Capítulo 7º

D. Antonio Vázquez daba una cena. Una cena de notables a la que había sido invitado el gobernador. Ante sendas tazas de café, se tocaron los temas del día. Antes no hubiese sido correcto.

-¡Ésta es la situación!

El gobernador demostró su preocupación con varios gestos. No tenía noticias de lo que pasaba en Sanlúcar. El alcalde había evitado que se enterase. Una huelga siempre es desagradable. Si se encona, puedo hacer cambiar las autoridades - siempre desde arriba, por supuesto -. Y la cuerda se rompe por lo más flojo.

-¡Mal asunto!

D. Luis comprendió que debía decir algo.

-No he querido dar órdenes severas porque la prensa está en todas partes. Ya se sabe que a los de Madrid no les gusta que se hable de estas cosas. Sobre todo fuera de nuestras fronteras.

El gobernador frunció el ceño.

-Lo menos que podíais haber hecho es avisarme a tiempo. Ya se hubiesen tomado medidas de urgencia.

-¿Por ejemplo?

-Detenciones gubernativas. Sin juicios ni historias, basadas en la ley de orden público.

D. Luis tragó saliva.

-Me he permitido detener a dos elementos agitadores. Hace unos días que están encerrados.

-¡No me gusta que nadie se extralimite en sus funciones! Yo y sólo yo puedo detener a quien convenga. ¡Y juzgar a quién conviene detener!

D. Luis agachó la cabeza. El gobernador suavizó el tono.

-¿Cómo se llaman esos elementos?

-Juan Moyano, alias Calero y Luis Ponce, conocido por el Negro.

-¿Motivo legal?

-El primero por antecedentes de tiempo de la guerra. Al otro le cogieron discurseando por los campos.

-¡Está bien! Hágame una nota para convertir su detención en situación legal. ¡Ah!, le mandaré varias órdenes firmadas y en blanco, para que se utilicen contra quien convenga.

D. Luis agradeció tamaña confianza.

-En cualquier caso, no es necesario que esto llegue a Madrid; por eso es conveniente atajarlo pronto. Mucho cuidado con los forasteros. Hay que solucionarlo antes de fin de mes. ¡Y en familia!

Calero se tumbó en la manta que servía de colchón. Le dolían los huesos desde el día en que le cogieron. Comió el pedazo de queso, mientras releía las cartas. La familia andaba bien y los muchachos aguantando.

-¡Tienen cojones!

El brigada saltó de la cama.

El Cabo Pérez estaba en posición de firmes, procurando desviar la mirada de la esposa, mole que descansaba al lado de su jefe. La civila era la única responsable de que la pobre criada desgreada, le hubiese introducido hasta allí. El día en que empezó la huelga, le había ordenado:

-Si sabes algo o viene alguien, me avisas a cualquier hora. Aunque sea de noche.

El Cabo era muy importante para la criada.

-¡Te das cuenta! ¡El gobernador!

-¡Y no te han avisado!

La civila estaba indignada. Para las duras, cualquier hora era buena; en

cambio, cuando podía hablar con alguien interesante, nadie se acordaba de llamarle...

-¡Anda! Vístete y corre.

-Ya se habrá marchado...

-Hace cinco minutos estaba en casa de D. Antonio, señor.

-¡Espérame fuera!

El Cabo Pérez hizo un correcto saludo militar, a la figura en pijama.

La civila sacó del fondo del armario el uniforme de gala.

-¡No, mujer! ¡No es para tanto!

La civila insistió. El brigada enfiló el uniforme, pero no consintió ponerse el correaje amarillo.

-Sé lo que tengo que hacer. Con el negro hay bastante. Además, nadie me ha dado vela en este entierro.

-¡La coges! No hay que dejarse pisar el terreno.

La civila quería que su marido llegase a coronel. Antes había soñado con verle ceñir el fajín de general, pero el tiempo corría más de prisa que el escalafón. Sin mucha recomendación, era imposible que llegase más arriba de comandante. ¡Si llegaba!

El brigada trotó escaleras abajo, a punto de romperse la crisma. En el patio esperaba la criada, con el camisón asomando por la bata de percal.

-¿Tengo que hacer algo?

- ¡Acostarte!

La criada cerró la puerta.

En aquel momento, salía el señor gobernador. El ruido de las botas le hizo volver la cabeza. En la noche, sólo se distinguían los tricornios.

-¿Pasa algo?

El comandante de puesto se cuadró.

-Sin novedad, señor.

-Entonces, ¿me quiere explicar por qué corre de esa manera?

El brigada no supo que contestar. El Cabo Pérez le sacó de apuros.

-Estamos recorriendo los puestos.

-¡Con retraso, naturalmente!

El brigada hizo un gesto afirmativo. La visita del Gran Jefe le había hecho perder la facultad de razonar.

- Es una dejadez impropia de un oficial de la Guardia Civil, sobre todo

teniendo en cuenta la situación. Haré que conste en su hoja de servicios.

El comandante de puesto saludó, llevando la mano a la visera del gorro. Sin pestañear siquiera, aguardó a que el coche oficial arrancase. El Cabo Pérez le imitó.

Los de Sanlúcar se quedaron solos. D. Luis se volvió hacia el guardia.

-¡Bonita faena!

-¡Vamos, D. Luis!, ¡no diga tonterías!

Con D. Luis era diferente. No le tenía miedo. Andaban juntos todos los días, se necesitaban y habían hecho más de cuatro negocios a medias.

-¡Las salpicaduras de esta idiotez caerán sobre todos!

-Pero...

-Sí, ya lo sé. Desde que terminó la guerra no se recorren los puestos. Ni de día ni de noche, y nadie se ha enterado. Nadie se hubiese enterado, sin la carrera de hoy.

Sin decir otra cosa, D. Luis subió al coche de Álvarez. D. Antonio apoyó una mano amiga en el hombro del guardia:

-No hay que preocuparse. Yo me encargaré de que se olvide.

El brigada lo agradeció. El Toño, para los amigos, pensó que aquello bien valía pasar vagones de trigo de contrabando. No se equivocaba.

Lo que nadie se explicó nunca fue aquel exceso de celo. El Cabo Pérez no habló del asunto ni a los más íntimos. También a él le interesaba que se olvidase.

Llegaron al amanecer. Calero oyó abrirse los cerrojos. Núñez, el número Pérez y el Cabo Pérez, entraron en la celda.

-¡Vamos!

El Negro venía con ellos, esposado. También a Calero le colocaron las esposas. Era la primera vez.

-Y esto ¿por qué?

-No te vayas a escapar.

-¿Cuándo me lleváis al juzgado?

-Todavía te queda un hueso que roer entre nosotros. Estás aquí por orden del Gobernador.

Calero tenía práctica. Sabía que una vez en juzgado, no podían pegarle. Era un delincuente como los demás y había que respetarle. Con órdenes de arriba, es otra cosa.

Calló, porque no era momento de discutir.

El brigada examinaba la figura de Antonio. Unos treinta años, alto, moreno. Uno más.

-¡Te cogieron con las manos en la masa!

-Me cogieron porque no tengo papeles. No tiene usted más que mirar en el libro. Eché la solicitud para la tarjeta hace más de cuatro meses.

El brigada se encogió de hombros. Eso no le interesaba. Sobre la mesa había tres órdenes de prisión gubernativa. Una en blanco.

-¿Cómo te llamas?

-Antonio Cabeza de Vaca, para servirle.

El brigada rellenó el escrito.

-¿Por qué estabas hace tres días en la Puerta de Jerez, hablando a los obreros?

-Creo que tengo derecho a charlar con los amigos.

El brigada cambió de tono.

-Piensa que soy como un padre. No me gustaría tener que pegarte, pero a tu padre tampoco le gustaba cuando eras un chiquillo y hacías tonterías...

¿Quién os ha dicho que declararéis la huelga?

Antonio se replegó:

-¡No hacemos huelga!

-Huelga quiere decir que los obreros no trabajan cuando se les llama, como ahora.

Antonio se rascó la cabeza:

-¿La huelga sólo la pueden hacer los obreros? ¿No puede ser cosa de los patronos?

El brigada le miró con curiosidad. ¿A dónde querría llegar aquel muchacho?

-Mire usted ¡lo que nosotros decimos! Si no trabajar es huelga, no emplearnos también lo debe ser. Así que los patronos hacen huelga todo el invierno y nadie les dice nada.

El brigada rió. No era mal muchacho, sólo un poco bruto.

-El que no os llamen en invierno, no perjudica las viñas; en cambio que no vayáis ahora, puede ser causa que se pierda la cosecha. Y eso es malo para la economía nacional.

-El paro es malo para nosotros, que somos nacionales; porque nacional es

ser del país, ¿no?

El brigada no sabía, cómo contestar.

-Es distinto... las divisas son para todos, para la nación...

-¡No para nosotros!

-También para vosotros.

-Cuando hay hambre, hay hambre y nadie nos da nada.

-Pero se arreglan las carreteras.

Antonio hizo un gesto de duda.

-Sí, con esas divisas se hacen carreteras, pantanos, conducciones de agua...

-No tengo coche... Si queremos agua, hay que bajar a la fuente por ella... Y la fuente ya estaba ahí cuando nació mi abuelo.

Aquello se complicaba. El suboficial apeló a la autoridad.

-¡Que hacéis la huelga es un hecho, y la huelga es un delito!

-No, señor. Lo que pasa es que en primavera no tenemos ganas de trabajar.

¡Que nos llamen en enero y verán si vamos!

Se abrió la puerta. El Cabo Pérez asomó la cabeza.

-Ya están en la cuadra.

-¡Que esperen! Ahora voy.

El Cabo Pérez cerró con cuidado.

José Armada llamó a la criada. Quería desayunar. La mujer de José Armada también. A las diez llegaba un corredor y había que estar en la bodega un poco antes, para “prepararse”. Por eso D. José se levantaba tan temprano.

Caridad entró en el comedor con una jarra en cada mano. Café y leche. Sobre la mesa, la botella de aguardiente y dos vasos. El aguardiente mata el gusanillo. El matrimonio Armada se desayunaba con una copa, desde que se casaron.

D. José estaba cada día de peor humor. No hablaba. Graznaba.

-¡Que me traigan el periódico!

-¡Que me traigan tostadas!

Aquella mañana tenía ganas de hablar. Y para escucharle no había otra como su mujer.

-¿Sabes que siguen parados?

Ella asintió, sin dejar de extender la manteca colorada. Cuando venía gente de fuera, sólo se comía mantequilla, porque la manteca era un recuerdo de

los viejos tiempos del almacén, cuando vivían entre libros de ditero y sacos de azafrán. Recuerdo agradable y lejano, que sólo se acariciaba en la intimidad.

-¡Esto no puede seguir!

La mujer asintió.

-¡Pero di algo!

-Que hagáis lo que haga falta.

-¡Lo que haga falta! ¡lo que haga falta! ¿Y qué es lo que hace falta?

-No sé.

-Podías dar una idea por lo menos.

-Meterlos en campos de concentración..., obligarles a trabajar.

-Eso se podía hacer cuando la guerra. Ahora no dejan.

-Pues entonces, ¡convencerles!

-Muy sencillo. ¡Están los ánimos como para escucharnos! Las mujeres siempre seréis igual, ¡idiotas!

La señora de Armada se encogió de hombros. ¿Para qué se empeñaba en preguntarle, si de sobra sabía que no entendía de cosas de hombres?

D. José mordió el panecillo, manchándose los bigotes de manteca.

-¡Vamos!

-¿Dónde?

Cruzaron un patio grande. En las, ventanas, ropa tendida. Varios chiquillos, hijos de civiles, jugaban a la guerra entre las columnas blanqueadas. Una mujer lavaba en el lebrillo.

El brigada abrió un portón. Media docena de caballos comían en la pesebrera de madera. La paja estaba sucia de estiércol. Olía a orines y a bestias.

Al fondo estaba el Cabo Pérez con sus dos guardias. Calero y Negro no se distinguían. Antonio los reconoció cuando le colocaron a su lado, apoyado contra la pared, como cuando los fusilamientos.

El brigada pidió una silla, instalándose frente a ellos.

-Estáis aquí por orden del Gobernador. ¡Ya sabéis lo que es eso!

Ni Negro ni Antonio tenían la menor idea. El brigada lo comprendió por el gesto.

- Prisión gubernativa ... ; la prisión es del gobierno. No se trata de un arresto, como cuando le cogen a uno robando un saco de paja para el

colchón...

El brigada pasaba por la estancia, continuando su discurso.

-Esto quiere decir que no iréis al juzgado. O sea, que mientras el mismo gobernador que ha dado la orden de encerraros, no os suelte, no podréis salir.

Hizo una pausa. Era importante estudiar el efecto que causaba la noticia en los presos. Pero los presos no hicieron el menor gesto.

-En una palabra; ¡que tenéis para rato si no os portáis como Dios manda! Portarse como Dios manda es ayudar a la policía, contestando la verdad a lo que se os pregunte.

Idéntico resultado que las frases anteriores...

-¡Ah!, no sé si estáis enterados de que en la cárcel de Sanlúcar sólo se puede estar un mes. Después se pasa a la de Cádiz... ¿Habéis estado alguna vez?... Y de Cádiz, al Puerto ¡Qué pocos vuelven del Puerto!, ¿verdad?

El Calero conocía aquel camino. Lo había recorrido al año de terminar la guerra, cuando le cogieron. (“¡Tu debías estar fusilado!”). Entonces era un chiquillo, con menos de veinte años. Pasó quince, encerrado sin saber porqué. Sintió frío y temblor en las piernas. Hizo un esfuerzo para dominarse. No quería que se lo notasen.

Cádiz. Una celda más baja que el mar, recibiendo la luz por un ventanillo, que también dejaba pasar el agua, en días de tormenta. Las paredes húmedas, cubiertas de verdín. En Cádiz no había quien aguantase más de seis meses. Estuvo un año. Sólo le quedó aquel dolor en el costado, que venía con los cambios de tiempo. Era joven y fuerte, por eso no llegó a escupir sangre, como los demás. ¿Y el Puerto? Al lado de las salinas, en aquel viejo convento desafectado... Se estaba mal, pero entonces el cambio fue una bendición de Dios.

Los otros sólo pensaron que de tan lejos no podrían ver a su familia. En Sanlúcar era fácil. No había más que empinarse hasta la ventana. Siempre pasaba alguien. Alguien que hacía una seña para ellos y no se sentían solos, El brigada, que se había sentado, se levantó. Para los interrogatorios, es mejor estar de pie. La altura da cierta superioridad. Con la cabeza baja, como un toro arrancado, meditaba sobre el sistema a emplear, con aquellos animales.

Los clavos de las botas sonaban apagados por el estiércol. El número Núñez entró, trayendo dos vergajos y una cadena mohosa, que hacía mucho ruido. Los muchachos escuchaban el chocar de los hierros. El Cabo Pérez cogió la

bruza de limpiar los caballos, que estaba en un estante.

El brigada se volvió bruscamente hacia el Negro.

-¿Quién te dijo que te parases?

-Nadie, mi brigada.

El brigada le dio un puñetazo.

-¿Os creéis que somos idiotas?

Suave, apoyó la mano en el hombro de Antonio.

-Hijo, tu no tienes motivo para verte metido en líos. Estás trabajando, tienes familia y nunca has venido por este cuartel. Dime quiénes organizaron esta huelga y podrás irte a tu casa tranquilamente.

Antonio se mordió los labios. Le molestaba que esperasen encontrar en él al chivato.

-Si estoy trabajando, ¿por qué me han cogido?

-¡Porque no tenías papeles!

-Está bien. Esto se aclara pronto. Con mirar en el registro se encuentra mi solicitud. Además, si me quieren preguntar por algo, ¡pregunten por mis papeles! De lo demás, no sé nada.

Calero había dudado del muchacho. Era muy nuevo para aquellas cosas. Ahora estaba tranquilo. No hablaría.

El brigada se enfadó, no podía decirle que nunca le habían apuntado en el registro, porque nadie se había ocupado de apuntar los nombres que recogía la policía de Jerez, para las tarjetas. Que si tenían la obligación de hacerlo, no les había dado la gana, ni tampoco que lo de los papeles, era un mero pretexto.

-Estáis aquí por prisión gubernativa. ¡Es distinto!

-Alguna razón tendrá el gobernador para encerrarme. ¡Yo no la sé! Que me la digan.

-Porque le sale de las narices ¿te enteras?

La contestación del Cabo Pérez no era conveniente. Al brigada le pareció buena, por la sencilla razón de que no había otra.

-Entonces porque a un señor de Cádiz, que ni conozco, le parezca bien, tengo que pudrirme en la cárcel. ¿Eso es la ley?

El Cabo Pérez le tiró al suelo. Antonio se quedó tendido sobre la paja sucia.

-¡Déjemelo!

El brigada accedió, instalándose en su silla, para contemplar el espectáculo. No le gustaba pegar, prefería mandar a otros que lo hiciesen, excitándose con las contorsiones de los detenidos. El Cabo Pérez lo sabía. Los demás no

se explicaban el brillo que aparecía en los ojos del suboficial al primer golpe, ni el aumento gradual de su palidez. Muchas veces el brigada se preguntaba qué hubiese sido en la vida, de no encontrar el cuerpo de la Guardia Civil. Un infeliz asesino, probablemente, publicado en los periódicos, como los que detenía algunas veces.

El número Núñez colgó la cadena de un gancho, que aparecía en el centro del vigón. Estaba preparado para soportar el balanceo de un hombre. Esposaron al Antonio. Entre el guardia Núñez y el Cabo le levantaron. Quedó colgado en medio de la cuadra, a pocos centímetros de las grupas de los caballos. Calero sabía que aquello se llamaba “el culumpio”.

-Dejar al muchacho. Yo ya estoy acostumbrado.

Estaba cerca del Antonio. Las manos unidas por las esposas. Las piernas abiertas. El Cabo Pérez le mandó a su sitio de un vergajazo.

Después se volvió al muchacho.

-Sabemos que te has metido en jaleos. Que has pegado en los caminos y otras cosas. Si dices los nombres de los que te acompañaban, te soltamos.

Antonio no contestó. El cabo lo pegó en la cintura. El cuerpo se balanceó.

-¡Dinos qué tenían que ver estos dos en el asunto! Ya están cogidos. Más no les puede pasar.

-No sé. No son amigos. Los conozco de vista.

-En ese caso, ¿por qué estabas al lado de la cárcel esta madrugada?, ¿por qué hablabas con ellos?

-¡No hablaba!

- ¡Te escuchamos!

-¡Porque me dio la gana, como al gobernador!

Núñez golpeó, Pérez golpeó. Antonio volaba de un lado a otro de la cuadra, suspendido del «columpio». Dejaron de dolerle las muñecas. No veía. Sentía náuseas, pero no dolor. Ni siquiera dolor.

El número Pérez pidió permiso para salir. Tenía el estómago levantado y no quería arrojar allí, delante de su jefe. El brigada lo denegó.

-Hay que acostumbrarse, muchachito.

-Con todos los respetos, debo decir a mi brigada que esto es de salvajes.

El brigada le miró fríamente.

-No querrá usted ocupar el puesto del detenido, supongo.

El número Pérez se escondió entre los caballos. Abrió la boca, dejando salir un líquido ácido.

-Hay que llamar la atención a Peláez.

-¿Para qué? Lleva dos días trabajando. El daño ya está hecho.

-Es un judío. Ha echado cuentas y ha visto que le conviene. Nunca tendrá conciencia ni sentido del deber como nosotros. ¡No hay que dejarse aplastar!

-Lo mismo que hay una ley que regula el jornal mínimo, debe haber otra que regule el máximo.

D. Mariano no estaba muy seguro.

-No sé, pero creo que no.

-¿A qué esperas para enterarte? Es tu obligación. Hay que conocer la ley para aplicarla.

-No soy abogado ni juez.

-Pero en cosas de trabajo mandas tú.

D. Mariano llamó al botones. En una servilleta de papel, escribió algo ilegible.

-Lleva esto al sindicato. Se lo das a mi secretaria y esperas la contestación. ¡Que te la escriba a máquina! Es muy importante.

El Cabo Pérez mandó traer una redoma de vinagre. Las mujeres del cuartel disolvieron en el líquido un kilo de sal gorda. Estaban acostumbradas a ese trabajo.

-Esto es lo mejor que hay para las mataduras.

Calero, el Negro y Antonio yacían desnudos en el suelo. Después del “culumpio” les pegaron en las articulaciones y en esos puntos del cuerpo, que tan bien conoce la policía. El Cabo Pérez roció los tres cuerpos con la mezcla.

-¡Dales la vuelta!

Núñez obedeció.

Un quejido profundo llenó la cuadra. El número Pérez escuchaba desde su rincón. Tenía el fusil muy cerca. Por un momento pensó que sería mejor matarles. Allí mismo, para que no sufriesen más; ¡para que no le hiciesen sufrir! y, ¿por qué no?, tiraría también sobre el brigada y el cabo. Pero no lo hizo. ¿Falta de energía?, ¿miedo a las consecuencias?. Después recordaba que alargó la mano para coger el arma y algo le detuvo. Algo que no podía identificar.

Beli trabajaba. Hacía estadísticas, números que nadie leería. Las hojas, escritas cuidadosamente, se almacenaban en los archivos. El jefe no se tomaba siquiera el trabajo de mirarlos. Firmaba durante media hora. Beli lo sabía y sin embargo hacía las cosas a conciencia, sin perder la esperanza de que algún día sirviesen de algo. Parados, familias que no podían adquirir las calorías necesarias, casas en ruinas... Cifras que sólo ella conocía.

D. Mariano llegaba a las dos. "¿Hay algo?". A las tres se marchaba... "En vista de que no hay nada ..." . Por la noche pasaba otra hora en la oficina. Los amigos venían a verle. "Ahí está un obrero, dice que..." "No tengo tiempo; que vuelva mañana". "Está D. Fulano". "¡Pásalo!"

El botones entró corriendo :

-Esto de parte de D. Mariano. Espero la contestación. Tiene que ser a máquina.

Beli leyó. No, no había leyes que limitasen el salario. Para tranquilidad de conciencia, revisó varios libros de legislación laboral. Después redactó un amplio informe. Hablaba de derechos, de huelgas. Por una vez, estaba segura de ser leída. Particularmente, aconsejaba a su jefe inhibirse de aquel asunto.

Beli estaba con ellos, con los hombres del campo. Era su ocasión de ayudarles y no estaba dispuesta a desaprovecharla.

D. Mariano leyó detenidamente. Su secretaría pertenecía a los seres que admiraba sin comprenderles. Sus consejos eran buenos y sus ideas acertadas. Evidentemente, le pagaban por defender a los trabajadores, le gustase o no el papelón. Cualquier patinazo podía costarle el puesto. y sin puesto no hay garbanzos ni trajes de señorito.

Antes de hablar, se abanicó con las cuartillas. Había que meditar lo que se decía, porque los propietarios tienen mucha fuerza.

-No, no hay ninguna ordenanza por la que se pueda atacar a Peláez.

D. César tiró la colilla al medio de la calle, sin preocuparse por la gente que podía encontrarse en su trayectoria.

-¡Está claro!, no podemos despedirlos sin indemnización; ellos, en cambio, pueden dejar el trabajo cuando les conviene. ¡Plantarnos cuando más falta nos hacen, después de vivir a nuestra costa un poco de tiempo! Y que se nos olvide pagarles seguros, montepíos, vacaciones, ¡la Biblia! ...

-Si no hubiera sido por nuestra clase, Franco no estaría en el Pardo.

¡Maldito, traidor!

D. Mariano cortó:

-¡Cuidado! Alguien puede oírnos. Un comentario así llevado arriba, y perdemos la razón definitivamente.

Esto calmó los nervios de D. León, que se desahogó despotricando contra los del pueblo.

Los pequeños propietarios cedieron.

-Ellos, con las bodegas, pueden aguantar; pero nosotros, si perdemos la cosecha nos vamos al agua.

Pequeñas cuadrillas salieron aquella mañana de la Puerta de Jerez. Trescientos hombres más cogían jornal. “Hoy habrá para todos”, comentó el Pelao.

Los que se quedaban hacían apuestas sobre quién sería el primero en “tragar”. Se barajaban nombres importantes: Vázquez, Álvarez, Blázquez, Argüeso, Domecq de Jerez. Mérito, González y también Terry y Caballero, del Puerto de Sta. María. Se sacaban cuentas sobre lo que estaban perdiendo aquellas casas y sobre lo que les quedaba. Se juzgaba a los hombres;...

-D. Carlos González no es malo; lo que pasa es que los otros no le dejan.

-Ni D. Manuel.

-¡Pero D. Manuel ya no está en la bodega!

-Bien podrían arrancarse los Domecq. ¡Con el dinero que tienen!

-¿Esos?, ¡ni la hora! Limosna si les pides, sí; pero de jornales, ni hablar.

-¿Y los de aquí?

-Debían morirse toos.

Llegaron rumores de que en Chiclana no se trabajaba. Se decía que los campos de Huelva estaban vacíos, y que Moriles y Montilla se unirían al paro.

-Este año no va haber vino ni para decir misa.

El marco ya no estaba solo. La unión hace la fuerza, decían los viejos. Y los jóvenes soñaban con la victoria. Más salarios... Después, la tierra para todos.

-Yo no quiero que me den na, pero me parece mal que se lleven cuatro mil duros limpios por aranzá y a nosotros no nos dejen ni medio billete. Sería mejor que todos explotásemos la tierra. Ellos también tendrían su parte,

¡nadie quiere matarlos de hambre!

Se hablaba de detenidos.

-Uno que le dicen El Tato lleva tres días en la cárcel de Jerez.

-A mi primo el de Col le llamaron al cuartel. Me lo ha escrito mi tía.

-En la guerra hay que ser valientes, ¿no?

Los jóvenes querían ser héroes. El jornal quedaba atrás. Había dejado de ser punto de mira. Ahora se trataba de llegar más lejos.

-¡Y caiga quien caiga!

Capítulo 8º

El gobernador había suprimido las visitas. No quería escuchar quejas de nadie ni perder el tiempo. Si aquello seguía, era inútil pretender que no llegase a Madrid. Una representación de exportadores le había presentado ciertos papeles muy interesantes. Las cuentas de la cantidad de divisas que perdería el estado, si no había cosecha de mosto.

Los obreros, por su parte, sin tantos números ni palabras, le habían escrito en el lenguaje del pueblo, advirtiéndole que estaban dispuestos a “llegar hasta el final”. Las cartas venían del mismo Cádiz.

Y las denuncias se apilaban. Los patronos daban nombres y señas sin orden: “su padre fue rojo” o “luchó con los rojos”, eran las principales acusaciones.

Si hubiesen sido menos, las habría atendido, pero en tal cantidad era imposible. Se pueden hacer cien, doscientas detenciones, pero no cinco mil.

Por todo esto, el gobernador había suspendido las visitas, escondiendo la cabeza como el avestruz.

El secretario llamó tímidamente.

-¿Quién es?

-Una carta de Madrid, excelencia.

-¡Pasa!

El secretario dejó el sobre abierto en la mesa.

“Excmo. Sr. D... Gobernador Civil de la Provincia de Cádiz”. Venía del Ministerio. No era un documento oficial, sino una simple carta particular del secretario. El secretario era buen amigo de D. X. Gracias a su influencia en las altas esferas, había conseguido aquel puesto que no estaba dispuesto a perder.

“Estimado amigo: Hasta aquí han llegado noticias de la situación laboral por aquellas tierras. No he podido averiguar quién ha sido la persona tan

mal intencionada, como para hacer un viaje con el fin de ponerte en evidencia, aunque todos sospechamos de quién se trata.

El señor ministro está muy disgustado. Espera que lo arregles, pues no quisiera llevar el asunto al Consejo. Al parecer, esta persona está dispuesta a llevarlo hasta el Generalísimo. Ni que decir tiene que el problema es del dominio de la prensa extranjera.

Tu sabes que en las circunstancias actuales una represión violenta no es posible. Por tanto, deberías arreglarlo suavemente. Ten en cuenta que subir los jornales en una zona de España, es un golpe de propaganda internacional, que no perjudica excesivamente a nuestra economía.

Siempre tuyo ... “

El gobernador llamó al secretario.

-Supongo que habrá leído esta carta...

El secretario conocía las vicisitudes de la política de despacho. Su celo, en aquel caso, era una indiscreción.

-No, excelencia; solo miré el encabezamiento. Me di cuenta de que se trataba de algo particular...

El gobernador pensó que su amigo debía haberle escrito a su residencia. Luego recordó que nunca le había mandado las señas, pues acababa de instalarse en el nuevo edificio.

-Está bien. En todo caso, ni una palabra.

-Descuide V. E.

El gobernador meditaba sobre la mejor manera de arreglar el problema. Al día siguiente esperaba una nutrida representación de terratenientes, a los que ya no podía apoyar. Era desagradable decirles que no, porque dinero es influencia y podía necesitarlos para su carrera.

-Avisé a los señores que esperamos mañana que no podré recibirlos... Y llame a los delegados locales de los pueblos en huelga. Que vengan con uno o dos vocales de la social.

-¿Para cuándo?

-A la misma hora que esperábamos a los otros.

No sé si se habrá dado cuenta V. E., de que no hay tiempo material ni para escribir las convocatorias.

-Si no lo hay, le inventan. ¡Es una orden!

El espíritu militar del gobernador no admitía inconvenientes.

-Sí, excelencia.

El secretario cerró la puerta suavemente. En su despacho, apretó el timbre.

Una secretaria entró tímidamente.

-De orden del gobernador...

-¿Digo a los escribientes que dejen lo que estaban haciendo? Si no...

-¡Por supuesto!

La inactividad endémica del gobierno civil desapareció. Las máquinas teclearon al máximo. Era un asunto urgente.

La carta llegó a las tres. El sello “Urgente” en letras rojas bajo el membrete del Gobierno Civil, hizo trotar al viejo ujier, único ocupante del Ayuntamiento. D. Luis no estaba en casa ni en el casino. Alguien le dijo que le había visto pasar hacia Bajo Guía, con otros señores.

El ujier pensó tomar un taxi, pero no ganaba bastante y el alcalde, a pesar de la urgencia, no querría pagarlo de su bolsillo ni de sus gastos de representación. Bajo el sol de mayo, trotó los dos kilómetros de la calzada. Luego cogió por la playa. Era más corto que por la carretera. Su traje gris sucio de galones dorados, hacía un extraño contraste con el río.

Los últimos quinientos metros fueron los más penosos.

-¡Y si encima no está!

D. Gaspar Núñez se apoyaba en el brazo de D. Luis. D. Gaspar era una autoridad. Incluso Álvarez y D. César le respetaban. D. César un poco menos. Eran de la misma edad, pero el se conservaba mejor. Con la varita de bambú rematada por un puño de plata bajo el brazo, regulaba el paso de los demás, consciente de su forma física.

D. Gaspar ya no podía bajar a la calle Divina Pastora, para elegir la chiquilla más guapa. En cambio él... D. César contemplaba el grupo por sus ojillos maliciosos. Escuchaba. Ya tendría tiempo de hablar.

Se discutía del tiempo y las mujeres, del pasado, comparándolo con el presente. D. Gaspar recordaba el año en que fue a Madrid. D. Luis el día en que llegó a capitán, subiendo de un salto el escalafón.

-Entonces era un simple brigada. Defendíamos una loma; el capitán, que estaba con dolor de tripas, me había confiado la batería...

D. Luis siempre hablaba de la guerra. Antes del 36 había sido mozo de mostrador, en una quincallería. Gracias a los tiros, adquirió lo que se llama “un porvenir”.

Los demás oían la historia distraídamente, ¿Para qué molestarse? Conocían de memoria los cuentos del alcalde. D. Gaspar procuraba no tropezar, evitando cuidadosamente las piedras. El sol y las voces eran música de fondo, sin interés.

D. León, con las manos a la espalda, avanzaba de medio lado, procurando mantener su actitud respetuosa. Siempre afectaba un profundo respeto a la vejez. Sabía aprender lo que le convenía de aquellas momias, olvidando lo que no le interesaba.

Juan Llamas estaba en la trastienda. Había poca clientela. Tres mesas de desconocidos. Un camarero le avisó:

-¡Que viene el alcalde!

Juan se abrochó la americana. Se miró al espejo, procurando estirar su metro cuarenta de estatura. De frente, no se veía la joroba. Juan Llamas buscó una corbata negra. Con D. Luis siempre llevaba corbata sobre la camisa azul.

Había muchas en el armario. La mitad debía haber pasado a la basura, pero su mujer se empeñaba en conservarlas: “siempre son recuerdos”. Cogió una al azar. Al hacerse el nudo, descubrió una mancha parduzca, probablemente consecuencia de la última juerga. Salsa de langosta. No había tiempo para cambiarse. Procuró ocultarla en el nudo wilson.

Los notables habían elegido la mesa del centro. No se veía la playa ni apenas el mar, pero era la más visible desde la calle.

-Buenos días, señores.

Juan saludó a sus huéspedes con sendas reverencias. Su posición de propietario de restaurante, obligado a vivir del público, había desarrollado notablemente sus dotes naturales de criado. Falso, adulator e hipócrita, daba a cada uno lo que esperaba recibir, cuidando de marcar las diferencias. El alcalde, por ejemplo, era un forastero, buen cliente pero no fijo. D. Gaspar y los otros resultaban más interesantes, porque eran ellos, en definitiva, quienes hacían nombrar al alcalde.

-¿Qué tienes?

Juan recitó la carta. Sopa de pescado, acedías, langostinos... Lo de siempre.

-Han llegado unas peregrinas magníficas. Las tengo reservadas para mí.

Las peregrinas vinieron a la mesa con varias, docenas de langostinos.

La casa regaló tres medias botellas. Tres etiquetas distintas. Todos contentos.

-¡Búscame una entera de Solera!

El camarero trotó hacia el almacén. Había que contentar a D. César.

Juan servía personalmente, deferencia insigne, que los notables supieron apreciar. Su cara grotesca, dividida en dos. Era su forma de sonreír.

D. Luis pelaba un enorme langostino.

-Es cosa de poco. Con lo que me ha dado el gobernador esta tarde, ordenaré cincuenta detenciones.

Los bodegueros aprobaron.

-Al burro sólo se le maneja con palos -dijo D. Gaspar.

Se aprobó por unanimidad tan inteligente observación.

-Es gentuza. No entienden otro lenguaje.

Un grupo de lancharos se apoyaba en la baranda que separaba la terraza, -avanzadilla del lujo sobre la arena-, del resto del mundo. No tenían otra cosa que hacer hasta la entrada de los barcos. Ver comer a los demás les reconfortaba. Entre ellos, algunos chiquillos se sorbían los mocos. Chiquillos de la playa semidesnudos, morenos, con cara de viejos y cuerpos diminutos.

A D. Luis le molestaban. Llamó al camarero.

-¿Dígame, D. Luis?

-¿No habría manera de quitar esa chusma de ahí?

-Es un poco difícil..., tienen costumbre de quedarse plantados mirando las fuentes... hasta que la lota se ponga en marcha...

-¡Inténtalo!

El camarero llamó a su jefe. Juan se volvió hacia la gente:

-¿Es que nunca habéis visto comer?

El Gamba había tomado demasiadas copas aquella mañana. El Gamba tenía muchas cosas que decir.

-¡Lo que no vemos es comida en nuestra casa! ¡Ya se nos había olvidado lo que puede tragar un hombre!

El alcalde ordenó que llamase a un guardia. Diez minutos más tarde, llegaba el Nabito, sudando dentro de su uniforme azul. Se cuadró lo mejor que pudo delante de su jefe.

-¡Quita de ahí a todos esos!

Nabito intentó convencerlos por las buenas.

-Irse, muchachos, ¡que estáis molestando!

Nadie se movió. El alcalde frunció el entrecejo. Nabito no quería perder su trabajo. Estaba inútil para el campo.

-¡Hombre!, ¡por mis hijos!

-La calle es de todos, ¿no?

Llamaron a los carabineros de servicio. Tricornios, uniformes verdes. Su presencia bastó para que se verificase el despeje espontáneamente.

Nabito se acercó a la mesa.

-D. Luis, sus órdenes han sido cumplidas.

El alcalde sonrió:

-Reconozcamos que con dificultad.

Nabito se sintió incómodo sin saber porqué, pues no había entendido a su jefe.

-Entérate cómo se llama el que contestó y llévalo al puesto. Le tomas todos los datos y me los traes esta tarde.

Nabito se cuadró.

-Creo que no debemos dejar que nos falten al respeto.

D. César estaba de acuerdo. La guerra empezó por dejarles sacar los pies del plato.

-Como en los toros. Hay que defender el terreno.

Nabito entró en el bar de Bigotes. Cabezas estaba detrás del mostrador. Fue una suerte. Cabezas sabía todo y conocía a todo el mundo.

-¿Quién fue el que contestó al alcalde?

-El Gamba.

-¿Cómo se llama de nombre?

-Eso no lo sé. Vive en la calle Rubiño. Allí te darán razón.

Nabito se internó en el Barrio, pensando que el trabajo del campo era más confortable. No se creaban enemistades ni se vivía aislado. Por primera vez sintió nostalgia de los tiempos azarosos, en que hacía contrabando con su padre, a través de las marismas. Tabaco, garbanzos, ¡cualquier cosa era buena para llevar a la ciudad!. Viajaban de noche, cuando no había luna. De día, escondían el alijo entre los armajos y pasaban el tiempo cogiendo pájaros. Gallaretas, patos... Caían en la red o en las manos. Había que andar con cuidado, sin hacer ruido. Cuando el bicho estaba descuidado, saltaban. ¡Uno al saco!

Después se encendía el fuego en cualquier sitio. Un poco de sal y aceite, que nunca faltaban y ya estaba el asado. Lo peor era el agua. Tenían que buscarla en casa de los guardas amigos, porque no todos eran de fiar. Había días que se las arreglaban con medio litro para los dos. La lengua se inflaba,

raspaba la boca y no se podía comer.
Sin darse cuenta, había llegado a Rubiño Cortinar.

Juan Llamas apuntaba las raciones que salían de la cocina. Otras mesas se habían ocupado. El día tranquilo se convirtió en una tarde de trabajo.

El celador se asomó a la trastienda.

-¡Vamos a empezar la lota!

-¿Han entrado muchos?

-Una media docena.

-No puedo ir. Tengo mucho trabajo.

-Dime lo que quieres y te lo guardo. Hay pocos langostinos.

-¡Esperadme!

-Está bien.

El celador se tomó una copa... y otra. En la playa, armador y marineros se impacientaban. El pescado estaba sobre la arena y otros barcos llegaban, perjudicándoles en el precio.

Juan se acercó a la mesa del alcalde:

-Si no desean nada más, voy a la playa.

D. León contestó por todos:

-Gracias, puedes marcharte.

El celador dio orden de empezar. Juan señaló dos cajas de langostinos. El vendedor las sacó a subasta:

-Sesenta, cincuenta y nueve...

Voceaba muy de prisa, para que nadie le entendiese. Juan levantó el brazo.

-Cincuenta a las tres...

Las cajas subieron al bar. Alfredo también había comprado. Dijo “mía” un poco antes, cuando la cosa debía andar por los 75 duros. Estaba seguro de haber gritado fuerte, pero no le quisieron oír. Necesitaba aquella caja, porque esperaba clientes y había que servirlos. No es fácil hacer subir un bar, cuando el Ayuntamiento regala toda la instalación a la competencia. Alfredo debía muchas letras; pasaba muchos sudores.

-Déjame dos docenas... Una familia me los ha encargado y no puedo quedar mal...

-¡Compra a otro barco!

-No han entrado más...

-Haber pujado con estos.

-¡Lo hice y tú lo sabes!

El enano se encogió de hombros.

-¡Apáñatelas como puedas! En mi casa hacen más falta que en la tuya.

Alfredo se marchó. Sabía que la venta había sido falsa y también que de nada servía protestar. La playa no era de todos. Llamas, Carrasco, Manuel el Celador, eran los amos.

El ujier llegó al muelle, con los zapatos bajo el brazo. Se escondió detrás de los postes de hormigón para calzarse. Dio un rodeo para llegar por la carretera. En el puesto de fruta, que está al lado de la capilla del Carmen, preguntó por su jefe.

-Creo que está en el Llamas.

Contestó la mujer, sin mirarle. El ujier siguió bajo las arcadas, aprovechando la sombra.

El señor Alcalde tomaba café. Botellas vacías llenaban la mesa. Un camarero retiraba los restos del almuerzo.

El ujier se quitó la gorra, plantándose tras D. Luis con gesto ausente. No era momento de interrumpirle. Estaba contando algo muy interesante :

---cuando el marido entró, Petra no sabía qué hacer; en cambio, Celedonio anduvo listo. Con los pantalones bajo el brazo, saltó por la ventana...

D. César dejó escapar su risita maliciosa:

-Un cornudo más.

-Un cornudo extranjero.

-A Petra siempre le gustaron los pantalones..

-No me vayas a decir...

-¡Puf!, ¡cuando he querido!

D. César se mosqueó:

-Entonces me has hecho cabrón, porque yo la conozco hace más de diez años...

-¿Tú también?

D. Luis y D. César siempre discutían de mujeres. El ujier carraspeo. D. Luis se volvió, molesto de que hubiese escuchado conversación, impropia de su cargo.

-¿Qué hay?

-Una carta urgente del Gobierno, señor.

-¡Perdonadme!

D. Luis rasgó el sobre. Su cara se llenó de asombro e indignación.

-Llama inmediatamente a D. Nicasio Ruiz. Que se presente dentro de media hora en mi despacho.

-¿Desde dónde, señor?

-¡Desde cualquier teléfono! ¡Lo buscas!. Sobre todo, ¡quítate de en medio!

El ujier no se hizo repetir la orden. D. Luis pidió la cuenta.

-Me la mandas al Ayuntamiento.

Sus comidas pasaban regularmente a los “gastos de representación”.

D. Gaspar se inquietó:

-¿Qué pasa?

-¡Toma!

Los tres vinateros leyeron la orden. Corta y tajante. Sin asomo de amabilidad o simpatía.

-¡Esto es una locura!

-Locura o no, hay que cumplirla -cortó D. Luis, que ya se había levantado.

-Vamos contigo.

D. Luis dudó. No era conveniente.

-Iré solo.

-En ese caso, coge mi coche.

D. Luis ordenó al mecánico que le llevase a toda prisa al Ayuntamiento.

Tuvo que esperar un cuarto de hora encerrado en el despacho. El ujier anunció al brigada.

-¡Que pase!

El brigada se instaló cómodamente en una butaca, encendiendo un cigarro.

-¿Hay que practicar nuevas detenciones?

El alcalde le entregó la orden que acababa de recibir.

-Pero...

-¡No hay pero que valga! Tiene que ser inmediatamente.

-Es que... les hemos “interrogado”.

-¿A los dos?

-A los tres. Anoche entró uno nuevo.

-Es igual. Hay que soltarlos.

-Están... un poco estropeados.

D. Luis asintió. Ya lo sabía. En caso como aquel, no se podía esperar otra cosa.

-Lo esencial es que no vayan a ningún médico.

-Más bien que ningún médico les extienda un certificado...

D. Luis levantó el teléfono:

-Póngame con el Doctor Teruel inmediatamente...

El doctor Teruel era un hombre importante. La guerra le cogió recién ingresado en la Escuela de Medicina. Se hizo falangista y salió para el frente. En la retaguardia ganó los galones que le valieron un título, recién terminados los tiros, después de seguir con aplicación dudosa, los cursillos acelerados que se prepararon para los ex-combatientes. Había que cubrir las muchas vacantes de los intelectuales rojos. Médico interino del hospital de Sanlúcar, pasó a ser titular y director. En las últimas elecciones le habían hecho concejal, por deseo expreso de D. Luis, que le tenía por hombre de su absoluta confianza.

Nunca tuvo clientela particular. Sus fracasos profesionales eran conocidos. Afortunadamente, los enchufes que poseía le proporcionaban ingresos más importantes, que a otros grande doctores sus enfermos.

Cuando sonó el teléfono, estaba sumido en novela policíaca apasionante.

-¿Diga?

-¿Es usted, Bartolo?

-Si, ¿con quién hablo?

-Con el alcalde.

-Buenos días, Luis. ¿En qué puedo complacerte?

-Se trata de algo delicado. Será mejor que vengas a mi despacho.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo.

Juan Llamas se sentó a la mesa. El trabajo había terminado. Quedaban por delante varias horas de tranquilidad. Francisca, gorda y flamante, hacía parecer más pequeña la figurilla de su marido, escondido tras las gafas. Se habían casado en plena subida, cuando los billetes empezaron a tomar cariño al jorobado, por los años del estraperlo. Juan estaba a cubierto de sospechas, porque sabía demasiado. Su cuerpecillo se colaba por todas partes; su malicia estuvo siempre al servicio del poderoso; su sadismo le había hecho mancharse las manos a la menor ocasión. Unas veces, por simple gusto de matar; otras, por hacer favores, suprimiendo charlatanes. Cuando terminó “la gran fiesta” y se reincorporó a la vida civil, lloró su

pistola. El tiempo le había acostumbrado a la paz.

Francisca conocía su historia cuando consintió casarse, pues su padre había sido una de las víctimas de “dedo intranquilo”, como le llamaban los amigos. Era el encargado del tiro de gracia, de ejecutar sentencias dictadas por tribunales misteriosos, en las celdas del castillo, de denunciar... Hasta pasado el cuarenta, entraba muchas veces con la camisa manchada de rojo y un fajo de billetes en el bolsillo. La camisa azul que no se quitó desde entonces.

Francisca levantó la cabeza del plato. Fue entonces cuando vio la mancha en la corbata:

-¿Que tienes ahí?

-No se. Me la puse de prisa para recibir a D. Luis. Vi que estaba sucia después de haber hecho el nudo.

-Parece sangre.

-¿Sangre?

Juan se quitó la corbata para examinarla. Era una de las primeras que se compró... quizá la que le repartieron cuando la muerte de José Antonio.

Se levantó de la mesa sin excusarse. Entró en su cuarto, colocándola cuidadosamente en el armario.

¿De quién sería aquella sangre? ¿Del cojo?, ¿de Paco Veleta?, ¿de aquel niño de catorce años o del viejo de sesenta?. Su cara se borró en el espejo. Sobre el azogue, aparecieron los ojos vacíos de los muertos, los ojos de los que iban a morir. Vio como se retorció en el suelo aquel abogado, joven desconocido, que había torturado hasta el final. Se murió sin decir nada, sin hablar. ¡Y tenía que haberlo hecho! ¿Qué era? ¡Ah, sí!, lo del camión. ¿Por qué se empeñó en no dejarle salir del cuartel? ¿Es que no supo leer la orden de su superior? Al fin y al cabo, ¿qué le importaba el hambre del regimiento? ¿Fue D. Pedro Mata o el general Calderón quien dio la orden? El joven seguía en el espejo: “¡Idiota, nadie quería matarte!”. Una cara de anciano le sustituyó. Un viejo con voz de niño: “¡Mátame si quieres, pero deja en paz a mi madre!” El viejo estaba muerto y el niño también. Uno encima de otro, confundiéndose. Un niño de pelo blanco, un viejo de ojos grandes. Entre las piernas de la mujer manaba un chorro de sangre. El cañón de la pistola estaba manchado. No la había matado. La mujer vivió. Vivió tres días. ¿Por qué se empeñó en morirse? El cañón no era tan largo. Juan apretó el gatillo como otras veces. La mujer abrió los ojos: “¡Asesino!”.

-¡No soy un asesino! ¡No soy un asesino!

Entre Francisca y el Cabezas, le habían colocado en la cama.

Le sujetaban los brazos y las piernas.

-¡Se mueve como un condenado!

El Cabezas sonrió:

-¡Es un condenado!

Francisca le dio la razón. Juan abrió los ojos. Los miraba:

-¿Qué hacéis aquí, metiéndos dónde no os importa?

El Cabezas se quitó de en medio. Juan se levantó. Cogiendo una silla, la tiró contra su mujer, que pudo esquivarla con recorte ágil.

-Gritabas ... Subimos a ver qué tenías.

-¿Qué decía?

-No sé ... No se te entendía nada.

Juan se tranquilizó.

-Bueno..., perdona. Baja a la tienda, que voy enseguida.

Aquel fue su primer ataque.

-Por parte del hospital, podemos estar tranquilos.

-Hay médicos que no son del hospital...

-De los del seguro me encargo.

El brigada estaba preocupado. Aquel asunto que parecía tan claro, se estaba poniendo feo.

-Quedan los particulares.

Repasaron la lista, López, D. Braulio, Bunell...

-D. Braulio tiene echada la solicitud para entrar en el seguro de Jerez.

Bunell me necesita para una recomendación. Queda López...

-¿Qué podíamos hacer?

Teruel meditaba.

-Es un hombre muy raro.... muy incómodo.

-¿No estaba también en el seguro?

-Se marchó.

-¿Por su gusto o por el de la entidad?

-¡Por su gusto, dando un portazo! Es de los que dicen que los médicos están para curar... y se empeñan en respetar el juramento.

-Usted, Nicasio, ¿no puede hacer algo?

El brigada se revolvió en su asiento:

-Antonio y el Negro son de fiar. Si no estuviera Calero por medio, no pasaba nada. Pero Calero conoce la ley...

-Eso quiere decir que solamente uno de los tres puede ir al médico.

-¡No! Tiene demasiado miedo. Está su pasado, que nunca se olvida. Pero puede aconsejar a los otros que lo hagan. Es seguro que le obedecerán. Teruel tuvo la gran idea.

-Un certificado hay que extenderlo en el hospital. Si ahí no se puede, como no se podrá, el médico deberá tener un impreso oficial, pues cualquier papel no sirve. Es posible que López tenga dos o tres, pero no más, porque eso lo suele llevar el enfermo cuando lo necesita. Sin esos papeles, lo único que se puede hacer es un acta notarial...

D. Luis sonrió:

-No hay cuidado. Los notarios son amigos. No certificarán nada, aunque se lo pida el mismo Franco.

-En ese caso, lo importante es impedir que López pueda tener impresos. Teruel llamó al “Ocaso”, sociedad anónima, que tenía el privilegio semifeudal de venderlos en la población, distinción insigne del colegio médico:

-Que no se venda un solo certificado médico hasta que yo lo ordene.

-Sí, señor.

-Buenas tardes, doctor.

El hombre traía su chiquillo en brazos.

- ¡Siéntate!

La criatura dejaba caer la cabeza sobre el hombro de su padre.

-¿Qué tiene?

-No lo sabemos. Ha dejado de comer y le dan unos ataques que se pone muy malo. Too morao.

-¿Tienes seguro?

El hombre asintió.

-¿Por qué no vas a tu médico? Te saldrá más barato.

-Ya he ido... Pero no sabe lo que tiene. Me manda medicinas para todo, y el chiquillo va de mal en peor.

D. Vicente examinó al niño.

-Creo que es nervioso. ¿No tienes análisis?

-No, señor. No me han mandado...

Sonó el teléfono. López hizo una seña a su cliente para que callase.

-¿Diga?

-¡Buenas tardes, colega!

La voz de Teruel llegaba como siempre. Bronca y alegre. Teruel no tenía preocupaciones. Las de los demás no le importaban y las suyas se resolvían fácilmente.

-Tengo un pequeño lío. Una tontería. Se me han terminado los impresos y el alcalde me pide que le envíe enseguida diez certificados médicos para sus guardias.

-El caso es que no tengo más que cuatro, ¡y por casualidad!

-Intentaré arreglarme ... ¿Puedes mandármelos?

-Será mejor que vengas a por ellos. Ya sabes que no tengo a nadie.

-Mandaré un muchacho con una tarjeta.

-De acuerdo.



Capítulo 9º

-Bien, mi brigada, ya no queda más que soltar a los presos.

El comandante de puesto suspiró. Un buen servicio inutilizado por los escrúpulos de Cádiz.

-¡Les daremos la libertad!

Teruel guardó los certificados.

-Supongo que ni Juan Carlos ni Alonso me harán una jugada...

-Están prevenidos. Sanlúcar puede estar un día sin notario. El capitán llamó al cuartel.

-Si voy, tendré que dar muchas explicaciones... No es bueno para la disciplina.

El sargento Pérez cogió el teléfono.

-Pero...

-¡Personalmente y enseguida! No conviene que sigan encerrados.

El sargento hubiese preferido encomendar aquella misión a otro cualquiera.

Las autoridades salieron hacia el café Martínez.

Damián Cura bebía su cerveza de la tarde. No tomaba una copa de alcohol

porque el olor del vino le asqueaba. Desde que su padre compró “El Puntal” a la Infantona, no había salido de la bodega. De la mañana a la noche, estaba entre botas, vigilando. Los obreros le temían más que a sus hermanos, porque se había especializado en la escucha.

-¡Eh, tú!, ¿qué haces?

-Nada, D. Damián.

-Pues te pago para que hagas algo. Si no estás contento, ya puedes coger el portante.

Por lejos que estuviese, echaba de menos el glu-glu del mosto bajando por el embudo y el racheo de las alpargatas.

D. Damián abrió el periódico. Noticias sin importancia. Recorrió los titulares rápidamente, parándose en la crónica de toros.

-“El Cordobés”. Dos orejas y rabo, y orejas... Terremoto, oreja y vuelta. El Puri, pitos en los dos...

D. Damián leía con dificultad. Su padre se había preocupado de prepararlos para el negocio, pero no de hacer señoritos. Hasta que se convirtió en terrateniente y bodeguero, había sido tratante de borricos. De feria en feria, no perdía negocio por oscuro que fuese. Con la práctica, aprendió a nadar entre dos aguas, mejorando en mucho a sus contemporáneos. El no necesitó la guerra para subir. Ya entrado en años y rico, el viejo Suero decidió encontrar mujer. Durante meses soportó la humillación de verse rechazado por la familia de la elegida.

-¡Una Bermúdez casada con un gitano!; eso no puede ser.

Pero los Bermúdez estaban arruinados. Y D. Suero nadaba en dinero. Se casó con fiesta de alto rumbo, donde sólo faltaron los familiares del novio. En realidad, él era el primero en no conocerlos. Tenía noticias de su madre, pero tan lejanas, que había olvidado su paradero.

De ese matrimonio nacieron D. Damián y sus hermanos. El viejo Suero vivió lo suficiente para iniciar a sus hijos en los secretos de la vida.

Por el pueblo se corría la historia de aquella pasión, que había quedado en la memoria de los sensibleros, como el suceso más conmovedor de todos los tiempos. D. Suero temió que sus hijos aceptasen como buena la vox populi. A no convenir a su educación y futuro, les reunió una tarde en su despacho -muebles de caoba, un viejo libro encuadernado en pergamino, pero ni pluma ni papel, porque el viejo jamás quiso aprender a escribir-. “La verdad es que no me casé por amor. Vuestra madre era fea y tonta. No me gustaba, pero hice mis cuentas. El dinero me había subido, pero el dinero se

pierde. Lo importante es buscar un nombre de esos que permiten empujarse en las clases sociales. Una vez que se entra en la de arriba, es muy difícil bajar. Fue un escalón, pequeño, lo reconozco, pero que os ayudará a vosotros”.

La lección sirvió, pues hicieron buenas bodas.

D. Damián terminó su cerveza. El reloj de la iglesia dio las seis. El capataz llamó a los muchachos.

-¡A dar de mano! Hoy no hay más que hacer.

Los obreros se colocaron en fila india frente al amo. D. Damián se metió la mano en el bolsillo.

-¡Toma y firma!

El muchacho cogió las monedas y firmó el recibo de todas las noches: “He recibido la cantidad de 60 Pts. por un día de trabajo, como peón eventual en la Bodega Cura S.A., quedando liquidado y conforme con la casa”.

Le tocaba al Marciano. Marciano nunca había trabajado allí. Antes de firmar contó el dinero.

-Se ha equivocado usted. Aquí no hay más que cinco duros.

Los demás rieron. D. Damián también:

-Calla, hijo, ¡que el que ha pasado antes lleva menos!

Marciano no estaba de acuerdo con el sistema.

-¡Yo no firmo!

D. Damián no perdió la calma.

-Es costumbre de la casa. Otro día tendrás más suerte...

-Será su costumbre; ¡a mí se me paga lo que se me debe!

El capataz se acercó al nuevo:

-No te metas en líos. Portándose bien, aquí siempre hay trabajo. Es el beneficio que sacamos. Poco o mucho, algo llevamos a casa.

Marciano tiró las monedas al suelo y salió de la bodega. D. Damián pagó a los otros.

-¡Tú, espera!

Tobías era su hombre de confianza. Y después de Tobías, el capataz.

-¡Esto no puede volver a pasar!

-Yo creía que era un buen muchacho. Me lo recomendaron en su calle...

-Hay que tener más vista, ¡idiota!

El capataz bajó la cabeza.

-Por esta vez, te lo perdono. Pero tenéis que impedir una denuncia en sindicatos, ¡como sea!

Tobías no era inteligente, pero entendió a su jefe. El capataz también. Salieron juntos de la bodega.

D. Damián se sirvió otra cerveza. Más de quinientos obreros sin asegurar, sin cobrar las bases ni vacaciones. Una inspección de trabajo era la ruina de la firma. Quinientas multas, quinientas deudas de jornales atrasados. El sistema estaba bien montado, pero si venían inspectores de fuera, podían echarlo a rodar con todas sus consecuencias.

El Cabo Pérez llamó al carcelero.

-Vengo por los tres ...

El carcelero le acompañó a las celdas.

-Cuando los trajeron, apenas podían andar ...

-¡Pues ahora tendrán que moverse!

El Antonio estaba tumbado en el suelo. Le dolía todo el cuerpo. El frío de las baldosas le calmaba. A su lado, una botella de agua que había dejado el guardián.

-Es todo lo que puedo darte sin permiso. Lo dice el reglamento

Cuando vio al cabo, cerró los ojos. No era una visión como las que llegaban, cuando conseguía dormir. Estaba en la celda. Volvían a buscarle. Otra vez el columpio. Pensó que se moría allí colgado. Los muertos no sienten.

-¡Levántate!

Intentó ponerse en pie, sin conseguirlo.

-¡Ayúdame!

El carcelero lo levantó, cuidando de no hacerle daño.

-¡Menos contemplaciones, que hay prisa!

Calero y Negro estaban mejor. Habían recibido menos golpes, porque se esperaba menos de ellos. Además, ya tenían costumbre y sabían cómo escurrirse de los palos peligrosos. Entre los dos llevaron a su amigo hasta la puerta.

-Ahora, ¡a volar!

Calero no se movió. Negro y Antonio le miraron con sorpresa.

-¿A qué esperas?, ¡vámonos!

-¡Quietos!

El Cabo Pérez no contaba con aquello.

-¡He dicho que os larguéis!

-Y usted con nosotros. ¿Se cree que no conozco la ley de fugas?

El Cabo se impacientó.

-Estáis libres por orden de gobernador.

-¡Enséñela!. Después nos iremos.

-Dejaos de tontería. ¡Largo he dicho!

Calero se acordaba del Traga. El Traga nunca había hecho nada malo. Lo conoció en la cárcel. Estaban en la misma celda. Le contaba cosas del frente nacional. Le tocó la zona de Falange. Con el general Calderón recorrió Andalucía, pero cometió la imprudencia de pensar por su cuenta. Un día preguntó por qué les habían hecho tirar contra los seminaristas. El regimiento estaba formado frente al general. Todos le oyeron. No podía olvidar aquellos chiquillos que les mandaron los rojos, porque no sabían qué hacer con ellos. Fue una nube de sangre sobre las sotanas.

-Apunten, ¡fuego!

Y las filas caían. Tiraban a quemarropa, sin desperdiciar balas. Los de atrás levantaron las manos para demostrar que no llevaban armas. También cayeron.

Al general no le gustó el comentario. Sin dar razones, arrancó los galones al teniente, y las cruces -de guerra, con distintivo rojo-. Después le mandaron a la cárcel, acusado de espionaje.

El Traga no tenía miedo.

-Se probará que no he hecho nada. Mis padres tienen influencia. Ya deben estar moviendo el asunto en Madrid.

Una tarde paseaban por el patio del penal. El Traga hablaba de lo estúpido de la guerra, de la muerte. Le contaba cómo le obligaron a matar y cómo descubrió que el asesino nunca puede ser héroe.

Dos falangistas le llamaron.

-¡Carlos Altozano! Hay una orden de ponerle en libertad.

El Traga pidió permiso para despedirse de sus amigos.

-Ya me ocuparé de vosotros -prometió a Calero-. No es justo que sigáis encerrados por haber defendido vuestros ideales.

El Traga salió. Desde dentro se oyeron los disparos. Los falangistas llamaron a dos presos para que recogiesen el cuerpo.

-Entendió mal. Trataba de escaparse...

Los del patio se quitaron el gorro en señal de respeto.

Un abogado le explicó que aquello era la ley de fugas.

-No nos iremos hasta que no veamos la orden.

El Cabo Pérez decidió consultar con su jefe. Los presos esperaron dentro de la cárcel.

-Creen que intentamos aplicarles la ley de fugas...

El comandante de puesto soltó un taco.

-¡Pues la orden no se les puede entregar! Un papel así subiría los humos de todos.

-¿Qué hacemos?

-¡Iré con usted!

Se estaba poniendo el sol cuando decidieron entregarles un papel declarando que “estaban en libertad”. Un documento ambiguo, pues es difícil explicar la liberación, de quien nunca entró legalmente en la cárcel.

Había que llevar al Antonio. Apenas podía mover los pies. Deliraba, temblando de fiebre. Calero comprendió que estaba muy grave. Sujetándole como podían, salieron a la plaza alta. En la esquina de la Calle San Antonio encontraron al Juan y a los demás.

-¡Ayudadnos!

Le llevaron entre el Mulo y el Chirlo. Otros dos ayudaron al Calero y al Negro.

Capítulo 10º

El Manolo jugaba con otros chiquillos, aprovechando un charco para hacer bolas de barro.

-No te preocupes, no le pasará nada.

Desde que se habían llevado a su padre, el chiquillo no levantaba los ojos del suelo. Por una parte, le daba vergüenza que estuviese en la cárcel. Los mayores siempre le habían dicho que a la cárcel iban los malos y los criminales. Incluso el Antonio se lo repetía cada día: “Si haces eso terminarás en la cárcel, y está muy feo”; “si haces lo otro, llamaré a los guardias para que te cojan”; “los guardias están para encerrar a los malos”. Por otra, tenía miedo de que le matasen. Manolo quería mucho a su padre y sabía que los guardias pegaban. Claro que su padre nunca había sido malo... En concreto, estaba deseando verle para preguntarle si era malo de verdad o si los malos eran los otros.

-¡Mira!

Manolo volvió la cabeza. Un monstruo se acercaba a su casa. Le traían dos hombres muy fuertes, y detrás dos monstruos más. El chiquillo partió a correr para esconderse en las faldas de su madre:

-Omá, ¡he visto al demonio!

En ese momento, Antonio entraba en la habitación. Su mujer le reconoció. Ya estaba preparada. Una civila le dijo que le estaban pegando.

-¡Ponerlo aquí!

Encarna descubrió el colchón, retirando la manta. No lloraba, aunque creyó que estaba muerto. Los otros entraron con él.

-Hemos venido para acompañarle. Nos vamos a casa...

No estaban mucho mejor que su marido.

-Llevarlos corriendo y que llamen a un médico.

-Ya lo están buscando...

Cuatro muchachos de confianza se encargaron.

-Un médico para los tres. 0 tres médicos, ¿qué os parece?

-Tres médicos. Así los curarán antes.

Lo más seguro era el hospital.

-¿Está el doctor?

-No, a estas horas no hay nadie.

-Avísenlo. Un hombre se está muriendo.

-¿,Por qué no le traéis?

-Es muy grave.

El enfermero buscó un lápiz para apuntar las señas.

-¿En qué calle?

-Mesón del Duque, al final.

El empleado buscó entre sus papeles: “Antonio Cabeza de Vaca. Mesón del Duque”.

-El Doctor no está en Sanlúcar.

-Habrá otros...

-No pueden ir. Tienen trabajo en la casa...

-Bueno..., alguno habrá.

-Desde luego, pero no del hospital.

-No tenemos teléfono. ¿Podemos llamar por éste?

-No. Está exclusivamente para el servicio del personal facultativo.

-Entonces llame usted... a D. Vicente López, por ejemplo... .

-Tampoco puedo llamar.

No había otro remedio que hacer piernas y bajar al Barrio Bajo.

-Tú a casa de López. Nosotros a la de D. Braulio, y tú a por Blanes, el del Negro.

-¡Pero si ese sólo sabe de partos!

-¡Da igual!, si lo encuentras lo llevas a casa del Negro.

D. Vicente estaba leyendo. Afortunadamente, se habían terminado las visitas y el teléfono callaba. No era probable que surgiesen urgencias. López conocía la salud de Sanlúcar. Abril solía ser tranquilo. Llamaron a la puerta. D. Vicente conoció a su mujer por la forma de golpear. Le gustaba que se sentase su lado, en la butaca preparada para ella, pero a Clara le preocupaba la idea de molestar. Según D. Vicente, era un complejo y había que curarlo. Todos los días se prometía dedicarle el tiempo necesario para tratarla. Pero nunca lo encontraba.

-¡Entra!

-Te llaman ahí fuera.

-¿Quién?

-Un muchacho del barrio alto, parece que es muy urgente.

D. Vicente se levantó.

-Tráeme el maletín.

El Chirlo esperaba impaciente.

-Se está muriendo, doctor.

-¿Quién?

-El Antonio.

-¿Qué Antonio?

-El que vive en la calle Mesón del Duque.

D. Vicente le recordaba. Había venido muchas veces con su hijo Manolo, un niño endeble que haría gastar mucho dinero a la familia.

-¿Qué tiene?

-Le han pegado.

-¿Cómo que le han pegado?

-La Guardia Civil.

Al mundo de D. Vicente apenas llegaban rumores del pueblo. Le hablaron vagamente sus enfermos de cierta huelga. Frases sueltas a las que dio poca importancia. Ahora comprendía que hubiese hecho mejor en atenderlos.

D. Vicente cogió el material. Vendas, alcohol, aceite alcanforado.

-¿Está el doctor?

La criada asomó a la baranda del patio sin abrir la cancela.

-¿Para qué?

-Un enfermo.

-¿Dónde?

-Calle Mesón del Duque.

-Voy a ver.

La criada buscó al patrón por toda la casa. Estaba en la bodega, midiendo el grado de acidez de unos mostos. Cuarenta o cincuenta botas compradas en la vendimia, para hacer negocio.

-¡No estoy! ¡No estoy para nadie! Ya tengo bastante con la consulta. ¡A fin de mes cobraré igual, vaya o no vaya! Nadie me pagará la molestia.

La criada volvió al patio.

-¡Ha salido!

Mulo estalló:

-¡Y una mierda! Lo que pasa es que somos pobres, ¡que si viniésemos con la cartera llena, bien que saldría!

La criada se encogió de hombros.

-¡A mí qué me cuentas!

-Dile que es muy urgente, que se está muriendo.

-Yo no le digo nada; ¡a ver si ahora me voy a ganar una bronca por vosotros!

-¿Por qué no lo haces?. Eres de nuestra clase. ¡Vives en mi calle!

-¡No tengo nada que hacer!

La criada desapareció, con la superioridad de quien tiene pocas veces ocasión de humillar a sus semejantes.

-¡Esa se entera!

Juan tiró de su compañero.

-¡Déjala!, vamos por otro.

Capítulo 11°

D. Vicente López se acercó al colchón.

-¡Qué barbaridad!

Empezó una cura laboriosa. Había brechas en toda la cara y el cuerpo. Dos costillas estaban machacadas y la clavícula dislocada. D. Vicente pensó que por desgracia no se le podía someter a un traslado..., al menos por el momento. Antonio se quejaba.

**-Aguanta un poco, muchacho.
Encarna ayudaba en silencio.
-Más gasas ...**

Los muchachos llegaron corriendo.

-No hay manera de encontrar médico en todo Sanlúcar...

El Paco les pidió que no gritasen.

-¿Se ha muerto?

-No, lo está curando D. Vicente López.

Respiraron tranquilos. Con D. Vicente, sólo se mueren los viejos.

D. Mariano entró precipitadamente en casino. Los socios, que tomaban el fresco en butacas de mimbre, sobre la acera, le siguieron.

-¿Está D. Luis?

No. No había venido.

-Pero ¿qué pasa?

D. Mariano se fue sin contestar.

D. Luis se había refugiado en la oficina de Blázquez. Allí lo encontró el delegado de Sindicatos, vaciando una botella de solera con su huésped, dispuesto a olvidar las preocupaciones de aquel día. La llegada de Mariano no le hizo ninguna gracia.

-¿Qué nos traes? Supongo que no será otra complicación.

-Una orden del gobernador. Debo ir mañana a Cádiz con el delegado de la social del gremio de la viña.

-¿Para qué?

-No sé..., me parece un poco raro.

-¿Necesitas algo para el viaje?

-Un coche ... y el delegado.

D. Luis se asustó.

-¿Es que no lo habéis nombrado?

-Al contrario. Figúrate que las elecciones del año pasado fueron casi legales.

-¿Y qué?

-Que el representante se llama Antonio Cabeza de Vaca.

-No veo qué tiene que ver el apellido -cortó D. César-. Ya sabemos que fue una gran familia. Pero las viejas torres hace tiempo que cayeron. A nadie le

chocará.

D. Mariano estalló.

-¿Es que no os dais cuenta? ¡Antonio Cabeza de Vaca fue detenido anoche por la Guardia Civil!

-E interrogado esta mañana...

-Exactamente.

Calero y el Negro se lavaban.

-¿Cómo andará el Antonio?

-Malamente.

-Vamos a su casa... Allí está D. Vicente, que nos curará en condiciones. No es cosa de llamarlo, porque al Antonio no se le puede dejar solo.

-Antes hay que hacer algo...

Calero y Negro bajaron al juzgado con Pelao, el Mula y el Juan.

-Te advierto que no es hora.

-Para poner una denuncia siempre es hora. Si no, ya lo verás.

-¿Está el Sr. juez?

-Un momento.

La criada cerró la puerta, dejándolos fuera. Aquellas habitaciones no eran oficina, sino domicilio. Lo sabía muy bien.

-Hay unos hombres en la puerta. Dos están bastante estropeados.

-¿Los conoces?

-Uno se llama Ponce y le dicen Negro. Es de mi calle.

El Juez consultó una nota. Luis Ponce salía de la cárcel.

-Diles que vuelvan mañana.

La criada transmitió el recado. D. Alberto continuó su meditación. Aquel día estaba dedicado al penoso caminar de Cristo entre Anás, Caifás y Pilatos. Era su meditación predilecta. Contemplar aquellos jueces injustos, le hacía sentirse mejor.

La criada volvió.

-Dicen que si no los recibe ahora mismo, se van a Cádiz.

-¡Que pasen!

El juez dejó su libro sobre la mesita, que tenía al lado de la butaca. Buscó un ejemplar de "Camino" en la biblioteca. Como miembro del Opus, gustaba de buscar en el Padre Escrivá, la máxima que convenía a cada momento de su vida. Aquellos pensamientos eran su mejor guía en la duda, cuando no encontraba fácilmente el bien, por estar encubierto por sensiblerías y respetos humanos.

El juez volvió a su butaca. Los hombres aparecieron en la puerta precedidos por la criada. Verdaderamente, no les habían tratado muy bien.

-¿Podemos sentarnos? -preguntó Calero, que no se tenía de pie.

-Si sólo fuese un hombre y no me viese investido, ungido, diremos, por el cargo de juez, os lo permitiría, pero por respeto a la autoridad que represento, debo ordenaros que continuéis de pie.

Calero y el Negro se apoyaron en sus compañeros.

-¿A qué habéis venido?

-A poner una denuncia.

-No es la hora. Volved mañana.

Calero tomo la palabra.

-En toda población de cuarenta mil habitantes como ésta, debe haber un juzgado de guardia. Si vuecencia nos dice donde está, no tendremos inconveniente en dirigirnos a él.

El juez carraspeó.

-Debe haberlo, pero no lo hay.

-En cualquier caso pondremos la denuncia. Si no es aquí, usaremos nuestro derecho en la capital, haciendo constar que en Sanlúcar no ha podido ser.

-Veo que conoces la ley.

-Por desgracia he tenido que conocerla, señoría.

El juez carraspeó.

-Tienes razón, y efectivamente hay un juzgado de guardia. Como esta es mi casa, me haréis el favor de pasar a las oficinas y esperar allí.

-Sí, señor.

Calero se desplomó en el banco de madera. El juez llamó a la criada.

-Que busquen enseguida al secretario, ¡esté donde esté!

Después levantó el teléfono.

-Busque al alcalde y póngame con él.

Las telefonistas llamaron a todos los bares. En el Colón les dijeron que había salido con D. César.

-¿Está el señor alcalde?

-¿De parte de quién?

-Del Sr. juez.

-Un momento.

D. Luis se puso al teléfono.

-Han venido a denunciar.

-¿Qué piensas hacer?

- No puedo mandarlos a paseo, porque están dispuestos a llegar donde sea y hay uno que sabe lo que se hace.

-¿Tienes alguna idea?

-¿Estás seguro de los médicos y los notarios?

-¡Por supuesto!

-En ese caso, no te preocupes. Ya lo arreglaré.

El juez esperó que llegase el secretario. Como no quería perder tiempo, leyó algunos versículos de su libro, fuente inspiradora de justicia.

D. Vicente terminó la cura. Después de lavarse las manos en un lebrillo, preparado por Encarna, llamó a Paco.

-Ve a casa del Sr. notario y dile que venga a levantar un acta. Que lo requiero yo, como médico.

-¿Y si no está?

-Te llegas a casa del otro, del viejo.

El juez dejó sus dos libritos en un ángulo de la mesa. El pupitre de la derecha fue ocupado por el secretario, que transportó su máquina de escribir. Hacía muchos años que no cargaba con semejante armatoste. Por las mañana había un ujier, encargado de hacerlo.

Los cinco hombres se situaron en el centro de la sala.

-Vamos por partes, ¿Quiénes son los denunciantes?

Calero y Negro se adelantaron.

-Nombres, apellidos, señas, número de carnet de identidad...

El Negro no lo tenía.

-En ese caso, va a ser difícil extender la denuncia..

Al secretario no le gustaba aquello. Sentía que las cosas podían torcerse y sería peor para todos.

Calero cortó.

-No importa, señor. Le podrán poner una multa, pero con domicilio y lo demás basta. De documentos, ¡aquí va uno!

Era el carnet de beneficencia. En un pueblo donde apenas existen seguros sociales, la caridad concejil reparte muchas tarjetas rosas, que si en efectivo no sirven para nada, hacen creer a su poseedor en una hipotética protección médica.

-¿A quién queréis denunciar?

-Al señor Brigada de la Guardia Civil de este puesto, al Cabo Pérez y al número Núñez.

-¿Por qué motivos?

-Malos tratos.

-¿Qué pruebas tenéis?

Negro se quitó la camisa, enseñando la espalda llena de sangre coagulada y marcas de vergajazos.

-¿Y quién me dice a mi que eso lo ha hecho la Guardia Civil?. Puede haber sido en una riña callejera o un simple accidente.

- ¡Tenemos testigos!

-Muy bien. Preséntalos.

-Estos tres. ¡Y si usted quiere, traemos más! Lo sabe todo el pueblo.

El juez hizo un gesto.

-No, no hace falta -se dirigió a los testigos- ¿ustedes han visto, fíjense bien, ¡visto!, cómo la Guardia Civil pegaba a estos señores?

El Pelao habló.

-No estábamos en la cuadra cuando les dieron, pero sabemos que han sido ellos.

-¿Concretamente los que han nombrado?

-Sí. Siempre pegan los mismos.

-Les he preguntado “si lo han visto”; me dicen que no estaban en la cuadra, luego no lo han podido ver, añadiendo que “siempre pegan los mismos”, como si toda la vida la hubiesen pasado en el cuartel.

El juez se echó hacia atrás, dejando un silencio. Bruscamente señaló a Juan:

-¡Usted!

-¿Diga, señor?

-¿Ha sido detenido alguna vez?

-No, señor.

-Entonces, ¿cómo puede saber quiénes pegan en el cuartel de la guardia civil? ¡Conteste!

-Yo... señor... estos.

Juan estaba hecho un lío. El Pelao también, pero tenía más agallas.

-Mire usted, señor juez, yo estaba con el Antonio anoche, cuando lo detuvieron; lo que es que me escabullí. No tenía ni un rasguño. Hoy lo he encontrado casi a la puerta de la cárcel y venía peor que estos, ¡medio muerto! No creo que ningún preso le haya podido zumbiar ni que se haya caído por la escalera, porque si se cae, los golpes hubiesen sido diferentes. Además, parece raro que se caigan los tres, ¿no cree?

El juez sonrió benévolo. Con la gente del pueblo, la benevolencia es un arma

eficaz.

-Lo positivo es que tantas pruebas me dais de lo uno como de lo otro. Ni los habéis visto en el cuartel, ni en la cárcel, ni en ningún sitio. Vosotros no sabéis lo que pasó y pretendéis ser testigos. No..., no es legal.

Calero se encargó de contestar:

-Permítame V.S. decirle que esto no es un juicio. Estamos poniendo una denuncia, o mejor dicho, intentando ponerla. Y para la denuncia basta con él que la pone. Si hay testigos, mejor, pero no hacen falta. Además, ¡si hay los dos que marca la ley en un juicio!. Este y yo hemos visto pegarle al Antonio, el Antonio y éste han visto cómo me pegaban a mi...

D. Alberto sintió que algo fallaba en el sistema. Aquel obrero no era como los demás, o el P. Escrivá se estaba pasando de moda. Interiormente maldijo a su buen amigo el comandante de puesto, por falta de prudencia. Todos sabemos que se puede pegar sin señalar.

Con un gesto despidió al secretario. Sólo con los denunciantes, bajó del estrado. Señaló el sofá rojo, que aparecía al fondo de la sala, invitándoles a sentarse. Los hombres obedecieron.

-¿Queréis un cigarro?

Calero aceptó. Los demás siguieron su ejemplo.

-Vamos a mirar las cosas con calma y como son. Denunciando no adelantáis nada. Como comprenderéis, la guardia civil, que está fundada para mantener el orden, tiene unas leyes especiales. Aunque no las conozcáis ni se divulguen, existen. Si el Sr. Brigada ha creído necesario corregiros un poco físicamente, para evitar que sigáis por malos caminos. Y está en su derecho.

Calero le cortó:

-No, señor. La ley dice que no pueden pegar a ningún detenido, y además que no pueden estar cerrados más de 72 horas, sin pasar ante el juez. A nosotros dos nos han tenido varios días y nos han dado lo que han querido.

El Juez sonrió:

-Pero también hay una ley que permite a los gobernadores provinciales dictar órdenes de prisión preventiva, contra individuos que puedan ser nocivos al orden público. Bajo esta orden habéis sido detenidos.

-Está bien, pero no había porque pegarnos de esta manera. El Antonio está medio muerto.

-¡Exageráis!

-¡Venga usted a verlo!

-No puedo. Como dijisteis con mucha razón, debe haber un juzgado de

guardia en las poblaciones importantes. Yo estoy de guardia.

Calero se sintió tocado.

-Bueno, hijos míos, creo que lo mejor será dejar este incidente y perdonar las ofensas como dijo Jesucristo.

Pelao se puso en pie:

-¡Qué Jesucristo ni qué coño! ¡Ni que fuera las compresas del tío bigotes!. Nosotros tenemos que tragar por él con hambre y con lo que sea, y en nombre de él nos esloman, los mismos que salen con vara en las procesiones. ¡0 toos tenemos Cristo o no lo tenemos ninguno! También dijo no matarás, haz con los otros lo que quieres que hagan contigo. ¡No, si el tío estaba bien!. Pero aquí que toos le quieren tanto y son tan católicos, ni se da de comer ni se deja vivir.

El juez cambió de cara:

-¿Sabes que por esto que dices te puedo mandar ahora mismo a la cárcel?

Pelao se encogió de hombros.

-¿Qué importa?; injusticia más, injusticia menos, toas van a caer en lo alto nuestro. ¡Que ni por casualidad se pierda una hacia los que tienen chismitos!

El juez suavizó.

-No te preocupes. Te perdono. Comprendo que eres joven, impetuoso, y aún no puedes descubrir la lógica de las razones, que han obligado a obrar en esta forma a tus autoridades. Las palizas de Calero y el Negro, la del Antonio, no se las han dado por hacerles daño, ¡muy al contrario! Ha sido para proteger la paz de todos, para que tu puedas ir a tu trabajo sin miedo a la guerra, para que nada impida el desarrollo de España, y lo que es más importante, para que ellos mismos recapaciten y avancen por el camino de la salvación eterna.

Pelao se disparó.

-¡Nos ha jodío; ¡el alma!. ¡Para que vaya al trabajo, seguro que sí!; ¡eso ya lo sabía!, ¡y que trague con los diez duros, hasta que me muera en un rincón!

Calero comprendió que el juez iba a perder la paciencia.

-¡Pelao!

-¿Qué?

-¡Vete a tu casa!

-¿Por qué?

-Ya te lo diré luego.

-¿Y si no quiero?

-Te vas de todas maneras.

Calero tenía autoridad. El Pelao estaba acostumbrado a obedecer. Sin saber cómo, se encontró en la calle, camino de su casa. En medio de la cuesta se desvió hacia la del Antonio.

-Los dos notarios están fuera, D. Vicente.

D. Vicente se sacó las gafas.

-Me lo figuraba. ¿Dónde hay un teléfono por aquí?

-¡En la parroquia!

López sonrió:

-Ese no me interesa...

-Quizá le dejen llamar desde el bar de Cayetano.

D. Vicente fue al bar.

-Por Dios, doctor, ¡no faltaría más!

-Póngame con D. Juan Carlos.

La misma señorita de teléfonos contestó:

-No está en Sanlúcar.

-No quiero hablar con él, señorita, es con su mujer.

-Un momento.

Cayetano hizo callar a sus clientes. Cuando supieron que se trataba del Antonio, guardaron un silencio respetuoso. No se oía una mosca.

-¿Está la señora?

-¿De parte de quién?

-Pedro Domecq, de Jerez.

-Voy a llamarla.

-¡Beatriz!

-¡Ah, eres tú, Vicente! Creí que era otra persona.

Le temblaba la voz. Había mentido muchas veces, pero nunca tan descaradamente como lo haría en esta ocasión.

-Sé que tu marido está ahí.

-No... ha salido de Sanlúcar.

-Parece ser que el otro notario también.

-No sé. Aquí llamaron para un testamento cerca de Chipiona. Habrá ido, pues era urgente.

-¿A qué hora?

-Eso... no lo recuerdo...

-¿Sabes que está prohibido dejar una población sin notario? Hay un colegio para impedir este tipo de irregularidades.

-Mira, Vicente, eso se lo cuentas mañana a Juan Carlos.

Beatriz colgó.

D. Vicente comprendió que durante dos días, no habría notarios en Sanlúcar. Llamó al “Ocaso” para pedir un impreso.

-¿De defunción?

-No... de los otros.

-Están pedidos, pero todavía no han llegado.

-Lo necesito urgentemente. Avísame en cuanto los reciban.

-Descuide, D. Vicente. No lo olvidaré.

Volvió a casa del Antonio. No estaba para dejarle solo.

Calero se aburría. Tenía ganas de acostarse y no de escuchar monsergas. El juez hablaba y hablaba, ofreciéndoles un cigarro tras otro. Versículos de la Biblia, frases del evangelio, consejos, pero ni una palabra sobre la denuncia. El secretario se había dormido en la sala de espera. A Juan y al Negro se les abría la boca.

-Bien, hijos míos, teniendo en cuenta la hora, creo que lo mejor será que nos vayamos a la cama. Lo pensáis bien, y si os parece volvéis mañana.

-No señor. ¡La denuncia se escribe ahora!

-¡Pero si se ha ido uno de tus amigos!

-¿No decía usted que no valían de testigos?

El juez llamó al secretario.

-Escribe lo que te digan estos señores.

Calero habló con voz firme. Una hora después, el asunto estaba liquidado. Leyeron las declaraciones detenidamente antes de firmarlas.

-Buenas noches, D. Alberto.

-Buenas noches.

Del juzgado subieron a casa del Antonio.

El secretario contemplaba aquellos papeles asustado. Nunca había escrito una serie de verdades comprometedoras más completa.

-¿Con esto qué hacemos?

El juez cogió los papeles.

-Puedes irte. Creo que ya es hora.

El secretario comprendió que “estaba de más”.

-Buenas noches, D. Alberto.

El juez releyó cuidadosamente los folios. No cabía duda de que el obrero

empezaba a espabilarse. Si los escritos llegaban arriba, podían hacer mucho ruido. Demasiado para que no saltasen la mitad de las autoridades de la provincia.

Con un gesto de cansancio, cortó el expediente en dos, luego en cuatro, en seis... Antes de salir, dejó el asunto bien clasificado en la papelera.

D. Mariano bajó con D. Luis a sindicatos. Uno por uno, revisaron los libros y folletos donde se referían a la elección y substitución de delegados. En la conducta de Antonio, no había ninguna razón para anular su nombramiento.

-En caso de enfermedad, ¿quién va?

-Un segundo. Se elige entre los otros vocales.

-¿Quiénes son?

-Juan Cabeza y el Pelao por la viña. ¡También de la huelga!

-Total, que nos han salido rana.

-No todos. Tenemos dos muy complacientes. Tobías, el de Damián Cura y el Pacorro de León Vázquez.

D. Luis no los conocía.

-¿Cual te parece mejor?

-El Tobías. Acuérdate que a Pacorro le pegaron sus compañeros y puso una denuncia. No es buen representante en este caso. Tenemos que andar “muy legales”.

Pero antes de buscar un substituto, es necesario eliminar al titular. Ninguno de los dos conocían la fórmula convincente.

Quien más sabía de leyes en el pueblo era el juez. Se llegaron a su casa.

La criada abrió en camisión de dormir. Su jefe llevaba demasiado tiempo en el despacho y ella estaba cansada.

-¿.Está D. Alberto?

-En el Juzgado, con unos que vinieron a poner una denuncia...

Entraron.

La criada conocía al alcalde, por eso no tuvo escrúpulos en dejarlos en el salón. Se podían llevar algo, pero dicen que quien roba a un ladrón... Para la criada todos los empleados del gobierno eran ladrones, lo que no le impedía admirarles profundamente.

D. Mariano tuvo tiempo de fumar cinco pipas y D. Luis de echar un buen sueño.

El juez le encontró roncando a más y mejor.

D. Mariano se levantó a saludarle.

-Pero ¿a estas horas?

-Es muy importante...

Capítulo 12º

Antonio no recobraba el conocimiento. La disnea aumentaba. D. Vicente pidió un balón de oxígeno al hospital, pero no quisieron dárselo.

-Además está casi vacío -confesó el empleado.

Había que buscar un coche. Despertaron a Piolo.

-Hay que ir a Jerez por oxígeno.

Piolo se vistió rápidamente.

-¿Eso dónde se compra?

-Preguntas en la farmacia.

Por si acaso. D. Vicente le entregó una receta. explicando en sus menores detalles lo que hacía falta. Piolo la guardó en la cartera con cuidado. Aquello era muy importante.

Antes de salir, quiso ver al Antonio.

-¿Está grave, D. Vicente?

D. Vicente no contestó. Encarna tampoco. Manolillo que no entendía nada, se había dormido, abrazado a las piernas de su padre.

-¡Gente como esa no debía vivir!

Todo asintieron. Sabían a quién se refería.

-¡Date prisa!

-En eso puede estar descuidado. A lo que dé el coche, que una vida importa más que nada.

Manolillo se despertó y se puso a llorar. No estaba acostumbrado a ver tantas caras nuevas en la casa. Su madre le cogió en brazos para dormirle.

-Es muy sencillo. Conseguid un certificado de enfermedad.

-¿Quién tiene que darlo?

-El médico del seguro.

Llamaron a Teruel. Teruel se ocupó de avisar a Blanes.

-Hay que extenderlo sin ver al enfermo. Gripe o anginas, ¿qué más da?

Blanes no estaba conforme. El asunto olía a quemado y podían chamuscarse.

Blanes no trabajaba tanto como D. Vicente. Tenía tiempo de sobra para conocer al dedillo los chismes del pueblo. Sabía que la guardia civil había pegado fuerte, que del gobierno llegaron órdenes extrañas y que los presos

estaban en la calle.

-¿No es uno de los que detuvieron?

Teruel mintió.

-¡En absoluto! Es un obrero de César Blázquez. de los que están en el Campo de Andévalo y no quiere mandar por él.

Blanes se encogió de hombros. Al fin y al cabo, le importaban muy poco los manejos de los de arriba.

-Está bien. Mándame una carta diciéndome todo esto y entregaré el certificado al portador.

Teruel prometió que la enviaría enseguida, pero antes llamó juzgado.

-...Esto puede ser un lío para mí.

Había que convencer al médico. Las cartas siempre traen consecuencias. D. Alberto mandó llamar a su secretario.

Casimiro Ruiz tenía sueño, a pesar de lo cual su mujer le hizo contarle la escena del juzgado con todos sus detalles.

-No se porqué, pero me parece que la denuncia ya está en la papelera.

-Buen pájaro es D. Alberto.

En boca de Regla, la palabra “pájaro” era signo de admiración. Los pájaros ganaban dinero, rodaban sobre cuatro ruedas y regalaban abrigos de visón. De ellos salían gobernadores, ministros y otros peces gordos. Lo sabía muy bien. Hacía diez años que se había casado, diez años escuchando a su marido las interioridades del despacho.

Vio como D. Claros, aquel señor de barba blanca que presumía de recto, y no tenía más que la paga, recibió la jubilación cuando aún le quedaban cinco años para cumplir la edad. D. Claros nunca había estado en una audiencia, rodando toda su vida por los pueblos. En cambio D. Pedro, el asturiano, apenas pasó cinco años en Sanlúcar. Se lo llevaran a Sevilla y después al Supremo. ¡Qué bueno era D. Pedro!. Nunca se olvidaba de felicitar las Pascuas, ni de los santos.

Claro que D. Pedro había tenido suerte. Primero, el atropello de aquel niño. ¿Cómo se llamaba? Bueno, un niño cualquiera. Sebastián Armada estaba asustado y D. José mucho más. La indemnización y la multa hubiesen sido de abrigo, si no es por D. Pedro. ¿Por qué cogería Antoñito el coche aquella tarde? ¡Precisamente cuando hay más bullicio en el pueblo y más criaturas!. Llovía, no tenía carnet. Les costó caro tapar el asunto, pero se evitaron el escándalo, que era lo importante. Y después vino la testamentaría de Mariquilla. Era simpática aquella muchacha. A ella le dio pena cuando

Casimiro le dijo que “todo estaba arreglado”. ¡Qué buen asunto! Siempre eran buenos los asuntos cuando se jugaban millones.

Recordaba perfectamente el pleito. Los padres de Mariquilla nombraron tutor a su hermano Manuel. Años guardando, guardando. Cuando tuvo que rendir cuentas, no podía justificarse. Mariquilla puso el pleito. Lo hubiese ganado sin D. Pedro, pero D. Pedro sabía lo que se hacía. Mariquilla no. “En un juzgado no hace falta comprar a nadie” decía, y no ofreció. Era cuestión de prometer más que su tío. Regla estuvo a punto de advertirle, pero no se atrevió. Su marido le había dicho: “Cuidado que ésta no sepa nada de cómo andan las cosas”. También su marido sabía andar por el mundo.

En estas reflexiones se durmió la secretaria del juzgado.

-¡D. Casimiro! ¡D. Casimiro!

Regla se despertó.

-¿Qué pasa?

-Vienen a buscarle de parte del juez. ¡Deprisa!

Regla unió sus esfuerzos a los de la criada. Casimiro abrió los ojos.

-¿Otra vez?

Beatriz volvió al salón. Juan Carlos dormitaba al lado de la chimenea. Era un hombre joven, con aspecto de galán de cine.

-Vicente López... para un acta notarial.

-¡Le habrás dicho que estaba fuera!

-¡Naturalmente!

-¿Preguntó por Palomo?

-Ya habían estado en su casa. Como es lógico, tampoco lo encontraron. Le dije que probablemente estaba en el campo, redactando un testamento.

-Bien.

El notario cerró los ojos. No tenía ganas de hablar. Le molestaba que Vicente López estuviese metido en el asunto. Vicente no era un hombre del pueblo. Tenía ideas y conocía su profesión. Su profesión y la ley. Podía intentar algo. Claro que un hombre solo, sin autoridad ni cargo, difícilmente consigue hacerse oír. Aunque llegase arriba, nadie leería sus escritos ni tomaría en serio sus quejas.

Juan Carlos era un hombre ambicioso. El despacho le resultaba pequeño. Soñaba llegar a ministro y tener dinero. Había recorrido la primera etapa de su plan y avanzaba rápidamente por la segunda. Sería una pena estropearlo.

Fue buena idea pedir Andalucía. Sus compañeros catalanes se asombraron. No era lógico dejar un pueblo de veraneantes, donde las escrituras y las letras abundaban, por un lugar perdido en la desembocadura del Guadalquivir. Le dio miedo cuando le comunicaron que el traslado había sido concedido. Ir a un Pueblo manejado por caciques. tiene sus inconveniente. Hay que encuadrarse entre ellos y los caciques son caprichosos, pero siempre es más fácil que triunfar donde manda la mayoría o la buena voluntad.

Los primeros tiempos fueron duros. La casa alquilada, sin agua; las quejas de Beatriz, que echaba de menos las comodidades de su provincia; el ostracismo a que les relegaba aquella sociedad cerrada. Fueron los tiempos heroicos de andar a pie y recibir en el mejor cuarto, donde se reunían los muebles presentables, que pudieron comprar. Eso sí, ni ella ni él salieron mal vestidos. Desde el primer momento, mantuvieron la fachada.

Poco a poco hicieron relaciones. Costaban privarse de muchas cosas necesarias. Para invitar hace falta dinero. Y el dinero salió del más estricto ahorro diario. Juan Carlos sabía ser simpático y flexible. Tenía ideas. Más que para notario, nació para abogado de grandes empresas. Sus consejos acertados, su ceguera ante asuntos dudosos, su ayuda incondicional a las autoridades y los poderosos, le valieron mucho.

Primero compró aquel tugurio, amueblado decentemente, el Versailles.. No quiso traer un coche de primera mano, porque en el pueblo empezaban a murmurar y los coches se ven mucho. Claro que también se ven otras cosas, pero “nadie les echa cuenta”, como decían en el pueblo.

Aquel verano pudo estrenar “La Condesita”. Una casa moderna de estilo andaluz, amplia, con portada y jardín. Faltaba la piscina, que se estaba construyendo.

Los muebles y los antepasados vinieron del anticuario. Todavía los reconocía la gente, porque eran cuadros que estuvieron mucho tiempo en la tienda. Sobre todo el del niño, que se convertía poco a poco en el “Abuelo Nicolás”. El tiempo hace olvidar..

Prudente, no quiso pasar de principios del siglo XIX. Siempre podía ampliar su genealogía. Claro que no es conveniente presentarse como descendiente del Cid, donde las grandes familias la tenían corta.

Su delirio de grandeza le dio el nombre de la finca. La voz del pueblo le ennoblecería andando el tiempo. “Es el dueño de la Condesita... el condesito... el Conde”. La deformación etimológica, parecía inevitable.

Pero ahí estaba el feo asunto de la huelga, el de los presos. Ahí estaba Vicente López.

Juan Carlos se levantó. Dedicaría el resto de la noche a estudiar cómo se puede arruinar el crédito de un médico, para cargarse su carrera.

El secretario subió por el callejón contando los escalones. No le gustaba aquel trabajo. Era meterse en la boca del lobo. ¿Qué médico pensaba encontrar?. Estaba claro, ¡D. Vicente!

Apenas entró en la calle, notó que algo muy grave estaba ocurriendo. Los hombres fumaban nerviosos, paseando de arriba abajo. Algunos se paraban frente a la puerta de donde escapaba luz. Las mujeres cuchicheaban en grupos, sin que pareciesen dispuestas a moverse del sitio, pese a la hora. Algunos le reconocieron. El silencio se extendió; los ojos brillaron, sin esconder el odio.

Casimiro avanzó por el medio de la calzada. No miraba a los lados.

-¿Vive aquí Antonio Cabeza?

Vicente López levantó la cortina de saco, que hacía las veces de puerta, saliendo al patio:

-Si, señor.

La misión estaba cumplida, pero no era prudente marcharse sin decir nada.... se lo habían advertido.

-Quiero hablar con su mujer.

Don Vicente seguía allí, plantado delante del secretario.

-Ahora no puede ser.

-Vengo de parte del juez.

-¿Para qué?

-Es un asunto a tratar con ella.

D. Vicente llamó a la Encarna. Casimiro hizo una seña para que les dejase solos.

-Lo siento, pero no veo la razón.

El secretario carraspeo:

-Vengo... a saber cómo sigue su marido. El señor juez se interesa por su salud.

-¡Me lo han matado y ahora se preocupan por él! Malditos sean todos y que se vean como se ve mi Antonio.

López la hizo callar..

-Es curioso el interés de nuestras autoridades... Hace cuatro días había dos detenidos en la cárcel. Hace cuatro días que les estaban pegando y el juez no

se interesó por ellos.

El secretario miró a su alrededor. Los hombres le rodeaba. Sintió que cualquier frase desgraciada, podía provocar la explosión. Cualquier frase o un gesto de D. Vicente. El secretario tuvo miedo. Lo mejor era marcharse.

-Está bien, señores... ya que no quieren nada... En todo caso, si necesitan algo llamen a D. Alberto, que estará muy contento de ayudarles.

El Mulo se adelantó:

-¿A qué?. ¿A morirnos?

El secretario dio media vuelta. Andando despacio, cruzó el portón. En la calle apretó el paso. Cuando estuvo en el Sanlúcar silencioso, en la ciudad donde no pasaba nada, echó correr. No volvió la cabeza, aunque oía pasos a su espalda, porque tenía miedo de caerse.

Tobías y Fernando se escondieron en una calleja. Hacía varias horas que seguían al Marciano de tasca en tasca. Alguien se acercaba. Se pegaron al portón.

-A las buenas noches.

Fernando contestó con un gruñido.

-El Piernas. ¿Crees que nos habrá reconocido?

Fernando no dijo nada. Era posible, a pesar de la oscuridad. Los hombres de campo tienen buena vista.

-¿Cuánto falta para que cierren?

-Una hora lo menos.

El Marciano llevaba más de media en casa del Carmelo.

-¿Estará bebiendo?

-No creo, no tiene una gorda...

-Pues convenía emborracharse.

-¿Cómo?

-Invitándole.

Fernando soltó una carcajada.

-¡Qué cosas tienes! Lo que no interesa es que nos vean con él.

-¿Quién es?

El secretario jadeaba. Estaba muy cansado.

-D. Vicente López.

D. Luis dio un puñetazo en la mesa.

-¡Me lo figuraba!

-¿Qué hacemos?

El juez se encogió de hombros. Entre un jefe de sindicatos y un alcalde, siempre es más interesante un alcalde.

-En realidad a ti te importa arreglarlo más que a nosotros. Tu has dejado que le peguen.

-¡Yo no sabía nada!

-Pues debías saberlo. Antonio tiene un cargo en tu organización.

D. Mariano comprendió que pretendían dejarle en la estacada.

-¡No!, ¡eso sí que no!; tú eres el juez, debes estar al tanto de lo que pasa en la cárcel, y tú, Luis de cómo acaban tus órdenes de detención.

Sí, todos estaban “en el ajo”, incluso el gobernador.

-No hay más que un camino. Resolver el asunto del certificado sin contar con López.

El secretario fue en busca del doctor Teruel

También en casa del director del hospital había luz. Teruel esperaba impaciente que le llamasen del juzgado. Tocó la campanilla. D. Bartolo tiró del alambre, para abrir la cancela.

-Me han dicho que venga usted. Están en el juzgado.

D. Bartolo se puso la chaqueta. Antes de salir, cogió dos certificados.

-Vete en busca del Doctor Blanes. Vive en Madre de Dios.

-¿Y si está dormido?

-Llamas hasta que te contesten y te lo traes. Si hace falta, le das esta carta.

Apoyándose en la espalda de Casimiro, D. Braulio escribió “Es una orden. Le interesa vernos enseguida”.

Teruel continuó solo su camino. Sus pasos resonaron en la calle. Dos obreros le cruzaron andando deprisa.

-Buenas noches.

Los hombres levantaron la cabeza, reconociéndole. No contestaron.

Marciano bebía a pequeños sorbos. El Carmelo le había invitado, como siempre que andaba en apuros. Carmelo era un buen hombre. Hizo la “emigración” durante tres años. Pasó muchos apuros, pero trajo bastante para poner el bar. Ahora vivía con tranquilidad, y no se olvidaba de los malos tiempos. Si tenía una gorda, siempre estaba a disposición de quien la necesitase. Por eso se decía que nunca sería rico.

-¿Pa qué lo voy a meter en un cajón? Cuando me muera no lo voy a llevar conmigo...

El Marciano contaba lo que había pasado aquella tarde. Los demás

escuchaban atentamente. Sabían que D. Damián y sus hermanos pagaban al puñao, pero no que se podía protestar a sindicatos cuando no daban bastante.

-¡Mañana mismo presentas la denuncia! Si quieres, te acompaño.

Carmelo había aprendido muchas cosas en el extranjero.

-Pero allí no es aquí... Yo creo que lo mejor que puede hacer es callarse. Estas cosas siempre traen disgustos...

El Bala era prudente. En su juventud, levantaba mucho el gallo. Los años se habían encargado de enseñarle que no se saca nada bueno, porque la cuerda se rompe por lo más delgado.

Marciano se enfadó:

-¿Y que nos sigan pisando el cuello toda la vida?

-Lo que aquí falta es unión -dijo un muchacho, que siempre decía lo mismo, sin lograr convencer a nadie.

Carmelo asintió:

-Si fuésemos siempre a una voz, como se hace por ahí fuera, no podrían con nosotros.

-Date cuenta de que la parada no ha servido de nada.

-Ten calma, hijo. Entavía no se ha terminado y ya hay quien gana las ochenta.

-¡Tienes razón!, ¡y las ganaremos todos!

El Bala movió la cabeza. Aquellos muchachos sabían muy poco de la vida.

-¿Me fías otro cacharro?

Carmelo asintió:

-¡Te invito! A ver si se te aclaran las ideas.

Blanes llegó con el secretario.

-Puedes retirarte, Casimiro.

El secretario hizo una media reverencia.

-¿Me voy a casa?

Los reunidos se consultaron con la mirada. Sí, podía marcharse. D. Mariano cerró la puerta, guardándose la llave en el bolsillo.

-¿Y bien?

-Hay que extender ese certificado.

Blanes sonrió. En poco tiempo había ganado muchos puntos.

-Es peligroso. Insisto en ver al enfermo...

-Ya te he dicho que está en el campo.

-¡Pues vamos al campo!

D. Luis intervino:

-Si no le has dicho la verdad, es mejor que lo hagas.

A Teruel no le gustaba ensuciarse con sus subordinados.

-Al fin y al cabo, el único que no tiene nada que ver con esto soy yo. Así que si os ponéis a dar órdenes, ¡me marchó! Con dejar que os arregléis sin el colegio médico...

Era imposible. D. Alberto lo sabía mejor que nadie.

-¿Te acuerdas del Gringo?

Teruel palideció.

-¿Del Gringo?, ¿qué Gringo?

-Aquel muchacho que murió de peritonitis en la sala de espera del Hospital... Creo que tengo por algún lado la denuncia de la familia... Ya sabes que me gustan mucho los papeles...

-No sé, no he tenido ningún enfermo que se llamase así...

-Se llamaba Luciano Ordóñez. Bajito de cuerpo, moreno. Tendría unos veintidós años. Te lo llevaron “por el dolor”. Diagnosticaste rápida y acertadamente. El muchacho no tenía seguro ni carnet de Beneficencia... Pediste a la familia las quinientas pesetas de gasto de quirófano. Una idiotez, pues estaba claro que no podrían encontrarlas. La madre y los hermanos pasaron varias horas buscándolas. Cuando volvieron, ya no hacían falta...

-Pero eso no fue cosa mía. Yo me limité a diagnosticar. El cirujano fue Vázquez.

-¡Y lo sigue siendo a pesar de todo! Como director del Hospital, tenías obligación de hacerle practicar esa intervención. Y desde luego, de echarle del centro, denunciándole al colegio.

Teruel pensó que siempre podía echar las culpas a su subalterno, pero en ese caso Vázquez también hablaría. Ojos quemados con nitrato de plata, “para quitarse el muerto de encima”, envíos de quinina que no se administraban, porque entonces la quinina valía dinero y había mucho paludismo... en fin, muchas cosas...

-Si nos dedicamos a recordar...

D. Alberto no se achicó.

-Todos podemos hacerlo, desde luego, porque nos conocemos hace demasiado tiempo. Y nos hundiremos, ¡pero todos!. No uno ni dos.

El tono no daba lugar a dudas. D. Alberto estaba dispuesto. Blanes contemplaba la escena divertido.

-Al parecer voy a entrar en... “la sociedad”.

D. Mariano aprobó. La atmósfera perdió buena parte de su tirantez.

-Exactamente.

-Es una suerte... que no aceptaré sin resultados inmediatos.

Las cosas se aclaraban.

-¿Te interesa el puesto de oculista?. Por ahí metí yo la cabeza.

-En cualquier caso, siempre será un sueldo.

-¡No hablemos más !. Desde mañana serás el oftalmólogo oficial.

-Pero... ese cargo es de usted.

-Lo voy a renunciar..., no tengo tiempo.

-Creo que debía hacerlo enseguida.

Trajeron una máquina. Teruel escribió al Jefe Provincial de Sanidad. No hubiese querido hacerlo, porque aquellas pesetas venían muy bien. Pero en el punto en que estaban las cosas bien valía perderlas, si se conseguía arreglarlas.

-Féchela la semana que viene.

Admiraron la prudencia de Blanes. En el escrito se le designaba como la persona más idónea para ocupar el cargo, haciendo constar la necesidad en que se encontraba de obtener un segundo sueldo. El médico guardó el documento en el bolsillo interior de la americana. Prefería enviarlo, personalmente.

-¿Qué enfermedad ponemos?

-Parece que está grave...

Capítulo 13º

El coche de Piolo entró en el pueblo dando saltos.

-¡Chiquillo, que nos vas a matar!

Piolo no contestó. Aquello debía llegar deprisa. Tocando el claxon para que la gente se apartase, se detuvo a la puerta del Antonio.

Varios muchachos se acercaron para ayudarle. La bala de oxígeno pesaba mucho. La metieron en el cuarto.

-¿Está D. Vicente?

Piolo desconfiaba de los que sabían mucho. Quizá el farmacéutico les había engañado.

-Sí ... ¿Traes los otros aparatos?

Piolo fue al coche en busca del paquete. D. Vicente preparó oxígeno. Antonio se ahogaba, sin poder vencer el dolor del pecho. Algo se le clavaba por dentro.

Mariano salió del sindicato con el papel en el bolsillo. También había hecho el sobre. Arriba, la papelera llena, certificaba de su impericia como mecanógrafo. Por primera vez, reconoció que escribir a máquina no es trabajo fácil.

Antes de llegar a su casa, pasó por la calle S. Jorge. En el cinco vivía el recadero de Sindicatos. Llamó a la pequeña puerta que se abría sobre el descansillo de la escalera.

-Más alto. La tercera a la izquierda.

La mujer le acompañó en combinación. Aquel señor le pareció muy importante. No quiso perder la ocasión de prestarle un servicio. Durante unos minutos, aporrearon la madera.

Chivato no estaba casado. Vivía con su querida, poseedora de un sueño más ligero que el suyo.

-¿Quién es?

-¡Despierta al Chivato! Es urgente. ¡Soy don Mariano!

Al delegado se le llenó la boca de su propio nombre. En el cerebro de la Petra, éste se mezcló con el cocido. De cuatro empellones, despertó al hombrecillo, que ocupaba la mitad del colchón.

-¡Venga, sal! ¡Ahí está D. Mariano!

El Chivato enfiló los pantalones, contentándose con cerrar la correa. Abrió media puerta. D. Mariano le tendió el sobre:

-¡Lleva esto ahora mismo!

Eran las tres de la mañana.

-¿Ahora?

-¡Sí, y sin disculpas!

D. Mariano se marchó. El Chivato volvió a la cama.

-¡Chiquillo!, ¡que te la vas a ganar!

-Las prisas no van conmigo.

La mujer le sacudió. El la cogió por la cintura.

-¡Ven!

Cuando la tuvo en sus brazos, comprendió que no deseaba poseerla, pero el juego estaba hecho. Tenía sueño, mucho sueño. Claro que el sueño no excusa

de cumplir como un macho.

Salió a la calle restregándose los ojos. El cielo clareaba. Los primeros obreros iban al trabajo. Aún no habían bajado los “paraos” a la plaza.

Chivato miró las señas.

-¡No vive lejos!

Irene oyó un grito. Después otro. Se asomó a la ventana de la choza, un cuadrado pequeño entre la paja. “¡Criminales!”; después, “socorro!” “¡Sacadme de aquí!”. Era una voz clara que se iba apagando y se distinguía bien. Irene despertó a su madre.

-Hay uno que se queja en el toyo del Brinca. Dice criminales.

La Paca se sentó en la cama. Oyó los gritos y tuvo miedo. Por la tarde había vendido cuatro cerdos. Todo el pueblo lo sabía. Podía ser un truco para hacerlas abrir y robarles el dinero.

-¿Has cerrado bien la puerta?

-Si...

-Ve a mirar el cerrojo. ¡Y no se te ocurra descorrerlo!

Irene obedeció.

-Está echado.

-Bueno, pues acuéstate, y no abras aunque llamen.

-Pero omá, ¡hay un hombre que se está quejando!

-No te fíes nunca de los hombres.

Irene volvió a la cama. Los gritos siguieron un rato. Después, nada. Creyó distinguir otras dos voces.

-¡Omá!, hay más.

-Por eso te dije que no abrieses.

Tobías entró con cuidado de no hacer ruido. Afortunadamente, no había luz en el patio ni en la escalera. Abrió su puerta. Era de cartón, porque no hubo bastante para ponerla de otra cosa. Su mujer dormía. Se desnudó en la oscuridad. No quería encender. Desde fuera se veía, por muchas precauciones tomase. Dejó la ropa en el suelo y fue hacia la cama. El casco de una botella rodó sobre los ladrillos.

-¡Mierda!

Tobías esperó sin moverse. El ruido no despertó a nadie. Empujando el cuerpo de su mujer, se hizo un sitio en la cama. Estaba borracha como de costumbre. Los borrachos tienen un sueño muy pesado.

Eran las seis cuando llegó Chivato. Tobías, que se había despertado con la luz del sol, sintió los pasos desconocidos. Cruzaban el patio... subían la

escalera... Llamaron a la puerta. Buscó un rincón donde esconderse. Volvieron a llamar. Alberto, el pequeño, se levantó.

-¡Ya voy!

-Tobías le hizo una seña, pero el niño no comprendió.

- ¿Vive aquí Tobías Blasco?

-Es mi padre.

-¡Dale esto!

Chivato dejó la carta en manos del niño. En la escalera pensó que si aquello era urgente, debía haber preguntado por el Tobías. Volvió sobre sus pasos.

D. Damián se despertó muy temprano. En la familia todos se despertaban temprano.

-¡Tráeme el café!

Su mujer obedeció. Era una señora, pero sabía llevar a su marido. Su marido tenía costumbres. “Traer el café y planchar los pantalones, son cosas que no se pueden encargar a la criada”. Por eso Doña Marcela subía todas las mañanas el café a la habitación.

La cocinera estaba levantada. Esto evitó a la señora tener que llamarla y a la doncella la bronca tradicional.

-Señora, aquí está el Fernando. Dice que quiere ver al señorito.

-¡Que espere!

Doña Marcela anunció la visita.

-Pregúntale si algo anda mal.

La mujer bajó por segunda vez.

-Dice que no.

-Entonces que se vaya a la bodega y me espere allí.

Fernando fue a la bodega. Era temprano y estaba cansado. Por eso se metió en el cuartillo de despacho, dejándose caer en la cama del “señorito”. El “trabajo” de la noche le daba autoridad. Pensó que ya no podrían reñirle ni ponerle en la calle. La idea de que D. Damián tendría siempre miedo de su capataz le hizo gracia, claro que no debía excitarle demasiado, porque D. Damián era capaz de todo. Cualquier día podía convertir a Fernando en Marciano y aquello no era divertido.

Tobías cogió el sobre azul. Un requerimiento para que se presentase al juzgado, probablemente. ¡Pronto se había descubierto el asunto! Daba vueltas a la carta, preguntándose si era mejor leerla y perder el tiempo o escapar inmediatamente. La verdad es que Tobías apenas sabía leer, y no quería dársela a un vecino.

Volvieron a llamar. Tobías despertó a su mujer.

-Abre y entérate qué quieren.

-¿Para qué? ¿No puedes hacerlo tú tan bien como yo?

-¡Haz lo que te digo!

La mujer se levantó.

-¿Qué quiere?

-Saber si está Tobías Blasco.

-¡Ahí lo tiene!

La puerta de par en par. Un dedo, señalándole. Tobías no dijo nada, porque se le cortó la voz.

-Vengo de parte de D. Mariano, el de Sindicatos... Te traje una carta antes, pero como es urgente quería saber si estabas.

Tobías se asustó más aún. Sin saber qué hacer, tendió la carta al portador:

-¡Léemela!

Chivato le miró, sorprendido por tamaña incultura. Luego rasgó el sobre.

-Dicen que como el Antonio está malo, te han nombrado a ti para ir a Cádiz en su lugar, como representante de la social. Tienes que estar en la parada a las once ...

Tobías respiró. No sabían nada, pero ...

-¿Qué es lo que ha pasado?

-Nada, sólo que al Antonio le han dado más de la cuenta en el cuartel.

Aquella mañana César Blázquez tenía los demonios en el cuerpo. La misa no había servido para calmarlos. Se sintió fuerte como un chiquillo y olvidó. La huelga, las viñas y la bodega. Incluso a su secretario -un hombre pequeño y untuoso-, que siempre estaba a su lado.

-¡Manuel!

-Diga, D. César.

-Hoy no llego a la bodega. Ocúpate de todo.

-Como usted mande.

D. César dobló en la primera esquina. Rodeó dos manzanas y cogió la calle que había dejado. No era necesario dar publicidad a la excursión. Abajo de la cuesta de Belén, estaba el callejón del Turco. Hacía mucho tiempo que cierto mercader de nación turca, dio su nombre al rincón. Como otros muchos, llegó a Sanlúcar en busca de fortuna, acompañado por un verdadero paraíso de Alá. Los hombres del pueblo aprendieron el camino de la casa, enseñándolo a mercaderes y soldados, que pasaban vía las Indias. Durante siglos aquellas casas vivieron y sobrevivieron gracias. a tan

próspera industria que, si no figura en los libros de ningún personaje de las finanzas, fue el principio de muchos.

De los viejos tiempos orientales no quedaba más rastro que la antigua posada, hoy casa de Doña Mary. Y hasta se había perdido el nombre. Cuando se puso de moda el juego de los trucos, alguien lo puso público. No se perdieron las casas de mujeres, pero sí la identidad del callejón.

Ventanas enrejadas, cerradas por celosías, un gran portón de clavos de bronce como en las casas grandes, y al otro lado patio, cubierto por espesa parra.

Hacia allí se dirigía D. César, cuando una mujer arrugada le cortó el paso.

-¿No quieres ver a tu chiquillo?

D. César la apartó con la vara. Le molestaba el pasado. Una vez que se deja en el confesionario, queda olvidado para Dios; ¡con mayor razón deben olvidarlo los hombres!. Pensó que aquella mujer no tenía nada que ver con la Macarena de su recuerdo, lo que le cargaba de razón.

La mujer insistió.

-No tengo ni para darle de comer.

D. César tiró un duro al suelo.

-Toma y no molestes... ¡Tengo prisa!

La mujer cogió el dinero y se metió en un portal.

-¡Cómo pasa el tiempo! -murmuró D. César.

Hacía más de diez años que la había conocido. Entonces, la chiquilla tenía unos quince. Ojos verdes, morena, cuerpo de mimbre, como se decía en semejantes casos. Vivía en el Barrio Alto, donde estaban sus bodegas.

Llamó al capataz:

-¿Sabes quién es esa chiquilla?

-Mi hija, señor.

César estuvo mucho tiempo detrás de ella, pero el Botas, que le conocía de antiguo, se la quitaba del camino.

-Quiero ver a tu hija, Juan.

-No está. La tengo en Trebujena.

-Tráemela, que más te vale.

-Le digo que no está.

D. César no podía vivir. Cuando quería algo, tenía que conseguirlo. En el casino habló del Botas.

-Le tengo que despedir por abusar del cargo. Ahora pretende pagar las horas extraordinarias. Ya se sabe que la gente se crece, cuando lleva mucho

tiempo en la misma casa.

El capataz se marchó. Durante varios meses, ni él ni ninguno de su gente encontraron trabajo en Sanlúcar. D. César se encargaba de “hacerles la cama” a su gusto.

En aquellos tiempos no se emigraba. A la familia le tocó el hambre.

Un día encontró a Macarena en la calle, jugando con otros chiquillos. Estaba más delgada. La deseó más que nunca.

-¿Quieres que te enseñe la bodega?

La niña quiso escapar. D. César la cogió por la cintura.

-¡Ven! Tengo un jamón colgado en mi despacho. Te daré un buen trozo.

Cuando se enteró el Botas, quiso matarlo. Los amigos le convencieron que sería mejor poner denuncia. En el juzgado no quisieron escucharle:

-¡Su hija violada por D. César! ¡Pero sabe siquiera lo que dice, hombre de Dios! Esa niña anda con medio pueblo.

-¡Es mentira! ¡Que la examine el médico!

-Aquí no se trata de médicos, sino de testigos.

El Botas se suicidó. Quería mucho a la chiquilla y no pudo aguantar la vergüenza.

Sus hijos quedaron a cargo de la viuda. Macarena siguió yendo a casa del amo durante varios meses. Le daba la comida y algunas pesetas, por barrer las enormes naves. Un día se cansó.

-Cuando venga la Macarena, le dices que no la quiero más por aquí.

El portero cumplió la orden. Macarena aguardó al señorito en la puerta.

-D. César... estoy esperando un chiquillo de usted.

D. César se encogió de hombros. La madre de la niña se presentó por la tarde en su despacho.

-Mire usted, que estoy dispuesta a organizar el escándalo.

-Pero, mujer, ¿qué quieres que haga? ¿No sabes que soy casado?

-No le pido eso. Dé algo para el niño...

-Ten en cuenta que tu hija ha ido con otros ¡Cualquiera sabe de quién será eso!

-Es incierto, D. César.

La dio quinientas pesetas. Entonces cien duros era mucho dinero.

-¡No volváis a molestarme!

Después supo que Macarena se había tirado a la vida. Sintió cierto resquemor en la conciencia. Fue a confesarse.

-Padre, la niña de que le hablé está en la vida.

-¿Tú has intervenido?

-No, padre. Ya sabe todo lo que pasó...

-Está bien, hijo, queda tranquilo. La cabra tira al monte, se haga lo que se haga.

La encontró algunas veces en casa de Doña Mary. Se había trasladado al callejón con el chiquillo. Algunos días se acostaba con ella.

Se estropeó deprisa. El ama la despidió y se dedicó a trabajar por su cuenta, con la gente del pueblo. Los que poco tienen, poco pueden pagar. La Macarena andaba de mal en peor.

Lo desagradable de la historia eran aquellos abordajes en plena calle. No quería denunciarla, porque su mujer podía enterarse. Aquello se ocultó cuidadosamente. Las otras salieron mejores. No se atrevían a molestar. Saludaban de lejos. Sólo Dios podía saber cuántos hijos engendró D. César, en su larga vida.

-¡Un hijo se hace sin querer! La culpa la tienen las mujeres, que se dan al gusto, cuando debían aguantarse.

Como ocurre normalmente en España, el placer y la concepción, se unían en la mente del bodeguero.

No se detuvo en el patio a escuchar la música del agua. Los que construyeron aquella fuente, para placer de la clientela, estaban en el cementerio. A los nuevos visitantes les sobraba. Sólo conocían el placer tangible. Eran de otra raza, más práctica, que quería tocar “y menos cuentos”.

Entró en el saloncillo isabelino, donde recibía la patrona. Ésta se levantó, abrazándole. La cara de D. César se hundió en la espesa mole.

-¡Dichosos los ojos! Con estas tonterías de los del campo que os traen preocupados, andamos siempre solas.

-Ya sabes que nunca te olvido. Pase lo que pase, saco tiempo para venir, aunque no sea más que un momento.

Doña Mary sonrió coqueta:

-Tengo algo guardado para ti...

D. César se sentó en el sofá del estrado. No era cómodo, pero le gustaba. En su casa tenía uno igual, pero su mujer no le dejaba usarlo. Estaba destinado a las visitas y cuidaba mucho aquel forro, de raso amarillo.

-¡Vamos a verlo!

Doña Mary habló con compunción religiosa:

-¡Pero es muy caro!

-¿Cuánto?

-¡Dos mil pesetas!

-No me interesa...

-De todas maneras, voy a enseñártelo.

Doña Mary salió, para volver con una chiquilla gitana, de ojos rasgado y cuerpo a medio formar. Ni niña, ni mujer. Justo el punto de su cliente.

D. César balanceó la varita, señalando a la muchacha.

-¿Esto, dos mil pesetas? ¡Estás loca!

-¡Dios, D. César! Usted no la ha mirado bien.

-Quinientas y vas que ardes!

-¡Niña!, quítate la blusita.

La niña obedeció.

-¿Qué me dice ahora? ¡Estas cosas no se ven todos los días!

D. César se excitaba.

-¡Hay que verla mejor!

La niña dejó caer su falda raída. Quedó allí en medio, como un animal de feria. Sentía vergüenza y frío a pesar del calor, pero no dijo nada, procurando conservar un gesto orgulloso y ausente.

-Llegaré a las ochocientas...

-¡D. César! Tenga en cuenta que las cosas han subido mucho. Por ese precio las hay, pero no de estreno.

A D. César le brillaban los ojillos.

-¡Pues búscame otra!

-Está bien. -Doña Mary se dirigió a la niña- Anda, vístete y sube al cuarto.

La chiquilla salió corriendo, con la ropa bajo el brazo.

-¡Vamos, María, que soy buen cliente! El que más te deja en el año.

-Ya lo sé, D. César. Y si pudiera, con mil amores, pero están los padres, ¡no lo voy a poner de mi bolsillo!

-Algo ganarás...

-Le juro por mi hija, la que tengo en las Esclavas, que la quiero más que a mis ojos, que no gano una peseta en esto.

D. César movió la cabeza.

-Si usted quiere, llamo a otra. La Pili, por ejemplo; ¿se acuerda?. La rubia que tanto le gustaba.

Pero D. César estaba encaprichado.

-No, esa ya está muy manoseada.

-Entonces, la Juani...

-¿No puedes rebajarme algo? Te doy hasta las mil.

-¡Imposible! Si fuera mía, se la daría hasta gratis.

D. César dejó mil quinientas sobre la mesa. Doña Mary guardó los billetes en el seno.

-Mándala a mi cuarto.

D. César subió lentamente la escalera de mármol.

Eran más de las nueve y allí sólo había cinco hombres. El capataz se impacientaba.

-¿Dónde están los demás?

Piojito se adelantó:

-No vienen... se trata del Antonio...

Al capataz no le gustaban las bromas.

-¡Aquí se paga lo que pedís! No es justo hacer esta faena a D. Aurelio.

-Ya han ido algunos a decírselo... venimos por no dejarle desviado, pero... es que el Antonio está peor.

El capataz no sabía nada. Le dijeron que habían detenido al muchacho y buscó otro en su puesto.

-Le pegaron... nunca ha sido muy fuerte.

El capataz se quitó la gorra.

-Está bien muchachos. Haremos lo que se pueda.

D. Aurelio tenía un defecto. Nunca había pretendido ocultarlo. A D. Aurelio le hubiese gustado nacer mujer. Por eso recibió a los tres obreros en bata de satén rosa, calzando chinelas del mismo color.

-¿Qué pasa, hijos míos?

Por fortuna, los tres hombres habían velado toda la noche al lado del Antonio y no tenían ganas de reírse.

-Venimos a decirle que hoy irán cinco a su campo. El Antonio está peor.

D. Aurelio sabía menos que su capataz.

El juez estaba en la sala, despachando asuntos de poca monta. Injurias, peleas, robos sin importancia. Una mañana cargada de trabajo anodino. Los juicios se celebraban dos días por semana. Ni en los delitos ni en las declaraciones, se encontraba originalidad.

Llegó el Cabo Pérez con un atestado.

-Necesito ver a D. Alberto.

El secretario le miró de frente. Siempre miraba de frente a los que consideraba inferiores.

-¿Para qué?

-Hemos encontrado un cadáver. Hay que levantarlo. Aquí traigo las primeras diligencias.

El Cabo Pérez dejó los papeles sobre la mesa. Una muerte es interesante, cuando la rodean circunstancias extrañas. El secretario entró en la sala de audiencias.

-Parece un crimen...

D. Alberto levantó la cabeza de su libro. Estaban declarando testigos que le aburrían.

-Dile al cabo que espere.

Se suspendieron las vistas.

Tobías fumaba sentado en el bordillo de la acera. Esperaba a D. Mariano. Dieron las once y media en el reloj de la iglesia. Pensó que con el dinero de D. Damián, tenía para fumar un rato largo. “Y no vayas a contarle por ahí”. Tobías no pensaba decir una palabra.

El sol calentaba el cemento. Se levantó, atravesando hacia el bar.

-¡No me vayas a dar mosto! Quiero manzanilla de la buena.

El tabernero rió:

-¿Y con qué vas a pagar?

Tobías le tendió un billete de mil pesetas. Los muchachos silbaron.

-¿Has asaltado un banco?

-Trabajo... nada más que trabajo.

El del mostrador miró el papel al trasluz. No era falso.

A las doce apareció D. Mariano.

-¿Eres Tobías Blasco?

-Sí, señor, para servirle.

-¡Pues sube al coche!

El Piolo se restregó los ojos. No había dormido en toda la noche y ahora le tocaba ir a Cádiz. Cuando le llamaron dijo que no, pero D. Vicente le

convenció. “A ver si te enteras de algo. Están pasando cosas muy raras. No es malo estar al corriente”. “El Tobías es un mal bicho”, protestó Piolo. “Pos eso debes ir tu. El no nos diría una palabra”.

D. Aurelio Peláez aparcó en la Puerta de Jerez.

-¿Dónde vive el Antonio?

Los muchachos se encogieron de hombros. De los ricos nunca se puede uno fiar.

-Es para ir a verlo... trabajaba en mi campo y me he enterado que anda malo.

-Mesón del Duque. El número no lo sabemos. Ya verá la gente.

Ciriaco se acercó al patrón. No le gustaba hacer faenas y sentía que aquella mañana la habían hecho.

-No nos guarda usted rencor, ¿verdad, D. Aurelio?

-No... no puedo... mañana os pagaré el jornal que habéis perdido. Aquí traigo los de Antonio...

En la calle se hablaba bien de D. Aurelio.

-Hace más aguas que un aljibe, pero es un hombre de pelo en pecho.

Capítulo 14º

En el despacho del gobernador se discutía. Estaba el Presidente de la Diputación, terrateniente y bodeguero, el Alcalde y los dos propietarios más fuertes de la provincia. No se ponían de acuerdo.

-Yo no veo otra solución. Lo que hagamos es para nada.

-De alguna manera tendrán que compensarnos...

-Es posible que consigamos una subida en el precio trigo...

-Difícil... difícil... al pan no le quieren tocar.

-O una baja en los impuestos...

El Presidente de la Diputación estaba nervioso.

-Si yo me voy y los demás también, ¿qué quedará?. Forasteros, que no harán el menor esfuerzo por defendernos, capaces incluso de atacar nuestros derechos. Hay que saber perder en algo, cuando se trata de ganar en mucho.

-Tu eres el que más pierde saliendo de tu cargo. A nosotros no nos has

ayudado en nada.

-Más de lo que pensáis ¿O es que no han impedido muchas disposiciones nefastas mis informes?. Conseguimos ocultar lo que ganamos. ¡Me parece que ya está bien!

-Con otro sería igual.

-No lo creo... Tened en cuenta que yo también tengo tierra y me interesa más que el cargo.

El gobernador hizo entrar al secretario. Quería terminar aquella discusión bizantina.

-Donde hay un camino no hay setecientos. Dentro de hora, los jornales en la viña serán de ochenta pesetas.

Los propietarios salieron del despacho. El gobernador respiró.

-Son casi peores que los otros.

El presidente asintió.

-Vamos a ver, Ángel, ¡escriba usted!

El secretario esperaba, la pluma al aire.

-En sesión celebrada en este gobierno civil, con el fin remediar la situación creada en la provincia, a causa de la elevación del costo de la vida, “temiendo que sea afectado el orden público”... No creo necesario explicar más, ¿verdad?

El Presidente de la Diputación aprobó.

-Sigamos. Ha sido acordado por unanimidad, tanto por las autoridades sindicales como por los representantes de las delegaciones locales, pertenecientes a las secciones económica y social -el gobernador se detuvo- Invierta el orden. Suena mejor para algunos.

El secretario corrigió.

-¿Decíamos!

-Secciones social y económica...

-¡Ah, sí! Hemos acordado elevar el jornal del obrero eventual de la viña a la cantidad de 80 pesetas diarias. Es de notar el fuerzo que en esta ocasión hacen los terratenientes andaluces, en bien de los productores, ya que esta elevación supera con mucho sus posibilidades. La reunión se celebró en un ambiente de perfecta cordialidad entre las partes, siendo general el júbilo, al conocerse este acuerdo. Etcétera, etcétera.

-¿V. E. desea que redacte un informe extenso?

-Pues sí... Y busque cualquier razón para explicar porqué nos hemos reunido en la casa sindical.

-Por el problema de orden público...

-Bien.... me parece bien.

-¿Desea algo más Vuecencia?

-Sí. Ocúpese que se publique en la prensa de mañana. Es conveniente que lo sepan cuanto antes. Puede venir una inspección. ¡Que encuentre todo solucionado!

El secretario salió.

-Bueno, ¡creo que ya hemos terminado!

-Todavía queda la reunión.

-Eso no tiene importancia.

El gobernador miró su reloj.

-¡Vamos allá!

Los dos personajes se dirigieron al salón de sesiones. En la puerta, esperaba el jefe Provincial de Sindicatos.

-¿Han llegado todos?

-Si, y están en orden.

D. Vicente avisó a su casa.

-Dice el señorito que tampoco vendrá hoy. Si hay algo, que le busquen en la calle Mesón del Duque.

-Entonces..., comeré sola.

Clara estaba acostumbrada. Desde que se casaron comía y cenaba sola regularmente. “Te advierto que si he estudiado medicina, no ha sido para vivir bien. Para eso me hubiera hecho ingeniero o ladrón. Soy médico para cuidar enfermos. Ellos pasarán antes que todo. Incluso antes que tú”. Dijo que sí. Clara se aburría pero no se quejaba. Comprendía la obra de Vicente y procuraba ayudarle.

Entró en el cuartillo donde se guardaban las medicinas. Había llegado otro paquete de muestras y tenía que ordenarlas.

El juzgado se trasladó al toyo. Marciano flotaba sobre el verdín. Su madre lloraba, apoyada en el hombro del número Pérez. El número Núñez se ocupaba de consolar al padre.

D. Alberto procedió al levantamiento. Se hicieron nuevas diligencias.

-¿Testigos?

Su madre le había dicho que no se metiese en nada pero...

-Oí cómo gritaba esta noche...

El juez miró a la chiquilla con desconfianza. La gente inculta tiene mucha imaginación.

-¿Desde dónde?

- ¡Vivo ahí!

Irene señaló su choza, situada a menos de cincuenta metros.

-¿Por qué no salió a ver qué pasaba?

-Mi madre me dijo que no abriese la puerta

-¿Dónde estaba su madre?

-Conmigo.

- ¡ Que venga!

La mujer se asustó.

-No es nada, señora. Una simple declaración.

-Tuvimos miedo. Vivimos solas y acabábamos de vender los cochinos...

Había dinero en casa, lo que no pasa nunca. Hoy no, por que lo llevé al banco muy de mañana.

-¿No vio el cadáver al cruzar hacia la carretera?

-Ya estaban ustedes. Pensé que no haría falta.

-Cómo eran los gritos?

-Pedía socorro y decía canallas... Luego oímos dos voces más, pero no se les entendía nada porque hablaban muy bajo.

Otros vecinos se acercaron. Vivían más lejos y tenían más experiencia. Con los guardias no querían compromisos.

-No, no sentimos nada.

-El cabo Pérez comprobó que se trataba de un asesinato. Le encargaron el caso.

Los hombres no bajaron a la plaza como otros días. La consigna que salió de casa del Antonio era clara.

-Ni en la plaza ni en los bares nos tienen que ver, mientras éste no salga de peligro.

El pueblo llenaba Mesón del Duque y las callecillas de alrededor. Era una marea que se movía hacia la puerta del herido. Pelao, Calero, Negro y los otros no se apartaban, informando a los demás. D. Vicente no quiso decir que había perdido la esperanza. Encarna lo sabía. Su sexto sentido le avisó.

Fuera de la calle, el pueblo aparecía desierto. Algunos bares cerraron, porque el amo estaba en el Barrio Alto. Así decía el anuncio de la puerta. Los guardias no se atrevieron a prohibirlo.

D. Luis cruzó la calle ancha. En la Plaza Cabildo, las palmeras cimbreaban solitarias. Dos viejas cruzaron de prisa, camino de la Cuesta. Un grupo de niños ocupaba los bancos del centro. Callados, quietos. Como los hombres. Dos motores de automóvil rompieron el silencio. La tensión aumentaba. D. Luis pensó que se estaba volviendo aprensivo.

El primer visitante fue D. León Álvarez.

-No se que pasa, pero encuentro algo raro en el ambiente.

D. León asintió.

-¿Cómo va lo de la viña?

-Mal.

-En fin..., paciencia.

D. León carraspeó.

-Supongo que vienes a preguntar algo.

-Sí, claro... Me han dicho que Mariano sale dentro de rato para Cádiz, con un representante de los obreros ... ¿Es importante?

-No se..., puedo adelantarte que ha sido llamado por gobernador.

-Supongo que para poner orden.

-Sí, seguramente ... No me han dicho nada. Sé tanto como tu.

D. Luis despidió al inoportuno visitante, con sendas palmadas en la espalda. No era momento de aclarar las cosas ¿Para qué?. Ya leería la noticia en los periódicos. El, como de costumbre, quedaría fuera, con las manos limpias. La carta de Cádiz era terminante. Debían arreglar las cosas, inmediatamente “y por las buenas”.

Detrás de D. León, fueron llegando los otros. Gaspar, César, Diego, el hermano de Damián, Antonio...

D. Luis saludaba, sonreía y ofrecía cigarrillos.

El ujier apareció, anunciando una nueva visita.

-...hay también dos mujeres con un niño en brazos. Es un carnet de beneficencia.

-¡Que esperen!, y hagan pasar al señor.

-Está ahí D. Aurelio Peláez... Hay dos.

-¡Ya lo sé! ¡Dos mujeres! Haz pasar al señor Peláez.

-¡Es increíble!

Incluso en los momentos más dramáticos, los gestos de Peláez ostentaban un no sé qué de timidez profunda.

-Te estoy hablando del asunto de Antonio Cabeza de Vaca, ese muchacho al que detuvieron el otro día. Apoyándose, claro está, en las desgraciadas órdenes gubernativas.

-Te equivocas: no fue así. Lo sorprendió la guardia civil mientras hablaba con los presos por las ventanas de la cárcel. De sobra sabes que eso está prohibido.

-¡Es igual! Porque, por cierto, lo de los otros tampoco tiene ninguna disculpa.

-¿Calero y el Negro? Es agua pasada...

-Agua pasada o no, requiere una explicación.

D. Luis se enfadó.

-Pero explicación, ¿de qué?

-De las palizas. Ninguna ley permite matar a un hombre a palos.

El alcalde fingió asombro.

-No sabía nada.

-¡Mentira! Lo sabes lo mismo o mejor que todo el pueblo.

-Te juro que no... Además, no será para tanto.

-Antonio se está muriendo. Resulta bochornoso que desgraciados como tú, puedan llevar este pueblo a tal extremo. Pienso denunciar. Iré a Madrid. ¡Haré cuanto haga falta para cortar estos abusos!

-Querido amigo, soy el alcalde. ¡No tu criado!

-El sueldo te lo pagamos entre todos. En consecuencia, has de ser criado de todos.

-No quisiera tener que discutir contigo...

-¡Está bien! Me ocuparé de llevar el asunto a los tribunales.

D. Luis cambió de expresión. La sonrisa inicial desembocó severidad tajante.

-No te lo aconsejo.

-Soy un hombre libre, que no necesita tus consejos ni los de nadie

-¡Un hombre libre! Nadie ha olvidado tu última actitud. Nadie olvidará que te señalaste, pagando demasiado pronto. ¿O crees que eso se olvida?

Peláez palideció ligeramente. D. Luis señaló el gran sillón, destinado a las

visitas de alto rango. Con su dedo índice diminuto y una voz que intentaba ser conciliadora, comenzó a adueñarse del visitante.

-Siéntate Aurelio. Ten un poco de calma, ¡anda!

D. Aurelio obedeció. El alcalde, empezaba a experimentar un efluvio casi sensual, ante su víctima bien intencionada, que tímida e incómoda, no se atrevía a reemprender la impetuosa cantinela. Sin convicción, a modo de súplica para iniciar la retirada, D. Aurelio susurró:

-En todo caso, haré lo que me dé la gana...

-Ten en cuenta lo que te juegas...

-Y los demás, otro tanto.

-Tú no tienes testigos.

-Y vosotros, ¿de dónde pensáis sacarlos?

-Desde nuestra situación y con dinero, amigo mío, sabes que aparecen sin esfuerzo. En cambio, tú...

D. Aurelio se irguió con lentitud y salió sin despedirse. Comprendía que aquello había sido una simple bravata. ¿Quién era él, hijo del pueblo al fin y al cabo, contra los omnipotentes señores? Se caló el sombrero. Por primera vez, hubiese deseado otro padre. Un padre con nombre. Un padre capaz de haberle hecho ahora invulnerable. Así nadie podría chillar. Los grades tendrían que tratarle de igual a igual. Y él podría pagar a los obreros cuanto se le antojara. Sí, señor. Pero D. Luis, como todos los demás, sabían su procedencia. Esa procedencia, que le hacía sentirse tímido ante esclavos y señores. Porque él estaba ahí, en mitad de la corriente, titubeante y solo, indeciso y extraño... Siguió avanzando pausada y torpemente, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos. Un viento fresco hacía que el ala de sombrero se balanceara de vez en cuando. Apretó el paso. Cruzó la calle. Sintió, de pronto, unas irrefrenables ganas de llorar.

El gobernador ocupó la presidencia. Por primera vez en su vida, no trajo las cuartillas de un discurso bajo el brazo. Se trataba de una reunión en familia, para andar por casa.

-Señores, les hemos llamado con el fin de aprobar oficialmente el nuevo convenio sindical. A partir de hoy, el obrero de viña percibirá un salario mínimo de ochenta pesetas, por convenir así al bien del servicio nacional. ¿Están conforme?

El delegado provincial de sindicatos se levantó:

-Por supuesto excelencia. Conformes y agradecidos.

-Teniendo en cuenta que no hemos escuchado voces en contra, el convenio se considera aprobado por unanimidad. Espero que a continuación los asistentes estampen su firma al pie del mismo. Mañana aparecerá la noticia en la prensa.

Los asistentes firmaron por orden de jerarquía. A la una se cerró la sesión. A la misma hora, un ujier certificaba en la oficina de correos, el informe oficial.

**-¡Uff! Creí que no llegaba a tiempo.
El empleado sonrió.**

El cabo Pérez trabajaba activamente. Aclarar aquel asunto significaba una buena nota en la hoja de servicios, y la hoja hay que cuidarla, sobre todo en aquella situación absurda. Si el Antonio se moría, podía traer malas consecuencias. Un buen trabajo haría que los superiores olvidasen su intervención en la paliza. Por una vez, la gente hablaba sin dificultad.

-Salió solo, poco antes del cierre -explicaba Carmelo-. Serían la una de la mañana... quizá un poco más pronto, porque yo ando siempre con cuidado de ser puntual. Había tomado dos o tres copas... ¡Aquí tengo apuntado lo de él! Nos contó que no traía dinero, porque no había querido cogérselo a D. Damián.

-Como paga al puñao y lo que quiere, el Marciano, que conoce sus derechos, no estuvo conforme -explicó el Bala, en un alarde de valor.

-Si, nos estuvo contando la pelea que tuvieron en la bodega. Pensaba denunciar en sindicatos si el patrón no achantaba. ¡pobrecillo!.

-Es posible que de ahí venga todo ...

El cabo Pérez anotó la observación anónima.

-¿Bebía mucho?

-¡Ni chispa! Era poco amigo del vino. Ni siquiera los sábados se ahumaba. Simpático, eso sí, pero serio como pocos.

La madre apenas podía hablar.

-Su primer día de trabajo después de cinco meses. ¡Cinco meses pasando fatigas y buscándose la vida como Dios le daba a entender! A veces, por esos campos, en busca de caracoles; otras – ya no hay que ocultar nada, señor guardia -, se pasaba las horas remando hasta la marisma, por coger unos pájaros. Hacía lo que fuese, con tal de no dejarnos sin comer. Antes de salir me dijo cómo tenía que gastar el jornal. Dos duros al almacén, el resto por

la plaza: "Omá, pronto seré fijo y se acabaran las preocupaciones". ¡Y mire usted cómo me lo han traído!

El cuerpo desfigurado yacía en la única cama de la habitación. Varias mujeres le rodeaban. Un olor dulzón se extendía por el pasillo. Costó mucho trabajo sacarlo de "la piedra" después de la autopsia. Fue la Filomena quien se encargó de todo, por su primo Pedro, que trabajaba allí.

-Lo raro es que estuviese por el Cerro Falón. Nunca cogía aquel camino por la noche. No es que fuera cobarde, pero esas soledades le imponían respeto.

-¡Como a todos!

Pérez buscaba los dos hombres.

-¿Estaba peleado con alguno?

-No..., era muy tranquilo.

-¿Le debían dinero?

-¿De dónde? ¡Si no tenía pa na!

D. Vicente salió del cuarto con la cabeza baja y los ojos enrojecidos. El Pelao se acercó:

-¿Qué?

-Ya.

Pelao y los otros lloraron como niños. El pueblo entero se consternó con la noticia, aunque la esperaban

-No olvidéis que aquí queda la Encarna.

-No se preocupe, D. Vicente. Estamos nosotros para que no falte nada a esta familia.

Calero sabía que los demás hacían suya la promesa. El Negro se acercó a la cama:

-Le llevaremos nosotros.

El único ujier del juzgado dormitaba frente a su mesa, cuando llegó D. Vicente.

-¿Qué hay de bueno, doctor?

-¡De bueno nada! Quiero ver a D. Alberto.

-No sé si estará...

-¡Búscalos!

El ujier se levantó de mala gana. Los últimos días había tenido demasiado trabajo.

-Está ahí D. Vicente López.

-¡Hazlo pasar!

D. Alberto se estiró en la butaca. Había tenido una mañana agitada con lo del asesinato. Ahora llegaba la visita que menos deseaba.

-Vengo a entregarle un certificado de defunción.

-¿Para qué se ha molestado? Podría haberlo mandado con cualquiera... incluso por el “Ocaso”, aunque no estuviera asegurado ...

-Este quiero entregarlo personalmente.

D. Vicente tiró el papel sobre la mesa. El juez leyó para sí.

“Antonio Cabeza de Vaca ha fallecido en el día de hoy en su domicilio, Calle Mesón del Duque s.n. a consecuencia de los golpes recibidos en el Cuartel de la Guardia Civil de esta ciudad en fecha del 29 del presente mes. A primero de Mayo de... “

D. Alberto se quitó las gafas. Los ojos desnudos brillaron, como los de cualquier miope.

-Esto, naturalmente, será una broma.

-No, señor. Es un documento.

-Pero no legal.

-Un certificado siempre es legal, cuando lo firma un médico. Especialmente si este médico es el de cabecera.

-El médico de cabecera de un trabajador asegurado es el designado oficialmente.

-O el que atiende regularmente a la familia...

-Oficialmente, no... Tenga en cuenta que el enfermo ha podido fallecer a consecuencia de un error... en el tratamiento aplicado.

-En absoluto. Se le han prestado más cuidados de los que se pueden procurar en el pueblo, donde por ejemplo, no hay oxígeno.

-Tenga en cuenta que el doctor Blanes visitó ayer al enfermo.

-¡Es incierto!

-Hay un certificado para probarlo. Antonio no pudo asistir a la reunión de Cádiz por encontrarse en cama. Pero a consecuencia de un fuerte ataque de ictericia. De tipo canceroso, posiblemente

-No estaba enfermo. ¡Puedo probarlo!

-En todo caso, su médico oficial merece más crédito que un matasanos privado.... Es lógico que se dirigiese antes al del seguro, que a usted...

-Lógico, pero fui yo quien le asistió hasta el último momento ¡Tengo testigos! ¡Ahí está el cuerpo, donde pueden verse los golpes!. ¡Pido una autopsia!.

-Es usted muy joven, Vicente. Todavía no conoce la vida. Si la conociese, hablaría de otra manera. El cuerpo se enterrará sin más trámites. Pronto se pudrirá. En cuanto a los testigos, le apoyarán hoy, mañana quizá. No más tarde. Se olvidará el Antonio y la huelga, porque habrá pasado el momento emocional. Entonces será cuando yo los llame a declarar. Pensarán en su jornal, en su seguridad, en las amenazas discretas que les hará llegar la guardia civil. Serán pocos, muy pocos, los que se presenten en la sala. Y de esos, apenas dos o tres mantendrán su posición. Obedecerán estúpidamente las indicaciones del fiscal o del abogado defensor, convenientemente aleccionado. ¡Da igual! Se inclinarán del lado de la autoridad, no lo dude, porque es el sol que más calienta. Hay mucho miedo en este pueblo. ¿Qué el miedo guarda la viña? ¡cierto!. Pero mientras la siga guardando, ¡bendito sea!

-Calero y el Negro se mantendrán en la verdad.

-Sus declaraciones no merecen crédito. Son proscritos políticos, elementos fuera de la ley. El primero, perdió su personalidad civil en tiempo de la guerra. El otro, acaba de perderla.

D. Vicente estaba cansado. Cansado de discutir, de luchar.

-En todo caso, yo no puedo hacer otro certificado.

-Usted lo hará. ¡Se manchará como todo el mundo!

La voz del juez era firme.

-¡No. Señor!

D. Alberto le tendió un impreso en blanco y una pluma. El médico sintió asco. Aquel hombre, hipócrita o inconsciente, que hablaba justicia invitando a la injusticia, le repugnaba.

-¿Me pide esto en nombre de su Dios?

El juez asintió.

-¡Precisamente! Y recuerde que también es el suyo. Ya sé que no es aficionado a frecuentar la Iglesia ni a la lectura de los evangelios. Creo que debía repasarlos más a menudo. Le abrirán caminos que desconoce. Ahora, como siempre, encontraremos en la palabra divina, la frase que convenga a nuestro problema.

Tendió la mano para coger el librito. Manos anchas y blancas, de labriego enriquecido. D. Alberto alardeaba a menudo de ascendencia titulada, pero bien sabían en el pueblo, que riqueza y blasones remontaban a la ley de Mendizábal.

-“Dad al César lo que es del César”. El César es el Estado. Y el Estado

necesita paz. Esto podría alterarla, en perjuicio de todos. Firme, amigo mío. A usted le indigna..., pero la indignación no es buen consejero y ni usted ni yo podemos dar marcha atrás al reloj del tiempo.

D. Vicente se dirigió a la puerta. El juez cambió de tono.

-¡Un momento, doctor!

D. Vicente se detuvo.

-¿Sabe cuántas maneras hay de arruinar la vida de un hombre?, ¿cuántas le terminan la carrera de un médico? Una simple denuncia de cualquier particular, una prueba de que cierto tratamiento ha provocado la muerte, un diagnóstico dudoso, que acarrea consecuencias... Y después viene la expulsión del Colegio, la cárcel..., en fin, mil complicaciones que, le aseguro, preferiría evitarle.

-Se lo agradezco, pero puedo asegurarle que hasta hoy no me he equivocado. No es petulancia. Es verdad.

-Se han muerto muchos enfermos tratados por usted...

-Generalmente, no son los hombres sanos quienes me llaman para que les atienda. Es lógico que algunos enfermos se mueran. Los viejos entre otros. A todos nos tocará algún día. He recetado medicinas imposibles de encontrar en nuestro país, buscándolas por mis propios medios, ordenado intervenciones quirúrgicas, que algunos cirujanos se han negado a practicar, exigiendo que las familias pagasen previamente. He visto morir a muchos, porque ni ellos ni yo teníamos el dinero, que hacía falta para salvarlos. Pero nunca, nunca, ¡entiende bien!, mis tratamientos han traído malas consecuencias.

-No se trata de lo que diga usted, sino de lo que crea yo... en caso de encontrarme ante una denuncia.

- ¡Es absurdo!

-¡Pero es posible! Puede marcharse. No le exigiré un nuevo certificado, pero no le aconsejo que repita este documento.

El juez encendió el mechero. El papel ardía sobre el plato de loza, que servía de cenicero.

-¡Haré una segunda copia!

-Correría igual suerte que la primera... Dentro de muy poco, tendremos el certificado de defunción, extendido por el verdadero médico de cabecera, Blanes. Antonio ha muerto a consecuencia de un cáncer.

D. Vicente se acercó despacio a la mesa. El juez sonreía. D. Vicente le dio una bofetada. El secretario acudió al oír el ruido, pero D. Alberto le ordenó

que saliese.

-Está bien Vicente. Usted quiere ser mártir de una causa injusta, absurda, porque el mundo no se puede cambiar. Yo lo soy todos los días, de Cristo, porque sintiendo como usted, me veo obligado a perpetrar y sufrir las arbitrariedades, a que me obliga mi posición de defensor del orden. El orden establecido por Dios, que la maldad de los hombres hace tambalearse peligrosamente. No le guardo rencor. Le tiendo la otra mejilla, como el amigo a los fariseos... y le pido que sepa comprenderme.

El médico cruzó el despacho del secretario.

En la calle hacia sol y calor. No lo sintió. Un sudor frío le corría por la frente. No había colores. Todo era rojo como la sangre

Clara esperaba impaciente.

- Tienes la sala llena.

- Diles que hoy no recibo. Estoy demasiado nervioso.

Clara transmitió el recado. Los enfermos abandonaron el cuarto sin protestar. Una mujer se acercó:

- Mi niño está muy malito desde ayer. Le dan unas calenturas muy altas y tiene vómitos. Ya no llora. Yo creo que se nos va... Como es muy mayorcito y ya sabe usted como ando de los riñones, no le he podido traer... Si D. Vicente quisiera venir a casa...

Clara volvió al despacho.

-Hay un caso que parece grave...

D. Vicente cerró los ojos. ¿Por qué eligió aquella vida? Pudo dedicarse a construir casas o defender pleitos, o simplemente a ganar dinero, como sus compañeros de profesión. Deseaba ser uno más, impermeable al dolor de los otros. Que la miseria y la injusticia viviesen a su lado, sin importarle mientras no le atañesen directamente. Poder escuchar quejas, pensando en otra cosa, compadecerles en la forma, liberándose del peso con la limosna fácil. Ser bueno, como todos los "buenos" que conocía, sin sentir en el fondo de su alma cada golpe, como si lo hubiese encajado en su yo. Y que los enfermos se convirtiesen en casos, que le interesasen como al mecánico la avería del automóvil. No conocer sus nombres, ni saber los hijos que tenía cada uno, el color de sus ojos, la choza en que vivían y el alcance de sus ingresos. ¡Convertirlos en experiencias! ¡Que dejaran de ser hombres!

Pero el moribundo no era un cáncer, que se desarrollaba de tal o cual manera. Era fulano, sufriendo, porque es difícil encontrar calmantes y son muy caros. El niño raquíptico probaba algo más que las consecuencias de un

régimen, escaso en calorías. D. Vicente hablaba de injusticia social y de sistema y quería ser Dios, porque Dios es injusto. ¡Dios del mal! ¿Qué importaba, si su mal sería el bien de todos? Cuando ya no había nada que hacer, buscaba desesperado el remedio. Después se quedaba allí, frente al cuerpo, sintiendo su impotencia de hombre. Y por las noches sentía ganas de llorar, como el niño que no puede arreglar su juguete.

D. Vicente levantó la cabeza.

-¿Quién es?

-El hijo de la Manoli.

¡Ah, sí, ¡la Manoli! ¿Cuántos tenía?

-¿La que vive en la playa?

-No, la de la Deshilá.

La de la Deshilá... Tenía cuatro. Uno mayorcito, que ya le trabajaba. El único jornal de la casa, porque Manoli no tenía marido ni “hombre”. No lo tuvo nunca. Estuvo con el del Pedo cuatro años. Cuatro años, dos hijos. El del Pedo no era mal hombre, pero un buen día se cansó de ella. “¡No soy libre!. Me espera a la puerta de la taberna, me pega, coge todo el jornal, ¡sin dejarme ni para tabaco!”. Cosas sin importancia en el pueblo. Todas las mujeres hacían lo mismo y a los hombres no les molestaba. La verdad es que se había cruzado la Tagala. La llamaban así, porque su abuelo había hecho la guerra en Filipinas y volvió llamando Tagalas a todas las mujeres. La familia heredó el nombre. La Tagala era guapa. Tenía quince años y un pasado tan corto como intenso.

La historia empezó en la bodega de los Cura. Una noche de flamenco en el viejo convento desafectado, tapizado de botas. La Tagala cantaba bien y “bailaba muy graciosa”. Lo decía todo el pueblo. Damián, Ricardo y Diego, jaleaban entusiasmados. Los invitados de cumplido se fueron al amanecer, dejando que los íntimos se divirtiesen a su gusto. El vino corría. Al cante “hondo” sucedió la fiesta. Algunas parejas se unieron. Tagala madre tocaba las palmas, cantándole a su hija. La tensión la ganaba. La mocita de suaves caderas dejó de serlo, para convertirse en un objeto deseable. Los hombres se excitaban. D. Damián vació una botella de manzanilla en la cabeza de la muchacha. Se rompió la barrera que contenía al instinto. Juan Vázquez rasgó el traje de seda rosa despintada. La Tagala cayó al suelo. Se disputaron sobre ella.

D. Vicente acababa de llegar al pueblo. No conocía las costumbres ni los nombres. Por eso le llamaron. Fernando, el capataz, entró en el patio.

También estaba manchado de sangre.

-Venga conmigo..., ha ocurrido un accidente.

La Tagala se había desmayado. Tardaron algunos minutos en darse cuenta. Asustados, la tumbaron en la cama del señorito. Su madre lloraba. La tensión cayó en vertical. Nadie comprendía como ocurrió. Nadie se sentía culpable. Y todos incómodos.

-¡Fue sin querer!

No era grave. Agotamiento, contusiones. D. Vicente la curó.

-¿Qué edad tiene?

-Catorce años.

-¿Quién ha sido?

Los invitados se miraron. El que pudo se escabulló.

-Pero, ¿quién ha sido?

Los invitados no contestaban. No lo sabían. Ni cómo y cuándo llegaron hasta la chiquilla. La madre recordó su imagen bailando, el vino le resbalaba por la cara y el cuerpo medio desnudo... después, la noche no tenía más imágenes.

-¿Quién fue el primero?

-¿Pero ... ?

Damián se adelantó

-No lo sabemos, doctor.

D. Vicente se empeñó en poner la denuncia.

-Ustedes dirán que no sirve para nada, pero yo tengo que salvar mi responsabilidad.

Efectivamente se archivó, entre otras similares. Hubo una ligera investigación en la bodega. D. Damián ofreció un buen fajo de billetes a los padres y pronto se olvidó el asunto.

La Tagala se tiró a la vida. Le iba bien, porque sabía mantenerse y gustaba. La familia vivió a cuenta suya cierto tiempo, hasta que se encontró con el del Pedo.

Hizo como los demás. Pagó lo que le pidieron y se marchó. Pero volvió al otro día, y al otro... La Tagala se enamoró. Era la primera vez y nadie se lo explicaba. El del Pedo era un hombre basto, de campo, entrado en años y más bien feo. No tenía dinero ni inteligencia para ganarlo. “¡Ella, acostumbrada a pieles tan finas!”, se lamentaba la madre. Los hermanos quisieron matarla. “¡Serás la deshonra de la familia!”. Pero aquel amor era demasiado fuerte para ser destruido. El del Pedo se la llevó a su rancho y

montó guardia con el azadón en la mano.

Cuando volvió la Manoli del pueblo, no la dejó entrar.

- ¡Tú, a tu casa!

La mujer recogió los chiquillos y se fue un poco más abajo, a la choza de su madre. Allí vivió hasta que los mayores se cansaron de aguantar familia intrusa.

-Es menester que busques dónde irte...

Se metió en un cuarto de cierta casa declarada en ruinas. Como el trabajo de sus manos no bastaba para mantener a sus hijos, puso su cuerpo a trabajar. A los dos primeros chiquillos, añadió un tercero y un cuarto. Se decía que el uno era de D. Gaspar y el otro del capataz de su bodega. Nadie lo sabía de cierto.

Pero la Manoli no servía para la profesión. Demasiado trabajada, tuvo que retirarse por falta de clientela. Eso sí, guardó para comprar el campito donde vivía. Cuando el mayor encontró empleo, las cosas se arreglaron. Entre lo que sacaba asistiendo en las casas y el jornal, había para comer. El segundo ya tenía tiempo de ayudar, pero no le gustaba doblar la alcayata. Era el garbanzo negro de la familia.

D. Vicente se levantó del sillón.

- Dile que voy ahora mismo ... Cuando en esa casa caen enfermedades, suele ser grave.

Clara transmitió el recado. Manoli se fue, bendiciendo al médico por la calle.

Capítulo 15°

D. César escuchaba el llanto de la niña mientras se vestía. Le gustaba verla llorar, pero siempre se cansaba antes de que hubiesen terminado. Los hipidos nerviosos acababan poniéndole mal humor. En todo caso, no había perdido su dinero. La mañana fue buena. Por enésima vez, pudo comprobar el perfecto funcionamiento de su organismo, a pesar de los años, doblegando un ser humano a su capricho, un ser nuevo, que había dejado de interesarle. Con sus pasitos característicos, la vara bajo el brazo, bajó hacia el salón isabelino. Doña Mary esperaba junto al ventanal, en su butaca preferida. El cerro a la altura de la calle, era buen punto de mira. Se podía llamar a los clientes interesantes y saber quiénes no lo eran, antes de que sonase la

campanilla. Los espesos visillos impedían que la opulenta silueta, se viese desde fuera.

Doña Mary estaba de mal humor. Había visto entrar a D. León en la casa de en frente, la Casa de las Niñas, como la llamaban. Las cuatro hermanas González le hacían una competencia descarada. Hubiese querido traerlas con ella, pero nunca accedieron, a pesar de las buenas condiciones que les propuso. "Nos gusta la independencia... Ahí tendremos que obedecerla". "¡Pero si no es más que por evitar que se desperdigen los clientes!", explicó. Y no quisieron atenderla.

Cambió de gesto al escuchar los pasos de D. César.

-¿Ha pasado buen rato?

Sus ojillos sonreían con malicia.

-No tan bueno como esperaba.

-¡No mienta! Está usted muy joven para aburrirse con una joya como esa.

D. César no contestó, ocupando su sitio en el sofá.

-Quisiera comer.

-¡Ya lo sabía yo! ¡Y que no sienta bien una comida después de!.....

Hizo un guiño.

-El hambre no quiere decir que aquello valiese dos billetes, ¡ni mucho menos!

-Bueno, bueno, ¡no se enfade!

Doña Mary llamó a la criada.

-Trae algo enseguida, que tenemos un invitado.

La chica salió corriendo. No sabía leer, pero tenía buena memoria. Desde que vio entrar al "de la varita", como le decían en el pueblo, le maldijo, porque preparar un cascote, da mucho trabajo. Se encargó de hacerlo antes de que lo ordenase la señora, para evitar gritas y prisas. Orejas de cerdo, rabos, coles y garbanzos saltaban en la olla, a punto de ser servidos. Casi habían cocido demasiado. D. César tardó más tiempo que de costumbre.

El niño lloraba, acurrucado en el bordillo. No sabía bien qué pasaba, pero como todos lo hacían, se creyó en la obligación de imitarles. Una vecina le sacó del cuarto.

-¡No se te vaya a ocurrir entrar!

Fue cosa de D. Vicente "¡Que se lleven al niño!", Ordenó.

Y el niño no entraba, porque tenía miedo de que le pegasen.

Encarna, callada, abrazaba el cuerpo de su marido. Las mujeres hipaban, porque así debía ser en los duelos importantes.

El primo Jacinto se encargó del entierro. Había traído algunos billetes para “lo que hiciera falta”, porque tenía dinerito. Cinco aranzadas de viña y cien metros de baldío, dedicados a la cría intensiva del cerdo.

Como todo el mundo, el Antonio estaba “apuntado” al Ocaso. Jacinto bajó a las oficinas.

- Antonio Cabeza de Vaca se ha muerto. Vive en Mesón del Duque.

El empleado consultó los libros.

-No es asunto de nuestra incumbencia. Estuvo apuntado pero debe cerca de un año.

- ¡Yo lo pago!

- Tiene el veinte por ciento de recargo.

- ¿A qué hora subirán la caja?

El empleado se rascó la calva.

- No sé..., no sé... Es un mal día ... Hay otro más y el de primera.

- La queremos a eso de las ocho.

- ¡Pues no va a poder ser! El carpintero anda muy ocupado. Además ¡no entiendo porqué tanta prisa! Supongo que no lo enterraran hasta mañana...

Jacinto asintió. En realidad, su primo estaba mejor en la cama, aunque se estropease algo el colchón. Los muertos manchan siempre...

- Queremos enterrarlo a la siete.

- Eso no es cosa mía. Deben tratarlo en la parroquia.

-Usted que anda mucho con estas cosas, ¿sabe si es difícil?

- Depende de lo que tengan... Al otro, por lo menos, lo han puesto a las tres... y el de tronío, por la mañana, después del funeral.

- ¿Quién es el otro?

-¿No lo sabe?; el Marciano. Creo que ha sido un asesinato.

Jacinto se despidió. Antes de salir, recordó que su padre se les había caído con caja y todo ...

-Si la caja es de esas que pierden las agarraderas la cambia ... aunque cueste un poco más ... Aquí sigo yo, para lo que haga falta.

-Ya me dijeron eso los muchachos. Estuvieron hace un rato, pero no traían una lata.

Frente a casa del Marciano, no había tanta gente. Los hombres pasaban,

cumplían con la familia y subían al Barrio Alto. Sin el Antonio, todos estarían allí, pero aquel día, un asesinato era menos importante. Sólo algunos marineros que le conocían mejor, se quedaban acompañando.

Un grupo de mujeres rodeaba el cadáver. La histeria disminuía en la proporción que aumentaba el cansancio. Los hombres, en el patio, fumaban en silencio.

No era cosa de ellos andar con muertos.

D. Damián pensó que sería conveniente acercarse a casa de su empleado. En circunstancias normales, no lo hubiese hecho. Llevaba muy poco tiempo en la firma para tener deferencias. Pero no le gustó la forma en que el Cabo Pérez le dio la noticia.

-El muchacho que empleó ayer, Marciano Domínguez, apareció muerto en un toyo. Según me ha dicho uno de sus compañeros de trabajo, -no le digo el nombre porque prometí guardar el secreto-, tuvo unas palabras con usted a la hora de cobrar. Le amenazó con llevarle al Sindicato.

El Cabo recalcó la última frase. D. Damián se encogió de hombros.

-¿Y qué? ¿No es natural que me preocupe por mis intereses? Siempre que se desmanda un obrero, procuro solucionarlo por las buenas. ¡No tengo ganas de arruinarme en multas!

-Sí, muy natural... Tobías y su capataz se quedaron con usted. Cuando Marciano cayó al toyo, se le oyó gritar "criminales" y las voces de dos hombres. No de tres ni de cuatro.

-¿Y yo qué tengo que ver? Con mis empleados discuto muchas cosas, ¡si cada caso que ocurre en Sanlúcar saliese de aquí, estábamos listos! No sé lo que habrá pasado, lo que sí le digo es que me da usted la noticia.

- ¿No notó su falta a la hora de entrar?

- No. Después de lo de ayer, es natural que se considerase despedido.

- Buenos días, D. Damián. Hasta mañana. Volveré, porque creo que aquí se pueden aclarar muchas cosas.

La táctica de asustar al posible delincuente nunca fallaba. Por eso Damián pensó que debía visitar a la familia.

Se vistió de oscuro, colocándose una corbata negra.

-¡ Ahí está D. Damián!

Un tío del Marciano salió a recibirle. El padre se secó las lágrimas, procurando guardar la máxima dignidad.

D. Damián se detuvo en medio del patio, esbozando la primera reverencia. Avanzó, repitiendo el gesto, lo bastante cerca para estrechar la mano nudosa, que se le tendía. Retrocedió tres pasos, andando de espaldas, para ejecutar el tercer saludo. Después subió al piso, donde repitió por dos veces la ceremonia: ante las mujeres y ante el cadáver.

El olor a putrefacción era insoportable. D. Damián no pudo evitar un gesto de repulsión. Hubiese querido taparse la nariz, pero eso no estaba bien visto. Aguantó el tiempo necesario para dar las “cabezadas”, esforzándose en evitar la náusea, que le ahogaba.

En el coche llenó los pulmones de aire puro. “¡Ha sido horrible!”. La cara amoratada apenas podía reconocerse. El vientre abultaba bajo las sábanas. En los ojos semiabiertos, las hormigas habían instalado su nido, pese a los cacharros llenos de agua, que rodeaban la cama. Las moscas iban del muerto a los vivos con el mayor desenfado. Su zumbido sonaba aún en los oídos del vinatero.

- ¡Que tiren este traje!. Huele a muerto.

- La doncella pensó que el terno caería muy bien a su novio.

Llamó a Fernando.

-¡Ve ahora mismo a casa del Marciano!

Fernando hizo un gesto de repugnancia.

-¿Para qué?

-Es la costumbre.

-Pero no quiero verlo. ¡Me da miedo! ¡No sabe usted como flotaba! Ni siquiera puedo acercarme por el Cerro Falón.

-Quieres a no, hay que ir. Nos conviene. El Cabo Pérez ha descubierto que fue un asesinato.

D. Damián no dijo más. Tampoco convenía asustarle demasiado. Podía irse de la lengua. El capataz obedeció.

Entre los párpados se distinguía el brillo de cierta materia viscosa. Fernando sintió que el cadáver le miraba. Tuvo miedo que se levantara para acusarle. Le “vio” moverse. Menear la cabeza y una mano. El dedo se levantaba... se levantaba... Fernando tropezó con algo. Le pareció una pierna del muerto. No pudo más y escapó corriendo. El Cabo Pérez esperaba en la calle. Había seguido al capataz. Apuntó algo en su libreta.

Escondido tras un vallado de pitas, le esperaba su testigo.

-Mire usted... Yo nunca he sido un chivato, pero Marciano era buen amigo mío. Fui yo quien le llevó a la bodega, ¡en mala hora!. Y sé que lo mataron.

Con D. Damián no hay que andarse en bromas. Le dije que tuviese cuidado, que no se debía hablar así, pero no me escuchó. ¡Y ya ve usted'!

El Cabo Pérez fue al cuartel para extender dos citaciones. Fernando y Tobías. Cuando terminó, se quedó con la pluma m el aire, ante un tercer impreso vacío. Pero no. De D. Damián se ocuparía después.

Llamó al despacho del brigada.

-¡Ya tengo a los asesinos del Marciano!

El brigada aprobó con gesto distraído. Estaba muy ocupado estudiando. Se acercaban los exámenes y tenía mucho interés en llegar a teniente.

El primo Jacinto fue a la parroquia. D. Demetrio estaba en su despacho.

-Es para un entierro...

D. Demetrio no le miró.

- ¡Espere un momento!

D. Demetrio escribía. Jacinto esperó, plantado ante la mesa. Quince minutos, veinte. Los curas, que viven para la eternidad, nunca tienen prisa. Salvo cuando se trata de cobrar, pues lamentan el tiempo perdido, en negocios del mundo.

D. Mariano dio una propina al Tobías.

-Para que bebas una copa a mi salud.

Tobías se guardó el dinero.

-¿Me necesita para algo más?

- No puedes irte.

D. Mariano tamborileó la pipa sobre la mesa. La brasa se extendió sobre la madera. D. Mariano la quitó de un manotazo, siguiendo tamborileo. Había que dar la noticia antes que saliese en la prensa y no sabía por dónde empezar.

Doña Mary servía personalmente a D. César.

- ¿Un poco más?

D. César asintió.

-Como de costumbre, en tu casa se come maravillosamente.

Doña Mary se sentó a su lado. A D. César no le gustaba comer solo; en cambio, otros clientes no querían nadie a su alrededor. Manías de gente rica. Cada cual la suya.

-¿Qué hacemos con la niña?

-Lo que quieras. No me interesa.

-Entonces..., ¿puede recibir?

-Pues sí.

-Es que... tengo muchos pedidos.

-¡Sí, sí! No la quiero para nada.

El ama sonrió, disimulando su despecho. Le hubiese gustado que D. César se encaprichase, porque el cliente empicado, deja doble que los de paso. D. César siempre fue así. Las primerizas le gustaban más que a un chiquillo un cochecito; pero una vez catadas, las dejaba de lado. Si no había nada que romper, las prefería experimentadas. Era muy difícil sacar el jugo a D. César.

-Ha vuelto la Tomasa.

D. César levantó la cabeza, sorprendido.

-Debías haberme mandado razón a la bodega.

-No quería molestarle.

D. César se marchó. De camino pensó en la Tomasa,

-Habrá que volver un día de éstos.

La Tomasa llevaba mucho tiempo en la profesión. No hacia asco a nada y tenía buen cuerpo. Nunca falló con ella. Quitando las niñas, era su carne preferida. Empezó con León Álvarez un viernes santo, después de la procesión. D. León tenía la costumbre de terminar las ceremonias religiosas en el Callejón del Turco. Entraba en las casas cubierto con la túnica y el cucurucho de nazareno, que no solía quitarse, sobre todo si volvía del Silencio. Ya se sabe que los hermanos de penitencia, no pueden descubrirse la cara en la calle. D. León era buen cliente durante la Semana Santa y malo el resto del año. Una lástima, porque las preparaba bien. Había enseñado a la Filo, pero la Filo dejó pronto la profesión. Ahora tenía una casa en el Barrio y no quería nada con los pantalones.

- A mí, con faldas... Eso que tenéis entre las piernas me ha hecho demasiado daño.

No era simpática ni sabía tratar a la clientela, pero tenía buen género. En realidad, lo único interesante de Doña Mary, fue la Tomasa. ¿Por qué habría vuelto? En Sevilla le fueron bien las cosas, de Sevilla a Madrid... Claro que habían pasado los años y en Madrid hay mucha competencia. ¿O quizá volvía por aprovechar a los americanos? D. Cesar se encogió de hombros. En el fondo, ¿qué importaba?. Estaba allí y se podía aprovechar.

D. César entró en la oficina. Su secretario corrió tras él, con cara compungida.

- Hay una noticia, D. César... Una mala noticia.

D. César pensó que aquel muchacho se había vuelto sentimental.

- Sí, ya lo sé, que se ha muerto el Antonio.

- Esa es mala, pero la que tengo que darle es peor.

D. César le hizo pasar al despacho.

- En la reunión de Cádiz, han aprobado la subida de jornales... Desde hoy ganan 80 pts. Mañana lo publicará el periódico...

- ¡¿Cómo lo sabes?!

-Ha llamado D. Mariano para decirlo... y también D. Antonio Vázquez... Tiene usted una reunión a nueve. D. Antonio ha ido a Cádiz para ver si lo arregla. Creo que volverá para entonces.

Tobías entró en la bodega. D. Damián le saludó como si no le hubiese visto en todo el día.

- ¿Donde has estado?

-Con D. Mariano en el Gobierno Civil, pero me han dicho que diga que también en sindicatos... Desde hoy hay que pagar 80 pesetas en la viña...

D. Damián soltó un taco.

Tobías le miró sonriendo. Le gustaba molestar al patrón. Nunca pudo tragarlo. Un mal bicho, que solo servía para almacenar billetes. Le aguantaba porque quería medrar y no era tonto, pero no le perdonaba ni uno de los pildorazos que largaba. Humillaciones, jornales de miseria, juergas que no disfrutaba, pero que hacían pasar noches sin dormir, sirviendo manzanilla, langostinos y mujeres, si hacían falta, hartándose de trabajar, mientras los demás se divertían. Tobías comprendió que ya no sería lo mismo. De amo y criado, se habían convertido en cómplices. Los malos tiempos terminaban, gracias a la suerte. Siempre pensó que llegaría la ocasión de tratar al gordo de igual a igual, pero nunca tan pronto. Claro que el camino debía andar lo despacio. Con D. Damián se patinaba fácilmente.

-¿Dónde está Fernando? Tengo que preguntarle una cosa.

-En casa de Marciano.

Tobías fue a su trabajo.

D. Demetrio limpió la pluma en un trozo de secante.

-¿Quién es?

-Antonio Cabeza de Vaca, padre.

-¿Vivía?

-Mesón del Duque.

-¿Por qué no me han llamado para darle los auxilios espirituales?

Jacinto se encogió de hombros.

- No sé... Yo no estaba allí, pero creo que fue de repente.

Con los curas hay que andar con cuidado. No iba a decirle que el Antonio nunca quiso sotanas. Luego denuncian y vienen los líos. Por menos le llaman a uno rojo y eso trae consecuencias.

-¡Ya sabéis que hay que llamarme! Aún después de muerto, se le puede dar la extremaunción. ¿Hace mucho tiempo que falleció?

-Unas... tres horas.

Exageró, por si se le ocurría al de la sotana acompañarle. ¿Qué iban a decir sus amigos si le veían con un cura? D. Demetrio dio un puñetazo en la mesa.

-¡Otro que habéis mandado al infierno! Por si acaso no ofendéis bastante a Dios, os empeñáis en ofenderlo también después de muertos.

Jacinto agachó la cabeza sin contestar.

- Bueno, ¡está bien! ¿Qué clase de entierro queréis?

- Estamos apuntados al Ocaso...

- ¡Entonces no sé para que has venido! El Ocaso se ocupa de todo.

- Es por lo de la hora... Quisiéramos que fuese a las siete.

- ¿A la siete? ¡ A la siete no puede ser!

- Es que estamos esperando a mi hermana. El tren llega a las seis y media

- ¡Será a las cinco!

- No sea usted así. D. Demetrio, ella le quería mucho y se pondrá hasta mala si no puede verlo

- Yo no estoy aquí para bailar al son de todos. ¡ Mañana tengo un día endemoniado!. Dos entierros, un bautizo de primera a la seis y media, que no puedo cambiar porque hay fiesta. ¡En fin, muchas cosas!

Jacinto sacó cuarenta duros.

- Padre... si pudiese...

El cura cogió los billetes, metiéndolos en el bolsillo de la sotana. Suavizó la voz.

- Veremos lo que puede hacerse. Ya os avisará el Ocaso de la hora...

Jacinto se encasquetó el sombrero al salir de la iglesia. Cuidando que nadie le viese. Escupió hacia la puerta.

Carmelo se acercó a Marciano. Por las comisuras de los labios, salía un

liquido untuoso. Le tocó los pies, presionando el cuero de los zapatos – nuevos, por supuesto- la carne reblandecida se hundió. Carmelo había hecho la guerra y sabía lo que era un cadáver en descomposición. Alrededor del cuerpo, sobre la sábana, aparecía una mancha amarillenta.

Se acercó al padre del muchacho.

- Habrá que metérlo en la caja...

- No la han traído.

Carmelo se llegó a la calle Ancha.

-El cuerpo se está descomponiendo...

El empleado se encogió de hombros.

-¿Qué quiere que haga? El estuche no está terminado.

Del taller venía el sonido rítmico de los martillazos.

-¡Hombre!, ¡que ya huele una hartá! No hay quien pare en casa.

-Haber venido antes.

-¿No le han dicho que fue un accidente? ¡Nosotros qué sabíamos!

-No puedo hacer nada. Tenemos un día de bulla como no se ha conocido desde hace mucho tiempo.

Las moscas se quedaban pegadas sobre Marciano y las hormigas ya no podían moverse. Le taparon la cara con un trapo y las manos con dos pañuelos. Los insectos que pudieron librarse de aquella prisión, fueron definitivamente en busca de los vivos.

Un guardia trajo las citaciones. Las recogió al chico de la bodega. Apenas ganaba tren duros, pero estaba allí porque le gustaba el vino y era listo para los recados. El muchacho entró en la nave, con los papeles en la mano. D. Damián le detuvo.

-¿Qué llevas ahí?

-Dos cartas para Fernando y Tobías. Me las ha dado un guardia.

-¡Trae!

D. Damián las leyó, guardándoselas en el bolsillo interior de la americana.

-No digas nada.

- ¡ Descuide!

El chico fue en busca de dos jarras, procurando olvidar el asunto.

Calero y Negro se fueron a descansar un rato. Estaban reventados. Mulo,

Pelao y Juan siguieron la guardia, a la puerta de la casa.

- ¿Crees que mañana iremos al campo?

- He oído decir que no... Tenemos que ir a los dos entierros.

-¡ Yo no voy al del Marciano! No le conocía.

- Dice Calero que también lo han asesinado. Por orden de D. Damián.

- ¿Cómo lo sabe?

- ¡Ni idea!..., pero nunca se equivoca.

Aquella noche los bares cerraron pronto. Sólo quedaron abiertos los del centro. La gente de la Calle Ancha, no conocía al Antonio ni al Marciano.

Se dijo que al día siguiente habría dos entierros Y dos funerales, que quizá hubiese jaleo, pero eran noticias vagas. El mundo de la Valenciana estaba más preocupado por la repentina desaparición de la mujer del notario, que había abandonado todo local público. Se comentó el accidente del toyo y las malas consecuencias que trajo a cierto obrero, participar en la huelga.

Eran cosas que pasaban lejos de aquel mundo.

Mercedes paseaba del brazo de su novio. Volvían de la playa por el centro de la calzada. Faltaban pocos metros para que las farolas rompiesen el encanto positivo de la noche. Mercedes se separó del muchacho.

- Pueden vernos.

Mauricio pensó que tenía razón, pero que a él no le importaba. Claro que tampoco tenía interés en darle publicidad a cosa. Mercedes era guapa, de buena familia y con algo de dinerito, aunque no tanto como para casarse con ella. Además, era demasiado joven para amarrarse.

Antes de entrar en la Plaza de Cabildo, se despidieron. Mauricio fue a casa de Puig. “No me gusta que vayas allí”, le había dicho ella. A ninguna mujer le gustaba que los hombres fuesen a la trastienda de la pastelería, porque sólo las dejaban entrar en días excepcionales. Luis Puig no quería mujeres. “Están bien en la cama, pero no discutiendo entre hombres”.

Luis era el decano de la reunión y dueño del local. Padre de dos hijas rechonchas, alegres y “muy valientes” según decir público, decidió casarlas con gente bien. Para conseguirlo, no encontró sistema más adecuado que el de reunir a los posibles yernos, en su “salón privado”, tarde tras tarde. Le costaba buenos billetes y mucho tiempo. Pero lo daba por bien empleado. La tacañería no gusta entre la gente “gorda”. Siempre soñó conseguir que le mirasen de igual a igual, no como al simple tendero, que despacha tras el mostrador. Así le habían mirado toda la vida, porque no tenía bodegas ni

tierras -propiedades que ennoblecen-, si no un tienducho, una mujer que cocinaba de maravilla y un chiquillo para repartir los dulces. En aquellos viejos tiempos se propuso entrar en la sociedad cerrada del pueblo, que no admitía al extranjero ni al natural, salvo si presentaban nutrido árbol genealógico, o en su defecto, sólida fortuna. En verdad, aquel grupo cerrado a cal y canto, no tardó en desaparecer. Los jóvenes abrieron la mano. Sólo miraban la cartera y el rumbo. ¡Por rumboso, un Puig no se quedaría detrás! La media docena de nombres que componían el “Ghotta” local, se repetían muchas veces en la reunión de clientes íntimos. Es verdad que las grandes familias supervivientes, no se dignaban a disfrutar de sus merendolas. Este aguijón amargaba el corazón de Luis.

En otros tiempos, le gustaba recordar el origen de los nuevos ricos. Puig tampoco era de Sanlúcar, pero había venido de niño y tenía muchos años. Recordaba perfectamente la imponente figura de D. León Álvarez, el gran almacenero, cuando nadie le llamaba Don, si no León “el ditero”, o simplemente el montañés...

Empezó con una tienda de comestibles. La tienda que tenía hoy su criado y discípulo Sanjuán. Usurero sin escrúpulos, águila para los negocios, tardó pocos años en construir su “potencia económica”. D. León tuvo mal carácter, pero sabía ser amable y servicial cuando hacía falta. Puig aprendió mucho a su lado, descargando sacos de garbanzos. También recordaba al primer Vázquez, al primer Armada ... Todos estuvieron tras un mostrador y se mancharon las manos de pimiento molido. Sus hijos se las dieron de señores. No había Dios que lee apease el tratamiento y jugaban a prolongar la sociedad arruinada, que se marchaba del pueblo... o desaparecía en él.

El tiempo, -no mucho, apenas una generación-, se encargó de rebajar fortunas, dividiéndolas. Ahora, los Cura entraban por la puerta grande. Y él se colaba por la pequeña.

Empezaron a llegar los chicos.

-¿Qué hay, pastelero? -Gasparín le dio un puñetazo en el estómago. Puig no protestó, aunque le hizo daño.

- ¡Hola hijo!

- ¿Has traído el vino?

- Sí...

- Bueno, pues sírveme una copa. ¿A qué esperas?

Puig se ejecutó con gesto de criado. Al poco tiempo entraron Reiniero y Sebastián. Ya venían borrachos.

- Hemos echado un rato en la bodega, viejo. ¡Cuando se entere mi padre, nos podemos preparar!.

Reiniero era el escándalo del pueblo. Excesivamente guapo, había deseado mucho, consiguiendo lo que se proponía. Por supuesto, nunca se encaprichó de una niña bien: “cuando lo haga, será para casarme”, había dicho a su padre. Durante años vivió con una gitana. Se habló de boda y hubo escándalo. Le mandaron a estudiar a Sevilla. Allí cogió lo que su familia llamaba sarna y los demás otra cosa. En vacaciones se lo pegó a su gitana. Y ella cargó con la culpa. Prepararon un expediente para echarla del pueblo, pero el abogado explicó que siendo menor podrían meterla en un correccional, pero las salpicaduras llegarían al muchacho. La familia de la chica se mantuvo firme. Las cosas quedaron como estaban. Reiniero continuó su vida, sin intentar curarse por otra terapéutica que los remedios caseros.

- Es sarna. Se arregla con una pomada.

Pero el mal llegaba demasiado lejos. En secreto, lo llevaron a D. Vicente López.

- Es sífilis, se cura con antibióticos.

Con el tratamiento, desaparecieron las pústulas. Entonces dejó a la gitana y buscó la novia que necesitaba. Dinero, mucho dinero. Se reintegró a la sociedad, para la que seguía siendo un cabeza loca, pero ya nadie le consideraba un “declasé”.

Es verdad que a pesar del noviazgo, se las apañó para tener un hijo con su antigua amiga. Aquello estuvo a punto de costarle un disgusto serio con la tribu. Los demás no le dieron importancia. Lo grave hubiese sido que pretendiese casarse. Afortunadamente, achacaron la criatura a un primo de la muchacha. Y todo quedó en paz. Pero Reiniero sentía orgullo de semental:

-He visto a mi chiquillo, ¡es un toro!

-¿No quedamos en que era del Tato? -protestó Jorge, que entraba en aquel momento.

-El que un gitano cargue con las culpas, no tiene que ver con que hayan sido mis cojones, los que lo han hecho.

Se descorcharon botellas. Como de costumbre, se discutía alrededor del sexo.

-¿Y si fuésemos a casa de Manolo?

La idea fue aprobada.

-¡Hay que buscar chicas!

Puig intervino.

-Aquí están mis dos hijas...

-Pero hacen falta más.

En un momento, completaron la lista. La Mesa -su padre, dueño del hotel Levante, también pertenecía a esa media clase, que considera un espaldarazo codearse con los grandes-, la de Montes, el perito de obras del Ayuntamiento, que estaba bastante corrida; Loly...

-¿Por qué no intentamos llevar a Mari Paz?

Gaspar movió la cabeza negativamente.

-Todavía no está fogueada.

-Por eso mismo. Será divertido.

-Ten en cuenta que es hermana de Carlos.

Sebastián se encogió de hombros.

-¿Y eso qué importa? ¡Ni que Carlos fuese el Cid!

-Pero tiene muy mala leche.

-¡Bah! está demasiado contento de andar con nosotros para protestar.

Acordaron buscar a Mari Paz.



Capítulo 16º

Mari Paz bajó a la Valenciana en la moto de su hermano. Las niñas de Álvarez saludaron.

-¡Hola, Carlos!

Carlos contestó distraído, mientras aparcaba. Mari Paz se acercó a la mesa.

-¿Qué tal estáis?

Las niñas de Álvarez apenas contestaron. Mari Paz se batió en retirada, sentándose al lado de su amiga Rocío, que esperaba en otra mesa.

-No sé por qué te acercas. Ya sabes que no nos tragan.

-¡No me he acercado! -protestó Mari Paz-. Sólo saludaba, porque estoy mejor educada que ellas.

Gasparín, Sebastián y Reiniero ejercieron de embajadores.

-Vamos a casa de Manolo, ¿queréis venir?

-No, gracias.

Pero Mari Paz ya se había levantado.

-Ve para la tienda y espéranos.

Mari Paz cruzó la calle. Sebastián se sentó al lado de Rocío, mientras los otros se instalaban entre las de Álvarez. Hablaron un rato, guardándose de invitarlas a la bodega. Sebastián insistía:

-¿Por qué no vienes?

-Porque no tengo ganas.

-Nos vamos a divertir. Ya sabes que el bestia de Manolo da lo que tiene. Vino y comida. ¡Con almacén y bodega, ya puede!.

Manolo también intentaba introducirse, sin conseguir otro papel que el de bufón de aquellos bufones.

Rocío tuvo ganas de molestar.

-¿Cómo va lo de la huelga?

-¡Bah!, no tiene importancia. Creo que ya está arreglado. Mañana saldrá la Guardia Civil a la calle. ¡Y todos al campo! Las mujeres bonitas no hablan de esas cosas, ¿no lo sabías?

Rocío sonrió:

-A lo primero te diré que no lo encuentro acertado, y a lo segundo que tu no eres la persona más indicada para decirme de qué tengo que hablar, puesto que jamás te he oído decir algo que valga la pena.

Sebastián dejó vagar la mirada sobre un cuerpo de mujer, que pasaba por la acera. Las cosas del campo no le interesaban. Ahí estaba su padre para solucionarlas. En todo caso, con las mujeres no se discute.

-Bueno, si no quieres venir, hasta otro día.

-¡Adiós!

Sebastián pasó a la mesa de las Álvarez.

Estaban reunidos los de siempre. También había venido Juan Carlos, el notario.

-¡Esto es lo que hay!

D. León dio un puñetazo en la mesa.

-No labro este año. ¡Que se vaya todo a paseo!

-Ni yo...

Antonio Vázquez, que tenía ambiciones políticas y sabía cuánto disgustaría a las autoridades semejante actitud, procuró contemporizar.

-Creo que debíamos hacer lo que hagan los de Jerez

-¡A mí qué me importan los jerezanos!

-Son los más fuertes.

-Pero sin nuestro mosto, no hacen ni una botella.

Era verdad.

-Hay que darle un buen susto al Gobierno. ¡Que vea cómo nosotros también somos capaces de declararnos en huelga y crearle problemas!. Si no hay vendimia, no habrá vino el año que viene. Y el vino quiere decir divisas.

El Alcalde paseaba por la habitación. Necesitaba andar para pensar. Y pensar mucho para encontrar palabras, que convenciesen a semejantes cabezotas.

Fue Juan Carlos quien dio la solución:

-Hay una ley en contra de los propietarios que no hagan producir a sus fincas... Por ella se les puede expropiar. Es una ley antigua, cubierta de polvo, pero que se puede poner en vigor... Todo depende del interés que tengan las autoridades.

D. Mariano vio el cielo abierto.

- Por la actitud del gobernador esta mañana, me parece que están dispuestos a todo. Hoy por hoy, el obrero es quien manda.

Blázquez no estaba conforme.

- Pronto tendremos que hacer otra guerra.

- Es posible. Y cuando la hagamos, cambiarán las cosas.

- Pero todavía estamos en paz.

La discusión duró largo rato. Se separaron sin llegar a un acuerdo.

El grupo da fuerza al individuo. Cada uno en su casa, perdió confianza en sí mismo. Había pasado la hora de las bravatas y las frases. Los números dieron sus razones. Significaba mucho perder la cosecha. Más que la subida de jornales. Además tenían miedo. Echaron leña al fuego aquellos días. Si cambiaban las cosas, la vida iba a ser muy incómoda para los propietarios del marco.

D. Gaspar, D. Antonio, D. León y los otros cedían en privado, tratando de ser los primeros. Algún día, podía servirles su decisión.

- Los demás no han comprendido A mí me lo agradecerán. Son cosas que los del campo recuerdan. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Llamaron a los capataces. Otra vez los caballos galoparon en las calles.

- Busca los que necesites. He pensado que tienen razón y que debo pagar...

Llegar antes que la prensa, ceder por voluntad, no por obligación, es importante. Una vez perdidos, preferían quedar bien. Se buscó la gente de

todos los años por las tiendas.

- El amo paga. Mañana a las ocho, como siempre...

Pero había sido declarado día de luto. Calero lo dijo en casa del Antonio:

-Hasta que los enterremos no se pisa el campo. ¡Ni siquiera los que están trabajando!

Subieron a casa de Manolo. Puig, completamente borracho, se apoyaba en sus hijas. Le sostenían a duras penas. De trecho en trecho se paraba, besándolas en la boca.

-¡No seas incestuoso!

Luis rió como los idiotas. No sabía qué quería decir incestuoso, ni le importaba. Las besaba porque sí. Le gustaban, eran suyas, ¡propiedad de la casa, marca de la casa!. Reiniero le dio un puñetazo en la espalda.

- ¡Que no está bien! Las hijas son para los demás.

Luis las besó otra vez. Reiniero le quitó la pequeña.

- ¡Esta me la dejas a mí!. Ya sabes que me gusta.

Manolo estaba echado. El día se presentaba bueno para dormir. No había trabajo en la tienda ni en la bodega. Obreros y clientes desaparecieron, como si Sanlúcar hubiese muerto. Las mujeres no se ocuparon de hacer la compra. Ni los chiquillos entraban a pedir caramelos. Esto le puso de mal humor. En días así es mejor acostarse que pelear.. Sobre todo, si no hay con quien hacerlo.

Los muchachos llamaron, gritando bajo su ventana.

- ¡ Lázaro! ¡levántate y anda! que aquí estamos tus cristos.

Eran cursillistas de cristiandad. Como el juez, conocían los evangelios, aunque a veces los usasen para cosas un poco fuera de norma.

Reconoció las voces. En los últimos tiempos, las oía muy a menudo.

-¡Estaos callados, que ya voy! -contestó rápido, porque no le gustaban los escándalos públicos. El era un hombre serio.

Abrió en calzones blancos. Al ver mujeres, quiso esconderse.

-¡Déjate de tonterías! Hay que acostumbrarlas de prisa.

Entraron en la bodega. El fuerte olor a vino les excitó. Gasparín cogió una venencia y las tres copas que se guardaban en el armarito, llenas de polvo y restos de anteriores “convidás”. Tenía fama manejándola, pero había bebido demasiado. El chorro amarillo se perdió en el suelo de terrizo.

-¡Da igual! Hay bastante para emborrachar a un ejército.

Serones de vendimia, empapados de mosto, de olor agrio, pegajosos, que no perdían la humedad en todo el verano, sirvieron para cubrir parte del suelo. Gasparín descubrió un montón de serás. Habían perdido el color amarillo del esparto, adquiriendo un tono verdoso.

-Estas son las buenas. ¡Saben a vino! -mordisqueó algunos hilos sueltos.

-¡Y a otras cosas!

-¡Buena cama para las bestias estáis preparando!

Mari Paz nunca fue a una bodega en semejante compañía. Una vez estuvo en la Arboledilla, con dos amigos de su hermano, que venían de muy lejos y no hablaban español. El capataz les enseñó las naves, explicándoles cosas que no le interesaban y que los otros no entendían. Luego les invitó. Cada copa tenía un color y un sabor diferente. Salió mareada y se tuvo que acostar.

Subió porque la invitó Sebastián. Con él no se aburría nunca, ni le importaba beber.

-¡Anda, Manolo!, acércate al almacén por unas tapas.

Mientras Manolo hacía el viaje, Puig y Sebastián entraron en el gallinero. A ojo, eligieron las gallinas más gorda. Les costó trabajo cogerlas, consiguiendo las cinco que necesitaban con ayuda de Gasparín y los otros.

Manolo llegó a tiempo de ver matar la última.

-¡No me hagáis esto, por amor de Dios! Me han costado muy caras... ¡Son de las buenas! .

Sus invitados rieron. Era el segundo gallinero de Manolo. El primero fue eliminado en una juerga de tres días. Reiniero recordaba los gritos compungidos del propietario, escuchando el último cacareo de sus legorns legítimas, importadas directamente.

El vino hizo su efecto. Gaspar tiró al suelo a la pequeña de Puig. Cuando entró Luis, debajo de la muchacha había un charco de sangre. Se encogió de hombros.

-¡En estos tiempos!

Mari Paz se escondió detrás de las botas. Aquello no era lo que había esperado. Le daba miedo cruzar hacia la puerta. Sabía que no la dejarían marcharse. Lo dijo el mismo Sebastián. Antes de subir: “Aquí no se raja ni Dios”. Sebastián, que la acompañó durante el camino, estaba abrazado a la Montes y la desnudaba. Comprendió que no la habían llamado para bailar y tomar unas copas, sino para cosas mucho más importantes. El espectáculo le repugnaba, excitándole al mismo tiempo. ¡Si no tuviese tanto miedo!

Luis la descubrió.

-¡Caray con la palomita!, ¡pues no se está escondiendo!

Mari Paz se debatió bajo el cuerpo fofo. Al pastelero le gustaba que no le dejasen y sabía conseguir lo que se proponía. Eran muchos años de experiencia. Reiniero cruzó sobre los cuerpos tendidos.

-¡Buen bocado!

-¡Y que lo digas! Vale la pena.

-¿Me la dejas después?

-¿Por qué no?

La voz de Reiniero temblaba. Sólo en aquel ambiente conseguía “ser hombre”. Había vivido demasiado de prisa y pagaba las consecuencias.

No se distinguían los sexos ni los cuerpos. Un montón de miembros se movía sobre las eras.

Había pasado la hora. El cabo Pérez se impacientó.

El número Pérez y el número Núñez se cuadraron.

-Acercarse a la bodega de D. Damián. Buscáis a estos dos pájaros y me los traéis sin discusión. ¡Esposados si hace falta!

Los guardias salieron. El cabo preparó el interrogatorio.

Gaspar Núñez llamó al despacho de su hijo. Nadie contestó. Abrió la puerta con cuidado. Nunca sabía lo que se podía encontrar allí dentro.

Los papeles estaban en su sitio y la silla como había quedado, después de la limpieza.

-¡Maldito gañán! -gruñó el viejo.

Sintió que debía llegarse al campo. No le hacía ninguna gracia. D. Gaspar era tacaño. Se arreglaba con la moto que había dado a Gasparín. Para el trabajo, naturalmente. Sin moto, no quedaba más remedio que pagar un coche.

-Esperemos que no se la haya llevado -murmuró.

Un oficial de la oficina sabía conducirla. Buscaron la moto..

-El señorito salió ayer tarde... creo que para Chipiona...

El taxi llegó a los pocos momentos.

-¡Hola, Ricardo!, llévame a la viña.

Ricardo arrancó. Sabía de qué finca se trataba, como todo el mundo. Dejó la carretera para subir por el camino blanco de albariza. En el cerro más alto, estaba la casa. La habían puesto allí para poder vigilar a los

trabajadores, ante una botella cerveza. Las cepas se extendían cerca de cien aranzadas. D. Gaspar le ordenó detenerse en un recodo. Más allá, los obreros verían el brillo de la carrocería y no podría sorprenderles, vagueando como de costumbre.

-Ya sabes que prefiero entrar por detrás, sin anunciarme. ¡De tus paisanos no hay quien se fíe!

Ricardo pensó que D. Gaspar era un negrero. Pero con todos los años hacían igual, no le dio importancia. Debían nacer con aquella tara.

D. Gaspar trepó por el liño, agachándose para que no le descubriesen. Le costaba trabajo con sus años y sus kilos, pero bien valía la pena, si conseguía mayor rendimiento. El campo estaba en un estado lamentable. Los altos andaban mal; en los bajos apenas había vendimia.

Coronó sin encontrar a nadie. Subió la segunda ladera, parándose frente a la casa.

-¡ Florencio! ¡ Florencio!

El capataz llegó corriendo.

- ¿Es que no has avisado, Imbécil?

- Yo, sí señor ... anoche, cuando me lo dijo la señorita, que se acercó de parte de usted, pero hoy no vienen porque es día de luto.

-¿Luto? ¿Por qué? ¡La semana santa ya pasó!

- Por lo de Antonio. Usted sabrá que ha muerto.

D. Gaspar volvió al coche. ¡Día de luto! ¿Y por quién? Un delincuente menos que debían alegrarse de haber perdido de vista, un hombre molesto, agitador nato, que sólo servía para buscar líos a las persona de bien. Los obreros se estropeaban. ¡Cualquier día hubiesen hecho una cosa así en otros tiempos!. Ya se podían preparar con intentarlo siquiera...

El portazo sonó muy lejos.

- ¡ Otra vez a casa!

Ricardo obedeció. D. Gaspar calculó el precio del viaje. Cincuenta pesetas tiradas por la ventana. Maldijo al pueblo y a su hijo.

D. Luis convocó al juez y al notario. Los necesitaba para ultimar. El asunto se iba resolviendo, gracias a ellos.

-Me temo que vamos a tener manifestación...

D. Luis asintió

-No sé qué hacer para impedirlo.

-Nada..., un entierro no se puede prohibir.

- De todas formas, mandaré algunos guardias que los amedrenten.

Juan Carlos tenía ideas muy claras.

-No lo hagas. Eso sería reconocerles una importancia que no tienen.

D. Alberto cortó a su amigo.

-Opino que el sermón del funeral debe ser una lección.

-No es mala idea. ¿Se lo has dicho a D. Demetrio?

-Todavía no.

-Convendría advertirle.

Encargaron a Juan Carlos. Gran amigo del cura, pasaba todos los días por la iglesia. Le “cogía de camino”.

-¿Sabéis algo del otro?

-Parece que le ayudaron a morirse...

-Está bien, muy bien. Aprovecharemos para dar una prueba de rigor y justicia. Muéstrate severo, Alberto. ¡No dudes en la sentencia!

-Ya lo había pensado. Una de cal y otra de arena. Parece que fueron dos hombres del pueblo... Sería interesante que “nos saliesen” huelguistas.

-¡Una buena broma para los demás!

La Salvadora distribuía sendos tazones de café entre sus familiares.

-No sé cuándo vais a terminar con esto. ¡Ahora, de luto!

-Ya no es más que un día, mujer.

Paco trajo el periódico. Le había tocado velar al Antonio en el último turno y se lo dieron al pasar por la tienda.

-Es oficial que se ganan 80 pesetas.

La Salvadora no le creyó. “Las ganas que tenéis”, afirmó categórica. Por si acaso, cogió el papel dándoselo a Fernando, para que lo leyese en voz alta. El niño obedeció ante los ojos atentos y admirados de sus mayores.

La Salvadora le abrazó. Estaba orgullosa de aquel hijo. Un honor en su familia de analfabetos. En todo el pueblo se encontraban muy pocos que supiesen de letras como él. Hombres como castillos se quedaban con la boca abierta escuchándole, cuando le llevaban cartas o documentos que no entendían. Y mucho más si le veían escribir con su letra clara, sin dudar, como si supiese de antes lo que tenía que poner.

Juan fumaba en un rincón. El éxito de su hermano le avergonzaba y le pareció injusto. Si hubiese sido el segundo, le habrían mandado a la escuela y Fernando traería el jornal. Pero al mayor le toca ir al campo, llegar a los veinte años sin distinguir las letras y aprende a mal deletrear en la mili.

Había escuelas nocturnas. Otros fueron. El también los intentó. Pero cuando se llega cansado del campo, es difícil meterse tantas cosas en la cabeza. Además, no le gustaba la iglesia y aquellos sitios siempre estaban en la iglesia o había curas. Hablaban mucho de santos y catecismos, pero de lo que interesaba, decían muy poco.

Luisillo seguía sus juegos con latas vacías, a las que había unido un buen montón de chapas. Cuando estuvo servido el café, se levantó de un salto para tomarlo. Después volvió al suelo, masticando el trozo de pan que le tocó en suerte.

-Cuando no es por una cosa, es por otra. ¡Con estas nuevas modas, no vais a trabajar en todo el año!.

Paco se enfadó:

-¡Ten cuenta que no se entierran héroes todos los días!

-¿También es un héroe el de por la mañana?

-En cierto modo, también.

A las once, los obreros bajaron al barrio. No fueron muchos. “Una representación de cien por lo menos”, había dicho Calero.

Cuando los contó, salieron ciento cuatro sin los de la barriada. No los contó por capricho.

-Es la única forma de saber si sois disciplinados -explicó.

A las once llegó la caja. Entre dos muchachos, intentaron levantar el cadáver.

-Está muy blando. Habrá que cogerlo con la sábana...

Tiraron hacia arriba con cuidado de no rasgar la tela. Una ola de olor invadió el cuarto. Carmelo sintió náuseas. Dos niños que habían entrado a curiosar, vomitaron en el suelo.

-¡Ya la podían haber traído antes!

Los de la funeraria se encogieron de hombros.

-No nos han mandado... -tenían demasiada costumbre para sentir repugnancia.

Costó trabajo colocarlo en la caja. Envolvieron el cuerpo con la sábana.

-Tener cuidado que se pueda abrir. La nueva moda es destaparlos en la iglesia.

El cortejo salió hacia la parroquia. Por necesidad, pasaron delante del Ayuntamiento. El alcalde se asomó sin levantar el visillo.

-No van demasiados.

Juan Carlos sonrió ante tamaña candidez.

-Verás esta tarde.

-¡Esta tarde no pasa por aquí!

-Desde las cuatro os quiero en casa de Antonio.

Calero y los otros prepararon el itinerario.

-¡Hay que bajarlo al barrio bajo!

-¡Desde luego!

-Pero eso está prohibido! Sólo podemos llevarlo a la parroquia y de la parroquia al cementerio...

-¡Prohibido o no, se hará!

Los grupos subían a la calle Mesón del Duque. Grupos nutridos que llegaban por todos los caminos. El tren de Jerez venía lleno. Era la representación. En la estación del sur, se apearon muy pocos. El Puerto apenas tiene hombres de campo. D. Aurelio Peláez se preparaba ante el espejo.

D. Luis llamó a Cristal.

-Yo no puedo ir, porque no quiero que me vean. Pero usted debiera pasarse por allí. Todos sabemos que conoce mucha gente del pueblo y que se entiende bien con ellos.

Cristal no estaba conforme.

-¡Ni mucho menos, D. Luis! No tengo ganas de que maten hoy. Creo que es imprudente que vayamos “ninguno”.

-Tengo que saber lo que pasa y saberlo directamente. Usted se encargará.

Cristal pensó en Tobías. D. Damián le había dicho que era hombre de confianza. Quien ayuda a un señorito, obedece a todos, pues demuestra que ya sabe lo que le conviene. Se dirigió a la bodega.

D. Damián salió para recibir a los guardias.

- ¿Qué queréis?

-Venimos por el Tobías y el Fernando.

- No están.

- Tenemos orden de llevarlos en seguida.

- ¡Os digo que no están!

Los guardias le apartaron, entrando en las naves.

-El jefe les dijo que fueran a un mandao...

-¿Tardarán mucho?

- No sé...

Los guardias se sentaron a esperar.

Efectivamente, D. Damián les había quitado del medio, “Ir a la viña y contar los hombres que hay”. Emprendieron el camino, orgullosos de la confianza que les daba el patrón, encargándoles una faena que solía realizar personalmente. En aquel gesto, vieron promesa palpable de ascensos futuros. Tenían dos horas de camino. D. Damián sabía que no vendrían hasta la tarde. Por eso sonrió tranquilo e invitó a los civiles.

El número Núñez llamó al cabo Pérez:

- ¡Han volado!

- ¿Lejos?

- Parece que al campo.

- Esperad ahí y no perdáis ni una.

Claudio Cristal no vio los uniformes, ocultos por los rosales del patio. Grandes árboles cubiertos de flores, que constituían el orgullo del ama. Cuando le enseñaban otros, solía decir: “ Son magníficos, pero no como los de casa”.

- ¡Eh, Damián!, vengo por tu Tobías.

- D. Damián pegó un salto.

-¿Para qué?

-Para ir al entierro del Antonio. Necesitamos un hombre de confianza que nos cuente. Y como yo sé la que tienes en ese muchacho...

D. Damián le cortó. No le interesaba que la policía conociese sus preferencias.

-Lo siento, pero te equivocas. Tobías es un buen trabajador, conforme, pero no pasa de ahí. Le tengo porque me cumple. Nada más.

Cristal se paró sorprendido. Los guardias se acercaron a saludarle.

-Precisamente estos señores vienen a buscarle, con una orden de detención... No sé lo que habrá hecho, pero te aseguro que si se trata de robo, saldrá inmediatamente de mi casa.

-Por lo del asesinato del Marciano, señor...

Cristal se despidió. No necesitaba escuchar más para comprender que Damián estaba complicado en la historia.

La tarea tocó a Nabito.

-Te quitas el uniforme y te cueles entre la gente.

-Sí, señor.

Sus años de servicio le habían enseñado que contradiciendo a un superior, no se consigue más que arrestos.

Se escondió en el fondo de su cuarto.

-Si vienen del Ayuntamiento, diles que he salido de paisano, que no sabes dónde, pero que me has oído algo de un entierro.

La mujer se dispuso a proteger la pequeña figura de su marido..

D. Juan Carlos entró en el despacho. El P. Demetrio se levantó para recibirle.

-¡Dichosos los ojos!

-Vengo para tratar algo muy delicado ...

El Padre le ofreció una silla.

-Usted dirá ...

-Se trata del entierro.

El padre asintió. Sabía a qué entierro se refería.

-Supongo que habrá misa y todo eso.

La había. El Ocaso paga y los pobres quieren misa de difuntos. Es a la única que asisten, pues traducen el "santo sacrificio" en homenaje. Solo los perros se van sin música ni latines.

- Cómo de costumbres se hablará de las virtudes del muerto....

-¡De eso quería hablarte! Será conveniente preparar un sermón "distinto", en el que no deben aparecer virtudes, si no advertencias que sirvan de algo a los asistentes... El finado fue un agitador. Salió de la cárcel el día antes de morir. Había entrado por orden gubernativa. Parece el principal culpable de los disturbios que hemos sufrido.

-No se preocupe, D. Juan. Le hago cargo de la situación. Se trata de meterles un poco de miedo en el cuerpo, o por mejor decir, en el alma.

El notario asintió.

-¡Chiquillo! ¡Son casi las siete!

Los juerguista se desperezaron. Después de hacer el amor, de comer y beber, se quedaron dormidos unos sobre otros.

-¡Menuda la que me espera!- aulló Sebastián.

-¡La que nos espera a todos!

Mari Paz también dormía. Al despertarse, no comprendió nada. ¿Quienes

eran aquellos muchachos? ¿Por qué estaba allí y no en su cama? ¿La llevaron sin que se diese cuenta? Pensó que estaba soñando y volvió a dormirse. Garparín la llamó, zarandeándola:

-¡Oye tú!. ¡Que hay que largarse!

Mari Paz tuvo ganas de llorar. Le dio vergüenza verse desnuda. Buscó la ropa.

-En aquel rincón. Con la de todos.

Mari Paz se levantó. Le dolía el cuerpo. Sobre todo el vientre.

D. Vicente llegó a las siete menos cuarto.

- Quisiera llevar la caja...

Calero y el Negro se colocaron delante. Hacían una curiosa pareja, con la cara cubierta de esparadrapos. Les seguían el médico, Juan, Mulo, Pelao, Chirlo y el Pistolero. Era el más joven y también el más bajo. No iba con ninguno, pero había pedido con lágrimas en los ojos, que le dejasen llevarlo.

- ¡Porque moriré como él!

Calero decidió reservarle un sitio, a pesar de los pedidos.

-Muchachos así no se deben desilusionar.

Los ocho hombres cargaron la caja, con un movimiento brusco.

- Un... dos... ¡hala!

Bajaron por la Carretera Nueva, marcando el paso rítmico de los costaleros, como en Semana Santa, cuando paseaban las Vírgenes de los señoritos. Al fondo, el pueblo, el mar y el coto de Doñana. El negro de la caja se recortaba sobre la tapia encalada del Colegio de Huérfanos. Huérfanos de marineros de Huelva y de otros sitios.

Capítulo 17

La calle Ancha vivía un día cualquiera. En los bares, la gente bebía cualquier cosa por estar. Hablaban y reían como si no pasase nada. En

realidad, no pasaba nada para ellos. Ni siquiera habían notado la total ausencia de obreros, a lo largo de la calle.

-¡Hoy es un día de luto! -dijo alguno, y todos se contentaron con esa explicación.

Por Santo Domingo, apareció el féretro. El Alcalde estaba el casino.

-¡No es posible!

Por fin cometían una infracción. Llamó a un guardia.

-¡Deténgalos! ¡Que no sigan!

El guardia se cuadró.

-Lo siento, señor, pero no puedo hacerlo.

-¡Es una orden!

-No puedo hacerlo.

El entierro avanzaba por medio de la calle. Los coches debieron echarse a un lado. El silencio se extendía, llenándose el aire de pasos. Ruido de esparto rozando los adoquines. En el casino, nadie se movió. Los clientes contemplaban, asustados, el paso de la comitiva. En otras terrazas la reacción fue distinta.

Unos se levantaban tímidamente, para volver a sentarse; otros tomaban la actitud agresiva de quien estaba abiertamente con las autoridades o de quien se sitúa resueltamente en contra. Hubo sombreros que se quedaron en las cabezas y mujeres hincadas de rodillas, al paso del cuerpo, como si se tratase de un santo.

Atravesando el centro, subieron por la cuesta de Ganado hacia la parroquia. Al pasar por la bodega de Manolo se cruzaron con los que acababan de dejarla.

-¡Chiquillos!, ¿qué es esto?

- El Antonio...

Sebastián se figuró que aquello no iba a gustarle a su padre y que probablemente descargaría en él su mal humor. Escondiéndose por las callejillas desiertas, se dirigió a su bodega, único sitio donde estaba seguro de no encontrar a su progenitor.

D. Demetrio esperaba revestido a la puerta de la Parroquia, con un monaguillo a cada lado. El portapaz lo llevaba el viejo sacristán, como de costumbre.

Aún no había terminado de desfilarse el acompañamiento por la calle principal, cuando el féretro entró en la Iglesia. D. Demetrio se asustó ante la masa. Mientras recitaba maquinalmente los primeros latines, repasó “in

mente” el sermón que había preparado, puliendo algunas frases, particularmente hirientes.

El féretro colocado sobre las baldosas, se celebró la misa. Los que lo llevaban se colocaron a los lados, ocupando el lugar de los blandones, que ardían en los entierros de primera. Ocupaban la presidencia Jacinto -el primo de Trebujena -, Ciriaco, D. Aurelio y Manolillo, con sus primeros pantalones largos. Jacinto sentó al niño.

- No te canses -dijo muy bajito.

-Manolillo estaba allí, porque Manolillo era un símbolo. Por primera vez en muchos años, la iglesia se llenó de hombres. Por primera vez, la gente esperó, plantada en la calle, a que terminase la ceremonia, cada uno en el sitio donde le cogió la parada, sin salir de la fila para echar un trago en el bar más próximo, como hacen los penitentes durante las procesiones. Sin fumar.

- ¡Hermanos! Aquí tenéis a un pobre pecador, hermano vuestro, que ha caído víctima de su propia soberbia, como en la guerra del cielo cayó el Ángel Luzbel..¡Aquí tenéis este cuerpo sin alma! ¡Aquí tenéis los restos del pobre Antonio, que quizá ahora se esté quemando en el infierno! ¿O quizá no? Todos sabemos que Dios pudo salvarle, dándole un atisbo de lucidez!. Ese momento de arrepentimiento, que vale toda una vida. Todos sabemos que Dios es infinitamente misericordioso, ¡pero también es infinitamente justo!. Y el pecado más horrible a sus ojos es éste: ¡la soberbia!...

D. Vicente estudiaba detenidamente el decorado barroco del altar mayor. A la derecha de la virgen del Carmen, imagen del más puro estilo sevillano del siglo XVII, una virgen de Fátima sonreía, con su cara de muñeco pintado. El manto blanco, exactamente igual a los miles que salían del taller del escayolista, caía sin gracia, ocultando en sus pliegues un angelote parecido a los niños de la Roldana. Pensó que del otro lado podría verle, y que quizá sería él quien ocultase al esperpento. Claro que el pastiche era mucho más grande. Siempre es mayor lo imperfecto que lo perfecto.

Dos tubos de neón iluminaban el crucero. Su luz afinaba los rasgos de Antonio. La cabeza del yacente tenía la belleza de un busto clásico. Los muchachos se empeñaron destaparle, a pesar de las débiles protestas del cura, porque querían verle una vez más.

D. Vicente intentaba olvidar lo que estaba escuchando. Aquellas frases estúpidas le aburrían y le indignaban, pero entraban en sus oídos, a pesar de los esfuerzos que hacía por cerrarlos.

-Un día, hijos míos, el propio Satanás quiso apoderarse de vuestro hermano, diciéndole: “convénceles para que desaten el odio, porque sólo con el odio podré ser dueño del mundo”. Y el pobre Antonio, ignorante, obedeció como nuestra madre Eva, sin darse cuenta de que la maldad y la bajeza, entraban en su corazón. ¡La maldad y la bajeza, hijos míos! Os empujaba hacia el mal sin medir las consecuencias, sin preocuparse vosotros, que podíais estar en el sitio donde lo tenemos. ¡Por su culpa! Antonio os traicionaba, porque deseaba el mal para su pueblo. ¡El Judas!..

No dijo más. El Mulo había llegado al púlpito, donde el bueno de D. Demetrio se encaramó, para hacerse oír de todos. Le costó abrirse paso, pero lo consiguió. Había oído que al Antonio le estaban insultando, que le llamaban malo y bajo. ¡Y encima Judas!

-¡Hijo de la gran puta, ladrón!, ¡que no sabéis hacer más que eso, robarnos a todos con vuestros cuentos!

El Mulo quiso pegar a D. Demetrio. Calero y los demás se dieron cuenta a tiempo de sujetarle. El cura cortó su verborrea. Otros podían animarse y terminar la cosa muy mal para el prestigio del clero y su integridad física... Sobre todo su integridad... Eran muchos para un hombre solo, poco acostumbrado a pependencias y mucho a ser respetado.

-Hijos míos ¡recemos un responso!

El sonido monótono del latín tranquilizó los ánimos. El padre sabía que nadie conocía aquellas oraciones. Por eso suprimió no pocas frases. Lo importante era terminar cuanto antes.

Dio la vuelta al féretro, prodigando bendiciones con el hisopo. A la gente del pueblo le gustan las bendiciones, porque son gestos y los gestos se ven. Cuanto más se hagan, mejor quedan las cosas.

-¡Ya podéis llevarlo a su última morada!

Lo dijo con voz compungido, por si las moscas. Convenía más parecer amigo que crítico.

Los ocho hombres se acercaron a la caja.

- Un... dos... ¡ya!

Los que ocupaban la nave se apretaron, dejando libre el centro. El féretro cruzó la iglesia en silencio. Sólo se oía doblar las campanas de la torre.

D. Demetrio cerró la puerta de la sacristía. Le temblaban las manos. Llamó sacristán para que le ayudase a desvestirse.

-Menudo rato hemos pasado, padre.

-¡Y que lo digas!

- Sé como se llama el que subió. Le debía usted denunciar. Decir eso en la iglesia es una blasfemia.

D Demetrio negó con la cabeza.

-Es mejor dejarlo. Ya hemos tenido bastantes líos. Dentro de unos días, veremos...

Al salir del cementerio, Calero habló a los muchachos.

-Mañana al trabajo. Pero nunca olvidéis que aquí ha quedado el Antonio, muerto por todos nosotros.

Tobías y Fernando volvieron de la viña.

-D. Damián, dice el Bandolero que...

-Os están esperando dos señores...

El número Núñez y el número Pérez flanquearon a los hombres.

-¡Pero! ¿y esto? ¿A qué viene?

-Un interrogatorio, nada más.

-D. Damián, ¿usted no viene con nosotros?

-Ahora iré.

D. Damián se encerró en su casa. No quería que le viesen demasiado. Tenía que meditar, y mucho miedo.

Juan y Paco pararon en casa del Largo, como siempre. Encontraron al Chunga sentado en la puerta. Llevaba el traje de los domingos. También volvía del entierro.

-Os dije que todo esto acabaría mal...

-Hemos conseguido lo que queríamos.

-Pero el Antonio ya no está. El Antonio no ha conseguido nada.

-Es igual. Podría haber sido yo o cualquier otro. Todos estábamos dispuestos. Le ha tocado la china, nada más.

El Pistolero llegó en aquel momento.

-El próximo seré yo, en la huelga de otro año; ¡yo tengo que morir como el Antonio!, ¡por todos nosotros!

Juan acarició la cabeza del muchacho. No era mucho más viejo, pero se sentía hombre, porque hacía más tiempo que ganaba jornal. Al fin y al cabo, el Pistolero aún no se había estrenado, con lo de la huelga.

-No digas cosas. Cuantos menos mueran, mejor.

-Pero siempre tendremos que morir los que haga falta. El que algo quiere,

algo le cuesta.

-La sangre es muy preciosa para perderla por unas pesetas - terció el Chunga.

-No se trata de unas pesetas, abuelo, es mucho más importante... Nuestros hijos tienen derecho a vivir mejor que nosotros, a poder aprender como los ricos y a trabajar sin estos apretones que pasamos. El pedir jornal es un paso como otro cualquiera. Paso a paso, llegaremos al final, abuelo, ¡al final! Y los que nos quedamos en el camino, pues... ¡mala suerte!

Juan siguió hacia su casa. El pueblo estaba triste. Paco andaba a su lado con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, como en los días peores.

No hablaban, porque les entraban ganas de llorar. La tienda de Carmelo estaba cerrada. Fueron muchas las que aquel día exhibieron el cartelito: "Cerrado por defunción". El alcalde podía haberles obligado a servir, pero prefirió no hacerlo. No era momento de provocar a la clase obrera. Cualquier cosa podía desembocar en tumulto, creando una situación peligrosa para las autoridades locales. Y desagradable para sus jefes.

Amaneció una mañana como otra cualquiera. Una mañana de tiempo de sulfato. Doce horas bastaron para que todo volviese a la normalidad. Los amos habían digerido la papeleta de pagar los nuevos jornales; el obrero, la de comprobar que la subida no le sacaba de apuros.

Juan salió a las siete, el cestillo del costo al brazo, camino de la vía. Habría dinero. La Salvadora hizo el gasto.

-Ahora sí vale la pena, porque ahora es seguro.

Cada uno tomó el camino que le tocaba. No era necesario esperar en la plaza. Estaban contratados.

-¡Hasta la noche!

-¡Hay faena para parar un barco!

-A nosotros nos han dicho que tendremos cerca de dos meses sin parar.

Dos meses. Sesenta días. No es mucho tiempo, pero cuando se tienen por delante y significan la tranquilidad, parece que no se acabarán nunca. Calero sabía que después de vendimiarse, empezaría el invierno y el paro. Los otros también pero no querían comprenderlo.

-¡Hemos ganado!

Y con eso tenían bastante para mirar alegremente el porvenir. Un cante cruzó la marisma. El Paquito cortaba por allí, para llegar al Alijar. "Con la sangre del obrero... ". La letra era triste. Una queja y una protesta. Pero

sonaba alegre. Las preocupaciones quedaban atrás. En el anafe habría siempre un guiso. El invierno sin mantas, durmiendo en el suelo, estaba lejos. Podría pagar al dintero, comprar zapatos a sus chiquillos, zapatos de goma que no aguantan mucho, pero que la primera semana están la mar de bonitos... y una falda a su mujer. La falda granate que vieron el otro día, en Casa Carrascosa. Por agosto se buscaría una chaqueta nueva y dejaría la de los domingos para el trabajo. ¡Ya estaba haciendo falta! Recordó que tenía empeñados los trajes de boda y los anillos de oro de ley, que le regaló el padre de la Antonia... y la correa de cuero con monedas, que se hizo en la mili. Lo sacaría todo. Antes que nada. Desde que salieron de casa, las cosas iban de mal en peor. Trajo mala suerte.

El Fernando llevó un bocadillo a la escuela. El primero del curso.

-¡Hay que hartarse, por el hambre que hemos pasao!

Y pedían fiado en las tiendas.

-¡Que hoy tengo dos ganándomelo!

Se vendió la carne por duros y no por gordas. Aquel día fueron pocos los que “sacaron” dos reales de menudo. Después se guardaría para el tiempo del agua y las deudas. Pero después... la otra semana... Medio jornal para las trampas y otro poco a la alcancía.

En el puesto de Díez se reunieron los vendedores.

-Con el cuento del campo van a subir las papas.

-Y los tomates...

-La carne ha subido ya.

Al día siguiente, muchos precios aparecieron doblados. El alcalde quiso poner orden.

-¡Que vuelvan a los de antes!

Consiguió bajar una cuarta parte de la subida. Hubo quien hizo pagar las ditas, con arreglo a la supervalorización de los productos. Y quien retiró el género, para subirlo otra vez... Empezaron los apuros. Durante cuatro meses sólo serían apuros. No necesidad.

El Paco preguntó el precio de las mesas camillas.

-Queremos una grande, donde pueda escribir el Fernando mientras comemos los demás. Porque el Fernando tiene que estudiar. Será una eminencia.

Juan entró en la tienda de las mibiletes.

-¿Cuánto se paga cada mes?

Hizo sus cuentas. Quizá con la vendimia podría liquidarla. Luego lo pensó mejor.

-¡Lo dejaré para el año que viene!

D. León Álvarez fue en busca de D. César para bajar al casino. Con D. César se aprendía mucho. Lo encontró en la bodega, catando vino.

-¡Pasa, hombre!

El capataz le seguía con una venencia y varias copas en la mano. La venencia era de plata. Había otra de oro en la bodega, pero sólo se sacaba en las grandes ocasiones. De cada fila de botas, sacaba una copa al azar.

-¡Mírame ésta!

Con habilidad, dirigía el chorro, de forma que no se perdiese una gota. D. César se llevaba el catavinos a la nariz. Olía durante algunos segundos.

-¡Ponle una cruz!. No está bueno. ¡Vinagre!.

Marcaron cinco botas seguidas.

-¿Qué habéis echado aquí?

El capataz se encogió de hombros. D. César tomó nota del número. Más tarde consultaría en el libro. Allí iba todo anotado. La tierra de donde procedía el mosto, la edad de las cepas, los que entraron en años de muchos litros y poca graduación y los de años secos y mucho peso. Estaban las mezclas que se hacían y las madres por donde pasaban. Por último, el resultado y el precio de la venta.

En los anaqueles brillaban los botellines muestra. Aquel archivo del vino, guardado celosamente por su propietario, remontaba a los tiempos del viejo Albornoz, el antiguo dueño de la bodega.

En su despacho se estudiaba la enfermedad de aquellas botas y la forma de curarla, con el menor costo posible.

-¿Le habéis puesto del uno?

-Sí, señor.

D. León pensó que se clarificaba mejor con claras de huevo, pero que el uno y el dos eran un buen invento. Permitted abaratar la producción de las soleras andaluzas, que se estaba poniendo por las nubes.

-¿Qué dirían los consumidores, si supiesen que beben bromuro?

D. César rió.

-Nada, ¿no lo bebemos nosotros y nos gusta?

Tenía razón. D. León se acercaba a la nariz las copas que devolvía D. César, sin conseguir determinar la calidad del líquido. El olfato es una virtud nata, que nunca podría adquirir.

D. Antonio subió a la viña muy de mañana. Quería aprovechar el salto.

-¿Qué, muchachos, estáis contentos?

El Lechuzo asintió.

-Ya veis que los amos no somos duros. Nos dejamos convencer. Yo estuve en Cádiz para ayudaros a conseguir lo que queríais.

Los hombres bajaron la cabeza para no reírse en sus narices. Bien sabían que el motivo del viaje de D. Antonio había sido muy diferente. Se lo dijo Piolo, que lo llevó en su coche. Salió del despacho del gobernador maldiciendo al pueblo entero.

El viejo capataz le miró con guasa. Le conocía desde niño y estaba al cabo de la calle de sus cosas. D. Antonio comprendió que sobraba. Volvió a su casa, indignado con los que le habían obligado al ridículo.

La marquesa paseaba por el jardín, contemplando las primeras flores. Antes aquello se llamaba “la huerta”. En los arriates crecían pimientos y patatas, en lugar de claveles y lirios. Era menos bonito pero mucho más práctico. Entonces se necesitaba la práctico. La marquesa pasó mucho. Casada con un militar mutilado en la guerra de África, que se empeñaba en vivir a lo gran señor, con una pequeña bodega y dos trozos de viña, aprendió de hambre y apuros. Sus cinco hijos se quejaban a menudo, porque no había bastante en los platos, y debió enseñarles a callar: “La gente no tiene por qué saberlo. Es cosa nuestra». Desde que nacieron, les preparó para la gran carrera del matrimonio. “Harán buenas bodas. No nos faltará de nada”. Los chicos fueron a los mejores colegios; después, a la Universidad. Era difícil pagar los gastos del curso. La marquesa pasaba muchos días en Madrid, recorriendo las casas de sus familiares. “¿No podrías darme algo? Es para tus sobrinos. Si no sacan carrera, no podrán vivir”. Mendigaba. ¡Sí!. No le daba vergüenza reconocerlo, aunque nunca lo hubiese confesado. Cuando estaban en familia, se comía poco y mal. Pero si había invitados, sobraba de todo: “tenemos que aparentar; si no, no se puede hacer nada”. Alfonso buscaba novia. Era el primero, el más difícil de casar. “Cuando éste haya entrado, entrarán todos”. Mimi nunca fue guapa, ni siquiera a esa edad en que todas las mujeres lo son. Un poco tonta, de carácter insoportable, no tenía costumbre de despertar pasiones. Alfonso le hizo una corte asidua durante tres años. Mimi era la dueña de la Banca Borregoso, vieja familia judía, que consiguió escapar a la persecución de los Reyes Católicos, porque en aquellos tiempos vivía en la más extrema indigencia y supo demostrar una antigua tradición cristiana, denunciando no pocos

correligionarios.

Se casaron en la capilla de Reyes de la Catedral de Sevilla. Él, embutido en vistoso uniforme de maestrante; ella, con traje blanco de cola inmensa.

Después, le tocó a Mario. Una tarde paseaba por las calles de Ronda con varios compañeros del campamento militar. Un viejo vicio palacio, perfectamente mantenido, le llamó la atención.

-¿De quién es esta casa?

-De los Mirabelles. ¡No tienen dinero ni na!

-¿Hay hijas?

-Una sola, que se quedará con todo. ¡Quién la pescara!

-¡Yo! Dentro de unos años, os invitaré a comer ahí dentro porque seré el dueño.

Los compañeros le tomaron el pelo durante el resto del verano. Al año siguiente, conoció a Marita Miraballes. Se casaron en la Iglesia Mayor.

Las tierras de Marita se extendían por la sierra interminables. Mario inició la ganadería brava, con otros negocios.

Los que quedaban siguieron el mismo camino. No fue difícil. Sus hermanos se encargaban de presentarles herederas, en las mejores condiciones para que triunfasen.

Sólo María del Milagro había elegido mal. Claro que las mujeres tienen menos oportunidades. ¡No pueden lanzarse sobre un hombre! .

La marquesa se agachó para cortar un lirio. Uno de sus nietos entró corriendo.

-Ven, abuelita, ¡que ya ha venido el tío Antonio!

El Brigada interrogaba al Fernando. Tobías esperaba fuera. Estaban cansados. Les tuvieron toda la noche en el cuartel, sin más cama que un banco de madera. “Para hacerles el ánimo”, según dijo el cabo Pérez. No les tocaron. Esto les tranquilizó. Muy pocos eran los que salían de allí sin verdugones, tan grandes como los de un burro en vendimia.

El capitán había dado una orden y hecho una advertencia: “Pueden quejarse al juez. Tened cuidado, no sea que nos busquen disgustos. Ya sabéis que la ley prohíbe zumbar”.

-Pero a los otros...

-Es diferente. Estos son presos de derecho común. No tienen nada que decirnos ni hay nadie a quien asustar... y pueden salir peces gordos en el asunto.

-Dime qué hacías la noche del 26 al 27.

Fernando habló con tranquilidad.

-Me fui a la cama. Estaba cansado. D. Damián nos tuvo mucho tiempo en la bodega después que se fueran los otros.

-¿Para qué?

-Para sacar muestras de los vinos.

-D. Damián saca muestras en horas de trabajo. Podría decirte más: eso lo suele hacer el señorito Diego, que es el especialista.

-¡Qué va! El patrón no se fía ni de su hermano... y nunca respeta las horas. Nos tiene hasta cuando le da la gana y al que protesta lo pone en la carretera.

Los dos acusados estaban de acuerdo. El amo les explicó la lección apenas entraron por la mañana. “Esto es lo que hay que decir si os preguntan y nada más. No vayáis a saliros en una palabra. Sería peor para vosotros”.

No se salía.

-Hay uno que os vio aquella noche... Estabais escondidos en un portal frente a la tienda de Carmelo. Este individuo salía de allí. Recuerda que Marciano les contó lo que pasó pasado por la tarde.

-Sí, es verdad, pero no tenía nada que ver con el Marciano...

-Entonces, ¿con qué? No veo que haya necesidad de esconderse en la calle, cuando no se piensa hacer algo malo.

-Pues... las cosas... Cuando los hombres se meten en un portal, ya se sabe para qué es. ¿No le parece, mi brigada?

Era mejor pasar por marica que por asesino. Fernando pensó que Tobías tendría la misma idea. Y si no, daba igual. Su palabra siempre valía más. Diría que le había dado miedo hablar, por temor a su mujer.

El brigada le despidió.

-Vete a tu casa, pero no se te vaya a ocurrir salir del pueblo. Habrá que interrogarte un par de veces más, antes de liquidar este asunto.

No convenía tenerle mucho tiempo. Setenta y dos horas pasan pronto y luego vienen las protestas y los dolores de cabeza. Aún no era tiempo de llevarle al juzgado. A D. Alberto le gustaban los asuntos resueltos. No había duda. Aquellos dos se habían cargado al Marciano, por orden de D. Damián. Si no, ¿por qué fue Fernando a despertar al patrón antes de las seis? ¿Por qué aquel extraño “dile que todo va bien”? Cuando las cosas van como deben, no se molesta. La criada recordaba perfectamente la visita del capataz. La sacó de la cama, colgándose de la campanilla. Claro que no

convenía meter a D. Damián en el ajo, hasta no tenerlo bien cogido. Los peces gordos rompen red, si no es bastante fuerte.

Fernando bajó a la bodega.

-Tengo que hablarle.

D. Damián le llevó al despacho, cerrando la puerta con llave.

-Ya me han dicho lo que hay que hacer. Esto tiene que pararse y mandarlo a la papelera. Si no, me caerán unos poco de años.

-Defiéndete. Es cosa tuya. Yo no te dije que lo matase...

-Le prevengo que si hay juicio hablamos los dos... y no intente liquidarnos, porque sería peor.

D. Damián prometió hacer lo que hiciese falta. Fernando entró a su trabajo. El amo se quedó en el despacho. Quería estar solo, como siempre que le abrumaban las circunstancias.

A las doce, mandó llamar al secretario del juzgado. Casimiro pidió permiso a su jefe.

-Dice que está muy preocupado. Que me llegue enseguida .

D. Alberto le dejó marchar. Seguramente se trataba del asesinato. No estaba de más una ocasión de aprender cosas nuevas. Aún no había terminado de leer los atestados, pero ya sabía que alguien se preocuparía por el asunto. Pensó en la situación estúpida que se creaba. Un bodeguero perseguido a causa de un pobre diablo, innecesario a la sociedad. Podía sustituirlo por otro exactamente igual, sin molestarse en buscarlo. ¡Pero un bodeguero era otra cosa!. D. Damián tenía un nombre. D. Damián era alguien. Los otros dos, nada, ¡pobres diablos! “Al fin y al cabo, no han hecho otra cosa que desembarazarnos de un revoltoso. Cuantos menos queden, mejor”. Esto se lo dijo a su mujer, que era un pozo. Ni siquiera ante Casimiro podía expresar semejantes conclusiones, pese a ser perfectamente acertadas.

D. Alberto era un hombre recto. Todo en su persona -del nudo de la corbata a los zapatos-, cimentaba su rectitud ante la opinión pública.

Al ganar las oposiciones -con uno de los últimos puestos, por cierto-, el profesor de religión, que le ayudó desde su entrada en la Universidad, le llamó y le dijo: “Un juez es un hombre serio y respetable. Un hombre religioso, de moral estricta. No puede permitirse el lujo de que le vean con una mujer de la vida, ni tomando más copas de lo debido. Es como un cura, poco amigo de bromas, parco en palabras. Si su mujer es fea, ¡mejor todavía! En sus sentencias, debe ayudar a la paz social, contribuyendo

siempre a la conservación del orden instituido. Habrá de procurar mantener en su sitio a las personas, que por voluntad divina ocupan los puestos principales de nuestro país, sin menoscabar en ningún caso la autoridad o el prestigio que les corresponde. Tenga en cuenta que tanto el dinero, como el título nobiliario o universitario e incluso el cargo público, no se pueden obtener sin ayuda de Dios”. D. Alberto aceptó el largo consejo, siguiéndolo al pie de la letra.

Se casó pronto, con una mujer anodina y enferma, a la que cuidaba. Tuvo una sola hija, para demostrar que podía ser padre. Después convenció a su pobre compañera de los beneficios eternos que trae el voto de castidad. “Será un sacrificio común, que nos unirá más a Dios. El nos premiará, descubriéndose a nosotros después de la muerte”.

El adelanto al premio no se hizo esperar mucho tiempo. En los años de la posguerra, había pocos jueces de carrera idóneos. Él lo era. Le llamaron, comunicándole un ascenso, muy difícil de conseguir a su edad, ni con su expediente académico. De un pueblo a otro, fue escalando en la carrera. Todos los días, donde quiera que estuviese, se le veía comulgando en misa de nueve. Por las tardes, no olvidaba visitar alguna iglesia y por supuesto al cura. Iba al cine -cuando las películas eran de moralidad incontestable- y a las recepciones oficiales, por no tener otro remedio. Nunca bailaba ni bebía. Conocía a los notables, con los que discutía cuando era necesario, aunque normalmente se limitaba a pasear con Casimiro o completamente solo. Vestía de oscuro, aun en pleno verano, sin quitarse jamás las gruesas gafas de carey. Cuando bajó al sur, tomó la costumbre de asistir a las procesiones, sin delegar jamás su representación. Estaba inscrito en las principales cofradías, asistiendo regularmente a sus cultos. Del bolsillo de su americana sobresalía un pequeño libro de Evangelios, que nunca abandonaba.

Aparecía como un hombre sin historia, metódico y correcto, que soportaba estoicamente el calor, huyendo de la playa en el verano: “porque en la playa es más fácil ofender a Dios”. Algunos le consideraban santo. En verdad, D. Alberto tenía moral, “su moral”, perfectamente encuadrada en el principio Dios. El Dios de “Camino”, se entiende.

Dios estaba siempre al lado de la razón. Y quien tiene a Dios por apoyo, triunfa, porque Dios es todopoderoso y contra Él nadie puede luchar. O sea, que los que triunfan, los ricos, son los amigos de Dios. Como Dios es justo, no puede tener amigos injustos. En conclusión: los poderosos son justos.

Bien es verdad que en algunos países y en algunas ocasiones, el

Todopoderoso dejaba triunfar a la sinrazón, abandonando a los suyos. Y la maldad se enseñoreaba de todo. Pero lo hacía por dos razones poderosísimas: someter a sus fieles a una prueba, restituyéndolos al lugar que les correspondía, si salían triunfantes -como había ocurrido en España- o castigarlos por haberle ultrajado y abandonado, como estaba pasando en Rusia y los países comunistas, de donde sólo pudieron escapar los elegidos.

Con los mandamientos, que él basaba en estas razones inalterables, administraba justicia sin temor a equivocarse. Condenaba y perdonaba con la conciencia tranquila. Sus sentencias, acertadísimas, le valieron no pocos premios y simpatías, aunque también recogió antipatías... Pero perdonaba a los enemigos, “porque no saben lo que hacen”; gentes incultas en general, que agradecían sus esfuerzos por llevarles al camino del bien, con quejas y críticas. No, D. Alberto no era un cínico. Era un convencido.

Por eso en su interior, consideraba a los asesinos del Marciano defensores del orden. Siempre es mejor un hombre que mata, que un elemento nocivo ara la paz social.

D. Alberto volvió al caso que tenía entre manos. Una pelea entre vecinos en el Pago de S. Salvador. Sin leerlo, firmó la sentencia preparada por Casimiro.

Capítulo 18º

-¿Cómo va lo de Marciano? Me tienen todo el día al capataz en el cuartel. Estoy deseando que terminen.

El secretario se felicitó por haber ido a la bodega.

-Creo que muy bien... hace diez minutos llamó el brigada para decirnos que le estaban contando todo.

D. Damián palideció.

-Mire usted, Casimiro, yo creo que no hay que ser estricto... Hablando se entiende la gente...

-¡Tobías Blasco!

Tobías entró en el despacho. El cabo Pérez le acompañaba.

El brigada le indicó una silla.

-Vamos a ver. Tu amigo me ha dicho cómo fue. Sacasteis al Marciano para cogerlo solo y tirarlo al toyo. Después fue a casa de D. Damián, pero no le

quiso recibir. En fin, muchas cosas.

-¡No es verdad!

El cabo Pérez había reconstituido los hechos. Entre la declaración del Piernas, del que trabajaba en la bodega y las dos mujeres, lo tenía casi conseguido.

-D. Damián os llamó para pedirnos que le convenciésemos de no denunciar. Os dio dinero para que le callásemos la boca. Vosotros Preferísteis guardarlo y lo matasteis, creyendo que no se iba a saber, ¡pero la policía se entera de todo!

-¡No es verdad! ¡Fue D. Damián quien nos mandó liquidarlo en la misma bodega! Dijo: “No me interesan los chismosos. Con agua y oscuridad, todo puede hacerse, que yo respondo”.

El cabo Pérez sonrió. La trampa no fallaba. Todos los criminales cantan, cuando se creen traicionados por sus cómplices. Tobías no era la excepción.

El Brigada mandó trasladarlo directamente a la cárcel. Culpable de asesinato. Llamó al guardia Núñez.

-Mientras Pérez encierra a éste, usted coge a otro cualquiera y me trae al Fernando.

Pensó que a D. Damián sería mejor citarle en el juzgado. Entregó los documentos al cabo.

-Dile a D. Alberto que firme estas órdenes de detención... Si le parece, puede mandar también la de D. Damián...Yo bajaré a la bodega para enterarme de algo más, aunque ya no nos hace falta.

Se encajó el tricornio. La tarde estaba buena y él contento. En aquel asunto habían quedado como los ángeles. Pálido, con más pruebas de las que podían desear, todo bien redondeado...

En el viejo convento, las filas de botas substituían a las de hábitos. Era natural. El brigada sabía muy bien cuanto bebían los monjes, porque estuvo de guardia en un convento de Extremadura, por los años cuarenta, cuando los maquis quemaban iglesias. Entonces los conventos eran fortalezas, que se protegían con ametralladoras.

Casimiro se palpó el bolsillo interior de la americana. El sobre seguía allí, con su carga de billetes verdes. Se sintió importante, porque le dieron dinero y porque tenía a D. Damián en la mano.

Si conseguía aquello, tendría mucho más; si no, nadie iba a protestar porque se guardase el anticipo. Se cruzó con el brigada en la calle de la Victoria. Le dio mala espina.

**-¿Está D. Damián?
Humito fue a llamarle.**

La marquesa subió al porche de la mano del niño. D. Antonio la besó en la frente.

-No te preocupes, mamá, todo va bien en el campo.

-¿Te recibieron bien?

- Sí..., muy bien. Como siempre.

-Es lo importante. Tienes porvenir político, hijo mío, y la popularidad hace mucho. Te lo dice tu madre, que tiene muchos años y ha visto hasta elecciones.

Antonio sonrió. ¡Elecciones!. Eso estaba pasado de moda. Si alguna vez tenían que tragar, se harían en forma, no a lo loco, exponiéndose a franquear los puestos de gobierno a cualquier revolucionario. Nombrar los cargos desde arriba es más cómodo y más seguro.

-Por ahora, sólo pretendo ser alcalde.

-¡Es una injusticia qué no te hayan nombrado aún!

-¡Calma! Soy demasiado joven. Me abro camino. Por el momento, sólo tengo que invitar y criticar...

-Por cierto, ¿sabes que mañana es el santo del gobernador?

-Sí. He preparado dos cajas de vino.

-¿No te parece muy poco?

-Compraré una bandeja de plata que tiene el anticuario...

-Podrías mandar algo mejor.

-No. No conviene aparentar demasiado. Te creas envidias y las envidias nunca son buenas.

La marquesa pensó que su hijo sabía bien lo que se hacía.

D. Damián esperaba impaciente. Se ponía y se quitaba el sombrero o lo dejaba en el banco. No sabía cómo tratar a su anfitrión. En otras ocasiones, fue sencillo. De igual a igual. Pero las circunstancias les alejaban. El juez se convirtió en el personaje mítico, que había sido para Damianillo. Un hombre de estudios, situado muy por encima de la familia Cura, más alto que los médicos y un poco más bajo que el alcalde. Que tenía poder para

encerrar y matar.

Después comprendió que los médicos llaman señor a quien les paga. Y que el alcalde estaba muy amable, cuando se acercaba a su despacho para pedirle un favor. “Poderoso caballero es D. Dinero”, decía la gente. Y era verdad. Pero D. Dinero no le enseñó cuándo debía decir tú o usted. Cómo había que sentarse en una butaca, ni dónde podía sacar su paquetón de langostinos -los más caros y mejores- y sus botellas de manzanilla Mirola, la peor de Sanlúcar, adulterada al máximo, que bebía porque la fabricaba.

Tampoco le proporcionó la ciencia del sombrero. Antes se lo quitaba en todas partes. Cuando encontraba a D. César, cuando pasaba delante del casino. Después, su mujer le dijo que no era necesaria tanta cortesía. Y dejó de quitárselo.

Un día entró en el cine y se sentó. Detrás estaba D. Luis, el hermano del difunto marqués. Un pobre hombre arruinado, que consideraban los del pueblo, por razones que escapaban a D. Dinero. D. Luis le tocó en el hombro:

-¡Quítese el sombrero, animal!

D. Damián no soportaba al bueno de Bermúdez, que no pagaba un jornal ni tenía una peseta, pero a quien la gente seguía llamando, señor sin la guasa con que se lo llamaban a él.

-¡No me da la gana! -contestó, seguro de sí mismo.

D. Luis se enfadó

-Hay señoras. ¡O se lo quita, o llamo al acomodador!

-¡Llámelo usted!

El acomodador le hizo descubrirse. Al volver a casa, se lo contó a su mujer. Doña Rosa dio la razón a Bermúdez.

-En sitios cerrados, no se lleva sombrero. Se deja en una silla o en cualquier parte. Nunca, en la cabeza.

Desde entonces el sombrero se convirtió en una preocupación para D. Damián.

Pasaron dos horas. D. Alberto no aparecía. Se acercó al empleado.

-¿Tardará mucho el Sr. Juez?

-No sé... Creo que está terminando.

El secretario entró en el despacho, aprovechando un claro entre dos visitas. Era una mañana cargada. Todo el señorío del pueblo desfilaba, para pedir

consejo. Nadie sabía qué podían hacer, para dejar sin efecto los acuerdos de Cádiz.

-D. Alberto...

El juez le hizo pasar. Casimiro cerró cuidadosamente la puerta.

-Vengo de la bodega de Damián...

D. Alberto le miró con gesto ausente, sin comprender la importancia de la noticia.

-Parece que lo del Marciano fue un suicidio... o un accidente.

-No son mis noticias.

-D. Damián me ha dicho que siempre andaba borracho...

-Los testigos dicen lo contrario.

-D. Damián le espera... Está algo nervioso...

-¡Que siga esperando! Haga entrar a D. Gaspar.

Se terminaron las visitas. D. Alberto liquidó asuntos pendiente y procuró perder una hora más en el despacho. También Casimiro dejaba correr el tiempo. Ni el uno ni el otro, querían ser el primero en marcharse. El secretario necesitaba saber que hablaba Damián con su jefe. Y el jefe no quería que el secretario se enterase. Llamó.

-¡Pero todavía sigue usted ahí!

-Sí, señor, mirando unos papeles... Hay que estudiar dos vistas importantes, que se celebrarán mañana.

-¡Puede marcharse!

-No señor, no tengo prisa.

El juez utilizó el tono cortante, que anunciaba sentencias severas o castigos desproporcionados. La voz estaba preñada de amenazas.

-Le he dicho que no le necesito.

Casimiro salió a regañadientes. D. Alberto perdió media hora más, repasando los evangelios.

D. Damián había abandonado definitivamente el sombrero en una mesita del siglo XIX, donde el nácar, la concha y los esmaltes figuraban un ramo de flores, de pésimo gusto. D. Alberto sonrió, porque no era el sitio adecuado.

-¡Venga conmigo!

Cruzaron las oficinas desiertas. La sala de audiencias era la mejor habitación para discutir. Ni aún pegando el oído a la puerta, se podía percibir lo que se hablaba en el interior. Un sitio ideal para tratar asuntos delicados.

-¿Y bien?

-Lo del Marciano... yo creo que le están dando demasiada importancia... Es evidente que ha sido accidental. ¡Hasta un niño lo comprende así! Puede preguntar a quien quiera.

D. Alberto miró las nubes a través de la ventana. La tormenta era inminente.

-No lo creo. Según las declaraciones recogidas por la Guardia Civil, las pruebas, apuntan al asesinato... Y los criminales han sido su capataz y su obrero de confianza, Tobías. De esto no tenemos la menor duda.

D. Damián se secó la frente con el pañuelo de seda. Aquello estaba más feo de lo que esperaba.

-¿Y si no fuesen ellos?

-Es imposible. No sé cómo habrán terminado los interrogatorios de esta mañana, pero anoche ya teníamos la prueba.

-En ese caso, habrá juicio...

-Por supuesto, aunque quisiera diferirlo, pues parece que hay un tercer hombre: el instigador. Un personaje importante, que por circunstancias determinadas quería eliminar al muchacho. Después de la lucha que hemos tenido con la huelga, sería muy interesante para mí sentar a los tres en el banquillo.

Hubo un silencio. D. Damián pensaba deprisa. Había que decir algo..., aclarar las cosas.

-La verdad, D. Alberto, ¡no quería decírselo, pero es la verdad! Yo pedí a los muchachos que lo convenciesen de no denunciarme en sindicatos... Usted ya sabe que tengo mi sistema de llevar el negocio y no está muy de acuerdo con las nuevas leyes sociales... Le buscaron toda la noche, encontrándolo cuando salía de la tienda de Carmelo. Estaba bebido. Como no querían que se enterase nadie de lo que hablaban, fueron a la carretera de Cerro Falón. Allí bajaron al Navazo del Brinca para estar tranquilos. El Marciano andaba muy borracho... Se obstinaba, diciendo que quería ir a sindicatos, sin comprender lo que le explicaban. Fernando fue al toyo por un poco de agua, para echársela por la cabeza. Esto le refrescó algo, pero no bastante. Entonces lo llevaron hasta el pozo, para refrescarle mejor, porque no tenían cacharro y sólo podían salpicarle con la que cogían en las manos. En un momento de descuido el Marciano atacó al Fernando, queriendo tirarle al agua. El Fernando se defendió y fue Marciano quien cayó. Hicieron todo por salvarle, tendiéndole la mano y cañas, para que se agarrase. Pero el pobre ni los veía. Dejó de gritar porque estaba muerto. Tuvieron miedo y

escaparon a correr. Fernando llegó a mi casa hacía las seis y me lo contó todo. Yo le prometí arreglarlo. No hice nada, porque pensé que lo darían como accidente... Pero las cosas se están poniendo feas. Los han detenido a los dos y a mí me han mandado una citación, para que venga dentro de dos días.

D. Alberto se levantó.

-Si lo que dice es verdad, usted es responsable subsidiario. Se lo dice a la Guardia Civil y es posible que pueda escapar con buena indemnización... Claro que debe probar todo esto. para que se dé el asunto por terminado con tan poca cosa.

D. Damián sudaba cada vez más.

-El caso es que no tengo pruebas...

El juez sonrió. Había llegado su momento de hablar:

-Y nosotros las tenemos de lo contrario... Los chicos han declarado hace tres horas.

Un miedo atávico a la autoridad, dominó la persona rechoncha del bodeguero. Sin darse cuenta de que ya no era Damianillo, sino D. Damián el millonario, se arrodilló, llorando a los pies del juez.

-¡No sea usted así, D. Alberto! ¡No nos busque la ruina, que tengo tres chiquillos! ¡D. Alberto!, ¡por su madre de su alma!, ¡por la mía!...

D. Alberto sonrió con desprecio. Aquellas escenas le repugnaban. Y la apasionaban. Durante algunos minutos, contempló la masa de carne rampante, sintiéndose omnipotente. Un gesto, y la masa iría a dormir a la cárcel; otro, y la trasladarían al penal del Puerto o ¿quién sabe?: al incómodo sillón del garrote. La masa era instigadora de un asesinato, la masa había pagado en buenos billetes a los asesinos; tenía miedo, se deshacía, mojando el suelo de sudor. D. Damián sintió que un liquido caliente le resbalaba por las piernas. El juez seguía allí, de pié, mirándole desde arriba.

-¡No me pegue, D. Alberto!

El juez sintió aburrimiento.

-Tranquílcese, Damián. Todo tiene arreglo en esta vida...

El miedo desapareció tan de prisa como vino. Tras dos últimas convulsiones, D. Damián volvió a ser el bodeguero poderoso, que siempre sabe salir de apuros. Se secó los ojos con el pañuelo, sonándose ruidosamente. Al sentarse, recuperó toda su dignidad, sin notar siquiera la mancha oscura del pantalón.

-¡Como sea, D. Alberto! Esté seguro que haré cuanto esté en mi mano por Fernando. ¡Lleva tantos años con nosotros!

D. Alberto no quería pasar por tonto. Era interesante que su interlocutor supiese hasta que punto debía cegar a la justicia.

-Querido amigo, creo que más bien lo haremos por usted. ¿No le parece que está bastante complicado?

Damián protestó. El no sabía nada. Sólo pidió un favor a sus hombres.

-Usted ordenó que lo matasen.

Ya se preparaba el buen vinatero a reemprender la escena, cuando el juez le tranquilizó.

-Pero eso no tiene importancia. Evidentemente, fue así. Y aquí están las pruebas -el juez señaló un espeso legajo, abandonado sobre la mesa- Una cerilla ¡y ya está! Nadie sabrá porqué murió un obrero de los Cura, en circunstancias extrañas... Pudo ser un accidente ... los testigos oyeron mal..., no estaban allí..., se rectificarán. Sólo hacen falta dos cosas: romper algunas declaraciones -entre ella la de Tobías- y hacerlas nuevas. Hay que renovar el atestado, destruir copias de los archivos y copiar fechas...

-No sabe cuánto le agradecería...

D. Alberto hizo un gesto de comprensión.

-Mañana viene usted y repite lo que me ha contado... La pelea puede suprimirse... De lo demás, me encargaré personalmente.

D. Damián se levantó para marcharse. El juez le detuvo.

-Ahora quiero hablarle de otra cosa... Algo que no tiene nada que ver, pero muy interesante para mí...

D. Damián volvió a sentarse.

-He oído decir que venden la Pajosa.

D. Damián asintió.

-Es una buena finca del término de Jerez... No sé cómo los Durant hacen eso.

-Por cuestión testamentaria, parece ser.

-Me gustaría tenerla.

D. Damián se alegró. Hasta haría negocio.

-¿Quiere que haga el corretaje?

-El caso es que no tengo dinero disponible... Claro que usted podría comprarla a su nombre. Dentro de uno o dos años, se la venderá a mi hija... El día en que se formalice esta segunda escritura, yo le regalaré esos papeles. Entre tanto, me conviene conservarlos en mi casa.

-¡Pero yo no puedo disponer de esa cantidad!

D. Alberto se levantó.

-Es una pena... En fin, yo haré lo que pueda en su asunto, aunque no le prometo nada... Está muy oscuro... muy oscuro.

D. Damián reflexionó deprisa. Es mejor perder algunos millones que la vida.

-De todas formas, procuraré arreglarme. Voy ahora mismo en busca del corredor. La finca bien vale la pena.

También pensó que labrándola unos años, sacaría su precio. Y que en veinticuatro meses pueden ocurrir muchas cosas. Incluso a D. Alberto.

-Yo llamaré a la Guardia Civil -dijo el juez, despidiéndole en la escalera.

La pareja llevó al segundo detenido a la cárcel.

-¿Lo pongo donde estuvieron los otros?

-¡No, hombre! En una celda con colchoneta, por lo menos.

-¿Por qué?

-Estos no se pueden maltratar. ¡Ah!, y sobre todo, ocúpate de que coman. Si llegan al juicio en mal estado, podemos tener un disgusto. Con los abogados no se puede andar en bromas.

El carcelero no tenía ni buenos ni malos sentimientos. Era un hombre como otro cualquiera, que trabajaba allí porque le pagaban. Se dedicaba a la cría de canarios. Al carcelero le gustaban mucho los pájaros, tenía una debilidad nata por los niños y, en general por todo lo que se movía. No sabía leer aunque sí firmar, y puso cortinas en las dos celdas, que le dieron por vivienda. Bueno, él no, su mujer: “Hay que alegrar un poco esto, hombre”. Con los presos procuraba ser comprensivo. Como andaban las cosas, cualquiera sabía si le iba a tocar estar encerrado alguna vez. En su vida vio muchos cambios.

Le molestaba maltratar. “Si me tocase estar ahí, agradecería que me mirasen bien”, solía decir. Por eso su mujer no echaba el rancho aparte, como tenía orden, sino que preparaba los garbanzos con los de la familia. Esto tenía doble ventaja. Los presos lo comían mejor condimentado. Y los carceleros no tenían que ir a la compra, pues con lo que pasaba el Estado, aunque no fuese mucho, se arreglaban todos.

“Cada uno tendrá un poco menos, pero no se dará ni cuenta. Ya se sabe que a la cárcel no se viene a comer”. Algunas veces las raciones disminuían de forma inverosímil, pero no era mala intención por parte de los guardianes,

si no falta de sentido de la proporción: “Como no se mueven, no necesitan mucho”. En compensación, dejaban salir a sus pupilos a la taberna e incluso llegarse a sus casas. “¡Haz el favor de volver; que sí no, me cuesta el puesto!”, les decían. Y los presos volvían a la hora, sin retrasarse ni cinco minutos. Claro que ya no daban permiso más que a los que pagaban bien, porque un día hubo disgusto.

Por todo esto había sufrido con lo del Antonio. Le habían dolido los golpes del Negro y Calero y ahora notaba que algo no marchaba bien en la recomendación del guardia.

-¡Hombre!, no vais a andaros con miramientos con estos pájaros. Ellos se han andado con pocos cuando mataron al Marciano.

El guardia Núñez cortó:

-Ten cuidado con lo que dices. Todavía no ha sido el juicio. Mientras un criminal no está condenado, no se le puede considerar culpable. Así que, ¡cuidadito!

-Entonces, ¿por qué zurrasteis a los otros?

-Eran órdenes...

El carcelero asintió. Una orden es una orden. Hay que respetarla. Las órdenes no se han hecho para discutir ni para comprender. Se obedecen y basta.

-¿Estas conforme?

-¡Desde luego!

-¡A tratarlos bien y menos observaciones!

-¡ Descuida !

Los guardias se marcharon. Tenían la tarde libre.

El alcalde tomaba el sol en el casino. Era la primera tarde de tranquilidad después de quince días. Los obreros estaban en el campo. Los propietarios aceptaban resignadamente los hechos. Ya no se escuchaban protestas. En las mesas se hablaba de la cosecha, como de costumbre.

-Este año habrá que subir el precio.

-¡Por supuesto!

Se hacían cuentas en las servilletas de papel.

-De hacer las cosas, ¡hacerlas bien!; hay que sacar más, ¡por los disgustos!

-El consejo regulador tendría que concedernos lo que sea. Nosotros, los verdaderos productores, no podemos perder.

D. Luis escuchaba distraído. No tenía viñas. En cambio se interesó mucho,

cuando Alfonseca le contó que había vuelto la Tomasa.

-D. César ya estuvo con ella.

Y mucho más por la aventura de Doña. Engracia. Ocurrió en los días de jaleo, por eso no se habló del asunto. Pero, en la calma, aquella historia se convertía en un pasatiempo interesante. Por fin, tenían algo nuevo de qué hablar. Durante un mes o quince días, Doña. Engracia ocuparía la primera página de los chismorreos. La historia, renovada cada tarde, pimentada con nuevos detalles, hasta el punto de no reconocerla su inventor, daría varias vueltas al pueblo. A D. Luis se la contaron casi de primera mano. La repetía in mente para no olvidarla.

Doña. Engracia no fue el domingo a misa de doce. Todos notaron su falta al lado de las gradas del altar, pero no le dieron importancia, porque estaban muy ocupados. Ni siquiera llamaron a su casa, para preguntar por su salud, como suele hacerse en casos semejantes.

El lunes y el martes tampoco estuvo en la iglesia. Doña. Petra y Doña. Carmen lo apuntaron cuidadosamente en sus libretas. Por fin, Doña. Carmen se decidió a llamar -a espaldas de su marido que, dadas las circunstancias, prohibió ocupar el teléfono, por si le avisaban de algo importante. La doncella contestó con voz insegura: “No está... Ha salido de viaje con la señorita Piluca”.

Doña. Carmen empezó inmediatamente sus investigaciones. Piluca salía con Reiniero. Precisamente le había chocado no ver al muchacho. Hacía varios días que no cruzaba camino de la pastelería, ni pasaba por su calle de madrugada, cantando a pleno pulmón. Pronto llegó Doña. Carmen a la raíz del problema.

-¿Sabéis que Piluca, la hija de Engracia, está embarazada? ¡Pues no es sólo eso!. Su madre la ha llevado a Madrid para hacerla abortar...

El alcalde pensó que hubiese sido más interesante un viaje a Suiza o Alemania, esos países inmorales. Todo el mundo sabe que en España no se hacen cosas así. Y que si se hacen, no se dicen. Naturalmente, se prometió cambiar Madrid por Ginebra. Sonaba mejor y estaba de acuerdo con los principios del Movimiento. Además, la capital de España la conocía bien y no quería insultarla. De la otra ciudad sólo sabía que estaba al norte de algún país extranjero y siempre nevaba.

-¿Por qué no los casan?

-Como Reiniero tiene “eso”, no querrán... Además, ya saben que el niño será un monstruo. Claro que es lo que debían hacer. ¡Se lo tengo que decir al

padre Demetrio, porque esto es un crimen!

En tan inofensivo deporte se entretenía D. Luis, cuando llegó Tranquilón.

-¿Qué hay, Pepe?

Tranquilón le invitó a tomar una copa. D. Luis le acompañó porque Pepe siempre sabía cosas interesantes, tanto si se trataba de mujeres como de pesetas.

Se sentaron en el Nuevo Bar. Alfonseca esperaba en una mesa. Se había convertido en el correveidile-secretario del "hombre de negocios".

-Es muy útil -explicaba su amo-; ya sabemos que tiene sus costumbres, pero sabe defenderse en la vida y mirar bien por los demás, cuando le interesa.

No decía que precisamente gracias a esas costumbres, le conseguía contratos en óptimas condiciones con los torerillos y estaba al tanto de todo. No se vendía ni compraba en el pueblo, sin que Venancio lo supiese por anticipado.

-Me han dicho que quieren ampliar la calle Ancha...

El alcalde sonrió.

-Es un viejo proyecto aprobado hace más de treinta años. Pero no se hará nunca. Resulta demasiado caro.

-Yo creo que debía empezarse. ¿No le parece, D. Pepe?

D. Pepe tragó el humo del cigarro.

-Sí, creo que sería un buen asunto.

-Ni hay dinero ni hace falta.

-Pero yo quiero aquella casa.

Tranquilón señaló un edificio antiguo, con portada de piedra y rejas forjadas. Perteneció a Doña Catalina, la madre del marqués, que murió en la guerra. Una antigua familia arruinada por cosas de la política. No era un palacio, pero tenía solar, buenos mármoles y vigas de caoba. Dentro se guardaban papeles del tiempo de los moros y algunos muebles antiguos. Doña Clarisa conservaba todo aquello como si fuesen reliquias. Sin herederos, pensaba dejárselo al pueblo, para que hiciesen un colegio o algo similar: "con qué lo conserven como lo dejé mi chiquillo, me contento", había dicho.

-Todo el mundo sabe lo que piensa hacer esa loca. No sería conveniente meterse con ella. Obligarla a vender me parece imposible.

-La casa está muy bien situada. Desde aquí la estoy viendo con un bajo de comercios modernos y unos cuantos pisos a todo confort. Hasta podría ponerse un hotel, ¡que buena falta está haciendo, para dar vida al pueblo!

D. Luis pensaba como D. Pepe. Allí luciría mejor una casa de pisos al estilo de Madrid, que aquellos muros llenos de desconchados.

-Por desgracia, no creo que se pueda hacer nada.

-Por eso digo que debíamos empezar la ampliación de la calle...

Alfonseca puntualizó oportunamente:

-En una palabra, expropiar.

-Exactamente; luego se vende el terreno en pública subasta, con la condición de construir en línea con la parte más ancha. O sea, el comprador pierde unos metros...

-Y gana un solar. Está bien pensado. D. José, bien pensado... Pero fíjese que no es esa sola. Hay cuatro o cinco que sobresalen. ¿Quién cargará con las demás?

-Se debe empezar por algún sitio... No está escrito en ninguna parte que se continúe... Ya sé que dos son de usted.

-Hará mal efecto.

-¡Hay tantas cosas que hacen mal efecto! Una más no importa.

-No creo que se pueda conseguir. Aunque no lo parezca, la buena señora tiene influencias...

-Mí contratista será Vicente...

Vicente llegó al pueblo cuando nombraron alcalde a Don Luis. No sabia poner un ladrillo sobre otro -su profesión había sido corredor de comercio-, pero su ignorancia no impidió que le nombrasen contratista del Ayuntamiento. Firmaba todo, escribía lo que le pidiesen y nunca preguntaba, contentándose con cobrar lo estipulado. Se decía que trabajaba a medias con D. Luis, que la mayor parte de sus propiedades eran del alcalde, arriesgando algunos que se trataba de un hijo natural, habido por el militar en tiempos de la guerra. Los dos socios dejaban correr el bulo.

Su primer encargo fue pavimentar las calles. El concurso se hizo a puerta cerrada. Nadie se molestó en abrir los sobres, pues no era cuestión de cotejar ofertas. La obra quedó terminada y liquidada sobre el papel. En realidad, sólo se tocó la calle de D. Damián, porque D. Damián hizo mucha fuerza y estaba en el Ayuntamiento. Se habló de una posible inspección. Como era de esperar, no la hubo. D. Luis lo lamentó. Hubiese hecho callar a muchos. Los inspectores también han cometido pecados por donde cogerlos.

-Será una obra de dos o tres millones -apuntó Alfonseca.

El Alcalde se encogió de hombros. Su protegido no trabajaría al tanto por ciento.

**-Se puede estudiar. Hay que ver las condiciones.
Tranquilón acercó la silla a su interlocutor. No convenía que le oyesen.**

-¿Cuales le interesan?

-Vicente será copropietario. Al cincuenta por ciento.

-¿Y cuánto desembolsará en la obra?

-Nada.

-¡Eso no puede ser!

-¡Pues no hay más que hablar!

D. Pepe fumaba, pensativo. Un alcalde no es eterno. Sin D. Luis, Vicente caería irremisiblemente.

-Está bien. ¡Acepto!

Pidieron otra botella para celebrarlo.

Capítulo 19º

El comandante de puesto llamó al cabo Pérez.

-Tráigame el asunto de Marciano.

El cabo volvió con los papeles. Estaba orgulloso de su trabajo. Declaraciones, pruebas y sobre todo, un magnífico informe confidencial.

-No tienen defensa, señor. Están todos implicados.

El brigada repasó distraídamente aquellas cuartillas, escritas parte a máquina, parte en la letra redondilla, que enseñan las escuelas del cuerpo.

-Esto... no está bien.

El cabo Pérez palideció.

-Está perfectamente, mi comandante. Mire la declaración de Tobías. ¡Basta y sobra para liquidar un asunto!

El brigada inclinó su silla hacia atrás, apoyando el respaldo en la pared. Las patas crujióron peligrosamente.

-En la vida hay muchas cosas difíciles de comprender. Una de ellas es la razón por la cual este informe me parece mal hecho, otra, la que nos obliga a empezarlo de nuevo, a partir de la primera línea...

-Pero un atestado no se puede hacer cuando ya se ha verificado el entierro de la víctima. Y están tomadas las declaraciones...

-Sí se puede. Lo único importante es copiar las fechas. ¡Siempre las fechas, cabo!

Pérez nunca hubiese creído que la influencia de D. Damián llegaba tan lejos. Esperaba una felicitación, aunque sólo fuese particular, y estaba recibiendo una bronca. Simuló la más perfecta incomprensión. Entender deprisa podía ser peligroso. Y no sacaría nada en limpio.

-Léalo usted bien, mi brigada, y verá que tengo razón. Me interesaba llegar al final, porque son asuntos como éste los que proporcionan ascensos...

El suboficial se cansó. Allí se daban órdenes. No se discutía.

-Para su hoja de servicios será muy interesante que esto no haya sido escrito.

-¿Es una orden?

-Por supuesto.

-Entonces... mi comandante dirá lo que tengo que hacer.

El brigada encendió el mechero. La llama prendió en el original. Ardió, siguiendo la copia del expediente, que se mandó al juzgado.

-No te preocupes. Las fechas ya están copiadas en papel aparte... y las horas. Marciano murió víctima de un desgraciado accidente, del que fueron únicos testigos Fernando y Tobías. Asustados, corrieron a casa de D. Damián, para contárselo. Le dijeron cómo se habían emborrachado y como cayó su amigo al agua. D. Damián nos avisó. Tomamos declaración a los dichos, que ratificaron las palabras de su amo. Después nos dirigimos al lugar del suceso, con el juzgado, comprobando la exactitud de las deposiciones. Aún podían verse las cañas, que doblaron en su intento de salvar al difunto. Posteriormente, no hubo orden alguna de detención, sino simples citaciones a testigos. para ampliar el informe. Todos declararon en el mismo sentido, cerrándose el sumario, donde consta que el fallecimiento se debió a un accidente fortuito.

-Pero... por parte de la familia del Marciano podemos tener historias. El Carmelo es gente enterada y buen amigo... la Irene y su madre saben más de

la cuenta; ¡y todo el barrio, que señala a los asesinos por la calle!

-¿Y qué?

-Pueden poner una denuncia..., llevar la cosa a Madrid. Son mala gente.

-¿Cree que esa denuncia saldría del pueblo? ¡Ni lo sueñes!. Cuando digo algo, sé lo que me hago. Un asunto cancelado, no puede abrirse otra vez así porque sí. La justicia no juega. Sólo una persona muy influyente podría moverlo. Las personas influyentes tienen cosas más importantes que hacer. ¿Qué les importa la vida de un trabajador?, ¡sobran!

El cabo se cuadró. Las órdenes no estaban de acuerdo con las ordenanzas, pero quien manda, manda. Pidió permiso para retirarse. Le fue concedido.

-Póngase inmediatamente al trabajo. La vista será mañana a las nueve en punto... Y no diga nada a los demás. Esto debe quedar entre nosotros. No es que pase nada. Pero cuanto menos se comenten algunas cosas, es mejor.

-Ya se sabe que la mierda huele más cuando se revuelve.

El brigada prefirió pasar por alto la grosería.

El cabo pidió una máquina.

-Tengo que hacerlo personalmente. Es confidencial.

El guardia Núñez la dejó sobre su mesa.

-¿No prefiere que se la copio? Sabe que soy un pozo.

-Esta vez, no.

Hacía tiempo que dejó la oficina. Su falta de práctica le hizo estropear muchas cuartillas.

D. Luis discutía con D. Pepe las posibilidades del negocio. Del Nuevo Bar habían pasado al Colón.

-Llamaré a mi chiquilla para que nos lleve a Bajo Guía. Una buena fuente de langostinos nunca viene mal.

El motor diesel del Mercedes repiqueteaba. Marta se dispuso a pasar la tarde de chofer.

D. Alberto terminaba el libro que le habían mandado la semana anterior. Era del P. Urteaga, fiel seguido del Padre Escrivá. Un libro lleno de fondo y ameno en la forma. Sí, debían defender la religión por todos los medios, aunque fuese con la "ametralladora americana", como decía en uno de sus más bellos pasajes. El juez aprobó tácitamente la nueva versión del

cristianismo, que venía a renovar sus gastadas raíces.

El notario redactaba el último testamento de D. Gaspar. Después de las huelgas, quiso cambiarlo por quinta vez.

-Como están las cosas, he pensado que se debe aquilatar bien... Quiero poner otras dos fincas a nombre de mi hijo.

Los hombres sulfataban, cargando las pesadas mochilas de cobre. El líquido verde se secaba sobre la cepa. El sol quemaba, pero no se atrevían a secarse el sudor de la frente, por miedo a que el veneno les cayese en los ojos.

El brigada encendió su puro de la tarde, pensando en la justicia. Era evidente que por las alturas había reparto y querían dejarle fuera. Sería muy difícil impedirlo. D. Alberto se las sabía mejor que nadie. A las malas, siempre fue mal enemigo.

D. Damián discutía con el corredor de Dupont.

-Lo importante es que se sepa. Cuanto más bombo le des, será mejor

-Pero, ¿y el dinero?

D. Damián le tendió medio millón. Menos que la señal. Con los bancos cerrados, le fue imposible encontrar el resto.

-¿Está bien así?

El corredor asintió, guardando el fajo de billetes muy cerca del corazón. No se lo daría a D. Estanislao, siempre rápido en cobrar y lento en pagar. Era la única forma de trincar sobre seguro.

Fernando Y Tobías buscaban los flamencos. Se lo encargó D. Damián cuando subió a la cárcel con la orden del juez.

---y que os vean contentos. Tomar copas, emborracharse si queréis, pero antes meteros en la cabeza que os detuvieron por equivocación y que no sabéis nada del Marciano.

Les dio cuarenta duros a cada uno. Fernando y Tobías obedecieron. De tasca en tasca, vaciaron numerosas copas, pero solos. Apenas entraban, la barra quedaba vacía. Los taberneros les servían sin hablar, de mala gana, como si su dinero no fuese del bueno.

Ni siquiera los que iban a sacar un jornal aquella noche, cantando y bailando, quisieron hablarles más de lo preciso. Algunos se negaron.

-Con D. Damián, ni a misa. ¿O es que te crees que no sabemos los pasos que habéis andado estos días? ¡Ni que los hombres fuesen perros, que se matan y ahí queda eso!

Tobías y Fernando no protestaban, limitándose a poner tierra por medio.

-Dice D. Damián que tenemos que enfadarnos cuando nos llamen asesinos. ¡Esos nos lo han llamado!

Fernando se encogió de hombros.

-¡Que proteste él! A nosotros más nos vale escurrir el bulto. Conténtate con que nos dejen andar por el pueblo, que por menos han linchado a otros.

-¡Pero aquellos eran otros tiempos!

-Los tiempos vuelven cuando menos lo espera uno. Tenlo siempre por cuenta.

D. Damián bajó a la playa en busca de langostinos.

-¡Hombre, qué alegría! ¡Mira quién está ahí!

D. Pepe se levantó para abrazarle. D. Luis no se movió, saludando con un gesto lejano. No sabía como andaban las cosas para el bodeguero. Lamentaba verse obligado a tratarle de aquella forma, pero otra podía ser imprudente. Cuando la policía se echa sobre uno, no se contenta con el delito que lo lleva a la cárcel. Rasca, en pos de otros asuntos. Es desagradable que busquen en la vida de un concejal. Siguiendo el hilo se llega muy lejos. Cuanto antes se marcasen las distancias, mejor.

-Ya que estáis aquí, aprovecharé la ocasión para invitaros. Esta noche os espero en la bodega. Vamos a tener un poquillo de juerga.

D. Luis comprendió que Pepe aceptaría. Le cortó a tiempo.

-No creo que podamos... Tenemos muchas cosas que hacer.

-¿Ninguno de los dos?

-Ninguno.

Damián pensó que había llegado el momento de aclarar situaciones.

-He mandado al Fernando y al Tobías en busca de Mariquilla y los demás. Espero que los traigan. En esta época, no es fácil que estén comprometidos...

D. Luis no pudo ocultar un gesto de asombro.

-¡Pero no estaban... !

-¿En la cárcel? Sí, han pasado unas horas. Fue un error. Afortunadamente,

ya lo hemos aclarado. Marciano murió a causa de un accidente. Pero ya sabes como son. Delante de los guardias se embarullaron. Salieron condenados sin tener culpa. No creas, ¡me ha costado trabajo aclararlo! Si se hubiese tratado de otros, no me hubiese metido, pero estos dos son buenos trabajadores. De confianza, quiero decir.

El alcalde intentó calcular cuánto habría recibido D. Alberto, por “aclarar las cosas”. Le dio vueltas la cabeza. La cifra era demasiado alta.

-Siéntate, Damián; ¡vamos a tomar una copa, que hace mucho que no nos vemos!

Damián aceptó la invitación.

-Bueno, Pepe ¿qué te parece si dejamos los negocios para otro día y nos acercamos a la bodega?

-¡Pues bien! Una noche de juerga cae como los ángeles.

D. Luis y D. Pepe estaban íntimamente unidos. “Por supuesto, la subasta se anunciará a las diez, y como de costumbre, se pondrá el anuncio inmediatamente después de haberla celebrado”.

Luego decidieron que aquello era peligroso. Lo mejor sería fijar el papel en la tablilla del Ayuntamiento, a última hora de la tarde. Y celebrarla a las nueve de la mañana del día siguiente.

-Esto entra dentro de la legalidad. Lo otro pueden decir que es un fraude. De cualquier forma, serás el único postor, pues nadie podrá saberlo, puesto que cerramos antes de anunciar.

D. Pepe admiró una vez más la inteligencia del alcalde.

Llegaron los primeros invitados. Sólo el juez y el notario rechazaron la invitación. Tenían por norma no asistir a fiestas privadas.

Sobre las mesas colocadas en el patio, aparecían las fuentes repletas de alimentos diversos. Los langostinos ocupaban lugar de honor y un espacio considerable. Faltaba el caviar, porque el caviar no gustaba en el pueblo y los ricos aún no se habían enterado. de que era una comida elegante.

Al lado de los vinos embotellados de la casa, varias cajas de whisky prometían a los asistentes. poder emborracharse a la escocesa.

-Del Caballo Blanco, ¡el mejor!

Hay pocas cosas tan tristes y aburridas, como los principios de una juerga

flamenca. El guitarrista rasgueaba distraídamente, acompañando a una cantaora, que dejaba caer el fandango como si se le hubiese perdido. Se hablaba poco, disimulando el vacío ruido de los platos y los cubiertos.

El brigada y el cabo se encargaban de una imponente carga de langostinos, a medias con sus mujeres. El sueldo no les permitía frecuentar semejante placer gastronómico. Hubiesen preferido excusarse, pero D. Alberto les mandó una carta particular, rogándoles que asistiesen en su nombre.

Decidieron obedecer, aunque las ordenanzas del cuerpo no estimulaban apetencias folklóricas. En verdad, les invitaban muy pocas veces.

Pasada la una, empezó la fiesta. Pudo no haber arrancado nunca o hacerlo mucho antes. Todo depende de ese momento indeterminado, en que el vino produce su efecto a la colectividad. El ambiente se caldea, una nota de la guitarra suena mejor que las anteriores. Una voz canta “con alma”. Surge la corriente, circulando de uno a otro. Hasta el Tobías y el Fernando, que estaban presentes más por exhibirse que para otra cosa, la sintieron y se animaron.

D. Luis se fijó en la hija de D. Pepe. Sus brazos de gitana se movían, despertando en el buen alcalde ciertas apetencias olvidadas. La muchacha se sentó, dejando el tablado a “los artistas”.

-Dile a tu chiquilla que baile. Me gusta verla.

D. Pepe cruzó dando tumbos, sin molestarse en evitar a la gitanilla, que zapateaba en aquel momento.

-No quiero, ¡déjame en paz!

-No seas esaboría ¡Te lo pido de parte de D. Luis!

La muchacha cedió. Su cuerpo se movía al ritmo de la rumba. Las palmas marcaron un compás excitante. El alcalde se levantó torpemente. Sin saber como subió al tablado. El pañuelo de Pilar le rodeó el cuello. D. Luis entró en la ronda infernal de una música incomprensible. Movié los brazos y las piernas desesperadamente. La gente aplaudía. La muchacha le hizo girar a su alrededor, como un muñeco, acentuando la sensualidad del baile con gestos provocativos. D. Luis olvidó el público y el ridículo. Nunca había bailado, pero alguna vez debe ser la primera. Sus gestos perdieron timidez. Respondía con provocaciones, realmente groseras.

Quiso estrechar el cuerpo de Pilar, pero la muchacha le esquivó hábilmente.

D. Pepe pensó que haría buenos negocios en Sanlúcar.

D. Luis cayó al suelo. El doctor Blanes se acercó al enfermo. Las palmas y la guitarra guardaron silencio.

-No es nada. El baile le ha revuelto el vino.

La mujer de D. Damián trajo un frasco de amoniaco. D. Luis devolvió. Un olor agrio de manzanilla a medio digerir, se perdió camino del cielo. El alcalde pidió otra copa.

Cantó la gitana.

-No quiero ni volver a oír tu nombre...

El cielo clareaba por levante. Las estrellas perdieron su nitidez, diluyéndose en la luz. Por poniente seguían brillando, bajo un techo azul marino. Es la hora que los entendidos dedican al cante bueno.

La Manuela se entonó. Quería decir una letra que traía guardada. Hablaba de ricos y pobres, de muertos en las carreteras. Y siguieron otras. Los cantaores se picaron. Tenían mucho que decir aquella noche, cosas que sólo el flamenco permite tirar a la cara.

El público guardaba un silencio profundo. Se estaba cantando por lo bueno, con sentimiento hasta dejarlo de sobra. La verdad sin trucos.

De la camisa empapada

que sacaste de la cárcel

tengo un relicario en casa para curar a mi madre.

Al Latero se le pusieron los vellos de punta. Una lágrima corrió por su mejilla:

-¡Olé!

¿Y ellos? ¡Ellos no entendían! Había que ser de la tierra, de verdad de la tierra, para saber que cuando se canta así, es porque se siente lo que se dice, que no son letras aprendidas. Y que si lo son, vienen al caso como anillo al dedo.

Tobías y Fernando se marcharon. Eran de la tierra.

A las ocho, entraron los obreros. Cada uno fue a su trabajo, sin detenerse a escuchar el cante ronco, que salía de las gargantas cansadas. Los que están dentro, dicen que es la hora mejor. Pero quien viene de fuera de ambiente, no lo puede soportar.

Por primera vez en la historia del juzgado, todos llegaron antes de la hora.

El secretario escribía:

-¿Estabais al lado del toyo cuando se cayó Marciano?

-¡No señor! -se apresuró a contestar Tobías, que no entendía bien aquellos manejos.

-¡Di que sí!

-Pero...

D. Damián intervino.

-Haz lo que te dicen. ¿No te he dicho que no tienes más que obedecer?

El juez repitió la pregunta.

--Sí, señor...

-Luego fuisteis a casa de D. Damián para contárselo. D. Damián os mandó venir al cuartel.

-Sí, señor..

-Está bien. Concuerta con las anteriores declaraciones.

A las diez, el asunto Marciano era un legajo más en el archivo.

-¿Damos una nota a la prensa?

El juez movió negativamente la cabeza:

-¿Para qué? La publicidad nunca es buena.

El cabo Pérez salió del juzgado un tanto confuso. Entre lo que le habían enseñado en la escuela y lo que le enseñaba la vida, había una gran diferencia. En La Habana se tomó una copa. Nunca entró de uniforme en los bares, porque lo prohibía el reglamento. Pero también prohibía lo que habían hecho sus superiores.

En tiempos de la instrucción, le dijeron que su razón de ser era la defensa de la justicia. Y el orden. Y la busca y captura de delincuentes.

El hizo las cosas de acuerdo con estas ordenanzas, pero al final resultaba que no estaba bien. Pidió otra copa. ¿Quién podría decirle algo por andar borracho?. Un representante de la ley puede no respetarla impunemente.

La madre del Marciano estaba enterada. El Carmelo vino a decírselo.

-He visto al Tobías y al Fernando sueltos. ¡Debes denunciar!

Pero la Flor tenía mucha vista. Uno había muerto. Quedaban los demás, que también podían irse. Es fácil inventar accidentes. Recordó que en los años de la guerra no se decía así, cuando aparecían los cuerpos por las carreteras. Aquellos tiempos podían volver y los hermanos del Marciano irían por delante, pagando porque su madre se metió donde no le importaba. Por eso no fue al juzgado ni al cuartel. Esperaba que Dios castigase. Y se consoló pensando que los malos siempre acaban mal.

-¡Porque, digan lo que digan, Dios está allá arriba!

El Julito, que tenía otro carácter, protestó:

-Si está allá arriba y puede todo, como dicen los curas, ¡maldita sea su estampa!. Porque si yo fuese Dios, cualquier día iba a dejar que matasen a

alguien así, como han matado a mi hermano, ni que la gente pase hambre, como pasa, ni que los niños se mueran enfermos, ni que unos tengan tanto y otros tan poco. Si yo fuese Dios, a nadie le iba a faltar lo necesario. Porque sería un Dios bueno y no un hijo de la gran puta, como el que tenemos.

-¡Cállate, chiquillo, no te vayan a oír!

-¿Que me calle? ¡No me da la gana, porque digo la verdad!. Cuando lo saquen en Semana Santa, en too lo alto del paso, se lo diré en toa la cara. ¿Pa qué quiere tanta lata y tanto oro? ¿Pa qué tantos cirios? ¡Porque él también es un rico y le gusta guardar! ¡Y le importa una mierda lo que pasemos los pobres! Si no fuese de madera, tendría coches, armaría juerga y nos mataría cuando le diese la gana.

Su padre le cogió de un brazo, metiéndolo en la casa. Sin decir una palabra, empezó a pegarle. Flor entró corriendo:

-¡Déjale, que lo vas a matar!

-¿Qué quieres?, ¿que nos busque la ruina? ¡Ya hemos tenido bastante!.

El Padre Demetrio se desperezó. No comprendía la absurda costumbre de empezar las misas a las nueve. ¿Por qué no a las once? Claro que si decía la primera a las once, la segunda la ocupaba la hora de comer. El despertador sonó por tercera vez. D. Demetrio lo paró de un manotazo.

-¡Mari Carmen!

La mujer entró presurosa.

-¿Qué quiere, padre?

-¡La sotana! ¿Qué voy a querer a estas horas?

Mari Carmen volvió con la sotana y una taza de café.

-¡No seas hereje!. Antes de la misa, no se puede tomar nada.

-El Papa dio permiso... Me lo dijo usted...

-Pero el Cardenal no. Y yo obedezco al Cardenal. Además, estos modernismos no me gustan.

El padre Demetrio se vestía mientras hablaba. Mari Carmen se agachó para abrocharle los botones.

-¿Hay mucha gente?

-No. Los cuatro de siempre, menos el juez.

-¡Estará malo!

Tenía que pasar algo muy grave, para que el juez dejase de asistir la misa de

nueve. Mari Carmen terminó su trabajo. El padre bajó, cruzando el patio hacia la sacristía. Aquel antiguo convento tenía la ventaja de que todo estaba independiente.

Dos chiquillos se metían los dedos en la nariz, sentados en un rincón.

-¡Venga!, ¡a vestirse!

Un muchacho de aspecto afeminado, preparaba la ropa de celebrar. El padre se metió dentro del alba, cuidando que cayesen bien los pliegues de encaje. El sacristán le ayudó. Al ajustarse el cíngulo, comprobó con nostalgia que las señales de los nudos se alejaban. Era una prueba de gordura y la gordura es síntoma de vejez. Se miró al espejo -de cuerpo entero, instalado por él-. De frente todo seguía igual, de perfil se adivinaba una curva, nada halagadora. Se puso de mal humor.

-¡Venga!

El sacristán le colocó la pesada casulla, bordada en oro.

-¿Estás seguro que toca ésta?

-Lo acabo de mirar.

Con gesto de impaciencia, cogió el vaso sagrado.

-¡Vamos, niños!

Los chiquillos le precedieron, siguiendo al sacristán que balanceaba el incensario. No era misa mayor, pero a D. Demetrio le gustaba el olor del incienso.

Bajó las gradas del altar para rezar el salmo.

Los niños, con las manos juntas, se hacían señas, moviendo la cabeza y los ojos. El sacristán repartió sendos pescozones. Los niños miraron al frente, recorriendo los extraños adornos del retablo churrigueresco. Hojas, angelotes, racimos de uvas. Disimuladamente, se encajaron los dedos en la nariz. Durante un buen rato, hicieron pelotillas concienzudamente. El cura se volvió al pueblo:

-“Dominus Vobiscum”

Peladilla se levantó de un salto, limpiándose las manos en la sobrepelliz. Le tocaba cambiar el libro.

-Initium Sanctu Evangelium...

Los niños se pusieron de pie. El sacristán dejó de balancear el incensario, para contemplar el perfil del padre. Durante el evangelio disfrutaba del ángulo más interesante.

-Credo in unum Deo...

El P. Demetrio pronunciaba lentamente. Sabía que tenía buena voz y que las

buenas voces transforman el latín, que el sacristán le escuchaba y que Mari Carmen había bajado a la iglesia, sin contar el resto del público.
D. Demetrio hizo un gesto elegante. Los fieles se sentaron.

-Han soltado al Tobías.

-Me han dicho que D. Damián andaba complicado...

-¡Pues ahí tenéis la explicación!

Camino de la viña, no se hablaba de otra cosa. Aquello les hizo sentirse más vulnerables.

-Quien mata a un señorito, tiene para los restos. Pero quien se carga a un obrero, ya puede vivir tranquilo. ¡Hasta le pagan!

El Negro sonrió. Su amigo tenía razón.

-Moraleja: puedes dejarte matar, pero ojo con protestar.

-¡De acuerdo! Así está la vida.

Lo único positivo que habían sacado, eran las ochenta pesetas.

El Juan pidió que le cambiasen de trabajo.

-Hoy tengo ganas de manejar la herramienta...

Los golpes de azadón sonaban secos y profundo. Juan se desahogaba con la tierra, porque la tierra era tan culpable como ellos. ¡Si dejase de dar cosechas! ¡Si se hundiese! Más perderían los ricos que los pobres.

-¡Por el Antonio, por el Marciano, por mi hermano Fernando, que nunca llegará más arriba de la escuela! ¡Por el Luisillo, que juega con latas, porque no tiene otra cosa! ¡Por el Calero! ¡Por mi!, ¡por mi!

Juan rompía sin cuidarse de las raíces: “si caen, que caigan”. Le caía el sudor, mojando el suelo.

El capataz le tocó en el hombro.

-¡¡Chiquillo!!, ¡que te vas a matar!

-¿Qué me importa?

El capataz le quitó la herramienta de las manos.

-¡Ven con nosotros!

Juan se dejó llevar. La cuadrilla se reunió, formando un corro. Habían decidido una hora de paro.

-En señal de duelo...

Durante tres días, pararon viñas y talleres. Los patronos no dijeron nada. Se

sentían culpables y acobardados. Sensación nueva, que sin la muerte de los muchachos, no hubiesen conocido.

Aquel silencio reglamentado no hizo más que prolongar el recuerdo. La historia de la huelga, del Antonio y el Marciano, se olvidaba, quedando anquilosado en la leyenda. Quien la contase después, la vería de muy lejos, aunque la hubiese vivido. Y la tumba del héroe sería una más en el cementerio. Un día cualquiera, el sepulturero llevaría los huesos al osario común, y nadie podría decir: “aquí está nuestro primer mártir”.



Capítulo 20

El juez llegó a las once en punto. D. Demetrio hacía su segunda salida al altar. En esta misa no comulgaba, como mandan los cánones. Se puede celebrar dos veces al día, pero no recibir a Dios. Era una misa de consagración ficticia, donde el vino no se convierte en sangre ni el pan en verdadero cuerpo de Cristo.

-Me acercaré al altar de Dios...

-El Dios que da alegría a mi juventud -contestaron los chiquillos a coro.

D. Demetrio se entretenía, traduciendo del latín al español. Había repetido la misa demasiadas veces, para no conocerla de memoria. Cada día encontraba más aburridas aquellas oraciones. En cambio, el confesionario seguía divirtiéndole. Aún no tenía esa edad en que se conocen todos los pecados. Y todas las voces. Los penitentes de siempre le parecían forasteros y se asombraba cuando caían en vicios, que nunca hubiese sospechado en un alma pura.

Esperaba que las confesiones de la semana fuesen interesantes. Habían pasado muchas cosas en el pueblo.

Terminó la misa. D. Alberto entró en la sacristía.

-Quisiera confesar. Me ha sido imposible venir a las nueve...

-¡Faltaría más! En seguida estoy a su disposición .

El padre se desvistió.

D. Alberto se arrodilló, apoyando la cabeza en las rodillas del sacerdote. El P. Demetrio cubrió el cuerpo del juez con el amplio paño morado que cerraba la ventana, destinada a recibir los pecados masculinos.

-Ave María Purísima.

-Sin pecado concebida.

-Padre, me acuso de no saber amar a Dios. Lo busco, pero no consigo encontrarlo. Esto me desespera y a veces pienso que Dios me excluirá de su paraíso. Y que Dios es injusto.

-Eso está prohibido, hijo mío. Dios es misericordioso. A veces parece que nos abandona, pero no es así. Lo hace por nosotros, obligándonos a sacrificios que nos acerquen a Él. Es el demonio quien te pone la duda en el corazón. Debes rechazarla y no atormentarte.

-Padre... también me acuso de haber tenido deseos insanos.

-Todos los tenemos ¡No creas que mi calidad de sacerdote me libre de ellos!. Dios puso la tentación y el pecado en manos del demonio. Por él nos prueba. Nosotros debemos resistirle, perseverando en el recto camino que nos marca la Iglesia y los mandamientos...

D. Alberto siguió hablando, hincadas las rodillas. No había pecados, porque él no pecaba. Solamente dudas. Inquietudes. Tormentos de un alma, llena de amor a Cristo.

Enrique el fijador, pegaba carteles. El domingo había corrida, porque la gente estaba en el trabajo y tenía dinero que gastar. Antes también ponía los del cine. Se los quitaron, porque hubo pelea entre los empresarios.

“Gran novillada. Novillos de Carlos Méndez para “El Juani” (El fenómeno del Barrio Alto), “El Chuli” (La revelación de Utrera) y “Chiclanillo” (El terremoto que tiene las plazas en pie). Precios económicos. Gran rifa”.

Enrique esparcía el engrudo blanco sobre las tablas de una puerta, un sitio como otro cualquiera. Alfonseca pasó por allí.

-¿Has visto qué novillada?

Nunca leía los nombres. ¿Para qué?

-El ganado es grande y con puntas. Habrá sangre.

Enrique se encogió de hombros. Desde que mataron a Manolete, no había vuelto a los toros.

-Confiter Deo omnipotente...

D. Alberto abandonó su incómoda postura.

-¿Tomará usted una tacita de café?

El juez aceptó. La mañana quedó terminada con el asunto de Damián. No tenía ganas de visitas. Si se quedaba en el despacho, llegarían y no habría más remedio que recibirlas.

Subieron a la casa.

-¡Mari Carmen!

La criada acudió presurosa.

-¡Dígame, padre!

-D. Alberto desayunará conmigo.

Mari Carmen colocó una segunda taza en la enorme mesa de caoba. D. Demetrio quería venderla, pero aún no había llegado el corredor. Los anticuarios preferían cuadros y cosas pequeñas.

-Dígame, ¿cómo han terminado los jaleos?

Al cura le gustaba enterarse de lo que pasaba por fuentes directas, sobre todo cuando las noticias tenían el interés, de las que corrieron aquellas semanas. El sacristán le contaba lo que podía recoger en las tascas. Y las beatas lo que se decía por los salones. Pero eran historia contradictorias, algunas absurdas, como la del niño destripado por los obreros, cuando jugaba en la calzada, ante los ojos despavoridos de su tata.

-Bien.... como es natural...

-Parece que D. Damián ha tenido complicaciones.

-Nada importante, se lo aseguro.

El padre se quedó pensativo. No sabía por dónde empezar. El juez, siempre locuaz entre los muros de la Iglesia, se tornaba hombre silencioso.

-¿Qué cree usted que ha motivado la huelga?

-Un cambio de sistema. En Madrid creen que hemos adelantado desde el treinta y nueve. Por desgracia la gente sigue siendo la misma. En cuanto se les abre la mano, se lanzan y hacen barbaridades. Sólo nuestra firmeza ha podido evitar males mayores.

-Al parecer, el movimiento ha sido bastante importante...

-Más que importante, peligroso. En dos días llegó a Chiclana, después entró

en Huelva. Incluso los obreros de Moriles y Montilla, que nunca han protestado, intentaron unirse. Aquí recibimos varias cartas de las autoridades de Córdoba, pidiéndonos que terminásemos con el foco.

-¿Y por qué no se tomaron medidas radicales? En casos semejantes, hay que seguir el ejemplo de Jesucristo. Nos lo dio bien claro, usando la fuerza contra los mercaderes del templo.

D. Alberto asintió.

-Siempre he dicho que se debe gobernar con los Evangelios, pero no todos son de mi opinión.

-¡Y la Biblia, D. Alberto! ¡No olvide usted la Biblia! Del Génesis a los Profetas, es una enseñanza y un camino. Y las Epístolas, ¡que belleza encierran las Epístolas! ¿Recuerda donde cuenta S. Pedro lo ocurrido a dos malvados catecúmenos que pretendían engañarle, ocultando el precio al que vendieron su viña? ¡Pobres diablos, que pretendían estafar a la Iglesia de Cristo!

-¡Qué tremendo castigo recibieron! O por mejor decir, ¡que justo castigo!.

-La muerte es poco para quienes escatiman su regalo a Dios.

-¿Usted cree que no dar a la Iglesia lo que mandan sus Mandamientos es robar?

-¡Por supuesto! Es una, pena que se haya perdido la costumbre de los diezmos y primicias. El Estado nunca debió suprimirlos. Era una excelente disciplina y una gran ayuda para el alma. Afortunadamente, ustedes son generosos con esta divina madre, fundada por Cristo. Por eso, robarles es como robar a Dios. La palabra divina no puede mantenerse de un pueblo impío, que aunque tuviese, no ayudarla a quienes la divulgamos. Sólo la clase que dirige ese pueblo, por derecho divino, nos apoya, pues reconoce las grandes ventajas de una doctrina recta. ¿Y por qué no?, sabe apreciar esa gloria eterna, a la que por gracia de Dios todos llegaremos, conociendo al mismo tiempo la gran desgracia, que significa verse privado de la vista del Creador.

D. Alberto asintió. Deseaba llegar a Dios, pero tenía miedo de extraviarse en el camino. Claro que D. Demetrio le tranquilizaba, rechazando sus dudas, nacidas de libros o personas engañosamente buenas, que hablaban como cristianos, estando, en realidad, definitivamente alejados de la verdadera senda.

-El mundo es incorregible. Vamos de mal en peor.

-Sí, hijo mío. El mundo mira a la tierra, procurando con mayor ahínco este

bienestar pasajero, sin preocuparse de la felicidad eterna.

La Salvadora recorría los puesto de la plaza.

-Un duro de pescado.

No le llegaba el dinero.

-Es igual. Me pagas mañana.

¿Cómo se fueron los treinta y dos duros? En el almacén dejó diez. Ocho, para pagar lo del invierno. Dos, del gasto diario. El dintero le cogió otros cinco. Ya salían quince. Luego fue a la casa de empeño, a por los trajes. No pudo sacar más que uno y le costó cuarenta pesetas. Buscó a los del Ocaso. No quería que le pasase como al Antonio. Eran seis apuntados. Cinco duros. El resto se fue en la plaza. Pesó el canasto. Estaba medio vacío.

Encontró a la Amelia.

-¿.Quieres creer que con tres jornales no nos llega? Claro que, entre todos, nos sentamos once a la mesa.

D. Alberto encendió un cigarrillo. Era su único vicio. Procuraba dominarlo, pero no podía pasar sin la docena diaria.

--¡Eso es lo que nos falta, voluntad! Hay que sobreponerse en cosas pequeñas, para poder con las grandes.

D. Alberto se revolvió inquieto. No quería tirar el cigarro, pero se sentía culpable. Cambió la conversación.

-Yo creo que se ha perdido algo. Algo muy importante, que tenían nuestros mayores.

D. Demetrio asintió.

-Se ha perdido la conformidad, hijo mío. Conformidad es lo que necesitamos. Antes los hombres se arrodillaban cuando pasaba ante ellos el Santísimo o una imagen sagrada; ahora, levantan la cabeza y hacen corno si no lo hubiesen visto. O se esconden en la primera esquina, para evitar que los guardias les obliguen a demostrar el respeto que deben. En otros tiempos, la felicidad consistía en sufrir por Dio. Hoy piden no sufrir, porque son incapaces de ver delante de sus narices. S, hijo, el egoísmo, la falta de consideración a los demás y de amor al prójimo, nos han traído donde estamos. ¡Cuándo, en otros tiempos, un obrero iba a pagar al amo, que le mantiene y ayuda, con la moneda que pagan ahora!. Las bienaventuranzas se debían divulgar por todas los medios. Creo que pueden hacer un gran

bien.

-¡Quien se humillare, será ensalzado!

-Bienaventurados los mansos, porque ellos verán a Dios.

-Por desgracia, se repite más a menudo otra que no entienden: “Quien tuviere hambre y sed de justicia, será harto”.

-Miden la justicia por su propio rasero. La desean humana. Y no saben que Cristo se refería a la Divina Justicia, mucho más importante, por ser definitiva.

-Es un grave error. Creen que juzgar está al alcance de todos, sin comprender que Dios nombra sus representantes en la tierra. Los sacerdotes, como usted; quienes vivimos en la devoción de una carrera, como yo. ¿No le parece, padre?

-Sí, hijo. Tienes razón...

El P. Demetrio fijó los ojos en el crucifijo, que adornaba la pared.

-Todo esto puede resumirse en una frase: el mundo, ¡nuestro pobre mundo!, ha perdido la humildad.

Isabel Alvarez de Toledo y Maura

París-Fuenterrabía-Sanlúcar. 1964

Isabel Alvarez de Toledo y Maura:

Procesada en 1968 por esta obra por el Tribunal Militar, el Especial de Delitos de Prensa e Imprenta y finalmente el T.O.P.